



Yuri Andrujovich

Doce anillos

TRADUCCIÓN DE OKSANA GOLLYAK
Y F. GUERRERO SOLÉ



Lectulandia

Karl-Joseph Zumbrennen, fotógrafo austriaco con raíces galitizianas, viaja buscando sus orígenes a la Ucrania de los años noventa del siglo xx. Tras el derrumbe del imperio soviético, encuentra un estado en el que los desajustes por su nacimiento serpentean entre el nacionalismo, la nostalgia por los Habsburgo, la tentación del retorno al régimen anterior, el folklore y el embrutecimiento vulgar de un mercado sin control. Enamorado de su intérprete, viaja con ella a un antiguo observatorio, que, tras ser un centro de espionaje y un complejo deportivo soviético, es hoy un hotel en los Cárpatos. Allí, pasado y futuro se encuentran, y toda frontera geográfica pierde definición. El espíritu del poeta Bogdan-Igor Antónich levita entre directores de cine, bailarinas de *striptease*, matones y un escritor perdulario, Artur Pepa. Feérico, entusiasta, magistral y torrencial, Andrujovich nos invita, desde un paisaje tan imaginario como preciso, a un bellissimo e irónico paseo geopoético por una Europa en la que todavía planea la sombra de la Cripta de los Capuchinos.

Lectulandia

Yuri Andrujovich

Doce anillos

ePub r1.0

Titivillus 16.04.17

Título original: Дванадцять обручів
Yuri Andrujovich, 2003
Traducción: Oksana Gollyak & Frederic Guerrero Solé

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Cristian, Solomia y otros

Amigo solitario, como el cinturón de la noche
Estás ceñido al misterio del universo.
Acompáñame esta tarde de primavera
A beber a la taberna de la luna.

BOGDAN-IGOR ANTÓNICH

I

HUÉSPEDES ACCIDENTALES

1

En sus cartas desde Ucrania, Karl-Josef Zumbrennen^[1] escribía: «Todo aquello que anhelamos, pensamos y esperamos, nos sucederá sin duda. La cuestión es que nos llegará tarde y con otro aspecto. De tal modo que cuando aquello se presente ante nosotros no lograremos reconocerlo. Es por esta razón que la mayoría de las veces tenemos miedo al futuro, tenemos miedo a los viajes y a los hijos, tenemos miedo a los cambios. No sé cómo enfrentarme a ello, pero lo pretendo con todas mis fuerzas. Aún no hace mucho tiempo que empezaron de nuevo los largos apagones».

Ninguno de sus íntimos amigos consiguió de Zumbrennen una respuesta clara a la pregunta de por qué continuaba viajando a Ucrania. La que fuera su novia durante ocho años (una joven llamada Eva-María, de la que no se sabe si tenía más de Eva o de María) una mañana dijo basta. Juntos habían acompañado hasta el portón a aquella parte de la juventud en la que con una franqueza desenfrenada uno capta las miradas ajenas. Pero Karl-Josef Zumbrennen no dejó de viajar a Ucrania, incluso después de esta ruptura. Tan sólo se encorvó ligeramente —como observaron los más íntimos— y el oculista tuvo que prescribirle una dioptría más en cada ojo.

Tampoco cejó en su empeño cuando el gobierno ucraniano dificultó en gran medida la tramitación de los visados y encareció sensiblemente las tarifas de los servicios consulares. Karl-Josef continuaba atravesando las puertas del edificio consular, seguía esperando durante horas en las salas de recepción, junto a mujeres de voz ronca que huían de los burdeles y junto a todo tipo de ilegales, percibía con el rabillo del ojo las miradas, a veces curiosas, aunque casi siempre despectivas, de las robustas secretarías rusoparlantes con sus caras embadurnadas con una capa de maquillaje cada vez más gruesa, y tras ser recibido finalmente en audiencia repetía por enésima vez al funcionario el nombre y apellidos, su *ocupación* y el motivo del viaje. Llegado cierto momento de la conversación, el funcionario advertía por fin con quién estaba tratando y, fijando sus ojos húmedos en el suelo, prometía ofrecerle ayuda.

Karl-Josef hizo su primer viaje a comienzos de los años noventa. Por aquel entonces las nuevas estructuras del Estado atraían hacia el Este a un gran número de viajeros. «Si logran pasar de este invierno —escribía en sus cartas Zumbrennen—, tendrán un buen futuro. Ahora todo son dificultades, carecen de los productos más imprescindibles, incluso de vodka y de cerillas, las cuasidivisas provisionales se devalúan a cada instante; aunque no olvidemos que estamos en el Este, y aquí lo material nunca tendrá un valor decisivo». Charlaba con estudiantes y jóvenes intelectuales, personas extremadamente interesantes, dispuestas a cambiar radicalmente su país. Los destinatarios de sus cartas no podían hacer más que encogerse de hombros: todas aquellas extáticas *notas de viajero* les parecían cuanto menos banales e inocentes, si no copiadas de las obras completas de un tal Rolland o

un Rilke. A su regreso a Viena a principios de verano, Karl-Josef Zumbrunnen trajo un águila de madera lacada, un par de *lízhnyk*^[2] de Kósiv (uno para su novia) y un cajetilla de cigarrillos Vatra. Karl-Josef no fumaba, pero de vez en cuando invitaba a hacerlo a alguno de sus huéspedes más osados, de tal modo que, pasados unos cuantos años después de aquel primer regreso, tan sólo había vaciado media cajetilla.

Publicó sus fotos de los Cárpatos y de Lviv en unas cuantas revistas marginales, pero su exposición personal con el premeditado título de *Europa, el centro desplazado* nunca se pudo llevar a cabo. Tampoco sirvió de nada la disposición de Karl a cambiar el nombre por otro más comprometido: *Tras Roth, tras Schulz*^[3]. En el último momento intervinieron las fuerzas superiores del Museo de Arqueología y Etnografía y todo se hizo añicos. Sin embargo, Karl-Josef Zumbrunnen continuaba viajando.

En este sentido era un hombre quimérico, algo que sin duda provenía de su genealogía enmarañada, como la de la gran mayoría de sus paisanos austríacos. Durante los últimos cuatro o cinco siglos sus antepasados lo habían mezclado todo — estados, etnias, confesiones, política— de una manera tan explosiva e incompatible que Karl-Josef igual podía considerarse heredero de los cerveceros anabaptistas de Baviera que de los muleros de los Sudetes, de los queseros del Tirol, de los usureros en quiebra de Salzburgo, de los vendedores de sal de Sopron^[4], de unos cuantos banqueros suicidas o de obispos igual de suicidas, así como de otros personajes brillantes entre los cuales tenemos a un auténtico tragafuegos de Laibach^[5], a una mujer bizca propietaria del teatro de títeres de Tarnov, cerca de Cracovia, a la que quemaron públicamente acusada de brujería, a un famoso autor de calendarios agrícolas de Mattesburg, y a otra no menos famosa periodista feminista, también bizca. Con una de sus ramas más alejadas, la familia de los Zumbrunnen alcanzó al compositor Buxtehude; y con otra, al pintor Altdorfer. Pero es muy posible que Karl-Josef hiciera su primer viaje influenciado por el mito familiar de su bisabuelo, un fanático y enérgico guarda forestal de Vorokhta al que posteriormente trasladaron a Chortopil. El bisabuelo, como no es de extrañar, también se llamaba Karl-Josef. Y por extraño que parezca, nueve de cada diez varones de la familia de los Zumbrunnen también se llamaban Karl-Josef. El bisabuelo Karl-Josef Zumbrunnen fue inscrito con letras de oro en la historia de la administración forestal austríaca (o tal vez mundial) como aquel que a mediados del siglo XIX había poblado de hayas y coníferas las extensas y calvas lomas de los Cárpatos. «Aquí ya nadie se acuerda de él —escribía en sus cartas Karl-Josef, su biznieto—, y cualquier intento mío de saber más sobre mi bisabuelo, fracasa. Tengo la impresión de que, en el siglo XX, aquí se produjo de verdad un terrible cataclismo, algo parecido a una fractura tectónica, y como consecuencia de ello, todo lo que había, digamos, antes del año treinta y nueve, quedó en el olvido. Hablé con unos jóvenes historiadores que me aseguraron que insistirían para que una de las cátedras de la academia forestal local llevara su nombre. ¡Como si eso me importara!».

En el noventa y dos viajó dos veces, y en el noventa y tres tan sólo una, aunque se trató de una estancia prolongada; según parece, se quedó en Lviv los tres meses enteros que le permitía el visado. En el noventa y cuatro, tras conocer los resultados de las elecciones ucranianas, pensó que jamás conseguiría volver allí. Sus cartas de aquel entonces están teñidas de aspereza y amargura: «Este país gozaba de unas maravillosas oportunidades para poder cambiar y pasar casi con la rapidez del relámpago de un estado de monstruosidad permanente e impotencia oligofrénica a uno de, como mínimo, *normalidad*. Sin embargo, resulta que el número de aquellos que dentro de él no lo quieren y que en general no quieren que exista como tal, excede considerablemente todos los límites permitidos. Según parece, me equivoqué mucho hace dos años. Al fin y al cabo, no es asunto mío, sino suyo, y son ellos los que hacen su propia elección diariamente. Me da pena sólo por aquel miserable puñado de los *otros* a los que conocí aquí y con los que tuve una buena colaboración. Ahora todos se han quedado paralizados presintiendo las liquidaciones y purgas; a alguno se le escapó una vez y en voz alta la palabra *emigración*, el otro dijo “separación, Zbruch^[6]”. No creo que en ello hubiera influido la dosis de alcohol consumido: aquello fue dicho en un estado de absoluta sobriedad. Es evidente que no cerrarán de inmediato instituciones como la Sociedad Histórico-Cultural El Club del Danubio, al menos no las cerrarán mañana, y así, mientras podamos, debemos seguir haciendo todo lo que esté en nuestras manos». Por eso, en la segunda quincena de julio de aquel mismo año noventa y cuatro, Karl-Josef Zumbrunnen se perdió durante mucho tiempo por los Cárpatos tomando fotos, en la mayoría de los casos de viejos cementerios, para su futura exposición *Memento*. Pasó casi un mes entero entre el cielo y la tierra, leyendo los viejos mapas de guerra que previsoramente había traído de Viena, avanzando poco a poco por los valles de los ríos, los caminos sin pavimentar, a veces por los montes, pronunciando de vez en cuando una palabra extraña: *Gorgany*^[7], a modo de conjuro. Entraba en los pueblos sólo para comprar un poco de comida —una docena de palabras en ucraniano y la gesticulación eran, en principio, suficientes para que le entendieran—; otro aseguraba que ya entonces tenía a su lado una traductora; sin embargo, esta afirmación carece de sentido si tenemos en cuenta el contenido y el humor de sus cartas de entonces, en las que escribía sobre la soledad bajo el cielo estrellado. Aquel verano hizo un calor increíble, la hierba amarilleó antes de agosto y Karl-Josef Zumbrunnen se puso muy moreno. Sobre todo se deleitó sumergiéndose en los numerosos riachuelos de montaña y echándose recogidamente en ellos mirando hacia arriba, al despejado abismo azul oscuro. Hacía tiempo que no llovía, así que había menos agua en los riachuelos; sin embargo, el agua se hizo más limpia hasta tornarse verde transparente y era más caliente que de costumbre. Y Karl-Josef Zumbrunnen, de la misma manera que el resto de mis héroes, era un apasionado del agua.

Provenía de la población de Zitsgras, que está en el este o en el sur de Austria (vaya, he de describirlo ya por segunda vez, pero qué le vamos a hacer: iglesias

góticas, un reloj en el campanario, una callejuela con su oficina de correos y su bodega, el arrullo matutino de las palomas, las aceras, casi siempre compartidas a partes iguales entre peatones y ciclistas, una antigua hacienda de los barones en la colina, unos como Schlößchen [8], actualmente Museo de Xilografías y Pesca Lacustre, una avenida de castaños, los Alpes Orientales en el horizonte, el molino de agua y los baños de aguas verdosas). Sí, precisamente esta agua, estos baños hasta avanzada la noche en los alrededores del viejo molino que por algún extraño motivo no había sido destruido durante la última guerra, este sumergirse en las entrañas más verdosas de las aguas templadas con la idea oculta y alegre de no volver nunca más y perderse para siempre en su profundidad: precisamente esto y precisamente así visitaba a Karl-Josef en sus sueños felices; en los infelices sólo oía una música chillona, sin entender ni una sola palabra de todo lo que se le decía.

Aquel verano, a su regreso de los Cárpatos, observó sorprendido que no había sucedido nada malo. Todos sus conocidos de Lviv continuaban indemnes; la esperada ola de detenciones y cierres de las instituciones patrias se aplazó inesperadamente. Alguno de sus colegas decía incluso que todo había ido a mejor y que uno podía llevarse bien con las nuevas autoridades; al menos eran pragmáticas, cosa que no estaba del todo mal, y además, eran dirigentes más jóvenes lo que reclamaba la sociedad desde hacía tiempo. «Hoy en día, al poder llegan nuestros coetáneos —decía un germanista, su traductor temporal, aunque, de hecho, era el traductor de Heidegger—. A algunos les conozco, o mejor dicho, les conocía personalmente. La vida se ha vuelto más interesante». Karl-Josef Zumbrunnen bebía sin prisas y en silencio su vino moldavo demasiado azucarado, pero no tenía paz de espíritu. Su exposición *Memento* se exhibió en varias ciudades de Galitzia acompañada de multitudes de visitantes y de banquetes demasiado generosos. En cada ocasión, unos cargos oficiales inauguraban estos actos con discursos sobre el nuevo gran país europeo que era Ucrania; unas chicas con el *sex-appeal* correspondiente rodeaban como odaliscas al *famoso fotógrafo de Viena*, rozándole, como por casualidad, con sus nalgas firmes.

Y Karl-Josef se sentía de nuevo atraído por aquel caluroso país.

En otoño de aquel mismo año, como ya se ha mencionado, su antigua novia vienesa le dejó, tras enterarse de que en Navidades volvía otra vez a Lviv. Dicen que a las cinco y treinta y cuatro de la madrugada, Eva-María apenas tocó por última vez con sus labios el hoyuelo bajo la nuez de su cuello, aún morena a causa del sol de los Cárpatos. Entonces todavía no llevaba colgada la cadenita con la placa de plata con su nombre y dirección grabados. Aquél fue el último verano durante el cual su hoyuelo preferido pudo tostarse al sol. El último verano, el último otoño.

En cambio, ya durante el verano siguiente escribía desde Lviv sin esconder la euforia que avivaba artificialmente dentro de sí: «¡Ha aparecido una buena cerveza! ¡Han abierto cafeterías nuevas e incluso restaurantes buenos! Algunas cosas están cambiando, algunas fachadas, etc. Incluso yo empiezo a pensar en cambiar temporalmente el blanco y negro por el color; no por *cuestiones estéticas*, claro, sino

para la historia. De todo esto se podría hacer un divertido álbum: *Lviv, las nuevas pieles*. Estos intentos de volver a pintar esta superficie con pinturas traídas de los dudosos mercados de la vecina Polonia serían algo cómicos si no fuese por el impulso idealista y digno de todo respeto de los nuevos emprendedores locales. De verdad, ¡son jóvenes que lo que más desean es cambiar su país y, toco madera, lo están consiguiendo!». Y a continuación: «Me equivoqué seriamente cuando, a principios de los noventa, escribí que dominaban con excepcional rapidez las tendencias favorables a su propio desarrollo y corregían de manera espléndida la situación en el país. Los años posteriores han demostrado que su país, de todas formas, era demasiado grande, torpe y, por eso, difícil para cambios fulminantes. Pero yo, por suerte, me equivoqué cuando hace un año decidí que había que hacer cruz y raya con todo aquello. Porque la realidad nos regaló nuevas sorpresas. La despedida de la juventud no es tan trágica si detrás de ella viene la madurez».

La última frase no encajaba del todo con el anterior texto, de estilo entre analítico y *amateur*, y a los compañeros de Karl-Josef de nuevo no les quedó más remedio que encogerse de hombros mientras la releían. Sin embargo, parece que yo entiendo de qué va. Pero de ello hablaremos más tarde.

Sus cartas de mediados de los noventa son una extraña mezcla de periodismo personal, notas contradictorias de su diario y digresiones emocionales sin motivación alguna, cercanas a lo metafísico. «Es una pena tremenda hablar con algunos que son autoridades aquí —leemos en una de las cartas—. Hace días uno de ellos, prisionero de la duda y autor de poesías autoeditadas, que por ironías del poder supremo y de las intrigas de las puertas locales consiguió uno de los tentadores sillones ejecutivos, me estaba convenciendo de que su nación contaba por lo menos con diez mil años de existencia, que los ucranianos tenían un vínculo inmediato con las fuerzas cósmicas del bien y que, según la forma del cráneo y de las superciliares, estaban próximos al *modelo de ario*, a consecuencia de lo cual existía un complot mundial contra ellos, los ejecutores directos del cual eran sus vecinos geográficos más próximos y algunos *factores étnicos internos compuestos* (“Usted, Sr. Zumbrunnen, entiende a qué me refiero”). Luego hizo serios esfuerzos para demostrarme la nulidad, a su juicio, de la cultura rusa, sin dejar, según le pareció, piedra sobre piedra: Mussorgski, Dostoyevski, Semiradski y Brodsky (“¡fíjate qué apellidos! —gritaba entrando en éxtasis y salpicándome con su espuma azul y amarilla^[9]—: ¡Rubinstein! ¡Eisenstein! ¡Mandelstam! ¡Mindelblat! ¡Rostropóvich! ¡Rabinóvich!”); lo más cómico es que se vio obligado a formular todo aquello en ruso, ya que este *auténtico descendiente de europeos* no se había molestado en aprender ninguna otra lengua europea. Y yo me vi obligado a interrumpir su caótica conferencia con unas cuantas preguntas embarazosas, a las cuales sólo respondía con una mirada atónita. Le pregunté, digamos, esto: “Bueno, si de verdad tenéis una cultura tan antigua y potente, ¿por qué apestan tanto vuestros servicios públicos? ¿Por qué la mayoría de estos lugares parecen basureros putrefactos? ¿Por qué los cascos antiguos de vuestras ciudades se

arruinan junto con barrios enteros, por qué se derrumban los balcones, por qué no hay luz en los portones y hay tantos cristales rotos bajo vuestros pies? ¿Quién tiene la culpa de todo esto? ¿Los rusos? ¿Los polacos? ¿Otros *factores étnicos internos correlativos*? Vale, no os apañáis con las ciudades, pero ¿y con la naturaleza? ¿Por qué vuestros campesinos, estos, como decís vosotros, portadores de una tradición civilizada de diez mil años, arrojan obstinadamente toda su mierda directamente a los ríos, y por qué viajando por vuestras montañas uno encuentra más metal abandonado que hierbas medicinales?”. A duras penas pude vencer la tentación de preguntarle algo personal sobre por qué él, recientemente nombrado caballero de la orden del Príncipe Volodímir, tenía tanta caspa en los hombros. Pero lo que pregunté en voz alta fue suficiente para que su expresión se enfriase y, mirando de una manera sospechosa la forma de mi cráneo, me diese a entender, confusa y locuazmente, que no tenía posibilidades financieras para apoyar nuestra expedición de este año. Todo esto lleva a conclusiones poco consoladoras, sobre todo cuando se compara a una figura *estatal* de semejante envergadura, que, como si se tratara de una burla, parece arrancada en vivo de las entrañas de los archivos de un vulgarísimo siglo XIX, con la realidad circundante. Estoy escribiendo esta carta en el mismo centro de la Europa perdida, desde unas estancias empapadas de devastación, frío, moho e interminables reformas ficticias de los legendarios locales del hotel George, donde tíos con el aspecto inequívocamente torvo de los informantes de la policía secreta me pasan notas de mis conocidos, mientras camareras entradas en carnes, dormidas y sucias me sirven un café nauseabundo y demasiado dulce, y estoy obligado a escuchar una música chillona y vacía, ver fisionomías, nucas y traseros grasientos (no miro hacia donde están, pero es imposible no verlos: ¡he aquí el problema!), respirar su sudor, su perfume, el humo de sus cigarrillos; me veo obligado a hundirme cada vez más en este entorno tragicómico, en esta desolación cínica, y a creer que realmente son herederos de los egipcios y etruscos antiguos, como lo demuestran sus colores nacionales y sus ritos en los que *se refleja toda la belleza y armonía de las relaciones del Hombre con la Naturaleza y el Creador* (todo queda más claro en mayúsculas, como ironiza uno de los autores locales)».

Pero en otra carta, no muy alejada en el tiempo de la que acabamos de citar, encontramos un tono totalmente diferente: «¿Quién me ha dado derecho a aleccionarles, a advertirles sobre los baches y los dientes de oro? Viven como quieren porque están en su casa, y yo no tengo la razón sólo por el hecho de que soy un viajero. Y lo más importante, lo que no se les puede negar es la cálida acogida con vodka. A grandes rasgos son infinitamente más humanos que nosotros. Y cuando digo más humanos, me refiero a su capacidad de abrirse de repente, de ver un ser íntimo incluso en una persona desconocida. Así, una distancia de 400 o 500 kilómetros que nuestros intercity-express superan en apenas cuatro horas, los trenes de aquí las saben alargar hasta unas trece. Sin embargo, en los compartimentos de sus vagones, deliberadamente incómodos y estrechos, la gente saca comida y bebida, se presenta,

comparte cada trozo de pan, se cuenta las cosas más trascendentales, a veces incluso las más íntimas. De todas maneras, la vida es muy corta: ¿por qué apresurarse? Los instantes de conmoción emocional más profunda, cuando inesperadamente tocas la abierta y cálida verdad del vodka, son mucho más importantes que las prisas oficiales y la cortesía reservada y falsa, bajo las cuales sólo existe el vacío y la mutua indiferencia. Me gusta que a veces parezcan una familia gigantesca e infinitamente ramificada. Cuando os ofrecen su comida y su vodka y os negáis, se vuelven obstinados, incluso insoportables e intolerantes. Y no creo que sea porque la comida y el vodka sean mucho más baratos aquí que en nuestros países, sino porque realmente son gente más sincera y de alma más generosa. Así, negarles su agasajo es como privarles del derecho de mutua comprensión. ¡Cómo difiere todo esto de la atmósfera bien ventilada, esterilizada y cuidada, con una calefacción irreprochable, pero al mismo tiempo privada del verdadero calor humano de nuestros rápidos intercios, con su desfile superficial de sonrisas y el silencio artificial que de vez en cuando interrumpen el clic de los mecheros o el frufrú del papel de aluminio!».

Así pues, a partir de la segunda mitad de los noventa Karl-Josef Zumbrennen empezó a darse cuenta de que se acostumbraba a todo aquello, de que le empezaba a gustar. De manera repentina y resuelta, al pasar de un vagón a otro de un tren de pasajeros demasiado desvencijado que iba de Frankivsk a Kiev, del dieciocho al nueve, al vagón restaurante, precisamente en aquel momento y en aquel lugar, de manera repentina y resuelta se dio cuenta de que le gustaba caminar tan ancho, fingiendo seguridad y conocimiento de la situación, le gustaba dejar pasar a la gente que iba en dirección contraria por los pasillos de unos trenes y unas plataformas demasiado estrechas, le gustaban las miradas embriagadoras y los dientes de oro de las azafatas, le gustaba recordar el nombre de la siguiente estación (Zdolbuniv), le gustaba que en ella vendieran cerveza barata, le gustaba apañárselas con todo, que la puerta del compartimiento estuviera casi siempre abierta de par en par y que, al llegar al vagón número nueve, le gustase la comida del ferrocarril, sinceramente poco saludable, y el pan mal cocido, y la media botella de vodka hábilmente dividida en dos tomas, y las caras ya torvas y los movimientos un poco bruscos de los clientes del restaurante, y las caderas de las clientas chillonas cubiertas con unas *mallas*, y sus bromas igualmente chillonas de las que no entendería ni una palabra, pero explotaría en una sincera carcajada junto con todos sus interlocutores accidentales y —¿quién sabe?— quizás, incluso le gustaría su música chillona de la que distinguiría sólo algunas frases rusas como «mi amiga», «pero no lo tengo», «la abrazabas»...

Quizá, precisamente por este motivo, en una de sus cartas siguientes, escribió: «El camino de un extranjero está lleno de peligros y pruebas, pero no hay nada más dulce que la sensación de integrarse al Otro. Un día te das cuenta de que, sin exagerar, *hubieras podido vivir aquí*. Y no hay nada imposible si mañana quieres estar y vivir *sólo aquí*».

Los destinatarios de sus cartas cada vez entendían con mayor claridad que todo

aquello era debido a la eterna feminidad. Las ucranianas de aquel entonces se hicieron realmente famosas en Occidente, explotadas no sólo como esclavas sexuales, sino también como esposas en uniones matrimoniales tradicionales en varios países meridionales y septentrionales a la vez. «Son unas tías estupendas —bromeaba uno de los conocidos del bar de Karl-Josef Zumbrunnen, el dentista, cuyo nombre no tiene aquí ninguna importancia—. Tienen el *sex-appeal* de las putas y no están corrompidas por el feminismo». Es necesario mencionar que desde hacía cierto tiempo Karl-Josef no siempre reaccionaba adecuadamente a semejantes chistes, lo que hasta cierto punto alegraba e intrigaba a su camarilla semanal que, según un antiguo hábito burgués, se reunía cada viernes a tomar una copa de vino en el café Alt Vin, regentado por croatas. De esta manera, transgredía sin querer las normas no escritas de este círculo exclusivamente masculino, especialmente las obligatorias licencias verbales y el aparente cinismo, frívolo y elegante. «El viejo Charlie Jo ha dejado de entender nuestro humor —pensaron—: hasta la vista, Charlie, te has metido hasta el fondo en el coño de alguna, ¿cómo se está allí, Charlie?».

En realidad, fue así: el empeoramiento de la vista, la insólita soledad otoñal, el abandono, la débil espera del viaje a Lviv por Navidad (según el calendario antiguo), el registro de cuatro horas en la aduana de Chop —«motivo de su viaje», insistía unos de ellos con las orejeras de la gorra de piel bajadas (sin embargo, un *ciudadano* un poco torpe de *la República de Austria* contestó lo aprendido: «perrriodista, foto», aunque en aquel momento ni él mismo podía imaginarse su *verdadero* motivo)—; luego, el deshielo, las lluvias templadas, los vertiginosos y peligrosos resbalones en las colinas de Lviv, los zapatos y pantalones de invierno manchados por el fango de las calles, las habituales caídas, una fiesta navideña en una de las mansiones en la calle Lisenko, antiguos conocidos, una nueva traductora temporal, profesora («no, señor Karl, ¡*confesora*, no!»), borrachera, glotonería, pastorcillos con el corderito, Señora Torpe (primero, al principio se vertió encima una copa de vino tinto tras haberla enganchado con la manga de su vestido tradicional; segundo, lastimó a Zumbrunnen al darle un codazo mientras se sentaba a la mesa después de su enésimo regreso del *perfumadero* («del fumadero, señor Karl»); tercero, ¡ya se sabe que *a la tercera va la vencida!*, se torció el pie y casi se cae por la escalera de caracol que iba a la cervecería adonde todo el mundo estaba invitado a observar la pintura gris oscuro del propietario de la casa; Karl-Josef consiguió sujetarla, y tal vez no sólo porque en aquel momento estaba un escalón más arriba: de esta manera, durante cinco minutos fue como el héroe de una película antigua, como el de una *Salva a la Dama del Peligro Mortal*; «a sus órdenes, a sus órdenes», respondía a las señales de agradecimiento en lugar de hacer un osado ademán con la mano y decir algo paródico y cortés, para lo que le faltaban palabras en ucraniano; así que repetía «a sus órdenes» mientras todos se movían a su alrededor sin sentido alguno y tropezaban en búsqueda de los primeros auxilios para remediar el pie torcido; un inspector (¿vicerrector-director-erector?) bigotudo y bastante beodo consiguió al tercer intento fijar el pie

con una venda elástica («¡porque somos los viejos *plastun*^[10] que se arrastran como reptiles por los Cárpatos!») —y a qué venían aquí los reptiles, no entendió Karl-Josef —; luego llamaron a un taxi y la Señora Torpe —en realidad señora Roma Vorónych — desapareció cojeando en la noche húmeda y resbaladiza, acompañada por su propio marido, que resultó ser el más borracho de todos los presentes.

Luego vinieron unos cuantos días más de fiesta, igualmente marcados por las lluvias y los restos de nieve que caían día y noche: algunos pesebres cutres que más bien recordaban las ruinas de lo que fuera un ejército derrotado, unos niños pesados con las cabezas rapadas y que con unas voces falsas y mutantes cantaban apresurados villancicos —en sus bolsillos se adivinaban cuchillos y petardos—; luego dejó de funcionar la calefacción del hotel; más tarde la arreglaron y, justo en el momento en el que desde el Ártico volvieron las masas densas de aire helado, para el Año Nuevo^[11], nevó, y Karl-Josef marcó su número de teléfono, al acordarse de repente de que ella dominaba el idioma de él, lo que significaba que podía sentirse mucho más cómodo e incluso interesarse por cómo estaba su pie.

Desde el primer momento les gustó estar juntos, ella le asistía fantásticamente en sus proyectos, no sólo como traductora sino como asesora experimentada y bien informada en los muchos laberintos de las relaciones interpersonales típicas de Lviv. Sin embargo, desde el momento de la primera llamada telefónica, *con motivo del pie torcido*, tuvieron que pasar casi dos años más de *colaboración* básicamente *oficial*, o mejor dicho: de dolorosa y áspera indeterminación; tuvieron que pasar dos regresos más de Karl-Josef a Viena y sus dos llegadas a Ucrania para que un día *ocurriese lo inevitable* (acaba de aparecer como una serpiente una autora de novelas femeninas que nadie ha invitado: ¡fuera, fuera!), bueno, en realidad fue en una habitación del hotel George que se lanzaron el uno sobre el otro con una prisa tan fulminante que la Señora Torpe arrastró tras de sí la cortina junto con la cornisa roída por el dermesto y Karl-Josef se convenció otra vez que no sabía manejar los sujetadores; tras la pared, unos Gigantes torpes continuaban unas obras en la habitación vecina, clavando sin misericordia sus Cinceles y Tacos Hipertróficos en aquella misma pared y discutiendo algo en su Bruto Lenguaje Profesional; *todo lo demás* pasó más o menos, o incluso más que menos, o sea, no estuvo mal, pero cuando poco tiempo después ella salió del baño, evidentemente tras haber resbalado y derribado con la mano un estante lleno de espumas de afeitar, champús, desodorantes y otras cosas por el estilo, Karl-Josef Zumbrunnen, de repente solitario entre las sábanas de las camas unidas, arrugadas por sus caricias amorosas, dirigió al techo alto del hotel una pregunta retórica: ¿cómo se puede *follar* a una mujer que tiene una hija casi adolescente? Y en vez de esperar la respuesta del techo alto, él mismo se respondió: «Resulta que se puede».

Hacían todo lo que podían, pero las circunstancias externas empeoraban cada vez más. Hasta finales de los noventa, Ucrania se halló al mismo tiempo en varias listas negras compuestas por observadores demasiado independientes de diversas

instituciones internacionales. «Al cruzar la frontera ucraniana recomendamos llevar encima un billete de diez o veinte dólares —aconsejaban a sus lectores los editores de la guía turística *Los Cárpatos Meridionales y Orientales* (Londres-París-Berlín, 1998)—. Es una medida habitual para *estimular* a los aduaneros ucranianos, gracias a la cual podréis evitar los largos y a veces humillantes trámites aduaneros. Si de todos modos os encontraseis en territorio de este país, una ex república soviética, no olvidéis extremar la cautela: todas las modalidades de delincuencia, incluido los robos, los saqueos de coches e incluso los secuestros, han alcanzado proporciones desorbitadas. Tampoco conviene fiarse de la policía local, de un nivel profesional y técnico terriblemente bajo, cuyos representantes, además, no hablan ningún idioma europeo; por lo tanto, simplemente no os entenderán, aunque tratarán de engañaros varias veces». Todo aquello, así como los apagones durante las largas tardes de otoño e invierno, no significaba una tragedia para Karl-Josef; otro síntoma mucho peor era la cada vez más evidente impertinencia del poder y, junto con ella, el deshielo en la gente de aquel infierno interno que se llama miedo. «Me parece —escribió en una de las cartas—, que acaba irrevocablemente la década más feliz de la historia de este país. Alguno de mis compañeros tiene la sensación de que sus teléfonos están pinchados de nuevo. Sin embargo, no es posible una repetición absoluta del pasado: si antes las autoridades acababan con los *otros* por medio de los juzgados, los campos de concentración y la así llamada psiquiatría, al totalitarismo de hoy se le puede calificar de rastrero: realmente se acerca furtivamente entre la tiniebla aprovechando unos métodos absolutamente criminales. Una cosa es ser condenado en un proceso antijurídico, aunque cerrado, pero, perdón, legítimo, donde con la cabeza alzada lanzas en voz alta acusaciones al sistema, recordando que en Occidente de una manera u otra se enterarán, y otra que unos desconocidos enmascarados te roben cínicamente, te estrangulen durante las torturas, y luego te tiren sin cabeza en medio de un descampado. Desaparecen políticos, periodistas, peces gordos, y si al cabo de un tiempo encuentran a alguno, ya está muerto. Tras todas estas *extrañas circunstancias*, se entienden muy claramente los típicos *suicidios* o *accidentes de coche*; a algunos les disparan en los ascensores o en la escalera de su propia casa. Además, en este terreno tan abundante se ha desatado también la delincuencia *no política*, la seguridad de un ciudadano promedio no la puede garantizar nadie, y el mercado negro de armas de fuego pronto vivirá aquí su edad de oro. Pero de momento hay oscuridad, oscuridad por todas partes, apagones durante muchas horas y cuerpos desmembrados en los contenedores llenos de basura».

Y a continuación: «Sin querer, me ha salido una especie de aforismo: un estado policiaco es aquél donde la policía tiene el poder sobre los ciudadanos honestos pero se ve impotente ante los delincuentes».

Pero, incluso después de estas confesiones, Karl-Josef Zumbrunnen no dejó de viajar a Ucrania. No dejó de hacerlo aunque los gobiernos de los países de la Unión Europea ya *no recomendaban* a sus ciudadanos visitar el país. Pero ¿qué podían saber

estos gobiernos de los ásperos lomos expuestos al viento, del color del fango en las botas de montaña destaconadas después de una semana de trabajo, qué sabían ellos de los olores de las iglesias de madera, de los cementerios viejos, de los torrentes? Tampoco podían saber nada de la señora Roma Vorónych, de cómo fuma en la cama o cómo busca en la oscuridad el camino al baño tropezando con las sillas, o simplemente respira al lado de Karl-Josef, o apaga todas las luces cuando se quita la ropa, porque igual que a todas las mujeres de su edad ya empieza a avergonzarle un poco su cuerpo.

Por eso Karl-Josef Zumbrunnen nunca pensó en cumplir las *recomendaciones* de los gobiernos occidentales. La recompensa por tanta estabilidad de gustos la encontró en la decidida univocidad de todo milagro: el año pasado le encontró uno de los redactores jefes de una prestigiosa y gigantesca editorial que se especializaba por igual en el arte de fotografía moderna, multimedia y la fotografía documental, y le encargó un álbum de los paisajes de los Cárpatos con el título pactado de antemano *La patria del masoquismo*. La línea de la cultorología masoquista y la investigación del masoquismo, recientemente muy popular, podía lograr desarrollo en la *naturaleza muerta*, o mejor dicho, *violada*, de los paisajes aniquilados; al redactor le interesaba, sobre todo, la unión de una naturaleza mutilada con la *industria*, y que allí, en el Este, lo industrial moría igual de catastróficamente que la naturaleza: eran las ruinas al cuadrado. «Verás —decía el redactor—, nos interesan todas estas cisternas y todos estos tubos cubiertos de hiedra, las orillas de los ríos envenenados, los lotes baldíos, etc. ¿Polonia? ¿Eslovaquia? ¿Rumania?». «Si lo que les importa es el contexto de Masoch, mejor Ucrania», contestó Karl-Josef con un tono de voz lo más indiferente posible, porque como todos los perros viejos recordaba que no debía venderse barato. «Ah, pero ¿Masoch no está en Polonia? —El redactor alzó la ceja con *piercing*—. Perdone, aquí en Düsseldorf no nos orientamos demasiado con vuestros asuntos austríacos», añadió acariciando un iroqués de color lila ígneo. El anticipo permitió a Karl-Josef bailar la *Czarda del oso* exactamente al cabo de una hora, ya en medio de su propia vivienda, un poco estrecha para los bailes de competición, en Pratershternia.

De esta manera, en la siguiente carta de aquel año Karl-Josef Zumbrunnen tenía ciertos motivos para escribir: «Todo el misterio universal consiste en nuestra falta de deseo de aceptar las cosas tal como son. Pero en realidad existe sólo un orden de las cosas. Es por esta razón que tenemos tanto miedo al futuro, tenemos miedo a los viajes y a los hijos, tenemos miedo a los cambios. No sé cómo enfrentarme a ello pero lo intento con todas mis fuerzas».

2

Es hora de que les presente al resto de los protagonistas. En uno de los libros que conozco llaman a este episodio *La llegada de los héroes*. Pero no sé si son verdaderos héroes.

Y tampoco si es ésta la verdadera *llegada*.

Pero, para empezar, debemos discernir con precisión, a vista de pájaro, una estación de ferrocarril en las montañas, una de esas estaciones con una fachada absurda y repetidamente renovada que sugiere los tiempos del modernismo vienés. Alguien contó una vez que Bohumil Hrabal había dicho que podría vivir en cualquier lugar donde hubiera una estación de ferrocarril de estilo Habsburgo. Así pues, Bohumil Hrabal también podría vivir aquí.

Es por esta razón que descendemos bruscamente.

De este modo, podemos ver un tejado cubierto por unas tejas viejas y algo desgastadas; una pequeña torre, con el reloj parado para siempre en el mecanismo oxidado, donde se ha establecido una familia de cucos (o de cuervos, más bien, con lo que, de hecho, rima la palabra *andén*), una estrecha franja de azulejos amarillentos desgastados y unos cuantos faroles inútiles que antes eran de gas. También debe de haber un vitral roto con unos decadentes lirios de color azul intenso y las primeras moscas primaverales en sus hojas largas, una sala de espera con dos o tres bancos de madera con inscripciones hechas con cuchillo y cristal roto (*QUINTA-84, FP-18, ALIONA COÑO, MURMANSK-95, SAÏD CABRÓN Y CAPULLO, ANGELA + TOMATE = LOVE*), Un homo negro de hierro fundido, por si hubiese un bloqueo por nevadas fuertes y un lacónico horario de trenes, o mejor dicho, de tren, porque sólo hay uno, sobre la ventanilla de la taquilla. La ventanilla se abre dos veces al día, a las siete quince de la tarde y a las cuatro cero tres de la madrugada, cuando, de la casa de la colina vecina, baja, haciendo sonar las llaves Habsburgo-Hrabalianas, una mujer bajita y enjuta que lleva un pañuelo y unos zapatos de goma propios de la temporada. Viene para vender sus billetes antiguos, estos cartoncitos marrones de forma rectangular, un salvoconducto a una infancia alrededor de la estación. Aunque casi nadie compra sus billetes.

¿Hay algo más? Sí, por supuesto: la hoz y el martillo en relieve encima de la puerta del andén que va a la sala de espera y el anuncio medio arrancado de HAZ CASO A TU SED.

Hay un solo tren, por la tarde, a eso de las siete treinta y tres, que tiene que llegar, como dicen aquí, *desde abajo*, o sea, desde las llanuras. Su parada, según el horario, debe durar dos minutos, pero en la mayoría de los casos dura más, porque tienen que descargar de cinco a siete cestos de pan. A finales de abril —hemos aterrizado precisamente en esta temporada— a las siete y media de la tarde aún es de día, pero el tren no llegará hasta que oscurezca. La cuestión es que hace poco han llamado a la señora de la ventanilla para avisarle que el tren lleva un retraso de casi dos horas, ya

que en el trecho entre las estaciones Dupa Mediana y Dupa Superior yace una vaca *sobre la vía* (el aparato de ebonita, negro como el alquitrán, y la dicción del operador, que deja mucho que desear, dan lugar a ciertas dudas sobre si de verdad se trataba de una vaca (*¿una saca? ¿una vara? ¿una vaga?*)). Pero eso no importa, importa el hecho mismo del retraso de dos horas. De aquí resulta que la señora puede de nuevo cerrar la taquilla y volver a sus tareas domésticas en la colina vecina, de momento sin frutos, y el conductor con gorro de piel de conejo y jersey turco dejar pastar al bayo Zdojliak en la hierba fresca cerca de la estación, y echarse en el banco cubierto de inscripciones en espera de los cinco canastillos diarios de pan (hoy no habrá pescado).

Pasa un cuarto de hora más de silencio casi absoluto y de la carretera surge el rugido de un coche que salta como un loco por los baches y las piedras del último trecho sin asfaltar delante de la estación y, como en una película, finalmente frena en la pequeña plaza que hay delante de la entrada principal. Es una especie de todoterreno o un *minivan*, japonés, americano, de Singapur, como salido de un safari, de un *western*, de una película de acción o de ficción; en resumidas cuentas, de una *marca extranjera*, aunque teniendo en cuenta los ruidos que emite bien podría llevar un motor militar KRAZ^[12]. El conductor, de orejas grandes, cogote fuerte y piel negra (¡no, no es negro, es la chaqueta de piel!) sale corriendo, cruza rápidamente la sala de espera, abre de una patada la puerta de entrada al andén, observa el enorme vacío, da otra patada al poste de un farol como si en verdad fuese el palo de una horca, escupe en un arranque de cólera, se saca de la faja un *móvil*, pero antes de marcar el número avista una telega no aparejada cerca del andén, y luego a Zdojliak, que pasta libremente, y decide, de una forma bastante razonable, volver a la sala de espera. Allí, por lo visto, habla con el conductor de la telega al que zarandea con desparpajo, después de lo cual, más tranquilo, sale al andén donde se sienta en cuclillas y fuma un cigarrillo. O vuelve a esa especie de todoterreno y marca finalmente el número de teléfono. O pone la música (pregunta para nuestros oyentes: ¿qué coño de música puede escuchar?) y echa hacia atrás el respaldo de su silla, o cierra los ojos.

Así pasan dos horas más durante las que podemos dedicarnos a nuestros propios asuntos.

Y ahora es ya el momento; el momento de *La llegada de los héroes*. Ocurre a eso de las diez: la oscuridad de la estación, cortada por los faros de la locomotora, el golpeteo cada vez más lento de las ruedas, el chirrido y el rechinar, y el pesado estremecimiento de los vagones, sí. No seguiremos explicando cómo se descarga el pan y cómo el conductor con la cara hinchada de tanto dormir, grita por última vez «¡Buen viaje, Masha!», y golpea el culo deforme de la azafata con un lapicero y una factura en la mano.

Para nosotros es más importante prestar atención a la *salida* de los héroes del tren. Recordemos que, en total, son ocho, y que de uno de los vagones aparecen cuatro, de

otro, otros tres más, y del último, uno sólo. La correlación de sexos, en el primer caso, es dos a dos, en el segundo, uno a dos, y en el tercero, uno a cero, de tal modo que tenemos cuatro personas del sexo fuerte y el mismo número del sexo bello. Todos ellos (y no sólo una), tropiezan en la oscuridad con los rieles y las traviesas y finalmente encallan en el estrecho andén, después de lo cual el tren emite, pongamos, un pitido, y continúa su marcha; y ellos se quedan solos en medio de las montañas, de la oscuridad, y de una pequeña estación en un lugar a medio camino de Galitzia y de Transilvania, pero, en ningún caso, de Pensilvania. Están un poco confusos y no todos se conocen, pero es evidente que ya sospechan que haría falta empezar a hablar entre ellos, porque esta noche están llamados a un objetivo común, una vez en la vida; esta noche llegará y cambiará sus vidas, porque sólo esta noche con cada uno de ellos ocurrirá algo —o no, disculpen, de repente han vuelto a aparecer mis *Recreaciones*, así pues, escribamos una vez más y desde el principio: porque a todos ellos los llevaron *al mismo lugar*—.

A extinguir la demora en establecer las relaciones, ayuda la aparición del conductor de piel negra, y toda la camaradería, uno detrás de otro, en el mismo orden, le sigue a través de la sala de espera hacia la plaza de la estación, donde, desconcertados y nerviosos, empujándose tontamente y pisándose los talones, empiezan a entrar en una especie de todoterreno blindado en el que durante nuestra ausencia ha aparecido un tablero con la inscripción PROGRAMA HUMANITARIO «DE LOS HÉROES DE LOS NEGOCIOS A LOS HÉROES DE LA CULTURA»; aunque ellos no lo ven en la oscuridad, es muy importante para nosotros porque encontramos la confirmación de que realmente son *héroes* y ésta es su verdadera *llegada*.

Finalmente se sientan en sus sitios y el hipotético ford aerostar, rugiendo despiadadamente con sus motores KRAZ, o casi KRAZ, se lanza hacia adelante, o mejor dicho, hacia fuera de la estación, pasando por encima de todos los baches y todas las piedras del camino sin asfaltar. No se sabe por qué, quizás por las extrañas circunstancias, o bien por la oscuridad en la cabina, o bien por el conductor con orejas grandes, o bien por su puta música, todos callan larga e incómodamente, lo que me permite aprovechar la pausa e inventar para todos ellos un medio de transporte más interesante.

Sin duda alguna, estoy de acuerdo al cien por cien con aquel crudo reproche de que, al menos en dos de cada tres de mis novelas, a los héroes les *llevan* a algún sitio. En los casos anteriores ya pude pedir para ellos trenes, un autobús de la marca Ikarus, un chrysler imperial simbólico, y también (¡el colmo del delirio!) la cápsula infernal y semivolante de una «mantícora» diseñada según parece en las oficinas subterráneas de proyectos de Belcebú y testada en polígonos militares llenos de fuego, bajo el granizo, el azufre y la inmundicia.

Así que aún me reservo la posibilidad de pedir un barco que cruce el océano; pero éste no es el momento ni el lugar.

Porque ahora el conductor de esta especie de todoterreno, que he descrito con tanta torpeza, sin haber hecho diez kilómetros a lo largo de la carretera nocturna, teniendo a la izquierda unas peligrosas rocas colgantes, y a la derecha un Río, gira sin previo aviso a la derecha (los héroes saltan como si fueran cadáveres en sacos) y, después de cruzar el susodicho Río, sin pensárselo dos veces, navega por él de forma cada vez más agresiva (¿qué más le queda?), abriéndose paso con el tablero que lleva en la baca entre el ramaje del bosque e iluminando con los faros el camino dudoso unos cuantos centenares de metros hacia adelante. Pero este *viaje a lo desconocido* no puede durar eternamente —ya he encontrado el modo, o para ser más exacto, el medio: ¡que sea un helicóptero!—.

Y ahora el auto frena en un claro lunar (es decir, iluminado por la luna que sale de vez en cuando *de detrás de una nube*, es decir, con una luminiscencia lunar anémica) cubierto de anémonas, y, de hecho, allí se estremece en una espera impaciente hasta el delirio el helicóptero, un gigante de peso pesado, un veterano de combate, que tiene una relación histórica directa con los marines, las operaciones de asalto desde el aire, los vuelos de castigo, la seguridad y la defensa nacional, los golpes de Estado, la aniquilación de sus propios presos militares y la protección en todos los rincones del mundo. Así pues, el piloto de corte oficial, con los auriculares puestos, ayuda a subir el equipaje, mientras el conductor le entrega a los ocho según la lista y sin emitir ni un solo «adiós» arranca su kraz aerostar dispersando hacia todos lados montones de fango de debajo de sus neumáticos enardecidos.

Sólo entonces despegan, se pegan con sus traseros vibrantes a los duros asientos de soldado y piensan en cosas tales como paracaídas, propulsores, pelerinas, pastillas para el mareo y muchas cosas más que empiezan por «p»...

En el helicóptero tampoco se puede hablar mucho, y la situación general es aún más estúpida por cuanto se han sentado los unos frente a los otros (cuatro frente a cuatro) y ahora no les queda más remedio que mirar a un lado, hacia abajo o girar sus cabezas fingiendo interés por un interior bastante pobre.

Artur Pepa, literato de Lviv, encontró una de las soluciones más sabias metiéndose de cabeza en unos periódicos algo defectuosos, comprados en el tren, uno de los cuales era un diario regional especializado (*Exceso*), otro, un diario especializado de partido (*El Camino de los Arios*), y otro en ruso (*Todos los Colores del Arco Iris*). El último resulta ser un periódico de gays y lesbianas, así que, después de echar un vistazo a las fotos, Pepa suspira y lo aparta, prestando su atención a los dos primeros, que ya había leído en el tren para pasar el rato. Es por eso que ahora se ve obligado no tanto a leer como a fingir que lee. Así que, por enésima vez mira los títulos tradicionalmente llamativos del *Exceso* (¡LOS BOMBEROS COMO SIEMPRE NO LLEGARON A TIEMPO! ¡LA GASOLINA VA A SUBIR, PERO LA HRIVNIA BAJARÁ! ¡SU NIETA DE SIETE AÑOS MATA CON UNA JERINGA A UN VETERANO DE GUERRA! ¡NADIE APRENDIÓ DE LA TRAGEDIA DEL ALCOHOL CASERO! ¡LOS EXTRATERRESTRES NO SÓLO SE LLEVARON AL

ESPACIO A LA FAMILIA BARANIUK!), nota mentalmente que de todo ello sale un poema no muy malo y pasa la página de «Cultura» en la que hay una entrevista inmensa a un laureado con el premio Shevchenko: ¡SIEMPRE DIJE AL PAÍS TODA LA VERDAD!, y finalmente vuelve a un anuncio de media página que le parece bastante ingenioso:

¡VAYA, YO: GURT^[13]!
FIRMADO: GURT.
LOS MEJORES YOGURES DE LOS
PASTIZALES DE LOS CÁRPATOS.

Luego se pone a leer *El Camino de los Arios* y durante un rato examina un lema no demasiado comprensible: ¡LA FUERZA DE LA NACIÓN ESTÁ EN SU FUTURO! y al recorrer con ojos indiferentes los títulos más destacados: LA REVOLUCIÓN NACIONAL LIBERADORA CONTRA EL RÉGIMEN DELINCUENTE ES INEVITABLE Y LOS VETERANOS DEL EJÉRCITO DE INSURGENTES DE LA REGION DE CHORTOPIL APOYAN AL ACTUAL PRESIDENTE, se sumerge en la lectura pausada de la segunda parte del artículo de la página anterior: LO QUE TIENE QUE SABER CADA UCRANIANA PARA EVITAR UN EMBARAZO NO DESEADO, precisamente a partir de la frase: «La población durante el período de menstruación no garantiza que...», y hasta el final.

A su derecha está Kolia, una chica de dieciocho años que lleva una falda que de tan corta invita a preguntar qué tipo de compresas utiliza. Su nombre completo (aunque lo odia) es Kolomea. Artur Pepa la considera su hija, pero en realidad es su hijastra. Kolia ya ha tenido la oportunidad de echar unas miradas diabólicas a un ogro pardo y velludo (eso es lo que pensaba ella de él) sentado enfrente, de cruzar las piernas y de pasar varias veces, eróticamente, como en las películas, la punta de la lengua por el contorno de los labios. El ogro ha resultado ser no sólo pardo y velludo, sino también tímido como una doncella; cada vez bajaba la mirada o la desviaba hasta sumergirse también en un libro con dibujos; en consecuencia, Kolia ha dejado de hacerle caso y ahora bosteza.

A su derecha está Roma Vorónych, su madre, una mujer interesante, de aquella edad que se considera una *estancia desde el mejor lado de los cuarenta*. La señora Roma, mujer de Artur Pepa, se encuentra un poco mal: nunca le ha gustado volar, incluso en aquellos tiempos en que Aeroflot vivía su auge y las azafatas parecidas a Nadia Kurchenko ofrecían insistentemente caramelos de menta y agua mineral a los pasajeros obedientes. En aquella época era más joven de lo que Kolia es ahora (bueno, ¡Kolia es ya una chica mayor!) y volaba con sus padres a Kiev, Simferopil y Leningrado. No tiene ni idea de por qué ahora está pensando en ello; quizás ha recordado el trauma psicológico, profundamente sumergido en su inconsciente, de una rodilla rota en las escaleras de uno de aquellos aviones. La señora Roma a veces

trabaja de traductora en conferencias postfreudianas en la sociedad El Club del Danubio; así pues, sabe algo del asunto. Pero ahora está mareada.

Y el último de esta fila es el ciudadano de la República de Austria Karl-Josef Zumbrunnen, que tiene un aspecto un poco más joven que Artur Pepa, aunque su pasaporte diga todo lo contrario. Karl-Josef tal vez es el único del grupo que se divierte en situaciones en las que casi no se puede hablar. Entiende pésimamente el ucraniano, el ruso, un poco mejor, pero lo que se dice hablar no habla prácticamente ninguno de los dos. Es por eso que en un ambiente desconocido o semidesconocido prefiere estar callado. Le pertenece otro lenguaje, o mejor dicho, otro órgano de expresión: su cámara fotográfica, de la que tampoco se separa aquí, colocándola con ternura sobre su regazo. Además, sus gafas se empañan terriblemente y casi no pude ver a quien tiene enfrente.

Y frente a ellos están sentadas dos *muchachas* casi idénticas, o más bien, dos *niñas*, o mejor aún, dos *tías*. Sí, yo diría que son iguales, aunque una de ellas lleva el pelo teñido de moreno y la otra igual de teñido, pero de rubio. No, su igualdad no pertenece a la categoría de mellizas; en realidad son diferentes, aunque sean iguales. Esta igualdad es de aquellas que hacen prácticamente indistinguibles a todas las estrellas del pop, putas, modelos, estudiantes de instituto o de formación profesional del mundo, en resumen, a todas nuestras *contemporáneas*, porque es una igualdad que la televisión, las portadas de revistas y *nuestro modo de vivir soviético* crean para ellas. Se llaman Lilia y Marlena (no confundir con Lada y Marena), aunque sus verdaderos nombres son Svietka y Marina. En este momento (pero ¿acaso sólo ahora?) ambas no piensan en nada; la única diferencia es que mientras en Lilia no hay más que un silencio absoluto camuflado por fuera por el rugido del motor, en alguna parte de la subcorteza cerebral de Marlena suena la melodía *Soplaba el viento del mar, soplaba el viento del mar, soplaba el viento del mar*.

A su izquierda está el ya mencionado hombre velludo con el aspecto evidente de ser un artista (un *suéter áspero que antes pertenecía a una famosa actriz vanguardista del teatro juvenil alemán, una camisa, la que llevaba un independentista kurdo de su propio pueblo y al mismo tiempo estudiante de la Universidad de Lviv, unos pantalones absurdos de origen maltés, un pendiente en la oreja; el resto ya lo sabéis*); pues bien, este hombre es cada vez más y más popular (pero ¿dónde y para quién?), se trata de un autor de videoclips y realizador de programas de televisión, cuyo nombre es Yarema, o Yaromir (nadie sabe por qué siempre se presenta como Yárchyk), y cuyo apellido es Volshébnyk, *el Mago*, lo que permite a toda su *comitiva* llamarle Volshébner y a los que *no son de su comitiva* sospechar que realmente es un mago y fijarse en la forma de su nariz y en sus ojos un poco desorbitados. Estos últimos los aparta con decisión y, según él mismo, con desprecio, de la tonta y sincera coquetería de la fulana *flaca como una bicicleta* que está enfrente y siguiendo el ejemplo del escritor que tiene a su lado, conocido de las fotos de periódicos («¿cómo se llama?: ¿Biba, Buba?») se sumerge en la lectura del

también defectuoso folleto de color de los testigos de Jehová: *Hazte Digno de la Salvación*, que ha comprado en el mismo tren. Pero, en cualquier caso, filmará un clip. Un clip con Lilia y Marlena.

Y finalmente, un sujeto más: un señor bajito y bastante rechoncho; sí, exactamente un *señor*, uno de esos que han sido creados según este patrón. La gordura académica y la redondez noble de su estatura indican su pertenencia al tipo humano de profesor-doctor, pero no a aquella variante de arribista corrompido por la *enseñanza superior*, arreador de estudiantes y (¿por qué no decirlo?) corrupto rematado, sino aquel profesor clásico —al estilo de los de Viena y Varsovia— de tercera generación, un concedor de lenguas muertas y de chistes de entreguerras, que seguramente está relacionado con alguna institución de enseñanza católica o sociedad científica secreta. Es el profesor Doctor (¡también hay apellidos como éstos en Galitzia!), experto en la *alquimia* de la palabra, concedor de Antónich, aunque él mismo dice que es un *seguidor de Antónich*. Con una sonrisa benévola y amistosa en sus finos labios de viejo, se fija de vez en cuando en alguno de los presentes como si buscara entre ellos a un oyente (¿o a una oyente?) con la fisonomía más adecuada para la brillante conferencia de introducción, con digresiones líricas y saltos de entonación, que está a punto de salir de sus labios: «La figura de Bogdan-Igor Antónich (1909-1937), poeta, crítico y ensayista, traductor y promotor prosista es, sin duda, una de las principales de la literatura ucraniana moderna. La aparición de Antónich a principios de los años treinta en el centro mismo de la vida literaria ucraniana era tan deseada como inesperada. Por la concurrencia extraña y jamás pronosticada de su propio destino, de las circunstancias históricas y de las aberraciones de su percepción de la sociedad relacionadas con estas circunstancias, podemos considerar a Antónich un poeta borrado de nuestra memoria durante largo tiempo. A la vez, la situación en vida del autor era más bien favorable. En 1928, un joven dotado de grandes habilidades, procedente de un pueblo perdido de Lemko, donde nació y pasó su infancia, se traslada a Lviv, el indiscutible centro social y espiritual de Galitzia, y estudia en su universidad. Casi desde el primer momento atrae la atención de sus profesores y compañeros de estudio mostrando una gran capacidad y mucha diligencia. Ya en los años estudiantiles debuta en las ediciones periódicas como literato, y es además autor a los veintidós años de una original selección de poesías *Salutación a la vida* (1931). Después de licenciarse en la universidad (1933, Facultad de Filosofía, Sección de Filología Eslava) recibe simultáneamente varias propuestas gracias a sus éxitos académicos, entre las cuales está trabajar por cuenta del Estado en la capital búlgara. Pero Antónich elige el camino del literato libre. Libre en todos los sentidos de este complejo término. Porque, en cuanto empezamos a mencionar a Bogdan-Igor Antónich, sentimos inevitablemente la intrusión poderosa y encantadora del misterio, el secreto, el enigma. Sin haber llegado a los veintiocho años, el poeta se fue *al otro mundo* habiendo dejado bastantes interrogantes, o —sí, parece que sea más exacto— una

sensación llena de emanaciones subtropicales de un terreno para las hipótesis y las suposiciones. La filología ucraniana prestó poca atención al problema de Antónich y a su rareza, o digamos, a Antónich como un *ser raro*, concentrando sus esfuerzos justo en todo lo contrario. A continuación trataré de descubrir esta *rareza*, aunque sólo sea en parte y limitándola a las nociones de *exotismo*, y de demostrar la presencia en este *exotismo* del mismo Antónich».

Sin embargo, el profesor no tuvo la oportunidad de seguir descubriendo la rareza de Antónich porque el vuelo no pronosticado acaba (¿cuánto ha durado?, ¿un cuarto de hora?); el helicóptero aterriza, la altura es de mil ochocientos setenta y seis metros: el paso de la zona subalpina a la alpina, de la alpina a la tibetana, de la tibetana a la himalaya, por eso hay enebro y cipreses y rocas roídas por el viento, porque el viento aquí sopla siempre y en todas las direcciones, y la luna de nuevo se esconde tras una nube volante quebrada y luego sale de detrás de ella para volver a esconderse tras la siguiente, y hay que verlo: hundiéndose en la nieve grisácea y dura, se arrastran de uno en uno a lo largo de la pendiente del pastizal hacia arriba, tragando el viento junto con el resplandor cambiante de la luna, despedidos por el piloto de estilo militar al encuentro de las fulguraciones eléctricas y los sollozos de los perros.

¿Habéis oído cómo ladran los bull terrier? He oído cómo ladran los rottweiler, alguna vez los pit bull. Pero no estoy seguro si los bull terrier ladran. Gruñir, sí, pero ¿ladrar? ¿Y para qué necesito allí unos bull terrier, para qué estas alusiones, estos estereotipos? Allí no había ni perros, ni pastorcillos de los Cárpatos. Por lo tanto, no había sollozo alguno.

Sin embargo, había fulguraciones eléctricas, señales de luz, eso sí. Había un balneario de alta montaña adonde llegaron los ocho así llamados héroes y donde esperaban, un tanto indecisos, en medio de la veranda llena de una luz templada. ¿Y si no era una veranda? ¿Y si aquello era un salón o, por ejemplo, una sala de piedra con cuernos de ciervo y cabezas de buey en la paredes? ¿Y cómo no olvidar la piel de oso, de dimensiones increíbles, que ocupa prácticamente todo el suelo?

¿Y cómo puedo finalmente presentar al noveno héroe, a Vartsábych? Quizás, en forma de una enorme tarjeta de visita, una tarjeta como un tablero publicitario en la que, a una distancia de cien metros, se puede leer perfectamente:

Señor VARTSÁBYCH, Ilko, Jr., Owner

Y en el anverso:

VARTSÁBYCH ILKO ÍLKOVICH, Propietario

Y que reviva en aquella tarjeta

Todo lo conocido de siempre:

Divisas, petróleo.

Sangre, sudor y, como rima, amor.

Y entonces, lo tendremos todo tal y como debe ser, un imperio entero con todos sus factores y componentes: una red de gasolineras, una red de balnearios y *casas rurales*, una red de puestos de venta de divisas Marzhina, la empresa Gurt con sus yogures ecológicos de yoga, la firma de alcohol Chemergués con sus elixires de la eterna juventud, sus extractos de la felicidad eterna y sus elixires bucales, dos o tres granjas de cría de animales de piel fina temporalmente vivos, un par de decenas de bazares de alimentos y ropa, *todos bajo protección*, o sea, cubiertos, otra granja, esta vez de avestruces, y otras bagatelas: chozas, cafés de *shashlik*, de *varénik*^[14], billares, servicios públicos, quioscos con cerveza de Transilvania del año pasado y Sneakers, además de la financiación con intereses de concursos de belleza de clubs nocturnos, la venta al detalle en los trenes de cercanías, el saqueo en las carreteras, la red de mendigos en tres capitales de comarca, viejas fábricas de muebles y de ozocerita, tres kilómetros y medio de vías muertas, un trozo de gaseoducto, yacimientos subterráneos de gas, minas de misiles, segmentos de bosque con setas y bayas, piedras de río y un cementerio de coches...

(Sin embargo, todo esto es lo que se ve a simple vista, porque en realidad hay que recordar la *zona de libre comercio* y el juego sin reglas, las interminables caravanas de camiones Tir no registrados, y también los camiones nocturnos que trasportan madera y cemento, el golpeteo ininterrumpido de los trenes sellados, los pitos metafísicos de las locomotoras en las estaciones fronterizas de mercancías, los ojos de serafín, rojos y verdes, de los semáforos, la eterna inquietud y el tránsito en una sola dirección —al oeste sureste, hacia Transilvania; porque aun estando casi *en el centro de Europa*, todos los caminos llevan exclusivamente a Transilvania; de todos los rincones posibles sólo nos atrae ella: Transilvania. Bueno, muy raras veces *la podrida Varsovia*, pero en la mayoría de los casos Transilvania y se acabó. Pero él, Vartsábych Ilko, Propietario, ya hace tiempo que ha aprendido a vencer las consecuencias de tal desolación geográfica y alcanzar, en plan financiero, otros territorios de fábula: Keksgolm, y Helgoland, y las Terribles Salomón. Aunque yo personalmente no me fío de estos ilegales de Bangladesh, una veintena de los cuales se ahogaron bajo el suelo recién montado de un refrigerador, o eso dicen las malas lenguas—.

Bueno, ni una palabra más.

(Aunque también se pueden mencionar una absoluta variedad de negocios, negocios extraños y esotéricos: el helecho en flor, la recogida de restos de meteoritos, la caza de fantasmas y el lavado de sangre de joyas antiguas. Porque existen dos versiones equitativas de la ascensión fulminante de Ilko hacia las cimas de los bienes y las finanzas. Según una de ellas, él era entonces «un gusano», pero hizo negocio utilizando la inflación e invirtió sus primeros cincuenta billetes en un sistema estéreo paquistaní retumbante, y abrió una discoteca de pago en Chortopil. Según la otra, era, genealógicamente hablando, el único retoño de la poderosa familia de los Opríshkiv, y se las ingenió para que le confiaran el secreto del mayor tesoro de los Cárpatos

Orientales, lugar de dónde salió con las manos llenas sin renunciar a nada, ni para sí mismo ni para su país).

¿Cómo puedo presentar ahora, después de todo lo dicho, cómo debe salir a conocer a sus huéspedes este *macarra*, *paleta*, *bull terrier*, *cara de hereje*, *hortera*, todo cubierto de cadenas de oro y móviles? ¿Con estos dedos gordos y cortos, el tarro calvo, el cogote de piel fina y el trasero inmenso? Y qué, ¿que diga tonterías a modo de saludo, suelte patochadas menipeas, o aún mejor: que lea todo esto del papelito, tropezando ridículamente en los signos y las letras, sobre los héroes de los negocios, los héroes de la cultura, *los tambores de Stradivarius*, *blablablá*, que los *tutee* a todos, que llame familiarmente hermanos a todos los *mujiks* (incluido el profesor Doctor de entreguerras), y a todas las chiquillas, nada, no les llama de ninguna manera? Pero éste no es él, éste no es mi héroe.

O, quizás, que finja ser un parrandero y un *komsruk*^[15] socialmente activo y eternamente joven, con el pelo crenchado y con la corbata ladeada, que deslumbré a los presentes con su lustre provincial, que no ensucie el espacio televisivo con frases insoportables al oído humano, como *estimados hombres de cultura*, *queridos amigos*, *en este momento tan difícil para nuestro joven estado...*, *nosotros, los empresarios-productores nacionales...*, *os apoyaremos calurosamente con nuestro cuidado...*, *de la hospitalidad de los Cárpatos...*, *la longevidad siberiana...*, *la inspiración creativa... Beben de las fuentes...*, *de rocío y agua...*, *blablablá...*, *baño y lavabo...*, *desayunos y comidas...*, *muchos años...*

Tampoco es él, lo siento.

En realidad, habría que empezar por lo *contrario*: ¡que sea un joven enfermizo, pálido hasta la transparencia, un gafotas con los complejos propios del estudiante excelente; un niño prodigio, un genio informático perverso, un *hacker* virtuoso, un asmático en silla de ruedas, un maníaco inventor salpicado de saliva verde o un malvado liliputiense de circo con una barba hasta las rodillas! ¿O que sea una mujer, una señora, una fulana, una bruja, una puta vieja con la nariz de garfio capaz de convertirse en una señorita sorprendentemente encantadora, y ella, a su vez, en una loba, una corneja, una serpiente o un sueño?

Hay muchísimas opciones, pero no tendremos nada de eso, porque Vartsábych Ilko, el propietario y patrocinador, no saldrá, no aparecerá, no nos hará felices, y entonces, apoyándose incómodamente, ya en un pie, ya en otro, en la veranda, o bien en el recibidor, o quizás en la sala de piedra, todas estas ocho personas finalmente se dispersarán por sus correspondientes pisos y habitaciones dejando para mañana el procedimiento de reconocimiento, aproximación y otros métodos topográficos.

3

El edificio al que llegaron aquella noche, hasta no hace mucho se llamaba «Taberna “En la Luna”» y se escribía exactamente así, con las comillas asimétricas. Es evidente que aquí tiene que haber una prehistoria o, mejor dicho, incluso tres prehistorias, cada una de las cuales requiere ser contada con una especial minuciosidad.

Todo empieza con el ataque desesperadamente convulso de los soldados de infantería, grises y piojosos, que tenían la orden de expulsar al enemigo de la sierra y tomar el control del pastizal Dzindzul, de gran importancia estratégica. Es, según parece, el año 1915, y cada operación militar planificada por los grandes estados guarda un dejo notable de debilidad y aventura. Es precisamente por eso que casi todos ellos mueren en los accesos a las posiciones enemigas, ametrallados metódicamente desde arriba con ráfagas, y sus cuerpos ruedan tontamente pendiente abajo. Precisamente allí, en la hierba pegajosa llena de sangre, yace, empezando a caer en los corredores de la oscuridad y con un bostezo forzado, uno de ellos: un soldado voluntario de ojos grises con la enseñanza superior inacabada. La última visión ateísta en sus ojos cada vez más vidriosos es, además del cielo roto en trozos, la imagen del Ángel de los Ciclones, la de aquel que recoge y vuelve a disipar las nubes sobre este maldito lugar. El soldado de ojos grises, cayendo en el vacío, ya no puede ver cómo esta figura hecha de éter se inclina finalmente sobre él.

Transcurre sólo una decena de años y casi todo se repite: echado boca arriba en la misma hierba llena de cartuchos viejos, una joven lumbrera del instituto meteorológico de Varsovia mira, como entonces, hacia el firmamento roto, hasta que la misma palma de la mano angelical cierra los mismos ojos de color gris. En sueños ve su meta.

No volváis nunca al lugar donde ya moristeis una vez.

Los años posteriores pasan bajo la insignia de la lucha por la personificación. Las interminables reuniones del claustro, los informes y los partes apasionados, los viajes de una conferencia a otra, las arengas a los académicos, la revisión agotadora del presupuesto, la recogida de firmas para la carta de recomendación de Estocolmo, París y Londres, y, finalmente, una audiencia confidencial con un altísimo cargo de Estado. De una manera u otra, todo esto confluyó en una decisión final positiva; de este modo, una primavera empezaron las obras: cargaron madera, piedras y metal hasta el pie de la montaña por la ramificación ferroviaria, especialmente separada de la vía, que atravesaba el bosque. Sin embargo, en la etapa final, cuando la pendiente se hacía demasiado abrupta, no había más que los *potros de Gutsúlschina*, una fantástica fuerza animal, unos caballos resistentes y poco exigentes que llevaban arriba a la sierra todo lo que era necesario y todo lo que no lo era. Lo que sin duda salvaba el presupuesto era la mano de obra ridículamente barata: los hombres de aquí se vendían con la misma imprudencia y facilidad con que su prole lo haría en los mercados de la

Europa Oriental unas siete décadas más tarde. Así, por el precio de los látigos que les azotaban sin parar, las venas forzadas hasta el límite y unas cuantas muertes accidentales a causa de los traumas y el vodka, y también de un sinfín de tretas propias del sector de la construcción y unos tres o cuatro compromisos aventurados, finalmente todo se hizo realidad: salas y habitaciones, gabinetes, una torre semicircular con puntos de observación, laboratorios, una estación de radiodifusión, una estación eléctrica autónoma y un sistema de calefacción con agua caliente en baños, lavanderías y duchas, y otras cosas ya más *codiciadas*: una biblioteca, un salón de baile con gramófonos y máquinas de música, un billar, un jardín de invierno con filodendros, un cineclub y una pequeña galería con copias bastante conseguidas de los paisajes alpinos del Romanticismo tardío. A todo aquello junto se le denominaba estación meteorológica y precisamente aquí, a principios de verano, se dirigía aquel entusiasta de ojos grises, y detrás de él todo un cuartel impecable de observadores de ciclones. No faltaron mujeres, niños y unas cuantas sirvientas. La vida en el monte tenía que parecer normal, sin distinguirse en nada de la de Varsovia, Cracovia o incluso de la de Lviv.

Sin embargo, la vida en el monte resultó ser, ante todo, ventosa, y durante un paseo por el antiguo camino militar más de uno perdió el sombrero, llevado más allá del horizonte hacia el abismo transilvano. Es curioso que sólo su joven jefe conseguía de vez en cuando encontrar los mismos cartuchos, los yelmos oxidados y los casquetes medio atravesados por los balazos y semipodridos; él, como se dice, sabía dónde estaban. Su mujer, en cambio, era insuperable en recoger flores y hierbas medicinales, por lo que todo aquello se amontonaba luego en los numerosos herbarios. También se puede añadir aquí un idilio semanal con un par de niños chillones y una sirvienta que, cargada con una cesta especial de *picnic* con leche y bizcochos, a duras penas conseguía seguirles; aunque no estoy seguro de si ya entonces tenían hijos. Pero de lo que sí estoy seguro es de que les tenía que acompañar el clamor de los pájaros, llevado, igual que los sombreros o los pañuelos y los chales de señora arrancados por el viento, al mismo lugar, en dirección a Transilvania.

Por cierto, ¿aquél era sólo el clamor de los pájaros?

También estoy seguro de que el primer año fue feliz: vivir en una de las cimas del mundo, ver qué gigantesco, de verdad, puede ser este país, sus montañas, observar el cielo y el correr de las nieblas, escribir notas y cálculos con detalle, escuchar el estruendo de los truenos, cómo las masas de nubes se hinchan de granizo, prever cómo a lo largo de un mismo día de agosto el tiempo cambia ocho veces y todas las estaciones del año se presentan en un orden un poco confuso —verano, invierno, otoño, primavera— era al mismo tiempo cumplir con su obligación, convertir en realidad lo pensado, y hacer realidad sus sueños. ¿No será demasiado para un soldado de infantería?

Mientras, ya a principios de la primavera siguiente tuvo que cumplir con algunos

acuerdos no estipulados en el presupuesto. La realización de unos sueños tan costosos no podía ocurrir sin el apoyo de alguno de los socios internacionales más poderosos, de lo que, de hecho, se trató casi abiertamente durante aquel encuentro confidencial del idealista de ojos grises con un alto cargo de Estado. Poco tiempo después, el territorio fue visitado no oficialmente por un representante estatal del Reino Unido (a continuación, reru), un hombre bastante responsable, que vino acompañado por unos cuantos expertos con el bronceado propio del mes de abril. Al cabo de una semana, tras cenar en una mansión de Chortopil escondida de los ojos curiosos, el reru reluciente hundió por enésima vez la punta de su cigarro en la copa de coñac y tras hacer la última pausa para soltar estrepitosamente el humo, dijo a los estrategas amedrentados de Varsovia algo parecido a «*Well, you have convinced me, gentlemen*^[16]», después de lo cual firmó todos los protocolos correspondientes.

De este modo, aquel mismo verano la inocente sociedad de meteorólogos fue, aunque no brutalmente, sí bastante enérgicamente desplazada de su residencia de alta montaña. Había dos veces menos aulas y dos veces más habitantes, y estos nuevos habitantes trajeron consigo no sólo un equipo de radio más moderno, simuladores, un montón de cajas fuertes, cerraduras, maquetas de prueba, munición y otros libros (en su mayoría manuales de codificación y de lengua rusa, a la que sin duda consideraban la lengua de los *Kuthenians* locales); también trajeron algo más que podemos llamar *atmósfera*. Aquello era más un desasosiego, una sofocante y secreta racionalidad que con facilidad se transformaba en un nerviosismo ineludible. A todo el cuartel, incluida la servidumbre, les obligaron a firmar ciertas obligaciones imperativas. Luego se hizo una división bastante rigurosa del territorio, como resultado de la cual la estación meteorológica perdió unos cuantos módulos funcionales clave, así como la torre. Durante sus carreras matinales a lo largo de la sierra proferían unas consignas beligerantes incomprensibles, y empezaron a utilizar la mitad de la salas de baile como gimnasios. Se hacía claro como el agua que el mundo se dirigía hacia algo muy malo, y a cada minuto podían ocurrir cosas terribles.

Aquel genio de la meteorología no tuvo de repente la sensación de que todo se iba al carajo. Hasta un cierto día intentó dominar forzosamente su propia decepción y encontrar un *modus vivendi* óptimo para afrontar aquel mal inevitable. A veces, en su tiempo libre, incluso le gustaba beberse un par de botellas de vodka con el jefe de los nuevos cohabitantes y practicar su inglés (de las tres lenguas occidentales que hablaba, como buen súbdito de los Habsburgo, precisamente ésta era la que peor conocía). O, digamos, jugar con él al ajedrez (las fuerzas de los jugadores eran prácticamente iguales). Además, según su parecer, los ciclones y los vientos seguían siendo los mismos y las estrellas se abrían igualmente paso tras las nubes en el cielo movedizo y los gritos de los pájaros continuaban cruzando el aire tenso.

Pero un día quedó desconcertado cuando, indignado por la enésima infracción de la meteosoberanía y acordándose del derecho del primer propietario, o mejor dicho, impulsado por las sospechas, irrumpió en el territorio prohibido, y en uno de sus

departamentos pilló a su esposa y al jefe de los espías en el *entrelazado de cuerpos* (así pues, nuestra película deja de ser del género científico y pasa al melodramático). Al cabo de unos días (más bien, noches) ella abandonó aquel lugar para siempre (cuatro *gutsules*^[17] llevaban sus bártulos tras ella por la pendiente del pastizal; luego el pañuelo blanco de gasa apareció detrás de los primeros árboles del bosque antiguo como si fuese la mitad superior de la bandera nacional abatida). Él nunca consiguió retar a su amante. Pero aquella noche se emborrachó como una cuba; y la siguiente, también.

Entre estas noches y la noche del último descenso del Ángel de los Ciclones al pastizal Dzindzul, aún consiguió vivir, como de milagro, un año más. En realidad, todo se iba a pique: el vodka no daba sino quitaba, Hitler anexionó a los checos y cada nueva directiva de la dirección de Varsovia sabía a pánico y hurto; además, según todos los síntomas, pilló la sífilis de una de sus desdentadas amantes. Esta vez el Ángel de los Ciclones no tuvo ninguna oportunidad, aunque al cabo de trece años todo parecía casi igual: el mismo pastizal Dzindzul, la misma hierba, la misma mirada cristalina al cielo; sólo que esta vez resultó ser un voluntario mucho más auténtico, que se pegó un tiro de experto a voluntad.

Sólo nos queda pensar que después de su *dimisión* los asuntos meteorológicos empeoraron aún más; el cuartel se dispersó en diferentes direcciones, agotado totalmente por sus propias necesidades, o posiblemente, por el rugido incesante de los vientos y los gritos de los pájaros. Sorprendentemente, al mismo tiempo empezaron a desmantelar también el almacén vecino; daba la impresión de que este lugar sólo les interesaba mientras se trabajaba con los fenómenos naturales.

Se llevaron las últimas cajas fuertes con archivos secretos y listas de agentes con dirección a Transilvania unos días antes del 17 de septiembre del treinta y nueve. Más tarde sólo hubo un gran y devastador incendio: se quemaron muebles, suelos, se fundieron las paredes, y junto con ellas, los gramófonos, los aparatos de radio, el sinfín de herbarios y los manuales de ruso, que aún hoy podrían ser de utilidad.

Y así acaba la primera prehistoria.

Y para que empiece otra, las ruinas de la estación meteorológica quemada deben quedar intactas más o menos tres décadas. Aunque «intacta» es decir mucho: de una manera u otra era utilizada por viajeros accidentales que se ponían a salvo del granizo y de la nieve bajo los restos de las bóvedas; o por los habitantes de los alrededores, que hurtaban por necesidad algunos fragmentos y segmentos de aquella integridad pretérita. ¿Qué más pasaba, aparte de esto? Unos hacían fuego con los muebles todavía no aniquilados del todo, otros hacían el amor en las costillas de los calefactores carbonizados y otros se morían de miedo escuchando el aullido de los lobos y, claro está, el grito de los pájaros.

En cualquier caso, cuando en los años sesenta-setenta una comisión de la región visitó el terreno, reinaba en él una desolación total, y entre los olores predominaban las miasmas.

La comisión arriba mencionada trepó a la sierra más alta con una finalidad concreta: eran tiempos de *activación del trabajo con la juventud y, especialmente, con los adolescentes*; el gobierno volvió a prestar atención al problema del ocio de los *hijos de los trabajadores*; se daba una importancia máxima a la educación deportiva y física; el movimiento olímpico abarcaba el territorio de todo el país, y por todas partes se hacían minuciosas y costosas búsquedas de jóvenes talentos para la reserva olímpica. *Nuestras* victorias deportivas corroboraban el triunfo general de *nuestras* ideas. Está claro que también *éramos* imbatibles en los deportes de invierno. Aunque en algunas de las disciplinas *se notaba una tendencia a cierto atraso*, y se dedicaron varias sesiones plenarias completas y reuniones por teléfono para tratar de superarlo. Los peores eran los saltadores de trampolín, a los que los periodistas agudos bautizaron con el nombre metafórico de *Los esquiadores volantes*. Así pues, *comprendiendo las necesidades* y demás, la comisión regional decidió establecer un internado para jóvenes deportistas esquiadores de montaña. Y que este internado fuese el semillero de *nuestras* deslumbrantes victorias. (Había, ciertamente, ciertos motivos de esperanza para tan altas aspiraciones: los niños de aquí, de Galitzia, desde la primera infancia se sentían muy cómodos con los esquís de montaña y con sus trucos a veces se ganaban algún dinerito *para cerveza* y tabaco gracias a algunos papanatas forasteros).

Y a pesar de que por aquel entonces en la granja ya no quedaba ningún *caballo galitziano*, y la ramificación férrea de la estación había sido destruida en sus dos tercios ya en los primeros años de posguerra, una de aquellas primaveras la vida retornó al pastizal de Dzindzul.

Esta imagen es un poco diferente de la anterior: por primera vez notamos aquí la aparición de unas monstruosas orugas, el rugido de los motores por primera vez compite con el gemido de los vientos sobre la sierra, pero el motor principal de las obras sigue siendo el *vodka*, reforzado con las palabrotas guturales del jefe de obra, llevadas por los vientos a Transilvania, igual que todo lo demás en esta región.

El internado, con el trampolín inconcluso, fue solemnemente inaugurado para la nueva temporada de invierno. Unas cuantas decenas de los niños más dotados ocuparon sus sitios en las aulas y dormitorios, sacando al mismo tiempo partido de las ventajas de la calefacción autónoma, de las duchas y las alcantarillas que fueron reanimadas con ciertos esfuerzos sobre las ruinas del pasado de la estación meteorológica.

Sin embargo, con todo ello, la *dirección regional* cometió un error que poco tiempo después tuvo unas consecuencias absolutamente fatales para todo el proyecto. De hecho, ¿por qué fue un error? En realidad, no tuvieron otra opción: ninguno de los lugareños se dejó convencer ni hizo caso a las amenazas, y algunos incluso aludían claramente al *sitio embrujado*. Así que sólo un tal Malafiey consintió ser el director de aquel internado. Cubierto de pecas y granitos, era un tipo francamente achacoso, de unos treinta años, licenciado del Instituto de Cultura Física, procedente de un

pueblo de la fraternal Nechernozemie, saltador sin fortuna que en sus tiempos ocupó el lugar setenta y nueve en la espartaquíada provincial, y a partir de entonces se conformó con el sueldo soso de profesor de educación física en colegios, viviendo solo, de manera negligente, y en general pasando desapercibido, aunque de vez en cuando se emborrachaba increíblemente *el día de cobro*. «Me importa un comino», decía Malafiey haciéndose cargo del internado lejano en las montañas. «Menos mal que aquí no apestará a ruso», pensó el jefe de la sección, estrechando con repugnancia la mano sudorosa de Malafiey.

Pero quedándose a una distancia y, lo más importante, a una altura segura de la existencia del jodido profesor de educación física y sintiendo, además, la plenitud y la práctica infinitud de su omnipotencia sobre los adolescentes, el recién nombrado director del internado saltó con una rapidez atolondrada a su siguiente encarnación. Tras un par de meses de gobierno caluroso y bien alimentado de aquel enano territorio bajo las nubes, perdió para siempre su anterior timidez tartajosa, sus manos dejaron de sudar y sus orejas de enrojecer; por lo que se refiere a su nariz de gallo, bueno, claro que no pudo convertirse en la de un águila, pero cogió un lustre significativo. Todas estas metamorfosis podrían ser alentadoras si no hubieran ido acompañadas de una expulsión impetuosa de todo lo que este hombre guardaba en lo más profundo durante años, sin esperanza alguna de emerger. Y así llegó la hora de Malafiey.

Antes que nada, se concentró en los órganos sexuales femeninos. Después de haberse follado a varias profesoras pobres e indefensas (las de lengua ucraniana, geografía e historia medieval) en pocas semanas, como si hubiesen sido expuestas a la vejación, estuvo a punto de tirarse a la cocinera sordomuda de unos sesenta años que olía a grasa combinada, y finalmente infringió el último límite de legalidad, obligando a realizar ejercicios prohibidos a unas estudiantes. Comportándose agresiva y descaradamente, se dio cuenta de que los mejores métodos de administración eran los del dictador, por eso mantenía a todas sus víctimas en un total abatimiento y obediencia, consiguiendo sus objetivos por medio de pellizcos, puños y esposas traídas de quien sabe dónde, la mayoría de las veces en la alfombra de su propio despacho, aunque a veces también en medio de la clase, en las colchonetas del gimnasio o en los anexos subterráneos de las duchas.

Además, gracias a su nuevo cargo, tuvo la oportunidad de emborracharse de verdad, sin contenerse y sin limitarse solamente a los días de cobro. Para ello, utilizaba mayoritariamente a los estudiantes de sexo masculino, inventando algo semejante a una carrera de larga distancia hasta el chiringuito del kilómetro 13 y de vuelta («otra *carrera por un terreno muy accidentado*, ¡tiempo!»), y a ninguno de sus discípulos se le recomendaba llegar con una *botella* pasadas las dos horas treinta y cuatro minutos dieciséis segundos y setenta y siete centésimas. A la larga, inventó para ellos un ejercicio de medio maratón más, mucho más duradero: llegar a la tienda en la estación de ferrocarril, adonde traían a veces colonias famosas (¿Chipre? o

quizás, ¿Fragancia de Pino? ¡Uy, estos olores de infancia!). Porque, por alguna razón, Malafiey ya no soportaba el vodka casero local.

Todo lo demás iba bien, y como miembro del Partido Comunista, tras haber descansado, ya sobrio y arreglándose por lo menos un poco, bajaba personalmente al valle para asistir a las reuniones de las células primarias del partido.

Su dominio sobre el internado y el mundo habría durado otro año más, si no hubiera sido por una nueva estudiante, a la que, a mitad de curso, trasladaron de otra región por sus éxitos en el esquí de montaña. La chica resultó ser de una educación demasiado tradicional: al cabo de un año tenía que casarse y, como dicen, se *reservaba*, así que, durante unas cuantas semanas consiguió escapar de los embates y amenazas de un Malafiey cada vez más rabioso («¡te arrancaré el coño, puta infame!»); pero finalmente, un día, muy tarde por la noche, tras cumplir su turno de limpieza de la cocina y tras lavar medio centenar de platos sucios de papilla de sémola ya después del toque, pillada en un rincón desesperadamente apartado cerca de la salida del comedor (las pinzas abiertas cubiertas de pecas, el chasquido del interruptor, la mezcla pesada del olor de colonia y aliento de tripa), finalmente cedió, y en el último momento impetró susurrando un único «¡cariño!», y por tanto, según las normas populares, perdió la *virginidad*.

La mañana siguiente huyó, desapareció, se disolvió en las nieblas y los vientos; en realidad, al cabo de cinco días apareció en su región (ésta ya es otra historia con coches de paso, trenes de cercanías y el *último* autobús repleto de leñadores borrachos); ahora sólo nos queda imaginar todos sus testimonios, las lágrimas que se deslizaban por los labios mordidos, las revisiones médicas, los cardenales en las nalgas, el reconocimiento del ano, los testimonios de las palizas, el crujido de los dientes, las reuniones por teléfono, las reuniones a puerta cerrada de los funcionarios de educación y los órganos judiciales y la toma de una *decisión difícil* para el poder ejecutivo.

Igual que la primera vez, todo acaba de la peor manera posible: avanzada la noche, bajo una intensa nevasca, un destacamento de desembarco irrumpe en la escuela de la reserva olímpica (¿cómo les habían lanzado allí, en helicóptero?); de hecho, son tres o cuatro hombres forzudos, van por los pasillos, por los despachos, por las clases, pero no le encuentran en ningún sitio; finalmente, uno de los niños les señala tímidamente el sótano. Una tía medio desnuda, entre lágrimas, sale corriendo de la ducha; torrentes de agua caliente caen en el suelo de cemento, él se atrinchera desde dentro con ayuda de un armario, ellos le dan diez minutos para que se vista («¡y nada de sorpresas, héroe!»), pero como no se presenta ni en veinte, empieza el asalto. En el vigésimo segundo minuto irrumpen en las duchas y, abriéndose paso entre la cortina de vapor y pisando los frascos de colonia vacíos, finalmente le encuentran en la última cabina, donde ya todo está teñido de rojo. Un frasco rojo le había servido para cortarse con éxito las venas de ambas muñecas y apuesto que su última frase fue aquella que había oído de niño en una película: «Mientes: no

pasarás»...

Éste es de hecho el final de la segunda prehistoria, porque no merece la pena explicar que el internado de esquí de montaña con el trampolín aún inacabado pronto fue liquidado. Los más competentes entre nosotros se acordarán de que aquella misma temporada el gobierno del país hizo un giro muy pronunciado del esquí de montaña al remo en canoas.

Y por eso, de nuevo la desolación, la aniquilación y el esparcimiento por todos lados de todo lo que una vez había existido.

Para que empezara la tercera —y aún inconclusa— prehistoria, tendría que pasar un cuarto de siglo más, pero no de cualquier manera. De hecho, esta tercera parte podría no haber empezado nunca si no fuese por toda una serie de fantásticos cataclismos, como consecuencia de los cuales en la ciudad de Berlín, alejada del pastizal Dzindzul, cayó el Muro, el mapa geográfico de la Europa del Este cambió radicalmente tanto en colores como, en parte, en contornos, mientras en el nuevo estado de Ucrania aparecía un tipo nuevo de gente, o sea, surgía una posibilidad, estrecha como el ojo de una aguja, de enriquecimiento bastante rápido y sin condiciones. Así, a mediados de los años noventa, todo volvió a la vida: contratos, certificados, hipotecas, acciones, varios bancos efímeros, *trusts* y *holdings*, y luego, un ciudadano desconocido, Vartsábych I. I., de repente se apropió de todo; aunque, de hecho ¿a quién le importaba? Demos gracias a que existiera y se apropiara de todo; si no, ¿qué hubiera sido de mis *héroes* de aquella noche?

Así pues, en unos dos o tres meses las tres plantas del mencionado edificio fueron de nuevo levantadas junto con la torre y las terrazas: tejas metálicas finlandesas, tabiques alemanes, azulejos de España, *parquet* de Italia, aparatos sanitarios de los Emiratos, no, perdón, el *parquet* era de los Emiratos, y los aparatos sanitarios de Bélgica, y, claro está, calderas de calefacción exclusivas, tuberías de cobre, agua, fuego, plástico laminado, ventanas metaloplásticas y ventanas de buhardilla a trescientos pavos la unidad: a todo eso lo llamaron el balneario «Taberna “En la Luna”», exactamente así, con las comillas de por medio.

Como veis, esta prehistoria es muy corta, pero aún no ha acabado.

Mientras tanto, había amanecido y era necesario despertar a Zumbrunnen. Nos ayudará a examinar la casa desde dentro, mientras los demás duermen. Confiamos que su mirada miope sea profesionalmente más atenta que la del resto de los ojos aquí presentes. Es por eso que era necesario despertarle precisamente a él. Pero ¿cómo?

Karl-Josef Zumbrunnen se despertó porque detrás de la pared alguien hacía inequívoca y ruidosamente (¿cómo decirlo?) el amor. Una voz femenina alcanzaba unas alturas tan estridentes en la jerarquía sonora que se podía imaginar toda la inagotabilidad de su pasión, juntándosele de tanto en cuanto otra voz igual de loca. En lo que a la voz masculina se refiere, no había ningún tipo de seguridad; sin embargo, un par de veces llegó un murmullo gutural satisfecho; además, parecía que todos los muebles de aquella habitación, no sólo la cama convertida en batuta,

saltaban a un ritmo unánime cada vez más acelerado. Sin saber qué tenía que hacer con su erección involuntaria, Karl-Josef calculó mentalmente que la habitación al otro lado de la pared no podía ser en ningún caso la del matrimonio Vorónych-Pepa y su corazón se sintió sensiblemente aliviado. Sí, estaba completamente seguro de que a la señora Roma y a su marido les habían dado la habitación, en primer lugar, dos puertas más allá de la suya y, en segundo, al otro lado del pasillo. No le quedaba más que llegar a la conclusión, con un nuevo esfuerzo de memoria, de que la antes mencionada sonoridad feérica llegaba de la habitación del anciano profesor Doctor. Renunciando a buscar una explicación al fenómeno, Karl-Josef (la erección continuaba) se volvió contra la pared cuando de repente todo acabó con un orgasmo huracanado: ambas voces temblaron al unísono por última vez, y a partir de aquel momento todo, muebles incluidos, se serenó.

Pero ya no podía volverse a dormir. Su imaginación excitada le ordenó levantarse, realizar la terapia mínima necesaria (la excitación se calmó sólo después de una ducha invernal) y pasear por aquel edificio inmóvil. Así que, al cabo de unos diez minutos, salió al pasillo y, antes que nada, se quedó durante un rato quieto cerca de la puerta de la habitación vecina. Pero el silencio en el interior, igual que en todas partes, era tan profundo que había que imaginar el sueño mortal que se había apoderado de aquella desconocida pareja tras alcanzar la cima del amor. El poeta Antónich describió un caso semejante (ver «La balada de la muerte azul»), pero Karl-Josef no lo sabía. Tampoco sabía si esta vez realmente se trataba de una pareja.

Todo lo que veía Zumbrennen vagabundeando de un piso a otro, pasando de un ala a otra, atravesando las salas grandes y los sectores menores, daba la impresión de ser una extraña combinación de épocas, y trozos enteros de su existencia pretérita le asaltaban y penetraban en el presente de manera abrupta, ora con un fragmento de pared sin enyesar, hecha de cemento Serafini de antes de la guerra, ora con un trozo de mosaico con cosmonautas soviéticos y un satélite artificial. O bien, en un nicho absolutamente inesperado aparecía, en su desnudez desvergonzada, una bañera austríaca de hierro fundido, con los grifos de color verde noble, o un ciervo fluorescente, la obra cumbre del pensamiento decorativo de los años sesenta, en tamaño original, sorprendiendo a todos desde su pedestal cubierto de guijarros.

Otra cosa que atraía su atención era la increíble cantidad de trastos que había; todo lo que iba encontrando en estas habitaciones, pasillos y escaleras, llevaba en sí el mismo sello de la coexistencia quimérica y simultánea de diferentes estratos de objetos cotidianos, entre los que había: unos ordenadores, copadoras con fax, impresoras, simuladores y sintetizadores, además de los estimuladores y sublimadores con los cables enroscados, algunos de ellos totalmente destruidos; el lujo láser-digital se intensificaba con unas videocámaras abandonadas a su propia suerte, equipos de cine caseros, antenas de televisión por satélite y de televisión terrestre, televisores de diferentes generaciones, minicadenas con y sin karaoke, monitores, equipos de limpieza al vapor, aparatos multifuncionales de cocina; por

doquier se divisaban diferentes mandos a distancia y otras tonterías como módems, enchufes, lámparas halógenas, radios, módulos de alimentación, *walkmans*, tetris, teléfonos móviles y sus correspondientes complementos; toda esta diversidad se tornaba fácilmente libertina porque entre ella se encontraban depiladoras excesivas, vibradores, eyaculadores, potenciómetros con palillos de descargas eléctricas, dispositivos de visión nocturna, máquinas de excitación rápida, equipos de ordeño automático; y dispersos, sin orden alguno, batidoras para cócteles y mezcladores de sonido, tostadoras, elevadores de voltaje, algunos winchesters, minisistemas tierra-aire-tierra, secadores para los sobacos y para debajo de los sobacos, y también para ingles. No sería de extrañar que casualmente encontrásemos por ahí una maleta con un botón nuclear. Sin embargo, todo esto constituía sólo un tercio del total; allí había también platos con incrustaciones, de metal y de cerámica (de color amarillo, verde y marrón), hachas y placas forjadas, sombreros, fusiles y cinturones anchos, águilas de madera lacada, osos, lobos, cabezas de jabalíes de cristal orgánico y naturales, bordados, *guerdan*^[18] y collares normales, caballos y unicornios de queso, cigüeñas en sus nidos, murciélagos, dragones de madera en lámina flexible, *drymbas*^[19], balsas, trembitas, azulejos de Bajmetiuk, panderos, *tobivkas*^[20], *dentsivkas*^[21], bolígrafos con gutsules erectos, *floyar*^[22], *djolomia*^[23], cajas con piedras de río y conchas incrustadas, collares de coral, *plajta*^[24], *sardaka*^[25], *keptar*^[26] y *kapuz*, trajes deportivos Adidas hechos en China, *postoli*^[27] con *nogavitsias*^[28] unas tijeras para esquilaer ovejas y otras para esquilaer cerdos, *lízchnik*^[29] (de color gris, negro y carmesí), matrioskas con la imagen de Yeltsin, huevos pintados con símbolos de astronautas y de los juegos olímpicos, retratos de san Yuri, de Yuri Fedkóvich, de Iván Franko y del actual presidente, bordados en punto de cruz, jarros, *kumanets*^[30] y cantimploras, ya mencionados anteriormente como cerámica, el conjunto de esculturas *El comisario Kúdnev hace las paces con el general Shujévich*; es decir, daba la impresión de que en la actualidad el museo entero del arte de Galitzia, junto con el mercado de Kosiv, se había trasladado por algún motivo precisamente aquí; pero, para que no faltase nada, allí también se encontraban espadas de samurái, de árabes y de turcos, dientes de dragón, unos cuantos cuadros de Fragonard (originales) y aproximadamente el mismo número de Fraunhofer (copias), colmillos de elefante y de mamut; moluscos mesozoicos petrificados hasta el límite, ya en los tiempos en que hasta aquí llegaba el mar; libros antiguos de Cábala y balística impresos con letras góticas, raíces de mandrágora conservadas en alcohol casero junto con lagartos y salamandras; piedras de riñón y de la luna, arañas y espejos venecianos, ónice, calcedonia, una pluma de pájaro dorado, huevos de Archeopteryx, un juego de balas de plata, sobre las cuales siete *ksiadz*^[31], sietes curas y siete rabinos leían sus correspondientes sermones; unas pistolas de duelo españolas Duende (cada una en su funda), cuchillos de ebanistería, estiletes, brazaletes (tanto en el sentido directo como en el figurado), amuletos, ballestas, toneletes, gimoteadoras, nadadoras y feladoras de

yeso, pornografía oleográfica de los tiempos Victorianos, urnas con los restos de señoras y señores quemados vete a saber cuándo y por qué delitos, una colección módica de calaveras utilizadas para el vino tinto, animales disecados, abanicos y ceniceros, la piel de King Kong, todo un surtido de cabellos de ángel y muslos de pollo, además de una infinidad de otros *souvenirs* de la cultura material del pasado.

Otra cosa que dejó estupefacto a Karl-Josef durante el examen de aquella casa estaba relacionada con las puertas; pero no tanto con su número inabarcable, que correspondía al número de estancias y pasillos, como con las inscripciones que había en ellas. Además, en toda la casa no había dos letreros iguales, como si los hubieran arrancado de un sinfín de lugares y llevado a este lugar extraño, por lo que el efecto de caos estúpido sólo se intensificaba, lanzando a Karl-Josef a un rincón apartado de vagabundeo y recuerdos vanos.

La mayor parte de los letreros (SALA DE TRATAMIENTOS, PROCTÓLOGO DE GUARDIA, SALA DE DISECCIÓN) parecía indicar su actual función de institución balnearia y sanitaria, algunos parecían universales y no significaban nada (SUPLENTE, CAFETERÍA-COMEDOR, MATADERO DE PÁJAROS, SALA DE ACUMULADORES, DEPARTAMENTO DE QUEJAS Y DENUNCIAS), mientras que otros daban órdenes o recomendaciones, cosa aún bastante corriente en este país (SALA PARA DIPUTADOS, PROHIBIDO FUMAR, CÁMARA CERRADA, PROHIBIDO EL PASO). Sin embargo, si todo esto aún se podía entender de alguna manera, los siguientes letreros parecían absolutamente incomprensibles: DESPACHO DE PENAS, ÚLTIMA COMUNIÓN O AL TÚNEL. También había algunos excesivamente frívolos: SALA PRIMAVERAL DE BILLAR, SALA DEL SILENCIO DE LOS CORDEROS, HABITACIÓN DE LA RISA N.º 6.

Karl-Josef se inclinaba a pensar que no los entendía a causa de su insuficiente dominio de la lengua local, una versión bastante creíble si no le hubieran perseguido otros letreros en lenguas más conocidas: FUCKING ROOM; RED ARMY OF THE UNIVERSE; DO NOT MASTURB, PLEASE; y luego: EXQUISITE CORPSE, ETERNAL DAMNATION, HELLFIRE, KISS OF DEATH, TORTURES NEVER STOP (sin querer se acordó de las portadas de color negro y sangre de la época en la que iba al colegio y se moría por el *metal*, desde el fondo de su memoria emergió una primera fulana, vestida con pieles negras y cadenas, con los labios sangrientos en una cara blanca de muerte); y los siguientes no fueron peores que los anteriores: DANCE MACABRE, SUICIDE REHABILITATION^[32], simplemente the doors (por alguna razón extraña lo ponía en plural), y luego: PRIMER DEPARTAMENTO, JEFE DE RECURSOS HUMANOS, SECCIÓN DE VISADOS Y REGISTROS, ACHTUNGSCHEISSE^[33], VAMPIRTREFFPUNKT^[34], el absolutamente inoportuno LOKALBAHN NACH BADEN^[35] (con una flecha que por alguna razón señalaba al sótano) y el infinitamente ilógico DAMEN-PISSOIR^[36]...

Después de haber visto todo aquello, quiso salir fuera lo más rápido posible, y se topó milagrosamente con una terraza donde reconoció las bolsas, maletas y mochilas

que habían dejado la noche anterior y que aún no habían desembalado; tras entretenerse una media hora con la cerradura de la puerta principal, saltó hacia la pendiente bajo el zaguán, todavía helada, donde finalmente le tranquilizó la idea de que, como había salido de su habitación sin gafas, la mayoría de lo que había visto eran visiones.

Y ahora baja decidido, cortando el aire con las manos, frenando en el suelo resbaladizo; se vuelve y busca entre los primeros arbustos de enebro un sendero hacia el valle, donde no hace este viento, este frío y los pájaros no gritan, donde ya hace unas cuantas semanas que llegó la primavera. Ésta es la primera vez que Karl-Josef anda por este camino, pero no la última.

Tenemos que seguirle si realmente queremos ver este lugar. Así pues, dejamos atrás la cordillera y la frontera con Transilvania, y delante, o sea, abajo, está la primavera, que aumenta a cada centenar de metros y ahora ya se respira en las piedras relucientes del viejo camino militar y luego la recuerda el olor del enebro caliente. Piedras, enebro, y también pinos negros, y además hierba nueva, de este año. En un par de semanas, según todas las instrucciones de san Yuri, tendrían que haber llegado aquí los pastores con sus rebaños. Pero no vendrán, porque nunca vienen al pastizal Dzindzul. Y por eso la hierba aquí será más dulce.

Vamos a dejar a la derecha, en la pendiente, a unos doscientos metros, la torpe construcción del trampolín inacabado, que Karl-Josef grabará en su memoria como un objeto para su futuro álbum masoquista: los escalones hacia los distintos niveles oxidados, uno de cada dos roto, y la palanca con el revestimiento totalmente deshecho.

Más abajo habrá un bosque virgen, o sea un bosque que no ha plantado el hombre, sino el Antiespíritu. Es decir, ningún bisabuelo Karl-Josef Zumbrunnen, guardián imperial del bosque, tenía nada que ver con esto, pero consiguió mirar a hurtadillas al Antiespíritu (¿a la naturaleza?) para aprender cómo hay que plantar los árboles en este país.

Al mismo nivel del bosque, donde, como si fuese a la colosal estación de ferrocarril, entrará en unos momentos Karl-Josef Zumbrunnen-biznieto, al mismo nivel del bosque virgen, el camino se inclina cada vez con más suavidad; a ratos se hace casi llano, pero repleto de todo tipo de obstáculos: enormes baches llenos de moscas, árboles abatidos, crestas de barro, duras como piedras, hechas por las orugas (¿acaso estuvieron haciendo algo más el verano pasado?), y más adelante, el mismo tractor atascado sin esperanza alguna de recuperación; si durante el verano pudiera cubrirse de hierba, lianas y flores, ¡saldría una buena foto para una postal de estilo *kitsch!*; luego aparece de repente un alambre espinoso, restos de postes, las barreras verdosas de un paso a nivel, paneles de chapa de madera con señales de advertencia y prohibición; sin embargo, aquí estamos sólo nosotros y no un fotógrafo-espía; tenemos derecho a adivinar la presencia reciente de minas de misiles abandonadas, pozos que huelen a setas, a orina y a misterio absoluto, puestos de mando saqueados

y botellas de cerveza rotas.

Pero no sólo esto: aquí, muy cerca, hay otra red subterránea no menos secreta en sus tiempos: los bunkers. El último fue atacado con granadas a comienzos de los cincuenta y nadie pudo salir de él. Sin embargo, la versión con granadas es mucho más delicada que la del gas paralizante que afecta al sistema nervioso.

Así pues, siguiendo nuestro camino con Zumbrunnen, tendremos un rudimento más: la vía férrea, o mejor dicho, su parte más absurda, un muñón que va de ninguna parte a ninguna parte, sin comienzo ni final, idóneo para las serpientes que salen por primera vez a las traviesas el 7 de abril, de día, y luego viven entre ellas hasta finales de otoño. Karl-Josef no sabe nada de esta costumbre serpentina; por eso ahora se arriesga pisando estas mismas traviesas sin ver nada bajo sus pies. Pero esta vez se le perdonará por ser un visitante extranjero, y pasará sano y salvo encima de los reptiles invisibles, poniendo como por casualidad sus pies exactamente donde es necesario y sin prestar una atención especial a los silbidos de descontento desde abajo.

Ahora, este rudimento metálico, así como todos los que hay en el bosque, pertenece a Vartsábych, pero nadie sabe para qué los quiere. ¿Quizás, para nada en especial?

La vía acabará penetrando en un terraplén de piedras, por lo que Tsumbrunenn tendrá que hacerse paso durante un buen rato entre matorrales de avellano, buscando de nuevo el sendero del bosque que había abandonado frívolamente. Si lo encontrase, saldría directamente al recodo del río, ya listo para los pastos, es decir, joven y verde, aunque todavía con las huellas profundas de una crecida reciente, todo lleno de trampas pantanosas y de fango que chapotea bajo sus gruesos zapatos.

Precisamente gracias a ellos, a estos zapatos de salamandra, además de por su torpeza de forastero, le reconocerán tres o cuatro adolescentes que llevan unos jerséis viejos con los codos raídos y pantalones anchos de franela metidos en las botas hasta la rodilla, mugrientos y chillones; se cruzarán en su camino después de salir corriendo de su choza llena de humo, que está un poco más arriba del Río, le empezarán a hostigar por todos lados; estos descendientes lejanos de los brahmines condenados, que llevan pendientes indios en las orejas y en la nariz, le rogarán en todas las lenguas de este lugar («*gimme, gimme some Money, sir, gimme some candy, some cigarrete, gimme your palm, your soul, your body!*»)^[37], vale, *okay*, no en inglés, he exagerado un poco, pero sí en el resto de lenguas, es decir, con muchas palabras de muchos idiomas, el sánscrito incluido. Le acompañarán hasta el puente, porque él irá hacia el puente (es allí donde acaba el sendero del bosque), y pensará que estos niños, por su edad, hubieran podido ser sus hijos, pero a pesar de ello no les dará ni un escudo, sólo cinco *grivnas* al final de todo.

Cuando pise el puente, le impedirán dar un paso más, porque tienen prohibido atravesarlo: allí está el mundo prohibido, la carretera llena de baches; al otro lado se encuentra la hondonada, que en verano se cubre de lampazos, y al fondo de la hondonada hay decenas de viejos coches destrozados. Es una especie de vertedero de

automóviles, el fin del mundo, decenas de carrocerías, cabinas de rolls-royce, de mercedes, de Volkswagen oxidados, y por supuesto, de ladas y skodas, y todo eso también pertenece a Vartsábych, aunque nadie sabe por qué la gente trae aquí toda esta chatarra. Así que, es una hondonada, y por eso, casi enfrente del puente, se ramifica de la carretera otro camino más, o mejor dicho, una vía, o incluso una Vía, o sea, un sendero de leñadores que formará un recodo hacia arriba a lo largo del torrente siguiendo la corriente de éste, subiendo cada vez más y más; pero no hace falta seguirla, no, no, no hace falta, porque allí se halla el final de los finales, el kilómetro número 13, el rincón apartado con la última *knajpa* en el mundo para leñadores o soñadores.

Así pues, los adolescentes dejan que se vaya y se quedan en el lado verde del riachuelo. Tienen prohibido atravesar el Río, pero tampoco pueden ir al bosque. Y así viven, entre dos terrenos prohibidos, en una parcela estrecha, entre el miedo de ayer y el miedo de mañana.

Acabados de cumplir los treinta siete años, Artur Pepa se dio cuenta de que tenía corazón. Todo había empezado con unos despertares nocturnos, cuando de repente se quedaba a solas con el vacío negro y pegajoso, medio sumergido entre los restos descuidados de sus sueños. Su otra parte era totalmente consciente de su elevación hacia el aquí-y-ahora, pero no por eso se sentía mejor. Él mismo decidió atribuirlo al alcohol. Y en realidad, la maldita taquicardia se hacía presente enseguida, especialmente después de los interminables *carnavales* y *jam sessions* de desenfreno y descenso a los abismos. Había que arrancar con decisión a mediodía («dos de cien, un zumo de tomate, cualquier cosa»), alcanzar la verdadera plenitud por la noche («*moonlight and vodka, take me away*^[38]») y finalmente quedarse en el primer sitio que encontraba hasta la madrugada, liquidando esmeradamente los restos de todas las botellas y destripando todos los paquetes de tabaco («¿quién corre por los non-stops, yo?»); sí, era suficiente pasar otra vez por todas estas etapas de *non-stop* para que al día siguiente volviese *aquello* con una inevitabilidad férrea. Alguien vio cómo un día se desmayaba en la taberna, cómo su cigarrillo caía en la taza de café, cómo ladeaba su silla y la pata metálica rechinaba por el suelo resbaladizo. El mismo no lo vio porque había caído durante unos minutos en la soledad y el aislamiento, en las profundidades de un ofuscamiento nebuloso y un silbido monótono («¿será posible que *allí* haya lo mismo —pensaba él luego— sólo ofuscamiento nebuloso y un silbido monótono?»). Sí, entonces se hizo tan evidente como el sudor que le empapó en cuanto volvió en sí.

En realidad, el accidente de la taberna no era el primero. Hasta tal punto que Artur Pepa empezaba a acostumbrarse e incluso a disfrutar de estos estados con la misma abnegación con la que se lanzaba contra aquel cambio vertiginoso de emociones durante los tránsitos de la sobriedad a la embriaguez. Algo había en esta repentina parada del corazón enloquecido, en su subida trémula hacia arriba, casi por debajo de la garganta, en esta mano de hierro que, con la experiencia de un pajarero, disfrutaba sujetándolo sin soltarlo. «Menos mal que todo ha ido exactamente así —se convencía a sí mismo—. Por lo menos, ahora sé qué es lo que me ha tocado. Un paro cardíaco súbito no es la peor de las opciones, podría haber ocurrido algo mucho más lento y destructor». Luego recordaba otras *opciones*: el crecimiento en el cuerpo de algunos tumores disformes tipo ameba, las metamorfosis con inmunodeficiencia, la atrofia terrible e infame de los músculos o la caída implacable al abismo vegetativo del Alzheimer; sin duda alguna, había tenido la suerte de una perspectiva bastante mejor. Sin embargo, a veces, por la madrugada, entre las dos y las cuatro, al reconocer la repetición inminente de la taquicardia, sufría. Temía que alguna vez su corazón no aguantase y se rompiera; no porque tuviera que no aguantar y romperse, sino por el miedo de que pudiera no aguantar y romperse. En otras palabras, temía

temer.

No hay duda de que los pensamientos sobre la muerte son un signo de una crisis vital. La crisis de Artur la podía explicar, básicamente, aquella peligrosa franja de edad a la que se aproximaba. Sin embargo, esta franja no aparece por sí sola y, de hecho, por sí sola no significa nada.

En cambio, había unos cuantos fiascos editoriales extraordinarios que ocurren siempre con todos y cada uno de los favoritos del público, en el instante en que su navegación libre y alegre deja de ser un asunto puramente personal. La consciencia de que todo el mundo siempre está esperando algo de ti, esta presión cariñosa, impaciente y continua desde fuera, hace que te apresures y que te pierdas a ti mismo. En el caso de Artur Pepa, lo peor no era que durante los últimos años hubiera obtenido un número récord de críticas negativas por cada gesto publicado (porque para él, el arte era mera gesticulación). Todo eso es nada, algo superficial, una incrustación temporal; todo eso son, básicamente, sólo las señas del extraño amor de los inocentes, de los envidiosos y de los intrigantes mezquinos a los que Artur Pepa ponía en su sitio (como a él le parecía). Pero había otra cosa: la pérdida del placer de escribir. Será más sencillo explicarlo con el hecho de que él, como todos los narcisos, requería de la admiración y de la fama. Sin ellas, Artur Pepa perdía su ligereza. Dejaba de gustarse a sí mismo y esto se reflejaba en sus obras. En otras palabras, acabados de cumplir los treinta y siete años Artur Pepa se dio cuenta de que no le gustaba escribir, que realmente odiaba esta actividad, que el escritorio se había convertido para él en un lugar de horribles torturas psíquicas y de la vergüenza dolorosa por todo lo que quedaba finalmente en el papel. A veces se estancaba en la segunda frase; otras, incluso en la primera, sin ser capaz de moverse adelante y acabar de alguna manera con esto, echar a ese diablo tartajoso de sus entrañas. En ocasiones, a consecuencia de una agotadora lucha de tres horas con una única frase, le quedaba algo parecido a: «La primavera contribuye al deterioro temporal del cutis femenino». Aunque otras veces quedaba satisfecho de haber escrito: «Su estúpida mente explotó en todas direcciones como si fuese estiércol de pájaros». «¿Quizás — se dejaba unos restos para la esperanza— mi escritura se ha vuelto más dura porque es mejor? Quizás, crear verdadera literatura requiere sumergirse en la tortura». Y Artur hacía una mueca de desaprobación por haber escrito una rima inoportuna. «Si pudiera no escribir, trabajaría la tierra», no tanto citaba como imitaba a alguien, por lo que todos sus amigos se partían de risa. Comprendían las citas.

Y a él, a Artur Pepa, también le comprendían.

Sin duda alguna, sobrevaloraba la atención social hacia su propia personalidad y el simple interés por él. En realidad, a muy poca gente le importaba qué era lo que escribía este hijo de puta; por eso, Artur Pepa más bien inventaba que sentía toda aquella enérgica presión que su entorno dirigía dolorosamente hacia él. Al fin y al cabo, ¡qué cojones de literatura era ésa, con su falsa e industrial mezquindad! ¡Qué coño de servicio a la palabra! Se trataba de cosas mucho más reales e importantes.

A los treinta y siete años, Artur Pepa de repente se dio cuenta de que a su alrededor la muerte empezaba a bailar un vals. Esto se manifestó en su círculo íntimo, alcanzable con la mano extendida: morían y perecían parientes, conocidos, conocidos de conocidos, y ante la obligación de asistir a los entierros, sacar el féretro, poner las coronas y santiguarse en las comidas de exequias casi dos veces al mes, era inevitable que se paralizasen algunos puntos determinantes (¡perdonémosle!) de su «yo» caprichoso y sensible. De su parte, de parte de la muerte, era mucho más abominable porque parecía una simple venganza por el librepensamiento que había profesado Artur Pepa en su juventud temprana. Un día de primavera atolondrada, cuando todavía no había aprendido a deteriorar el cutis de las mujeres, Artur Pepa escribió inconscientemente algo tan irresponsable y patético como: «Ni una sola palabra sobre la muerte. No es más que forma / con un significado eterno: vida, abejorros y rocío». Y la muerte no se lo perdonó al entallarle como si fuera un árbol su *pagarás por lo que has dicho*.

De esta manera, la muerte le infligió su trigésimo séptimo año, el colmo del cual fue el homicidio de su amigo íntimo, un periodista-moscón abierto a cualquier aventura (literalmente) arriesgada, al que arrojaron de un tren que iba a toda velocidad en algún lugar entre Zdolbuniv y Kiev (borrachera en el compartimento, tabaco en la plataforma, unos cómplices-compañeros de viaje accidentales, vuelo entre chispas, desmadre total). Artur Pepa no sabía casi nada sobre los reportajes de investigación que realizaba el difunto, pero de vez en cuando podía imaginar su riesgo.

Y cuando, al cabo de un par de meses después de lo ocurrido, el *representante de los órganos de ordenamiento jurídico* tranquilizó a la *colectividad* presente en la rueda de prensa afirmando que *este homicidio no tenía nada que ver con la actividad profesional del siniestrado, disculpen, del asesinato*, Artur Pepa también firmó una carta de protesta estridente, dos tercios de cuyas palabras se hinchaban rabiosamente en mayúscula. Pero qué importaban todas aquellas cartas o los convenios que había firmado en estado de embriaguez, lo más importante fue el rebosamiento de su copa interna. Desde el momento en que su compañero arriesgado partió para siempre hacia su noche más allá del vagón, salpicada de postes y listones, Artur Pepa comprendió que había ocurrido algo que jamás tendría vuelta atrás, que ya no habría épocas doradas: en adelante, sólo la condensación de la oscuridad y el frío.

Sin embargo, estas circunstancias tampoco pueden considerarse determinantes en su crisis. Todas éstas fueron, más bien, sus consecuencias: la debilidad de la escritura en la mayoría de los casos indica una devastación sentimental, y la muerte obligatoriamente se mete allí donde falta el amor. Así que, nadie, excepto el mismo Artur Pepa, podía saber que todo aquello que le pasaba era precisamente por haber perdido el amor. O (si esta combinación de palabras parece demasiado fuerte) por la indiferencia cada vez mayor hacia su, en otros tiempos querida, mujer. O (esto era a lo que más temía Pepa) por la capacidad perdida hacia el amor en general. Sí, esto era

una práctica y gradual extinción de su sexualidad, aunque a veces el centelleo de algunas caderas y nalgas callejeras, advertidas por casualidad, podía despertar en él al espermatozoario que había sido. El mismo que no hace mucho, en tiempos mejores, después de entregarse hasta el límite a la diaria navegación de miradas, guiños electrizados, después de respirar la primavera, el vino, los perfumes y los secretos de las secreciones, pudo entregarlo todo en una misma noche de forma tan generosa, que Roma Vorónych, su mujer, y la mejor de sus amantes, por poco pierde el conocimiento.

Era casi cinco años mayor que él, pero eso no tenía ninguna importancia entonces, en el momento de su primera aproximación.

Todo empezó con una exposición de litografías en el Museo de Antigüedades. Tuvieron suerte de vivir en aquella ciudad donde semejantes actividades eran indispensables para poder diluir de vez en cuando aquel deprimente anquilosamiento. Artur Pepa no entendía muy bien las particularidades de aquellas litografías, especialmente de las de color (porque aquella era precisamente una exposición de litografías en color); pero no podía dejarlas escapar, aunque sólo fuera por la posterior borrachera que, en semejantes casos, tenía lugar con la participación de todo un ejército de *comediantes errantes*. («¿Sabes?, se me para el corazón sólo de pensar que aquella noche hubiera podido no ir», le dirá dentro de unos años, en la cama, feliz a causa del agotamiento, con la mano recién tranquilizada en su vientre pegajoso por las caricias amorosas. Ella entenderá que se trata exactamente de aquella exposición porque le responderá: «Y yo iba a pasar sólo cinco minutos, porque allí había unos cuantos conocidos»).

Con todo quizás aquella no fue una exposición de litografías en el Museo de Antigüedades. ¿Se trataba más bien de una exposición de relojes mecánicos en el Museo de Anatomía Patológica? ¿O de alguna *performance* con un pez de plástico y termómetros de mercurio? Ahora no tiene ninguna importancia para nosotros. Y tampoco la tiene para ellos.

Pero entonces, adelantándose en la estrecha escalera de madera a una joven con abrigo y tratando de no pisarle los talones a una niña, a la que tomaba de la mano, Artur Pepa tuvo que detenerse para coger a la citada mujer por el codo. La historia del tacón roto en las escaleras tuvo que continuar: sintiéndose como la parodia de un paje de una reina despreciada por la plebe y respirando con negligencia en la cara de la mujer salvada con una mezcla quimérica de cerveza, café y coñac recién bebidos, Artur Pepa se puso a buscar al protagonista de la exposición («Espéreme un segundo, un segundo, ahora vuelvo...»), le dijo, y se lanzó escaleras abajo, hacia la muchedumbre de la exposición de la que rescató a su máspreciado amigo, Furman, con sus gemelos y sus manos de oro); aquella noche, Furman, como anfitrión de la actividad, llevaba un frac alquilado en la ópera que no le impidió, siendo un héroe y estando medio borracho, armarse con el martillo y los clavos del museo y reparar el tacón roto (¡sea lo que sea!) del zapato de oro de aquella desconocida señora Torpe.

«Aquí tiene», declaró solemnemente Furman, escupiendo un clavo sobrante como lo haría un modisto modesto, gracias a lo cual fue besado en la mejilla; y Pepa, para no perder la iniciativa, pidió caballerosamente permiso para ponerle el *méshtik*^[39] en el pie (¡un museo de antigüedades! ¡Clavecines! ¡Una fiesta de gala! ¡Rococó! ¡Ohohoh!); claro está, se trataba de su pie, aunque no se permitió el decirle: «Deje que la calce», por mucho que se le iba la lengua. «Ésta es Kolia», dijo ella, señalando por algún motivo a una niña y riéndose nerviosamente. «Kolomea Vorónych», la corrigió solemnemente la pequeña, insistiendo en la «r» en medio de su apellido de tal manera que salieran de él al menos tres «rrr». Las dos llevaban el mismo abrigo, con la única diferencia, evidentemente, de la talla, y un peinado extraordinariamente parecido. Por eso, el borracho Artur Pepa pensó que ante él había un hada con su discípula. «De todas formas, bebería champaña de allí», y señaló al *méshtik*. «Bueno, me están esperando», aseguró el inteligente de Furman, y desapareció oportunamente.

Al cabo de unos diez minutos iban por el Mercado a buscar su champaña de chamán (no era la época más apropiada para tales ideas, precisamente entre la agonía del comunismo y la lluvia torrencial mezclada con nieve en abril), así que, cuando la siguiente ráfaga de viento frenético y fatal le arrancó el paraguas de las manos, y por algún motivo ella se echó a cogerlo, saltando de un adoquín a otro como una cigüeña, llevando aquellos tacones y sin esperanza alguna de conseguirlo, ya que el paraguas se había roto por completo, precisamente en aquel instante a Artur Pepa le pareció que esta hada ya hacía tiempo que había caído en desgracia ante todas las fuerzas supremas del mundo, que no le iba tan bien la vida, y que él quería hacer algo por ella, porque si no, a él mismo le llegaría su fin.

Es precisamente esto lo que, en líneas generales, tenía en cuenta cuando al cabo de un par de años susurró en la cama aquella frase típica de los enamorados: «Sabes, se me para todo sólo con pensar que aquella noche hubiera podido no llegar». Porque aquella noche finalmente llegó.

Roma Vorónych daba clases de alemán y era una joven viuda. Había estado casada con un cierto etnógrafo originario de Kolomiyschyna. Mucho mayor que ella, buscaba una chica de Lviv que pusiera en orden su vida privada, una numerosa colección de *sardak*^[40] y de *vitinanka*^[41], y también su úlcera de soltero cada vez más fastidiada. «¡El señor Vorónych se va a matar —le decían las preocupadas entusiastas de los *claros manantiales de la belleza popular*—; necesita atención femenina estable!». Pero todas se mordieron la lengua cuando un día el señor Vorónych declaró que se casaba. Y en verdad era un matrimonio desequilibrado, incluso las favoritas de sus espesos y caídos bigotes color trigo lo reconocían. Qué era lo que inducía a Roma a atar su vida (¡sí, sí, exactamente: atar su vida!) con este anciano desaseado, con sus toses, sus dientes y sus calzoncillos amarillos, su medalla de la excelencia de la enseñanza popular, con sus *kolomyikas*^[42] escritas con un lápiz químico en sus cuadernos escolares, y con —la verdad, esto no es ningún pecado— el terrible hedor de sus calcetines, no lo puede decir nadie. No nos queda otra cosa que

hacer caso del rumor más bien dudoso, y típico de Lviv, de que aquel etnógrafo devoto de la sabiduría popular era, en realidad, un hechicero que, utilizando todo su arsenal de recursos misteriosos, pudo domar la voluntad de una idealista poco experimentada y propensa a las fantasías.

Sea como fuere, al cabo de un año de vida en común incluso tuvieron una hija, con lo que a Roma se le acabó cualquier posibilidad de retirarse y se cubrió con el cemento del *status quo* familiar. A partir de entonces (como si se tratara de la siguiente eternidad) sólo tuvo tiempo para lavar pañales y aquellos mismos calzoncillos, aunque también, hasta cierto punto, para hacer cola durante toda la madrugada y conseguir la *alimentación del bebé*. Y no digo nada de los productos dietéticos y de las infusiones farmacéuticas capaces de adormecer la úlcera caprichosa de su marido. Una mañana, Roma Vorónych, como si despertase de un sueño, se miró al espejo y pensó: «Tengo veintiocho años. Y mi piel apesta. Mi vida se ha acabado». Y resultó que bastaba con pensarlo, con formularlo, con pedirlo. Suficiente para que aquella misma noche *él* se fuese para siempre. Para que alguien superior a él sólo soprase y la pelusa del diente de león volase encima del viejo Lviv como la nieve; dos *guebistas*^[43] disfrazados de currantes borrachos le cogieron por los brazos en una parada de tranvía y, exagerando un poco, le empujaron boca abajo a las vías.

Al tranvía no le dio tiempo a frenar; quizás aquel viejo no era ningún hechicero.

Tras él, en su estrecha vivienda de dos habitaciones quedó una colosal colección que Roma, tras haber superado los primeros meses de vacío humillante, intentó endosar a los museos. Incluso sin los sardaki, no sabía cómo arreglárselas con todos aquellos chismes. El caso es que antes de la llegada de los nuevos tiempos, mucho más liberales, los directores de los museos no tenían demasiadas ganas de ayudarle y argumentaban *problemas de financiación*. Cuando a finales de los ochenta todo se deshizo, pusieron el nombre del *Coleccionista de Tesoros Populares Vorónych*, a uno de los despachos del taller de huevos de Pascua. Pero los restos de las rarezas que coleccionaba en forma de cajas incrustadas, hachas y el horno de azulejos deshecho, irritaron durante un buen tiempo e hicieron recordar a Artur Pepa que en aquella casa había vivido otro *dueño*, o mejor dicho otro *gazda*^[44] que andaba por aquí, tosía, ataba a su vientre una bolsa de goma llena de agua caliente, defecaba e, inevitablemente, dormía en la misma cama con la misma mujer. La verdad es que esta idea aportaba cierto motivo de prohibición, o incluso pecado, a su mutua saciedad sexual, por lo que sus relaciones se hacían más impulsivas, sus placeres más agudos y sus caídas más dulces. Era como si *el otro* hubiese podido volver en cualquier momento y pillarlos. Era como si se les hubiera concedido muy poco tiempo y hubieran tenido que alcanzar a hacerlo todo.

Pese a todo, con el paso de los años esta franja *calurosa* de sus relaciones debería, sin duda alguna, extinguirse, dejando paso al automatismo familiar y a la inercia. La amenaza del hechicero se introducía para siempre en el subconsciente más profundo.

En cambio, su hija se hacía mayor y le empezaban a interesar con una relativa precocidad las cosas de sexo. Todo esto se entrelazaba en un nudo bastante insoportable para Artur Pepa: equilibrio y regularidad, sexo regular apagado, cada vez más formal y *sano*, dormir y despertarse en la misma (y aburrida) cama, acostumbrarse a los camisones, pijamas y batas a los que, hasta entonces, había ignorado obstinadamente; el bostezo matutino y vespertino, hundirse en su propio sueño particular, y, claro está, *el estropearse primaveral de la piel*. No, no puede decirse que entre ellos ya no hubiese nada; *aquello* ocurría raras veces, pero más que entre ellos, francamente, en algún lugar tras ellos.

De hecho, el paso del tiempo se mofaba de Artur hasta la saciedad, descubriendo en él terribles capacidades hasta entonces desconocidas. Acercándose a su trigésimo séptimo aniversario, Artur Pepa se fijó no sólo en la fatiga acumulada que se manifestaba mayoritariamente en unos vergonzosos ronquidos hasta entonces inadmisibles, y no sólo en el crecimiento del asqueroso pelo nunca visto antes en las fosas nasales y las conchas de las orejas («¿Con qué más me vas a dotar, amigo Dios, con caspa, caída de dientes, prostatitis?», decía en un arrebató aquel agnóstico alcohólico). Sin embargo, en primer lugar se fijó en su capacidad de fijarse en las cosas, y aquello era lo peor. Se fijó en que no deseaba tocarla con las manos. Que no deseaba ver su cuerpo por las mañanas cuando se vestía. Que le fastidiaban sus resbalones, tropezones y derrames, todo aquello que en ciertos tiempos le provocaba los deseos más sinceros de defenderla, salvarla y curarla.

El paso del tiempo añadió una vileza más: Kolia se hacía mayor. Las *condiciones de vida* insoportablemente austeras no podían no provocar encontronazos y miradas incluso no intencionadas (ya no hablo de las intencionadas). La chica resultó tener las piernas extremadamente largas y, siendo absolutamente consciente de este hecho, la brevedad de sus faldas no conocía límite alguno. Los últimos año y medio-dos años, prefería, por si acaso, no entrar en su habitación, cuyas paredes estaban cubiertas con los retratos de Morrison y Joplin. Total, a su edad él también los escuchaba. Para su decimoctavo cumpleaños, Roma y él le regalaron dieciocho cd con música de los setenta. Tras despedirse de un montón de huéspedes, un Artur Pepa bastante borracho se encerró en el baño y, abriendo el grifo de agua caliente, pensó: «¿Acaso se puede follar a una mujer que tiene una hija mayor?».

Precisamente entonces, por primera vez, se dio cuenta de que lamentaba inmensamente aquella («¿Sabes?, se me para todo sólo con pensar que aquella noche podía no haber llegado nunca») locura suya. Tenía que haber tardado sólo una media hora más, Bomchik en aquellos instantes se bebía sus terceros cincuenta gramos, no tenía que haberse apresurado, ella misma dijo que iba a pasar sólo cinco minutos, que sólo quería saludar a unos conocidos, tenía que haber pasado de largo, que otro le hubiese cogido por el codo, que otro hubiese tenido tanta *suerte*; a cambio, hoy yo sería yo mismo y no alguien, viviría mi propia vida, ligaría con las tías a diestra y siniestra, seduciría a bellas jóvenes, como Kolia; palpitaría en primavera como hace

veinte años y no me convertiría en un impotente potencialmente patentado. Esta combinación de palabras, no demasiado sofisticada, venía de su predisposición a la belleza fonética. Porque, incluso al quedarse sólo con sus propios torrentes y monólogos, Artur Pepa no dejaba de ser un literato profesional.

Esto no significaba nada más que no fuera tener que vivir de sus trabajos literarios. Un día se le ocurrió escribir un *bestseller* (precisamente se comentaba esta posibilidad, con una impertinencia paranoica, en el gueto interno procesal: ¿dónde están nuestros *bestsellers*? ¿por qué no tenemos *bestsellers*? ¿al fin y al cabo, quién nos escribirá un *bestseller*? Parecía que todos se volvían locos con este tema, desde los competentes ideólogos con altos cargos hasta los parvenús desinformados y activos en generar rumores); de este modo quería mostrar a toda esta hampa la mitad del brazo, la mitad de la lengua y la mitad de alguna cosa más. Claro que debería tratarse de una novela. E igualmente está claro que tendría que ser escrita bajo un nombre inventado. Una historia sobre un hombre que mata a su propia mujer, bien en un acceso de cólera, bien en un exceso de fatiga y odio acumulados durante años. Tras matarla, tiene problemas con el cadáver. Quiere librarse de él de tal modo que nadie nunca encuentre sus vestigios, o (¿cómo se dice) restos? Por ejemplo, atarle dos piedras y hundirlo en el fondo de un lago negro junto a un bosque. «De un lago negro con asfódelos blancos», pensaba. Para ello había que meter el cuerpo en el maletero y llevarlo lejos de la ciudad. Total, tenía que ser una historia de una noche. Que tratase de cómo él iba con el cuerpo de la mujer asesinada en el maletero y en su camino se cruzaban cada vez nuevos obstáculos (la policía, conocidos, amigos, unas putas y unos bandidos, etc.) que le alejaban fatalmente de su meta. La línea de acción debería alternarse con fragmentos líricos. Estos últimos echarían luz sobre sus vidas anteriores y tendrían que sorprender a los lectores con una sinceridad extrema o, incluso, brutal, que reflejaría el envejecimiento fisiológico de la mujer, todos aquellos olores otoñales, las arrugas y los pliegues, el frufú de las hojas secas, el frío en el vientre.

En definitiva, debería haber sido una mezcla sorprendente de *thriller*, confesión y comedia negra. Debería haber sido, pero no fue: Artur Pepa enterró la idea al reparar, de repente, en el hecho de que la tentación de hacer realidad este horror era cada vez más persistente. Así que renunció a tiempo, brindando a otros la oportunidad de escribir esta *ansiada obra* que tendría que salvar la literatura nacional del olvido de sus lectores.

Pero ¿qué podía salvar al propio Artur Pepa? ¿Un divorcio violento? ¿Quemar los puentes e huir tras los límites del mundo visible? ¿La discoteca del cuarentañero? ¿El paro de su estúpido corazón mientras, resacoso, toma un café y se fuma un cigarrillo?

Él mismo pensaba que el único contrapeso a todo lo que le ocurría estaba en algún lugar entre el alcohol y la creación. También había en algún lugar un territorio no materializado donde podría buscar la alegría, o bien el recuerdo de la alegría, un rescoldo de ella en su existencia. A todo lo demás se le llamaba *la frialdad del futuro*

e indicaba una única dirección posible y una ausencia total del derecho a elegir.

Hasta el momento, le conocían un par de miles de admiradores, básicamente por su participación directa en la aparición y la desaparición de sus dos libros (él mismo los llamaba *proyectos*), ninguno de los cuales pudo adscribirse a la *verdadera literatura*. Incluso más: ambos se vanagloriaban tanto de su propia *falsedad, artificialidad y literaturidad*, que aquellos mismos círculos internos procesales enseguida abrieron para Artur Pepa un expediente en el que se evidenciaba su condición de jugador talentoso, pero hueco, de *gourmand* saciado y a veces elegante (*dandy-brandy*, bla-bla), que nunca había olido la sangre cruel de la realidad.

El primero de sus libros se titulaba *Los hermanos de*

Artur y era una especie de antología poética en la que Artur Pepa se aparecía como compilador. En realidad, no pudo esconder que se trataba de una mistificación ingenua: inventándose nueve poetas *no conocidos por el gran público*, sus biografías y caracteres, *compiló* hasta una docena y media de versos de cada uno de ellos, insinuando en su prefacio los símbolos de la Mesa Redonda y el Santo Grial, pero haciéndolo de una manera tan cínica que el editor, inflado de fanatismo neófito, tuvo que desestimar el primer título: *Los caballeros de Artur*. Los versos de cada uno de aquellos poetas imaginarios eran radicalmente distintos de los demás, y este hecho también indicaba la transparencia de aquella mistificación. El primero de ellos escribía una especie de poesía surrealista en prosa; el segundo, unas vergonzosas coplas rimadas, en el límite entre la pornografía suave y la dura; el tercero, notas diminutas de versos sueltos propias de un experto en fenología marginal acabado o de un filósofo naturalista. El cuarto, según la leyenda, era un homosexual occidental; el quinto, un neopopulista de base (de su *herencia* no se publicaron algunos versos, sino un larguísimo poema titulado «Tripilia y el Tridente, o el Cubo del Renacimiento»). El sexto, por lo visto, le tenía manía a «El barco ebrio» de Rimbaud, porque se dedicaba sólo a variantes de este texto. El séptimo y el octavo eran, respectivamente, un descuidado, anárquico y drogadicto orador de todo-está-permitido (su parte del libro se titulaba «Propagandjaz») y un aplicado clasicista de sonetos, benjamín y empollón. El noveno, el más interesante, era un asesino en serie; cada uno de sus poemas explicaba la historia del siguiente crimen y estaba dedicado a la víctima aniquilada.

Los hermanos de Artur, sin duda alguna, cosechó unas críticas absolutamente mordaces y un éxito entre los lectores igual de tempestuoso. El libro se vendió en unos meses, en primer lugar, gracias a dos o tres citaciones judiciales al *organizador*. Artur Pepa perdió estrepitosamente todos los juicios, pero sin graves consecuencias, aunque el pen Club Internacional inscribió su nombre en el registro de escritores que *potencialmente están bajo la amenaza de represión*. Los malintencionados incluso afirmaban que este espabilado *imagemaker de su propia persona* solicitaba personalmente todos estos escándalos judiciales. Alguien aún más envidioso publicó un folletín sobre los llamados pr (*Pee-Ar*) negros (precisamente esta palabra estaba

muy de moda entre los círculos periodísticos). Aunque en este caso se trataba de Pe-Ar.

Al año siguiente apareció el segundo y último de sus libros: *La literatura podría ser diferente* (con el subtítulo *Los clásicos ucranianos, releídos y completados*. En el prefacio, Artur Pepa reconocía con tristeza que «la falta de deseo de la generación más joven de nuestros lectores de enfrascarse en el acervo de los clásicos nacionales ha de ser superada de manera radical». A este respecto, proponía «nuevas formas de desarrollo de los argumentos aprendidos en la escuela», reescribiéndolos y conservando más o menos la poética del autor y «cambiando su problemática hacia una modernización consciente». De tal modo que *La familia de Kaydash*, en la versión de Pepa, era una novela sobre las rencillas dentro de una organización mafiosa, los diferentes tipos de seminaristas de *Las nubes* fumaban hachís traído de las fábricas de azúcar del sur hasta tener alucinaciones y temblores, y *Los caballos no tienen la culpa* acababa con la escena de una violación en grupo del ayudante liberal Arkadi Petróvich Malina por un escuadrón entero de cosacos a los que él mismo había llamado.

Es evidente que esto provocó las consiguientes reprobaciones, y en unos cuantos colegios de Lviv y Galitzia el libro *La literatura podría ser diferente* incluso fue quemado públicamente durante los desfiles con motivo del Día del Saber. Condecorado con el título honorable de ser uno de los padres del veneno espiritual y ejecutivo del así llamado Proyecto Harvard, Artur Pepa calló largo tiempo, avanzando implacablemente hacia su trigésimo séptimo año de vida, ya mencionado aquí en varias ocasiones.

Precisamente entonces empezó a pensar en otra novela absolutamente distinta. Pero ¿qué significa «empezó a pensar»? De hecho, fue así que un día un amigo le invitó a su casa, en la zona de premontaña, a recoger una cosecha de manzanas sorprendentemente fructífera, de la que, según sus propias palabras, «no podía escapar». A Artur le gustó la broma. Además, le ganó el deseo de huir a algún lugar al menos durante un par de días. Igual que la posibilidad inequívoca de inhalar el espíritu de la naturaleza. De tal modo que, a causa de sus propias depresiones y de las aberraciones ferroviarias, Artur Pepa se encontró dentro de aquel tren de cercanías terriblemente tempranero que avanzaba con mucho esfuerzo en dirección a las montañas a una velocidad poco mayor que la de los peatones. Aproximadamente a las siete y media de la mañana, Artur Pepa se estremeció de nuevo de su semiexistencia somnolienta y despegó su mejilla y su sien del sucio cristal del vagón. El tren acababa de detenerse en una estación pequeña; alrededor ya comenzaba la zona de premontaña. Además, era otoño, las hojas de los árboles tenían un color rojo amarillento, el aire era telarañoso y el cielo de un color azul como sólo lo hay en otoño. Todo aquello no duró más de un minuto; este silencio eterno con el cacareo del gallo al fondo, el edificio abandonado de la estación, el pozo lleno de hojas rojas de arce y el olor a carbón. Y dos siluetas que se alejaban de la estación y que,

seguramente, acababan de bajar del mismo tren: una mujer de negro con un bastón en una mano y una maleta de madera en la otra, y un hombre sin piernas que avanzaba convulsivamente con su tabla con ruedas, impulsándose con dos larguísimas (para él) manos envueltas en una tela negra. Artur Pepa les vio de espaldas, pero fue suficiente. En menos de un minuto el tren partió, y así comenzó la novela.

Debería de ser la historia de un viejo teatro de Gutsulia (o de un coro, Artur Pepa aun no lo sabía) explicada de un tirón, sin respirar. Alguna vez había oído o leído algo parecido: como cuando en el año cuarenta y nueve en Moscú se decidió celebrar de la mejor manera el setenta aniversario de Stalin; con este motivo fueron enviadas legiones de diferentes intérpretes folklóricos que tenían que tomar parte en el festival dedicado al Maestro. Entre las multitudes de yakutos, carelios, mingrelios e ingusetios chechenos no podían faltar los *ucranianos occidentales* recién reagrupados; entre los que más llamaban la atención a los altos cargos organizadores estaban, sin duda alguna, los exóticos gutsules con sus plumas de colores en los sombreros y sus pantalones rojos ajustados. El Imperio de Josef el Inmortal en aquel momento entraba en su estadio románico tardío y algo helenístico, reemplazando el ascetismo primario comunal, desacreditado gracias a una guerra agotadora, por una moda bastante hedonista de lujo y esplendor. A los ganadores no se les juzgaba; al contrario, ellos eran los que juzgaban, aprovechándose de los restos de trofeos del mundo de los vencidos. De esta manera, la cima de la pirámide ya se había acostumbrado a las obras de Rubens, a los poyos afelpados de las estufas, al chocolate y a la lencería fina, y el asunto iba indefectiblemente en dirección a los excesos de coñac y vino y a las perversiones sexuales. Así que una diversión gubernamental como los bailes populares en trajes típicos regionales no pudo no ser del gusto de estos primeros postmodernitas.

El teatro de Gutsulia (¿o el coro?) existía en Chortopil ya desde los tiempos austríacos. Ninguno de los gobiernos posteriores se atrevía, o no llegaba a tiempo, a liquidarlo; evidentemente, no tiene ningún sentido explicar aquí por qué éste nunca molestaba demasiado a nadie. En su reparto no predominaban los auténticos talentos innatos del pueblo, no, aquello era generalmente público urbano de todo tipo; en otras palabras, la *intelligentsia*, pero, repito, aquella que se consideraba trabajadora, o sea, aún *no completamente desarraigada*. Es decir, aprovechando la riqueza de imágenes grafomaniacas de los numerosos predecesores de Artur, su sangre todavía olía a humo de cabaña, pero sus pensamientos ya alcanzaban la comprensión del verdadero Significado de la Historia.

Claro está que, en aquel instante, cuando el torpe tren de cercanías salía de la pequeña estación de ferrocarril recién mencionada, Artur Pepa aún no había visto nada parecido. Lo único que arraigó en él durante unas semanas largas era el presentimiento de una novela, materializada en dos estatuas mutiladas y en el silencio matutino, cubierto de rojas hojas otoñales. Hace un rato se ha unido a todo esto, asomando su cabeza de serpiente de otro escondite de la memoria, la historia del gran

viaje de los gutschules a la capital.

La capital atraía hasta la locura; en ella eran posibles el mito y la poesía, allí se experimentaba la tensión del drama eterno entre *el artista y el poder*, era la mitad cronológica del siglo, que daba la posibilidad de tender puentes temporales hacia todos lados, envolver en el mismo baile a los descendientes y a los predecesores, matar a los vivos y resucitar a los muertos, hacer un *collage* con el tiempo y el espacio, remover cielo y tierra. En ella existía la posibilidad de aproximarse a la muerte —porque ella misma olía terriblemente a muerte—, y Artur Pepa tenía la esperanza de estar a la altura. De todos sus presentimientos novelescos se prefiguraba García Márquez, precisamente él, una especie de *realismo mágico*, largos e hipnóticos períodos casi sin diálogos, la densidad marginal y la saturación en los detalles, las elipsis en las insinuaciones. Y precisamente porque él lo veía y entendía todo así, no quería empezarlo. Porque no quería que fuese García Márquez.

Le detenía también el hecho de que no había aprendido a contar historias convincentes. El entrelazado de elementos le parecía mucho mejor que la línea recta. Por ejemplo, aún no sabía qué había ocurrido con el teatro (¿o con el coro?) después de su actuación en Moscú, y si realmente habían llegado a actuar. ¿Y si, por ejemplo, había un atentado a lo bonzo, para lo cual el autor debía preparar al lector a lo largo de todo el libro con diálogos interrumpidos, relacionados, sin duda alguna, con la clandestinidad del héroe? ¿Y si el héroe tenía que disparar desde el escenario a algún sitio al azar, a la negrura del palco superior, con su pistola de sílex? ¿Y servir al Padre una copa de plata con vino envenenado? ¿O, quizás, había varios héroes y varios atentados, pero ninguno de ellos había conseguido realizar el atentado? ¿Los habían traicionado? ¿Y si es así, se habían enamorado? ¿Y en qué lugar de esta historia había sitio para el amor?

En cualquier caso, recordaba, era necesario evitar el carácter documental. No podía ser la simple narración de unos hechos que en realidad tuvieron lugar en el cuarenta y nueve; había que hacerlo de una manera mucho más fina y mucho más amplia. Con todo, para que no fuese una simple narración de los hechos, había que conocer todos estos hechos con sumo detalle. Porque, como le había enseñado a Artur Pepa el viejísimo doctor Dutka, un antiguo profesor del instituto, realmente no sabe aquel que sabe *sobre* algo, sino aquel que *sabe algo*. Por eso Artur Pepa no se atrevía: él no sabía.

No sabía cuál era el itinerario de su viaje. Tuvo que verlo en detalle: sin duda, les habían llevado en tren, y, sin duda, en dirección al noreste; pero decir *noreste* no era suficiente: tenía que observar con más expresividad cómo el paisaje se hacía cada vez más septentrional y al mismo tiempo más oriental, percibir el vacío de los campos otoñales, el salto repentino del otoño al invierno, de la lluvia a la nieve, y en consecuencia, las estaciones infernales llenas de fugitivos congelados, reconstruidas desde las ruinas por prisioneros alemanes humillados por el frío; había que adelantar trenes enteros con deportados y condenados, pasar a través de las rejas pan y tabaco

sin que el convoy lo percibiera, reconocer entre ellos a los amigos y familiares, palidecer y desmayarse. La geografía encerraba en su interior trampas y embustes singulares que nadie imaginaba.

Tampoco conocía ninguno de los laberintos del poder ilimitado, que significan todos estos interrogatorios en las mazmorras, las nucas atravesadas de un balazo, los acarreamientos, la identificación de los cadáveres y el resto de métodos de la policía secreta. Había que sobrevivir a este miedo, a ser espiado, provocado o, al menos, ser objeto de sospechas, moverse entre la muerte y la obligación, recordar en detalle cada una de las mil torturas perfeccionadas para *sacar* la información necesaria o (lo más probable) sólo para que te arrastres y te encojas de dolor. Había que, por lo menos temporalmente, convertirse en una mujer y enterarse de qué significa la violación, especialmente cuando te violan diez personas de dos en dos, había que conocer la *zona*, pero no sólo de oídas.

Tampoco sabía nada de la resistencia. Pero en una novela como aquélla debía haber mucho sitio para la resistencia; de lo contrario, todo perdía sentido. Así pues, había que darse cuenta de todas las ventajas de una guerra de guerrillas: la ausencia del toque de diana y de disciplina, refugios subterráneos en los bosques espesos, pisos y búnkeres clandestinos; había que aprender a silbar de un modo convencional, poner minas en los caminos, librarse de los piojos, las pulgas y la sífilis, orientarse en los bosques nocturnos y en las instrucciones cifradas cosidas en el forro del gorro, igual que grabar sus marcas victoriosas en los árboles y en la piel humana. Pero lo más difícil: había que conocer la desesperación y la pérdida de una guerrillera, había que saber que les traicionarían a todos y que habría una última emboscada y un último cerco y una última bala, aunque Él no acepta a héroes como éstos en Vertogrado.

Pero lo más importante de todo era el problema de Dios: ¿qué hacer con Él? ¿Darle una oportunidad, creer en Él?

Artur Pepa no sabía qué hacer. Además, tampoco sabía qué hacer con Gutsulia. Existía toda una ciencia sobre este país, repartida en centenares de libros y por eso dispersa, empequeñecida, así que tampoco sabía por dónde empezar, y si merecía la pena hacerlo. ¿Empezar por Shukhévich, Vintsenz? ¿Por Gnatiuk, Kólberg, Gegotti Pauli? ¿Por las decenas de conocedores autóctonos de la región? ¿Quizás por los cuadernos de colegio, cubiertos de plástico, del marido de Roma? Porque nunca nadie creó el único Libro que lo contendría todo: la lengua, la lana de las ovejas, los siete modos de preparar queso, los disparos alrededor de una iglesia, la primera sangre de la novia, los círculos siniestros de los bailes rituales y la técnica de la conducción de maderadas. Es por eso que debería saber una infinidad de palabras y combinaciones de palabras raras (*katuna*, repetía él, ¿porque el soldado es un *katuna* para ellos; porque *fras*; porque *guía*?) y comprobar una infinidad de cosas relacionadas con la cría de ovejas de montaña, y con las caricias más allá del matrimonio y casi más allá de este mundo. Por lo tanto, debería de saber cómo huele la hierba con la que se

frotan los brazos y los senos antes del coito, y cómo se llama cada adorno del cuerpo y de la ropa, y todos los detalles de los ornamentos, juntos y por separado, y de qué materiales se hacían los cinturones y cordones, y qué piel es la más adecuada, y cómo se llaman los agujeros para aquellos mismos cordones en los *postoli* (porque tenían su propio nombre, pero diferente para cada tipo de *postoli*), y otra vez: cómo huele el sudor antes y después, y con qué es mejor empaparse el cabello, y el miembro, y los labios, y cómo hacer beber a la amante y qué beber tú mismo; pero, incluso sabiendo todo esto, él no sabría ni la décima parte de todo lo que hubiera debido saber: todas las palabras, costumbres, oficios y plantas. Así pues, era necesario conocer centenares de plantas (y no sólo la única *potentilla erecta*), todos sus nombres y sus propiedades y toda la secreta y oculta biología, para que, en algún sitio, en alguna de las páginas de la novela, mencionar de paso sólo una de cada cien, una sola de ellas, por ejemplo, la misma *potentilla erecta*.

Y también: saber cómo gime una bruja moribunda.

Y también: la estadística de los casos de tuberculosis en las regiones de los altos Cárpatos a finales de los cuarenta.

Y también: la historia de todos los instrumentos musicales, a excepción de la trembita.

Porque, en realidad, su novela tenía que ser muy fragmentaria, unas cien páginas escritas a máquina; y nada al modo de lo arriba mencionado: de lo contrario una novela como ésta nunca hubiera podido ser escrita. Por lo tanto, al darse cuenta de todo esto, Artur Pepa se contorsionaba con la idea de que hacía falta comprar blocks de notas y dictáfonos, libros antiguos, mapas militares, cámaras de foto digitales, hacer unas expediciones interminables, no volver, sistematizar y clasificar lo recogido, asumirlo con todo tu ser, formar parte de esta colección, mezclarse con ella, en resumen, *ser Flaubert*. Pero él no quería ser Flaubert, y por eso su novela no se escribía nunca.

Además, a duras penas sabía para qué servía todo esto. Después de haber enterrado miles de veces aquella idea romántica e impertinente, como ya había enterrado miles de otras ideas románticas, ya no podía liberarse de ella. Me parece que este desdoblamiento tenía que ver con sus miedos y sus crisis de desesperación. Digamos que podía conscientemente retrasar el momento de la materialización del texto novelesco apoyándose en el hecho de que esta novela tenía que ser definitiva, o sea, que él consumiría su destino actual, con lo que, en cuanto escribiese todo esto, los caminos para la muerte se abrirían *desde arriba*. En consecuencia, se inventaba un montón de obstáculos para poder retrasar al máximo el momento de inicio. Los prejuicios de Artur Pepa a sus treinta y siete años no tenían límites; estaba seguro de que estas novelas no podían evitar un castigo posterior, que pisando una vez esta distancia mortal era como si aceptase un último pacto del *todo o nada*.

Pero al mismo tiempo estaba seguro de que era inevitable, de que no era capaz de escapar de esta novela, de esta escritura, de este teatro (¿o coro?) de Gutsulia.

Entonces, de una manera o de otra, todo tenía que acabar con una repentina parada cardiaca (como si pudiera haber algo diferente). «A lo mejor, pasada la Pascua —se le ocurrió de repente—. Lo importante es que no será ahora, de golpe, ni aquí ni ahora. Lo importante es sobrevivir una primavera más». Desde algún momento, las primaveras empezaron a pasar de manera imperceptible, sin aquel antiguo susurro de sus alas húmedas ni el entusiasmo avitamínico y, por lo tanto, de alguna manera tenía que salvarse de esto.

Así las cosas, se conformó fácilmente con escapar a las montañas junto a Roma y su hija en Semana Santa. El propietario desconocido de una empresa para la cual Artur Pepa de vez en cuando inventaba algunos lemas de publicidad les invitaba a visitar su hotel-pensión en el pastizal de Dzindzul. La invitación oficial empezaba con un epígrafe algo deformado de Antónich, donde las palabras *beber el vodka* fueron marcadas con caracteres gruesos como si lo hubieran hecho especialmente para Artur Pepa. En la misma invitación se hablaba del amor cristiano y de la nobleza con las peores tradiciones fraseológicas de la época de la transición, y también de los *héroes de los negocios* que, en las condiciones más extremas de la presión fiscal y la corrupción autoritaria, se las ingeniaban para no olvidar a los *héroes de la cultura* y, en la medida de lo posible, apoyarles modestamente en sus *iniciativas* (esta palabra también estaba marcada —y como resultó luego— por una razón especial); a continuación se hablaba de las condiciones de estancia de los huéspedes en el hotel-pensión «Taberna “En la Luna”» (comida, *jacuzzi*, juegos, dormitorios separados, etc., bla-bla-bla); luego había un pasaje del mismo Antónich: resultaba que habían invitado a los participantes de esta acción para que le homenajearan; no ponía ni una sola palabra sobre en qué consistiría este homenaje. Todo esto acababa con una absurda llamada de apoyo al bloque político La *Iniciativa* de los Cárpatos (¡aquí está, finalmente ha aparecido!) en las futuras elecciones y otra vez con rima, pero ahora ya no tenía nada que ver con la de Antónich:

Con el cuerpo y para el cuerpo os darán calor
En todo os ayudarán sin duda alguna
Los héroes de las empresas y el negocio con fervor
Disfrutad en la «Taberna “En la Luna”».

Artur Pepa lo consintió, a pesar de esta última estrofa. Igual que consintió el hecho de que tras ellos fuese a las montañas el socio austríaco de Roma, para quien ella ocasionalmente traducía algo. A Artur le tocaba de vez en cuando cruzarse con este fotógrafo algo subnormal, aunque durante estos encuentros ambos se quedaban callados. «Mejor que aprendas el ucraniano, si has cogido tanta afición a visitar nuestro país, querido mío», le amonestaba mentalmente Artur Pepa, sin darse apenas cuenta de lo mucho que aquél estaba *interesado* en su traductora.

La presencia de Kolia en el grupo tampoco mejoraba la situación, pero de esto ya no hablaremos. Es suficiente con saber que Artur Pepa se adaptó con relativa

facilidad a todas estas incomodidades, porque allí, en su interior, aún esperaba su momento feliz el poeta, el Hermano de Artur, y nada deseaba tanto como que despertase a sus treinta y siete años de vida.

II

DE PIEDRA Y SUEÑO

Aquella primera mañana finalmente se despertaron, cada cual a su manera, y claro está, cada cual con sus cosas.

A Artur Pepa le arrancaron casi a la fuerza de sus sueños; le hubiera gustado quedarse un poco más, llevar el asunto hasta el final, fuera el que fuera, pero el ruido producido por Roma Vorónych en el baño (las avalanchas de partículas cosméticas tiradas en el lavamanos junto con frascos y aerosoles), acabó decididamente con sus vagabundeos por el más allá. En aquel momento estaba echado boca arriba en su parte de la cama de matrimonio, al lado de la franja intocable que aislaba su territorio del de su mujer, reconstruyendo mentalmente lo recién vivido. A Artur Pepa le gustaba esta melancólica revisión matutina de sus propios sueños. Esta vez había pasado media noche tomando fotos, sin haber logrado tomar ni una sola a una chica de aspecto algo vago que, probablemente, era una estudiante. En definitiva, era uno de los sueños más aburridos que había tenido a lo largo de toda su vida. Se acordó de que, acompañada de unos cuantos amigos, ella de repente le miró muy expresivamente (en definitiva, tal y como comprendía ahora, nada más que curiosidad simiesca, pero para un burro viejo como él era suficiente para decidirse a ligar con ella). Estuvieron hablando de algo durante unas horas, aislándose en una de las habitaciones más apartadas; al mismo tiempo, se sorprendía de su ingeniosidad simplona, de cómo supo salvar la conversación decenas de veces, sacarla de un callejón sin salida sin esperanza alguna y encontrar una última oportunidad de continuarla. Además, no paraban de fumar mierda, y Pepa pensaba con un ligero miedo en una inevitable aproximación hacia los primeros besos. La estudiante, por su parte, resultó ser bastante incompetente. La verdad, había oído algo de que su interlocutor era una persona interesante, pero tenía muy poca idea de a qué se dedicaba, por eso le explicaba toda su vida, la de sus padres, hermanos; y la de algunos parientes de Piotrków Tribunalski en Polonia, y de una tal Baguira que parió cuatro gatitos, y de las muchas amigas que tenía, cuáles de ellas eran verdaderas y cuáles sólo fingían serlo porque en realidad eran unas putas (en este momento repitió unas diez veces «putas, putas, putas» como si se atrancase), pero finalmente pasó a aquello de que todas iban cada día a clase (aquí le recitó sus horarios completos, de lunes a viernes, y en la memoria de Pepa se quedó grabada la ciclomecánica latente de los jueves), y cómo se copiaban los apuntes unas de otras, hacían campana a la hora de los seminarios, asistían a clases de aerobics, porque el profesor de natación era un ligón, luego le contó cómo les iba en la residencia estudiantil, cómo tapaban las ventanas en invierno, incluso en el baño comunitario, por cierto, en el baño la mayoría de los lavamanos estaban rotos, y también cómo cocinaban los macarrones a la marinera y visitaban la planta de abajo para ver *La gran colada*^[45]. Respondiendo algo a su pregunta de cómo acabó el episodio de ayer de *El Petersburgo bandido*^[46],

que se había perdido por culpa (¡atención, es un sueño!) de una tormenta de meteoritos, Pepa cambió con destreza de conversación y empezó a hablar de sus medias, a lo que ella respondió con la historia de una tal Slavik del mercado que le había recomendado que se llevase una talla menos. Se trataba, sin duda alguna, de los téjanos, en los que, a pesar de la triste decepción de Artur, logró convertirse, nadie sabe cuándo y cómo, su corta falda con raja. Después les tocó el turno a los profesores; todos desfilaron, como si de un proscenio se tratara, ante la mirada de Artur que fingía interés, unas señoras y señores sin carisma, unas veinte personas, que aquella estudiante describió con sarcasmo y con todo lujo de detalles («Y Yakiv Markovich, el químico, es un experto en enrarecer el aire», acabó ella alegremente). Artur Pepa aprovechó la elocuencia inesperada de la chica para pensar en sus acciones siguientes y recordó la necesidad de coger la llave para poderse encerrar desde dentro y así pasar a las acciones sexuales concretas. Así que, mientras la chica, apartando metódicamente la mano de Pepa de sus rodillas (ya no llevaba los téjanos puestos), le explicaba la posibilidad de suspender el examen de taxonometría, él tuvo el tiempo suficiente para explorarlo todo, y finalmente decidió que la maldita llave sólo podía estar en el retrete instalado directamente en el suelo de parqué en medio de la habitación. La llave realmente estaba allí; la limpió debidamente con un pañuelo de papel Tempo, como por casualidad, se acercó bailando hasta la puerta y llegó a cerrar sus dos cerraduras precisamente en el mismo instante en que un cabrón desconocido empezó a golpearla, seguramente, con los cuernos. Mientras tanto, la chica se sentó en la taza y chorreó con descaro su pipí, como lo llamó ella misma, lo que fue suficiente para tranquilizar y hacer callar al cabrón de detrás de la puerta. Entonces, Artur Pepa le dijo que la quería mucho, pero la chica sólo negaba con la cabeza y le prohibía incluso tocarle los pechos, dejándole mientras tanto cogerle la mano. Tuvo que persuadirla con mucha más insistencia, y, así, encontrar unos fantásticos recursos del vocabulario amoroso (todas estas cascadas caballerescas se quedaron allí, en el sueño, para siempre, aunque se acordaba de que eran unas acrobacias fantásticas). Le decía que la había estado esperando toda la vida, que, en general, él era un hombre fiel de por vida a su amor, pero que una vez en la vida ocurría un milagro y que aquel día era precisamente entonces, y que para una felicidad completa le faltaba saber que ella estaba cerca (lo más ridículo es que en algunos momentos de estos ímpetus la llamó golondrina, por lo que al despertarse sintió una vergüenza tremenda); en aquellos momentos, mientras estaba cubriendo de besos sus manos y sus brazos, excitándose cada vez más, tuvo que resplandecer de alegría y cariño, así que finalmente ella le dijo «bueno, hoy te creeré», después de lo cual se echó boca abajo delante de él, ya totalmente desnuda. Y entonces, tratando de penetrarla por detrás, Artur Pepa se dio cuenta de que en realidad no tenía tantas ganas; lo peor fue que para conseguirlo había perdido tanto tiempo y esfuerzo que no le quedaba más remedio que disculparse por las molestias; y en aquel preciso momento, cuando la última esperanza de una mínima erección le hizo un ademán de despedida, por detrás

de la puerta empezaron a golpear locamente, esta vez con frascos y aerosoles. Acompañado del ruido del agua que salía de todos los grifos que su mujer había podido abrir en el baño, Artur Pepa abrió los ojos.

Así que ahora yacía boca arriba, reflexionando sobre si podía considerar lo anterior un sueño erótico, si no era otra prueba más de cómo pasaba el tiempo y se hacía más corta la vida y, lo más importante, si no traía malas noticias.

«¡Qué estúpido, Dios mío, qué estúpido!», pensó también la señora Roma. «Qué estúpido, estúpido, estúpido», continuaba pensando ella, mientras se sentaba en la bañera de metacrilato de forma quimérica que acababa de llenar.

El agua le pareció demasiado caliente, así que abrió el grifo del agua fría mientras pensaba en dos cosas al mismo tiempo: en que el agua estaba caliente y en que él era un estúpido. Además, envejecía tan de prisa que aquello parecía un cataclismo. Y, si todas estas estúpidas a las que él, este estúpido perdido, trata de seducir; las que tratan de seducirle a él; ¡si todas estas estúpidas tan sólo supieran qué débil, mediocre y poco atractivo se ha vuelto y qué indiferente se muestra ante todo!, ¿también le hubieran pedido un autógrafo?

«Es estúpido y basta», resumió ella, echándose gustosamente en la bañera.

Le gustaba lavarse con esta agua verdosa y un poco espumosa sus hombros amplios y suavemente redondeados. Sus hombros eran una de sus ventajas más destacadas. «Tengo que ponerme vestidos de fiesta con escote palabra de honor», pensó ella, y se imaginó en el siglo diecinueve. Delante de ella, sudando y respirando con dificultad, se abrió paso entre una multitud de ruines aristócratas Honoré de Balzac, y echó una ojeada muy expresiva a su escote. «Y la edad de Balzac, ¿cuál es? —pensó ella—. Es decir, ¿a qué edad empieza? —precisó ella al abrir los ojos—. ¿Cuántos años hace que mi piel empezó a florecer en primavera? Está bien que aún me queden unas cuantas primaveras por delante».

Está bien que pueda relajarse así en esta verdosa agua primaveral. Y lo más importante: hay toda el agua fría y caliente que quiera. Esto no es Lviv. Aquí no hay restricciones en el suministro. Aquí hay agua siempre. Estos millonarios lo pueden todo. Es curioso, ¿cuándo saldrá a vernos? ¿Y qué aspecto tendrá? Seguramente, es un tío calvo, con una barriga prominente y unas ranuras estrechas en lugar de ojos. Metro y medio de estatura. Con pliegues en el codo y todo eso. Normalmente se trata de ex deportistas o luchadores. Es difícil imaginarse a una mujer en la cama con un luchador. Siempre besando la lona. «A no ser que se trate de un luchador por la Independencia», bromeó ella.

«Éste es mi cuerpo», pensó ella levantándose en la bañera y enjabonándose con delicadeza.

«¿Por qué mi cuerpo es precisamente mío? —Pasó a sus sofismas favoritos—. Es tan extraño: pensar en el yo propio, qué soy yo, por qué yo soy yo. Aquí hay algo, algo muy importante que se nos oculta. Este cuerpo podría haber pertenecido a otro. ¿Por qué es mío?».

Con los años, su cuerpo cobró un poco de peso, pero no mucho. Seguía siendo atractiva; sin lugar a dudas, el espejo de enfrente, cubierto con una ligera capa de vaho, no le dejaba mentir (en realidad, el espejo, igual que la mayoría de los restos de aquel Antimundo mutilado, también mentía: alargaba un poco, y así hacía la figura más esbelta, justo hasta el punto en que la señora Roma quedara totalmente satisfecha con su cuerpo).

«Es un estúpido —pensó ella—, un idiota irremediable y un estúpido acabado».

Ella no sólo continuaba siendo atractiva, sino que era *sexy*. Porque la sexualidad es, ante todo, seguridad. Una semana antes había leído algo por el estilo en la revista *Elle Ucrania*. Esta frase le gustó por su esbeltez y exactitud: «Sexualidad es seguridad». «Y de verdad, ¡caramba! —pensaba la señora Roma—, qué más podía ser la sexualidad, sino seguridad, ¿acaso se puede imaginar que una persona *sexy* sea insegura?». A partir de aquel día decidió ser una persona segura. Había vivido tantos años en la inseguridad que ahora le tocaba coger con seguridad todo lo que quedaba. «¿Por qué las verdades definitivas llegan tan tarde?». Hizo una mueca al espejo y, claro, enseñó la lengua. La lengua se asociaba con un helado en forma de bola que, con pasión y por todos lados, había que chupar durante un buen rato. «Es algo televisivo», señaló convenientemente la señora Roma.

Entonces le apeteció ir a la pata coja, hacer unos cuantos ejercicios imitando, por ejemplo, el vuelo de una golondrina. Hacía cien años que no imitaba una golondrina. Las líneas del cuello, los hombros, la espalda, las nalgas y las piernas dibujaban mágicos arcos, semicírculos y protuberancias. Descubrió su plasticidad absoluta. Desde la niñez la persuadían de que era torpe. Es curioso, ¿quién fue el primero en inventarse esta estupidez? ¿Su querido padre con sus marasmos? ¿Su aborrecedora madre con sus miasmas? ¿O quizás fue él, aquel viejo hechicero de dientes amarillentos, quien lo inspiró, para tenerla a su lado bien atada?

Roma no recordaba si ya antes de tener a Kolia se consideraba torpe, o fue después. «¿Fue antes de casarme o después? ¿Antes o después de ir a la escuela? ¿O quizás ya antes de nacer?». ¿Quizás alguien lo decidió así por ella y basta?

Él controlaba cada uno de sus movimientos, no le permitía bailar con otros, y él mismo no sabía bailar. Y precisamente por eso, aquel viejo perro cagado les decía a todos que su mujer no bailaba, que ella («¡sujetadme!») ¡se avergonzaba de sus propios movimientos! «Y ahora, viejo hechicero canijo, mira, ¿ves como soy? ¡sujetadme!»: ¡estoy haciendo la golondrina!».

No pudo evitar resbalar y dejarse caer con estrépito en la bañera, levantando unas olas espumosas y derramando sobre la alfombra con la inscripción «¡Que viva Jesús!» un buen tercio del agua. «Idiota —pensó ella—, ¡Dios!, ¡es un idiota, un mentecato, un estúpido!».

Poco después, haciéndose un masaje bajo la ducha en la parte de su cuerpo no demasiado dolorida, y no por ello menos atractiva, añadió: «Estoy entre los dos». Hubiera querido continuar con esta idea, pero estaba como hipnotizada. «Estoy entre

los dos. Estoy. Entre los. Dos. Esto. Y. Entre. Losdo. S».

Más tarde, cuando ya se estaba secando con cinco toallas, su idea avanzó un poco: «A uno de ellos le quiero; el otro me gusta».

Pero aquí faltaba algo. «Uno de ellos me quiere a mí». De eso estaba segura. Con el otro no había seguridad alguna, por eso no decía nada de él. «A uno de ellos le quiero. Uno de ellos me quiere a mí. Unodeellos yo. Unodeellos me». Su cuerpo se ponía seco y caliente. Sin duda alguna era su cuerpo. Estaba bien que fuera suyo.

De nuevo estaba delante del espejo, aunque ahora ya fuera de la bañera. Se estaba poniendo su crema antiarrugas preferida.

—Tienes una hija mayor —refunfuñó alguien detrás de su espalda.

«O Scheisse —juró ella en alemán—. ¡Otra vez está aquí!». Ya sabía que ahora la tomaría por detrás y empezaría a resollar en su nuca, haciéndole cosquillas en el cogote con sus bigotes de color trigo caídos. «No le ves en el espejo, pero está aquí». Y decidió no darse la vuelta.

—Tienes una hija mayor —masculló otra vez—. Piensa en tu edad. Eres mía.

«Quítame las manos de encima —pensó ella en respuesta, estremeciéndose a causa de la presión fría en la cintura—, y aléjate de mí, desaparece. No existes».

Pero él le repitió autoritariamente:

—Eres mía.

«No, por favor», pensó ella, sintiendo cómo la inclinaba hacia delante; intentó resistirse, pero él tenía mil veces más fuerza en sus frías manos; y precisamente estas manos frías de máquina se cerraron alrededor de sus pechos, y luego una de ellas empujó su cabeza contra la superficie de ebonita de la mesita delante del espejo. «No hace falta», pensó ella rezando, sintiendo cómo algo más frío, mucho más frío que las manos, una clavija helada con un cabezal áspero en forma de bola, trataba de penetrarla por detrás. En un instante se dio cuenta de que cualquier resistencia sería en vano, y ahora ocurriría aquello que había ocurrido más de una vez en sus sueños y que acababa con un infame orgasmo capitulador. Pero en cuanto se dio cuenta de ello, sintiendo en su profundidad los primeros empujes despiadados de aquel pistón odioso y dulce, enseguida se percató de algo más, de que sólo era un sueño, y que podía despertarse en cualquier momento: sólo era necesario quererlo.

Así pues, libró disimuladamente su mano derecha de aquel mortal peso invernal que la había dominado, y a ciegas alargó la mano hacia la cortina, a la derecha del espejo, para ahuyentarlo con la luz del día. Todavía no oía cómo empezaban a caer de todos los estantes el sinfín de frascos, aerosoles y otros trastos semejantes, en su mayoría vieneses, que ella derribó de paso; cómo todo aquello caía en una avalancha de diferentes colores en el lavamanos y en el suelo de azulejos. Luego la blancura de la luz hirió sus ojos; el pistón helado se ablandó de repente y se salió de ella sin dolor.

El agua de la bañera se había enfriado. La señora Roma volvió a abrir el grifo del agua caliente y, recuperándose poco a poco, incluso no se sorprendió de ver por todas partes —en el suelo y en el lavamanos— las huellas de su lucha reciente, de la que

aquel estúpido, estúpido, estúpido e idiota rematado en el dormitorio contiguo no tenía ni idea.

El director Yárchyk Volshébnik repasaba aquella mañana las variantes del guión del videoclip, motivo por el cual había venido hasta aquí. Se trataba de un anuncio de pocos minutos del milagroso Bálsamo de Vartsábych —extraordinariamente asqueroso y con pocas posibilidades de no perjudicar la salud de los consumidores de aquellas bebidas que habían aparecido últimamente en el mercado del alcohol—, que no llegaba a abrirse paso entre los competidores, más reputados y famosos. No ayudaba ni el precio ridículamente bajo de seis *grivnas* sesenta y cinco copecs, ni el color opaco pantanoso del producto, que, según el fabricante, debía asociarse con la longevidad de los Cárpatos, ni incluso el simpático eslogan: «Desde tiempos inmemoriales y para siempre», escrito diligentemente con la cursiva pseudoeslava en las etiquetas. Tan sólo una campaña publicitaria vistosa y pertinaz podía salvar la situación. El producto para el que le habían hecho el pedido a Volshébnik se anunciaba en todos los canales de televisión del país, aunque —y el representante del cliente no lo ocultaba— el objetivo final era presentarlo en ntv, sts, tvn, rtl e incluso en mtv.

«¿Sabes?, tú coge a una tía, o mejor, a dos —expresaba sus deseos respecto al proyecto el representante del cliente, un toro de cuello corto al que le faltaba el índice en la mano derecha y el pulgar en la izquierda—, coge a dos tías, vístelas, ya sabes, de gutsulas, llévalas a un pastizal y...».

A continuación, el representante del cliente no decía nada, sólo se echaba Ballantine's en el vaso y con una de sus manos sin dedo lanzaba en su boca de tiburón un puñado de avellanas que rompía con sus cuatro filas de dientes. Aquello que iba después de su inequívoca «y», se refería, por lo visto, a la última obligación del realizador. Confiaban en él como especialista en cultura, y el representante del cliente no olvidó subrayarlo. Todo esto había tenido lugar en Lviv, hace siete semanas y media.

Pero ahora Yárchyk Volshébnik estaba leyendo en la propuesta de guión n.º 1 lo siguiente: «Una soleada mañana, en el pastizal, dos jovencitas vestidas con las mejores muestras de la ropa popular de Gutsulia corren alegremente por la hierba. A su alrededor vuelan unas mariposas. Las chicas ríen alegremente. Llevan puestas unas botas preciosas que les llegan hasta las rodillas. Una de ellas recoge unas flores preciosas. La otra está haciendo con ellas unas coronas preciosas. Cuando ambas coronas están listas, las chicas preciosas se las ponen. Una de ellas pone su mano sobre el hombro de la otra, y la otra la suya en la cintura de la primera. Se dejan llevar por el ritmo de la *gutsulochka*^[47]. Unas rodillas. El baile se acelera cada vez más. Las chicas giran primero a un lado, luego al otro. Más rodillas. La música se acelera cada vez más. Finalmente, se abrazan y sus labios se funden en un beso. Se besan cada vez más apasionadamente. Se oye la voz del locutor: “Desde tiempos inmemoriales y para siempre: la melodiosa región del ardor y el trabajo^[48]”. Aparece

una botella de Bálsamo de Vartsábych a media pantalla. En la otra mitad de la pantalla las chicas siguen besándose ardientemente. Vuelve a oírse la voz del locutor: “El Bálsamo de Vartsábych es como el beso de una montañesa. Déjate mojar los labios”».

«Por curiosidad, ¿cuánto les pagan a estos imbéciles por un disparate como éste?», pensó Yárchyk el Mago, apartando con repugnancia la propuesta de guión N.º 1 y cogiendo la propuesta de guión N.º 2.

Decía así: «Una soleada mañana en el pastizal, dos jovencitas, vestidas con unas faldas alegres de rayas amarillas y negras y unas alegres alas transparentes por detrás de sus hombros, vuelan alegremente de flor en flor. En una de las flores giran al ritmo de la *gutsulochka*. Unas caderas. El baile se acelera cada vez más. Las chicas se giran primero a un lado, luego, al otro. Más caderas. La música se acelera cada vez más. Finalmente se echan una a los brazos de la otra y sus trompas (en el papel ponía erróneamente “trompos”, pero Yárchyk Volshébynyk no se dejó azorar) se funden en un beso. Se chupan cada vez más apasionadamente. Se oye la voz del locutor: “Desde tiempos inmemoriales y para siempre: no da opción a los zánganos”. Aparece la botella de Bálsamo de Vartsábych a media pantalla. En la otra mitad de la pantalla, las chicas aún siguen trabajando con sus trompas (“trompas”, se cercioró Yárchyk). Vuelve a oírse la voz del locutor: “El Bálsamo de Vartsábych es como la miel de la patria. Escucha el zumbido de las abejas vivas”».

«También aquí hay política». Yarkó el Mago hizo una mueca al mismo tiempo que se convencía de que la segunda propuesta era mucho mejor. «Pero ¿cómo puedo hacer que estas estúpidas putas vuelen?», se hizo una pregunta técnica del todo oportuna.

(Y aquí es necesario hacer una puntualización. El presupuesto del videoclip contaba con los honorarios suficientes para invitar a un par de modelos decentes, si no de una agencia de Kiev, por lo menos de cualquiera de Lviv. Sin embargo, Yárchyk el Mago, como realizador experimentado en semejante tipo de pedidos, ya se había acostumbrado a considerar los presupuestos de una manera artística, haciendo maniobras sin parar con los artículos que compraba. Así que un conocido estraperlista, ex especialista en cultura de masas de Chortopil, le mandó a dos pobres bailarinas de *striptease* locales, una rubia teñida de negro y una morena maquillada en blanco, a las que él llamaba respectivamente «Lilia» y «Marlena». Aquellas chicas estaban dispuestas a aceptar cualquier miseria; hacía un mes y medio que no cobraban nada por culpa de la cuaresma. Y es precisamente a ellas a quienes llamamos mentalmente putas perdidas).

La última de todas era la propuesta de guión n.º 3: «Una noche cerrada de pastizal, en un lugar desierto y hechizado de los Cárpatos, se celebra el rito secreto de unos motociclistas. Estos giran alrededor de una gigantesca hoguera, luego bajan de sus motos y empiezan a bailar, se pasan de mano en mano unas botellas (Jim Bim, Courvoisier, Acapulco, Smirnoff) y beben de ellas por turnos. El caleidoscopio de sus

rostros, los reflejos del fuego en las piedras y la hierba, las fulguraciones de los líquidos de diferentes colores. La elección recae sobre dos chicas. Una de ellas es negra como un cuervo; la otra es blanca como una paloma. Esto se ve cuando se quitan los cascos de motociclista. Ellas se quedan en el centro del corro y, casi alcanzadas por las llamas del fuego, empiezan a quitarse los trajes de motociclista. Todos aquellos hombres barbudos a su alrededor se han quedado inmóviles, con sus caras lascivas y sus bocas abiertas, en una tensa espera. Pero en un instante ambas ya bailan la *gutsulochka*, vestidas con las muestras más emblemáticas de la ropa popular. De nuevo todos se ponen a bailar a su alrededor, aunque ahora sólo hay una única botella, perfectamente reconocible, que también va dando vueltas. Derraman los restos de la bebida en el fuego, el líquido explota, encima de la hoguera surge una enorme columna resplandeciente, y de repente la tierra empieza a moverse a su alrededor. Las chicas siguen bailando, mientras de debajo de la tierra se levanta un esqueleto enorme que en unos segundos se cubre de carne, cabello, ropa, pasa en sentido inverso y con la rapidez de un rayo por todas las etapas y estados de la fisiología humana (cambiando gradualmente la máscara de un difunto por la de un viejo, y ésta última por la de un hombre maduro, etc.) y delante de nosotros aparece un joven hermoso que lleva a ambas chicas (la morena y la rubia) al ritmo loco de la *gutsulochka*, agarrándolas muy fuerte con sus manos, un poco por debajo de sus cinturas. La música se acelera cada vez más. Se oye la voz del locutor: “Desde tiempos inmemoriales y para siempre: no nos avergoncemos de lo que es nuestro”. Aparece la botella de Bálsamo de Vartsábych a media pantalla. En la otra mitad de la pantalla, el joven sonriente y las chicas felices entre sus brazos en su cama. Vuelve a oírse la voz del locutor: “El Bálsamo de Vartsábych es como el agua de la vida. Levantará incluso al no embalsamado”».

«Qué bien —pensó Yárchyk el Mago—. Con ésta me divertiría. Enya, Marilyn Manson, Katia Chili. Stanley Kubrick. Steven Spielberg. Freddy Kruger. Efectos especiales, gráficos, animación, Photoshop, Corel Draw. Encontrar una veintena de buenas motos no es ningún problema, igual que un par de buenas jetas de moteros mal afeitadas. Encontraré a un buen muerto y también a un viejo cabrón. Pero ¿dónde encontraré a este joven hermoso? ¿Este joven hermoso?».

Los hombres de la zona cada vez respondían menos a los patrones mitológicos. La verdad es que había unos cuantos actores más o menos pasables, pero últimamente les invitaban a rodar anuncios publicitarios con excesiva frecuencia y con tan poco criterio que sus fisionomías, demasiado conocidas, habían dejado de sorprender, cansando en gran medida a todo el mundo o a un país en concreto.

Sin duda, Yárchyk el Mago tenía razón cuando se había puesto a reflexionar sobre el problema del protagonista, y rascándose su velludo pecho rubio partió en búsqueda de la cocina y del desayuno prometido en el presupuesto como parte obligatoria de la pensión completa.

—No está mal —dijo Lilia, una gatita cruzada, pero bastante hábil,

desperezándose en la cama.

—Normal, quizás sí —convino con ella Marlena, la gata número dos, la negra, levantándose de debajo de la mesita cerca del espejo, donde había encontrado su pendiente perdido.

Eran muy buenas amigas y nunca se peleaban porque se querían como hermanas. Y no sólo como hermanas...

—Igual que en Chequia —añadió Lilia—. En Chequia las habitaciones de los hoteles son muy parecidas: los muebles, las salas.

Es cierto que hace tiempo había viajado a Chequia, donde le habían prometido un buen puesto de bailarina en, como lo llamaban los chulos, el mejor *varieté* de Praga. Pero no consiguió atravesar la frontera eslovaco-checa, y se pasó medio año en calidad de lo que se llama *lavadora de platos* (cien pavos al mes y todos te folian) en un hostel cutre en los alrededores de Liptovski Mikulás. Pero sólo lo sabía ella.

—¿Se está bien en Chequia? —preguntó Marlena, poniéndose ante el espejo el pendiente que acababa de encontrar.

—Como en *Bundes*^[49] —suspiró Lilia—. Casi igual.

Un día oyó esta comparación en un tren. En él viajaba una señora de las que lo saben de todo, que anunció a todo el vagón que *en Chequia se vive casi como en Bundes*. Ahora Lilia había aprovechado aquel soplo de la memoria.

—En Polonia tampoco se está mal —aseguró Marlena—. Allí cobras trescientos al mes.

—¿Y tú también los cobrabas? —preguntó Lilia, incrédula.

—Claro —dijo Marlena muy segura, fingiendo no darse cuenta de la duda de su amiga—. A veces, la verdad, un poco menos.

—¿Y allí, también bailabas? —continuó preparando su boca de loba Lilia.

—Claro —Marlena repitió su respuesta favorita—. En el Walutowy, un bar para ricos estupendo. También venían empresarios, a pasar el rato.

—¿Y por qué Ruslán decía que trabajabas en las estaciones de trenes? —Lilia cerró su boca haciendo crujir los dientes.

—¿Ruslán? —volvió a preguntar Marlena, agarrando su bolsita de cosméticos con un gesto un tanto nervioso.

—Como si te hubiera visto en una de las estaciones —precisó Lilia bostezando.

—Le encanta vomitar mierda —supo encontrar la respuesta oportuna Marlena—. Y tú qué, ¿le crees? ¡Es un idiota!

—Idiota o no, pero ya ha cambiado tres veces de coche —argumentó Lilia.

—Que cambie de coche no quiere decir nada —se defendía Marlena, poniendo todo el contenido de su bolsa de cosméticos en la mesita—. Sería mejor que te explicara cómo le estafaron con los arenques a mil pavos.

Lilia volvió a desperezarse como una gata y se sentó en la cama.

—¿Pañi Walewska? —preguntó ella al cabo de un momento mientras observaba cómo Marlena se disponía a pintarse las pestañas.

—Estée Lauder —le contestó Marlina, tras decidir que no volvería a ponerse de acuerdo con su amiga en nada.

—Me gusta más Max-Factor. O Revlon —Lilia empezó a quitarse por la cabeza una combinación cutre de noche, o mejor dicho, una combi—. Nuestro Estée Lauder es casi siempre una falsificación —añadió de paso.

—Pero no lo compré en nuestro país —le espetó Marlina—. Me lo regalaron. Un hombre del Benelux, un hombre de negocios.

—Te diré una cosa: en el extranjero da igual cómo te ganes la vida —volvió al asunto Lilia, tras encontrar finalmente en el suelo, cerca del cabezal, sus simbólicos, como los llamaba ella, Trussardi—. Lo importante es que te paguen bien.

—Tienes un pliegue en el vientre —reparó Marlina—. Tendrías que hacer abdominales.

—Depende del gusto que tengas —hizo un ademán Lilia.

—Pronto no podrás lucir en el escenario —Marlina no dejaba de tomarse la revancha.

—Me importa un bledo —se puso un tanto nerviosa Lilia—. De todas formas, no estoy dispuesta a quitarme la ropa toda la vida al compás de la música delante de los hombres.

—Eres una estúpida —se encogió de hombros Marlina, acabando el trabajo maravilloso sobre las pestañas y pasando a la barra de labios—. ¡Todavía no sabes hacer nada! Oriflame —dijo ella, al cabo de un rato, enseñando su barra de labios a Lilia.

—Y a mí qué me importa —no se dio por vencida Lilia, levantándose decidida de la cama y abrochándose impetuosamente el sujetador—. ¿Te acuerdas de Leska, la del grupo treinta y dos de formación profesional? Una teñida, que no pintaba nada. Ahora vive en Italia, en esta..., bueno, en una ciudad con agua, como Venecia, ¿sabes? Dicen que tiene un puesto en unos lavabos de pago, sólo tiene que estar sentada allí durante todo el día. Y cobra bien, y también dicen que encontró a un tío, un armenio o un griego o algo por el estilo. Y no sabía hacer nada, ni quitarse la ropa en el escenario...

—¿Unos lavabos de pago? ¿Y sólo tiene que estar sentada? —Marlina incluso dejó, por un momento, de pintarse los labios.

—¡Y sólo estar sentada! —continuó su ataque Lilia poniéndose, según una costumbre muy antigua de todas sus antecesoras, las manos en la cintura—. Eso es, mantener el orden, vender fichas...

—En cualquier caso, es un trabajo —movió su cabeza la testaruda de Marlina.

—Y el nuestro, ¿no es un trabajo? Sólo dime, ¿es o no es un trabajo? —Lilia sacudió su melena teñida sin soltar sus caderas de sus manos—. ¡Lo llaman baile! ¡Baile de salón! ¡Nada de salón, de mamón! ¡Ya conocemos sus bailes! ¡Todos quieren manosear sin pagar nada, y si se presta, también que se la mames gratis! Y todo el dinero para los chulos, y a nosotras... ¿Sabes cuánto nos queda?

—Claro —dijo Marlana.

—No sabes nada, estúpida gutschula —le rebatió Lilia—. Nos queda el seis y medio por ciento, ¿lo entiendes? ¡El seis coma cinco!

—Tú también eres gutschula —Marlana no pudo contenerse y arrojó sobre Lilia la bolsa de cosméticos que, por desgracia, estaba vacía.

Sin embargo, en respuesta, Lilia sólo le enseñó el dedo cordial, un gesto que aprendió de Pasha, un conocido de la hacienda, y desapareció por detrás de la puerta del lavabo.

—¡Lávate los dientes! —le gritó Marlana.

No vio el dedo cordial que la otra enseñaba de nuevo por detrás de la puerta, pero oyó cómo tiraba de la cadena ruidosamente.

La joven Kolomea Vorónych, o, si queréis, simplemente Kolia, ya hacía tiempo que tenía un hambre feroz; así pues, sin percibir ningún tipo de señal de atención o, por lo menos, de que alguien se hubiera despertado en la habitación de sus viejos, partió por sí misma al encuentro de su aventura. Afortunadamente, no tardó mucho en encontrar la cocina y tras colarse por una puerta con el letrero sala de desfloración y, casi sin darse cuenta, por otra con el letrero lasciate ogni speranza, finalmente se detuvo delante de la despensa y se arrojó sobre los viejos aparadores roídos por la larva de carcoma. Kolia pensó que lo que más le apetecía era *sírnik*^[50], y lo encontró enseguida. El *sírnik* estaba bastante fresco; alguien había cortado ya unos cuantos trozos, pero la mayor parte aún quedaba intacta en el plato. Además, a Kolia le apetecía beber leche, aunque no prestó la atención debida a esta parte de su deseo, y tuvo que conformarse con un jarrón de miel de abeto de color verde oscuro, cosa que tampoco estaba mal del todo.

Kolia se sentó en la mesa frente a la ventana y, rompiendo trozo por trozo el *sírnik*, empezó a untarlo directamente en el jarrón con miel. Al mismo tiempo, miraba por la ventana las montañas, la hierba mojada por la nieve derretida y el viento que luchaba sin parar entre los abetos. El día era soleado, y el *sírnik* con miel estaba muy rico. Kolia intentaba no chascar, aunque tenía muchísima hambre y le habría gustado mucho hacerlo. «El *sírnik*... —pensaba ella—. Este *sírnik* está estupendo, ¡es una gozada!».

Sin embargo, el vuelo de su pensamiento fue interrumpido por la aparición en el almacén del rechoncho señor Doctor. Entró limpiándose sus gafas de la época de entreguerras y entornando felizmente los ojos a causa de la luz del sol.

—¡Qué preciosidad! —dijo Doctor—. Mis saludos, querida señorita. ¿Está bueno el *sírnik*?

Precisamente en aquel instante, Kolia se estaba llenando la boca con aquella densa masa dulce, así que sólo supo contestar con un inexpresivo «ajá».

—Mañana y juventud —no se retiró Doctor, acomodándose a su lado en la mesa—. Todo respira pura poesía. A su edad (decía «jubendud» y «etat», pero estaba claro que en realidad quería decir *edad y juventud*), a su edad la poesía determina cada uno

de sus movimientos espirituales. ¿Le gusta la poesía?

—Sí, contestó Kolia, después de engullir el *sírnik*.

—¡Sí! —asintió convencido Doctor—. A este período del que usted, mi querida señorita, tiene la suerte de disfrutar, un poeta lo llamó un día *saludo a la vida*. ¿Sabe usted de qué poeta se trata?

Doctor la miró por debajo de sus gafas, como lo haría un examinador benévolo en un examen.

—Sí —respondió Kolia no muy segura.

—¡Lo sabía, sabía que usted lo sabía! —se alegró sinceramente Doctor—. Por desgracia, últimamente la juventud no se orienta muy bien entre estas figuras. Pero usted no es así, estoy seguro. ¡Coma, por favor, siga comiendo, el *sírnik* debe estar delicioso, y no digamos esta fantástica miel de montaña! (Él decía «de mondaña», pero Kolia seguía comiendo igual, la verdad, aunque ahora parecía como si la estuvieran forzando un poco).

—Bogdan-Igor Antónich —dijo el profesor al cabo de un momento, deleitándose francamente con el apetito de la joven— era y sigue siendo en nuestras conciencias un poeta, antes que nada, de la primavera y la juventud. El poeta de la resaca primaveral. Así se definió él mismo y nadie lo podía haber hecho mejor.

Kolia no sabía qué contestar; además, la palabra *resaca*, en la interpretación de su padrastro, tenía para ella otro significado. Pero Doctor, por suerte, continuaba:

—Vosotros, los jóvenes, no os dais prácticamente cuenta de la primavera. Os parece como si la primavera fuese algo tan continuamente presente en este mundo, que la percibís y la recibís sin hacer reflexión alguna. Después, mucho más tarde, entenderéis que todas nuestras primaveras, igual que todos nuestros veranos, están contadas. «Mi risa aún es joven y mi alma verde», así de repente lo vio claro el poeta Antónich. Pido reflexionar sobre ello. ¿No es esto el principio de la tragedia de descubrir que hemos sido dotados con el paso del tiempo?

El profesor la miraba sonriendo, con lo que incluso la miel de montaña se convirtió en una miel amarga. Ella pensaba febrilmente qué cosa podría contestar a todo aquello; sentía un poco de pena por aquel viejo *hobbit*, y finalmente le preguntó:

—¿Quizás le apetezca un poco de *sírnik*? Aún queda mucho...

—Oh, muchas gracias —agitó sus brazos Doctor— no puedo comer nada dulce. Diabetes, ¿sabe? Antes me gustaban mucho los dulces, especialmente los pasteles de amapola y miel de mi tía. Pero mire allí, por la ventana: ¡qué montañas tan preciosas! ¡Qué sol! Montañas y sol son dos cosas que nos han sido regaladas para el consuelo pletórico de una existencia corta. «En las montañas, cerca del sol», como dijo el poeta Antónich. Y también dijo: «La primavera es como un carrusel».

Se quedaron callados un rato. Kolia fingía masticar el *sírnik* con esmero. Pero el profesor, según parece, no sabía callar por mucho tiempo.

—También es curioso —declaró al cabo de un momento—, que las imágenes que el poeta encuentra escribiendo sobre la primavera sean racionalmente tan

inexplicables. Por ejemplo, los doce anillos de la primavera. Exactamente así: ¡los doce anillos de la primavera! ¿Usted, querida señorita, alguna vez ha contado hasta doce?

Kolia se encogió de hombros y pensó que nunca había tenido un interlocutor más estúpido. Pero en aquel momento se vio obligada a sacar fuerzas de flaqueza y contestar:

—Claro.

—¡Fantástico! —casi salta de la silla el profesor, como si precisamente esperase esto—. Entonces, intente contar los doce anillos primaverales sobre los que escribe el poeta Antónich.

Kolia pensó «ajá, ahora» y dijo todo lo que se le ocurrió:

—Bueno, el primer anillo será... el cinturón de castidad que llevan las chicas.

Ella misma no sabía por qué lo había dicho.

—¡Perfecto! —volvió a saltar Doctor como un dios chino—. ¿Y el segundo anillo?

—Pues el segundo... El segundo, será un baile así, como cuando todos bailan en un círculo, ponen un pañuelo en el suelo y todos se besan.

—¡Fenomenal! ¿El tercero, el cuarto? —le incitaba Doctor.

Kolia se esforzó y dijo:

—Tengo que pensar un poco.

—Pues tómese como si fueran sus deberes, mi querida señorita —se frotó las manos el profesor—. ¿Me promete que antes de que se acaben sus vacaciones sabrá contar los doce anillos? Pero no, no me prometa nada; no haga caso de mis malditos métodos de profesor (dijo «métodos», pero Kolia entendió a qué se refería). No me prometa nada. ¡Sólo observe y disfrute!

Para no decepcionar a aquel ridículo señor, Kolia miró concentrada el mundo de detrás de la ventana. Le pareció girar en un carrusel vertiginoso en algún lugar bajo el cielo. Todo el país, con sus bosques, sus arroyos y sus minúsculas estaciones de tren yacían por debajo de ella. Pero aquello se fue rápidamente, casi al mismo tiempo que el olor húmedo de las nevadillas. Quedaba sólo la figura bajita de un desconocido que subía por la pendiente cada vez más abrupta del bosque, en dirección al balneario.

—O, pongamos, los olores —adivinó su alucinación el profesor—. ¡La primavera en las montañas nos regala una gama tan magnífica y conmovedora! ¿Conoce el olor del enebro? ¿Y el del follaje de las coníferas? ¿Y el de las piñas húmedas? ¿O el de las nevadillas mismas? O, simplemente: ¿cómo huele la arcilla, la arcilla normal y corriente, de la que salimos todos nosotros y a la que algún día volveremos? ¡Y todo esto se nos ha regalado no uno por uno, sino todo junto, como una única sustancia palpitante! Es curioso que Antónich encuentre el mismo epíteto para todas estas sensaciones: «embriagador». Y no se puede expresar con mayor exactitud. No se puede ser más preciso, ¿verdad?

—Verdad —dijo Kolia, apartando por algún motivo el jarrón de miel medio vacío

cubierto con unas oscuras y sosegadas chorreras.

—O, pongamos, los sonidos —el profesor puso los ojos en blanco—. Las ráfagas de viento, el ruido persistente de los árboles y el agua, el balido de las ovejas y las campanillas de las vacas; nunca las ve, a estas vacas invisibles, pero oye cómo suenan sus campanillas. Añada aquí unas voces humanas traídas por el viento o el clamor de los pájaros. A usted, querida señorita, ¿le gustan los pájaros?

—Sí, me gustan —dijo Kolia—. Algunos.

—Hay que amar a todos los pájaros —reparó suavemente Doctor—. ¿Y qué pájaros le gustan más?

—Las águilas —dijo Kolia tras pensárselo un rato; no quería ofender al viejo con una respuesta descortés. Aunque le apetecía un montón decir «los pingüinos».

—El poeta Antónich también menciona a los pingüinos —acertó al unísono el profesor—. Creo que es en su poema «Polaria», o no. «Polaria» o «Ártica». ¿Usted no se acuerda? ¿Pingüinos o focas?

—Lo he olvidado —se encogió de hombros Kolia, sintiéndose culpable.

«Habría que preguntar a Pepa sobre este Antónich», pensó ella. De costumbre, obedecía a las instrucciones de su madre, llamando papá a su padrastro en voz alta. Pero en su interior conservaba su libertad: ningún otro nombre le iba tan bien a este tío como su propio apellido, Pepa.

El profesor la miraba sonriente. Ella apartó los ojos varias veces, pero de repente decidió no ceder y lanzó una mirada atrevida y larga a sus gafas, la misma que a veces ensayaba con sus amigas antes de salir de noche por la ciudad. Sabía que los *hobbits* eran un poco asustadizos. Al cabo de unos diez segundos insoportablemente largos, el profesor parpadeó y se turbó, su sonrisa tembló un poco, se torció y capituló. A Kolia le pareció que incluso había enrojecido un poco.

«Es un viejo ridículo» —pensó ella.

Detrás de la ventana todo seguía siendo igual de precioso, excepto que la figura en la pendiente ya estaba mucho más cerca, y Kolia podría apostar que aquél era el conocido austríaco de su madre que llevaba algo amarillo y blanco en las manos. (Karl-Josef, que precisamente volvía de la exploración matutina, traía un ramo de azafrán todavía húmedo. Adivinad para quién).

—Pues bien —pronunció finalmente Doctor, deslizando una secreta y vergonzosa mirada por las piernas desnudas de Kolia y levantándose torpemente de la mesa—. Le agradezco, querida señorita, su extraordinaria compañía. Ha sido muy interesante hablar con usted.

—De nada —dijo Kolia con impertinencia.

El profesor se inclinó desgarbadamente, y no sintiéndose del todo seguro, como si se encontrase en el saco de su propia ropa, un poco para atrás, un poco de lado, pasó por la puerta.

—Algún día le regalaré mi monografía sobre el poeta Antónich —le aseguró ya desde el pasillo.

—¡Regálasela a tu tía, desgraciado Pleishner^[51]! —le respondió Kolia, y se puso tan contenta que de nuevo alargó la mano a por su miel—. Menudos idiotas andan por aquí —añadió sin rencor.

Después de lo cual algo totalmente inesperado salió de su interior:

—Y el tercer anillo serán los abrazos de mi querido lejano...

Y sólo luego oyó en el portal el andar pesado de salamandra y colmado de primavera y azafrán de Zumbrunnen.

Los rumores acerca de la aproximación de Bogdan-Igor Antónich a Lviv llaman por primera vez la atención de los *medios* locales, según parece, ya en 1928, o sea, prácticamente un año antes de que el poeta se instale realmente en este bosque en medio de un prado repleto de leones de piedra. No hay nada de extraordinario en este juego adelantado: a Antónich lo presentían en Lviv. Por aquel entonces la ciudad necesitaba poderosamente un personaje como él, mientras desde Przemysl, Sinok y Drogóbich empezaban a llegar periódicamente alarmantes y atolondradas noticias de nuevas escapadas de este *enfant terrible* del escenario alternativo de Galitzia. En la famosa carta de Bruno Schulz a Antoinette Spandauer, datada en marzo del mismo 1928, encontramos, por ejemplo, este revelador pasaje sobre el hecho de que «Drogóbich se estremeció más de una vez con sus [las de Antónich] salvajes extravagancias. En todos los salones dignos de atención sólo se rumorea sobre él y su reciente *performance* con una cabeza de cerdo que Malgoska había cortado y clavado en un palo [...]. A pesar de todas estas rarezas, él sigue siendo un fenómeno bastante puro de autoexpresión lírica. Y, con sus apenas diecinueve años, promete ramos enteros de exóticas flores, un poco heladas por la lluvia diaria de esta provincia.

[...] Ayer mismo organizamos con él una diversión un poco quimérica en el “Lámpara roja”, ignorando resueltamente las ideas locales sobre la honestidad y, lo más importante, el refunfuño categóricamente desaprobador de mi rigorista Adelka. No quiero dar detalles. Usted misma, mi querida señorita, ya los debe haber leído en las crónicas de sucesos. Será suficiente hacer alusión a que aquella vez los pantalones de *ballet* los llevaba como si fueran mi segunda piel, y el tintineo de las cadenas y el silbido del látigo no podía no provocar una erupción totalmente acmeísta. Y aquí lo tenéis —hoy toda la ciudad está *bouleversé* y lo que llaman el *establishment* simplemente se está cagando en su propia impotencia—».

Este recuerdo, el único de la correspondencia de aquel maniquí de Drogóbich sobre Antónich que ha llegado a nuestros días, es bastante elocuente respecto al papel que aquel joven sin hogar eligió conscientemente en la difícil situación del teatro moralista que interpretaba a diario el así llamado *cuero social de vanguardia de Galitzia*. Su papel, que primero fue el papel de *chico malo* y calavera simpático (¡que muchos amaban en secreto!), con el paso de los años (pero, ¡qué años!, la vida de Antónich parece tan fulminante, y su evolución tan rápida que tenemos que hablar no de años, sino de meses, de semanas), pues así, con el paso de los meses este papel suyo era cada vez más serio e incluso trágico, para finalmente presentar a los más atentos de nosotros la catástrofe de una personalidad que pertenecía absolutamente a la comunidad internacional de poetas malditos. Habrá que buscar las huellas de la presencia de Antónich exactamente allí, entre ellos, en su *night club* ilegal, donde Baudelaire fuma opio, George alucina con jóvenes hermosos, Rimbaud vomita su propia precocidad, Trakl aspira de la venda el áspero éter desmayante, y Jim

Morrison deja ávida e imprudentemente penetrar en su interior la muerte india. Precisamente allí, donde se trata de la *extensión radical de la conciencia* hasta su pérdida total, precisamente entre aquellos perdidos bisexuales, debe estar el lugar de Antónich, en algún sitio entre la barra manchada por las mezclas ardientes de alcohol y la pasarela destartada de una *stripper* despiadada y desnarigada. «*Acoge, acoge en tu casa al eterno viajero y al sirgador, // acoge, acoge al poeta de la revuelta, la suntuosidad y la desesperación*», —se dirige Antónich al Propietario del Establecimiento y, después de pintar su propia marca secreta en la puerta, franquea el umbral para siempre—.

Así pues, llega a Lviv no en el 28, como se rumoreaba en los círculos cercanos a la bohemia, sino en el 29; es decir, un año después. Existe una gruesa carpeta de recuerdos bastante contradictorios sobre quién, cómo y en qué circunstancias había sido visto por primera vez y —¡qué impertinencia!— había sido *saludado*. No hay que confiar en ninguno de ellos, especialmente en aquellos que provienen de los pasillos y las aulas universitarias. Todos estos intentos (qué curioso —datados muchos años después) de describir a Antónich como a un estudiante de primera que siempre y para todo tenía una respuesta lista y pensada y que nunca faltó a ninguna clase de lingüística comparativa, no es más que un intento inocente y convulsivo de aquel mismo *teatro* de Galitza de defender sus valores habituales, de acuerdo con los cuales un gran poeta sencillamente no puede no ser el mejor estudiante; en caso contrario, ¿de dónde sacaría su grandeza poética? Así pues, es precisamente a estas ideas hipócritas y fariseicas de cómo tendría que ser un poeta, *exponente y dueño de las ideas de pueblo*, a las que debemos agradecer las leyendas ampliadas posteriormente sobre un doncel tímido y tartajoso, sobre sus zapatillas, sus batas, su calva cabeza propensa a las migrañas y por eso siempre vendada con una toalla, sobre su gordura y torpeza; y lo más importante, sobre su temor casi animal a todo: perros, chicas, coches, badilas, trenes, y sobre todo a una fulana despótica, en casa de la cual, en la calle Gorodotska 50, habría tenido que vivir.

Esta versión parece la que mejor ilustra el desparpajo de todas las falsificaciones postantonovichañas. Pero, en realidad, no había ninguna fulana por allí. La persona con la que vivía el poeta en la calle Gorodotska fue su amante entre 1929 y 1933, una viuda del mensajero real que no podía resistirse a los placeres corporales y los inventos culinarios, la reina de los bailes de fin de año y las loterías humanitarias del período de entresiglos, a la que aquel *lemko* verde apasionado supo adornar con su infatigable servicio nocturno los últimos destellos del veranillo de san Miguel. De su afición más que corporal hacia su joven inquilino da testimonio al menos el hecho que Antónich se quedó a vivir en su casa incluso tras haber cesado paulatinamente sus relaciones sexuales. Además de mutuo consuelo con absenta y largos y fuertes cigarrillos de liar, aún conservaban muchas reciprocidades platónicas. A veces él tocaba para ella el violín, otras veces, cuando la atacaba su grave enfermedad hereditaria, le servía café y nata en la cama. Por una clandestina costumbre,

característica a la mayoría de los amantes secretos, él llamaba en broma a este ser-vamp *tía* —igual que ella le llamaba *gato*— y ¡no porque supiera cuál era el verdadero apellido de su padre! Sin embargo, sólo Yaroslav Kurdídik, uno de los colegas mujeriegos y amigos más íntimos del poeta, se atrevió a citar vagamente en sus memorias todavía no publicadas como un Antónich medio borracho, quizás, un año antes de su muerte, hablando de su tía soltó una extraña confesión: «No hay nada que no hubiera hecho con ella». Y luego añade: «De todos los fenómenos, el más raro es la existencia».

Precisamente en los recuerdos de Kurdídik sobre Antónich podemos, según parece, confiar, aunque no sin una mínima precaución, porque tampoco están libres de algunos detalles forzados y de falsificaciones. Pero lo más importante es que allí hay vida, descripción de las palpitantes discusiones embriagadas y de las reuniones nocturnas en los clubes de proletarios-bandidos, allí encontramos una escena indescriptiblemente pintoresca de la lectura improvisada de «Rotaciones» por Antónich el 11 de junio de 1936 (la primera cafetería de Jazz «al otro lado del muro» en Lviv, el solo de clarinete de Alfons *Murin* Kaifman), y también un episodio indescriptiblemente abrumador, cuando colgando del estribo del primer tranvía matutino, el poeta, agotado hasta la muerte por la bacanal, haciendo reverencias y tonterías, se despide del tropel de actrices y de los deshollinadores que había conocido con unas palabras poco comprensibles para ellos, aunque bastante proféticas «Me iré pronto. He estado aquí sólo como un huésped accidental». El tranvía se va, pero en unas semanas todos entenderán el sentido de aquellas palabras, cuando entierren el cuerpo ligero del poeta en el cementerio de Yaniv. Aunque no es esto lo único que encontraremos en los recuerdos de uno de los hermanos Kurdídik: también están la tensión de la vacilación intelectual, los montones de trabajados diccionarios, la lucha eterna con el acento normativo y la caza silenciosa de los más raros manuscritos esotéricos en los rincones del Ossolineum.

Y algo no menos importante: allí está Lviv. La ciudad que fue en los años treinta ya prácticamente no existe. Y si existe, será en algún lugar inalcanzable, separado de la ciudad actual por un abismo insuperable, cuyo nombre es Sueño.

Así es, Lviv y Antónich. ¿Aquello era amor, o todo lo contrario? Nadie se atreve ahora a dar una respuesta inmediata a esta pregunta. Porque sea lo que fuere, fue justamente en esta ciudad donde el poeta vivió sus últimos y más importantes ocho años. Y precisamente éstos fueron los ocho años que le hicieron ser quien fue. Aunque, según todas las posteriores represiones analíticas (¡sí, exactamente *represiones* es la palabra correcta!), tuvo que sentirse a disgusto. Le oprimían la piedra y el asfalto, y también las frenéticas acumulaciones humanas, *las iglesias, las bombonerías y las bolsas*. Muchos de los especialistas en poesía, en su mayoría, y por naturaleza, unos zorros sabios, ven a Antónich como a un Mowgli de Lemko, sumido hasta perder la consciencia en lo profundo, radical, etnográfico y verde. Algunos llegan a demostrar, con ayuda de sus propios textos, que a medida que

aparece y se desarrolla en las creaciones del poeta una imagen urbanística del mundo, su carácter de salutación y felicitación se llena cada vez más de la carroña más perceptible, y en lugar de la felicitación tremenda de la bios llega la ceremonia religiosa tanática de color gris negro con la maldita señal de la technos y, por consiguiente, del caos.

Esta concepción habría que tomarla, como dicen en los círculos de aquellos mismos analistas, como *base*, si no se tuviera la seguridad de que en realidad había sido adaptada forzosamente a aquel modelo de Antónich que poco tenía en común con su actitud real (y surreal). Y fue así porque este modelo era una trampa en vida, pero, sobre todo, una trampa póstuma que el ya mencionado *teatro civil de Galitzia* destinó al poeta.

Porque en realidad, nada le atraía con una fuerza tan despiadada e ineludible como Lviv. (A propósito, las alusiones de muchos analistas a Viena, París, Londres o Nueva York sólo demuestran el enmarañamiento de la situación: el poeta se estaba preparando para el Gran Viaje, escribiendo cartas que no mandaba pero cada vez más desesperadas a nombre del arzobispo conde Sheptitsky con petición de ayuda financiera para sus futuros viajes).

Lviv es una ciudad de orquestas de la policía, de reuniones públicas provinciales, de tabernas populares y de salones de té; es una ciudad con una horca gigantesca en la calle principal, muy cercana al perverso asilo del poeta. No será difícil advertir en esta ciudad dos sectores muy atractivos para Antónich.

El primero de ellos es el Lviv subterráneo, enterrado e inundado, con sus minas y sus pasillos cerrados, laberintos secretos semiocultos y un río sellado, hacia las orillas del cual se aproximan convulsivamente los bancos de peces ciegos, que presionan los edificios desde abajo y extienden a todos lados una cáscara de asfalto agrietada.

El segundo es el Lviv proletario, o incluso marginal, es decir, todos sus otoñales y primaverales alrededores pésimamente iluminados e intransitables, con todo tipo de fábricas de vodka, de curtido de pieles, de aceite y de cerveza, con mercadillos y vagoncitos sucios por todas partes, además de limusinas destrozadas y hundidas en el fango para siempre, con el comercio callejero de empanadillas caninas, opio, alcohol desnaturalizado y chicas; ¡cómo no!, con un número incontable de oscuras y calientes madrigueras, donde de día y de noche, sumergidos en una música que zumba despiadadamente y cascando pipas sin parar, están sentados unos hombres rapados y sus amigas empolvadas, con el cabello teñido de azul.

Mencionaremos de paso que precisamente este Lviv determinaba en gran parte el comportamiento vital de Antónich e incitaba a los comunistas a flirtear con él sin tregua. Intentando hacerle participar de alguna forma en su prensa —tanto en la legal como en la clandestina—, no escatimaban en atenciones y en compasión interesada, alternando sabiamente los cumplidos con las pretensiones, pero sin conseguir su objetivo final.

Ahora sólo nos queda dar crédito a los testimonios del ya mencionado Kurdídik

padre, entre los que aparece una escena bastante pintoresca en uno de los prostíbulos de Levandivka, que había de tener lugar entre el 36 y 37, lo más probable en diciembre, un poco antes de Navidad. «Aquel día —escribe Kurdídik—, estaba demasiado nublado y gris, empezó a oscurecer a las tres de la tarde. Nos encontramos con Bogdan en Valí [Hetmanski] y cogiendo cada uno una cerveza caliente, partimos lentamente por la calle Pidvalna hacia la plaza Rizniá, y luego a la esquina de las calles Bugliarska y Kotelna, donde por aquel entonces estaba el cine “Omana”, famoso entre los malhechores. A Bogdan le gustaba el cine, especialmente la crónica internacional. Por el camino compramos una botella de vino de frutas bastante asqueroso, excepto por su precio, ridículamente bajo. Sentados en la sala oscura, nos pasábamos la botella el uno al otro y bebíamos a sorbos. En la sábana blanca del cine proyectaban los primeros episodios de la guerra civil española. Una división pésimamente adiestrada atacaba durante cuarenta y cinco días la fortaleza enemiga. El Alcázar, así parece que se llamaba la fortaleza, aunque ya han pasado muchos años y no puedo recordarlo con seguridad. Estábamos sentados en la primera fila a causa de la mala vista de Bogdan. Él iba al cine muy a menudo, y se sentaba siempre en la primera fila. Bebíamos vino y nos reíamos de vez en cuando. Era gracioso ver los tanques torpes y jorobados, y cómo los malhechores detrás nuestro hablaban en voz alta en polaco, hasta que Bogdan, dándose la vuelta, les dijo que se callaran. “Escríbetelo en la frente” —le respondió el más grosero de los malvados, dándole a entender que al finalizar la película le esperarían fuera. Aquellos malhechores formaban una banda considerable en el mercado de Cracovia y sus alrededores. Aquella vez Bogdan calló, pero yo nunca pensaría que lo hizo por miedo. Luego proyectaron una crónica más, de Abisinia, donde el ejército italiano no conseguía reducir las negras tribus armadas. En cuanto aparecieron en la pantalla aquellos guerreros negros, que con sus arcos disparaban a los aeroplanos italianos, la pandilla de detrás se echó a reír a carcajadas.

Entonces Bogdan se bebió de golpe los restos de vino dulce de frutas y dándose vuelta le pegó a aquel grandullón con la botella vacía en su estúpida cabeza polaca y hasta de sus ojos saltaron chispas. Mientras los malhechores se recuperaban, Bogdan y yo salimos corriendo a la calle y a través de unos portales y callejones que sólo él conocía, salimos al principio de la calle Yanivska, donde nos aseguramos de que nadie nos seguía. Después de aquello, nos escondimos en la “Santa Babilonia”, propiedad de un conocido nuestro, Fedia, donde cogimos la costumbre de pedir cerveza “Bock” (negra) y unos cien gramos de alcohol potable “Bon-Gut”. Dentro ya había muchísimos bebedores y el chico de la calle trajo el periódico vespertino gritando a toda la tasca que el ministro japonés predecía la guerra. “Slavko, Slavko —decía Bogdan, frotándose su cargada frente—. Alguna cosa muy mala ocurre en el mundo: España, Abisinia, Japón”. Y seguía repitiendo: “Roma, Berlín, Tokio”. Ya no me acuerdo cuánto tiempo pasamos allí y si pedimos cien gramos más de alcohol para cada uno. Sin embargo, me acuerdo cómo ya muy de noche nos encontramos en

un club en Levándivka. Allí se reunían sólo los empleados del ferrocarril, aunque a decir verdad, había también un par de ingenieros, aunque también del ferrocarril.

Por las escaleras bajaron a vernos unas *kobietas* con unas ridículas escarapelas en el trasero. Yo cogí, como siempre, a la gigante y torpe Orisia, porque no me gusta acostumbrarme a un trasero nuevo, y le pedí un licor. Respecto a Bogdan, él siguió repitiendo lo suyo “Roma, Berlín, Tokio” sin conseguir elegir ninguna, hasta que el ingeniero Povoróznik se burló de él: “¿El señor poeta buscará aquí a su musa?”. La furia hizo que Bogdan escogiera a la pequeña y huesuda Luisa, hija de un notario alcohólico de Levándivka, que apenas tenía quince años. Aquella Luisa era terriblemente estúpida y siempre se chupaba el dedo. Normalmente nadie la cogía, porque decían que padecía de gota coral. Charlamos un rato con los empleados del ferrocarril sobre naderías y cuando llegó la hora de marcharnos cada uno con su kobietta a los dormitorios correspondientes, Bogdan compró a su pequeña Luisa un caramelo dulce para que dejase ya de chuparse el dedo. Así nos marchamos, mientras Bogdan seguía diciendo “Roma, Berlín, Tokio”. De joven, yo era muy rápido, así que al cabo de una media hora, y de muy buen humor, ya estaba en el valle esperando a Bogdan; habíamos quedado no tardar mucho. Le espero una hora y no aparece; sigo esperándole una hora más y entonces, pienso: “algo está pasando” y vuelvo arriba al dormitorio de Luisa. Porque aquélla era una institución de aquéllas donde a veces robaban a los clientes, o incluso les envenenaban llegado el caso.

Me pongo cerca de la puerta y en aquel momento oigo a Bogdan recitar: “*Sobre los montones de manos y pies negros, hay sangre roja y espuma amarilla, // la escurridiza espuma mortal en los labios despedazados por el beso de las granadas*”. Yo llamo a la puerta y entro totalmente agitado, y él sigue: “*Los tulipanes de las entrañas subterráneas explotan, como si fuesen arbustos de fuego, las minas, // saludan invencible y sonoramente con fuegos artificiales desde las entrañas de la tierra*”. Y ¿qué veo yo, al entrar? A Bogdan de pie, encima de la silla en medio del dormitorio, que recita una poesía recién compuesta, y a la pequeña Luisa, que, como un ángel, está en la cama, cuidadosamente cubierta con la manta, chupa el caramelo de Bogdan, le mira y escucha con una atención y un respeto absolutos. Aquello era, como sé ahora, “El cantar del regimiento negro”, pero yo también tuve que escucharlo hasta el final, y a continuación, el “El cantar del Alcázar”; Bogdan compuso estos dos poemas aquella misma noche. Y hasta que no los acabó, no nos fuimos a ninguna parte. En la despedida, mi compañero y colega inolvidable se inclinó ceremoniosamente, dio majestuosamente un paso adelante e, inclinándose sobre la niña, la besó en la frente. No le dijo “Buenas noches”; sólo le dijo que rezara, *bella ninfa*, por él y por todos nosotros. Más tarde, oí de alguna fuente que durante la guerra la mató un alemán de un disparo en plena calle. Y Bogdan y yo, a pie, bajo el agua nieve, llegamos a la calle Gorodétskaya, a eso de las cuatro de la madrugada. “Sabes —me dijo mientras nos fumábamos un cigarro entre los dos en la entrada de su portal, bajo el número 50—, a veces tengo la impresión de que alguien me susurra

los versos al oído. Me los susurra palabra por palabra”. Sentí un hormigueo en los hombros, y él repitió otra vez su “Roma, Berlín, Tokio” y se fue enseguida adentro, un poco encorvado, tal vez presintiendo la bronca de la tía».

Lo curioso es que Antónich había dicho aquellas mismas palabras sobre el *susurro* de los versos al menos a dos personas. Porque las encontramos también en las memorias de otro compañero del poeta, el pintor Volodímir Lasovski, y en las de la novia del poeta, Olga Olíynik.

Volodímir Lasovski, el autor del artículo «Las dos caras de Antónich», muy preciso en detalles y por eso convincente, era tan próximo al poeta como los dos hermanos Kurdídik. Será suficiente recordar que Antónich invitó precisamente a Lasovsky a ilustrar sus selecciones de poesías impresas. Y lo más raro es que de sus escritos, de los de Lasovsky, nace un personaje totalmente distinto: aquel primer estudiante y mejor alumno, sobrino disciplinado de su tía, el típico hijo de sacerdote de Galitzia, con una inclinación inequívoca al sufrimiento académico, a las zapatillas de casa, a las batas y a la gordura.

Si comparamos las características de comportamiento del Antónich que nos presentan Lasovsky y Kurdídik, no conseguiremos librarnos de la impresión cautivante de que se trata de dos personas distintas, tan alejadas la una de la otra en su vida real, que sus trayectorias no podrían haberse cruzado ni por casualidad. (Lasovsky, como si insinuase el misterio aquí presente, recurría a la imagen de las «dos caras»).

Y era verdad: si el Antónich de Lasovsky se nos presenta como un ser endeble, incluso apático, el de Kurdídik es sorprendentemente vivo, como iluminado desde dentro con un calor desconocido. «... De repente, agarró el violín y el arco de las manos de Ferentz, un gitano virtuoso, y se echó a bailar “El Bridge diabólico”, y luego también el *arkan*, de tal manera que todos los presentes saltaron de sus asientos saludándole» —escribe, por ejemplo, Kurdídik sobre las improvisaciones musicales de Antónich en el restaurante del hotel «George», en la primavera del 36—.

Si el Antónich de Lasovsky es, en la mayoría de los casos, aburrido y además, reservado, incapaz de entablar una conversación, ni mantenerla, el de Kurdídik es increíblemente ingenioso y a veces muy chistoso: «Nos partimos de risa cuando Bogdan salió a la arena del circo en un pantalón muy ancho y estúpido de lunares rojos y verdes, y luego lo perdió. Aquella tarde apostó a Gavriliuk y Tudor que se exhibiría en público sin pantalón. Y, claro está, ganó».

El Antónich de Lasovsky es afectadamente tímido (¡sólo hace falta imaginarse como, casi paralizado por el miedo, anda a pasos menudos por las estrechas callejuelas de Lviv, intentando con sus últimas fuerzas estar lo más lejos posible de los coches, pegándose por eso con todo su cuerpo a las paredes de los edificios!). En cambio, Kurdídik habla de una persona irrazonable e impertinente. El episodio arriba mencionado de la botella partida contra la cabeza del malhechor puede considerarse la mejor prueba de ello. Aunque hay pruebas incluso más sobresalientes, como que él

es el primero que sube al terrado de un edificio en llamas y salva a una niña de cuatro años con un gatito que oprimía contra su pecho (el caluroso verano del 35, alrededores de Kaiserwald).

Lasovsky escribe que Antónich tenía fama de ser un individuo bastante tacaño, y en caso de que alguno de sus compañeros le convenciera de ir, pongamos, al café, Antónich se inventaba un montón de problemas a la hora de pagar, titubeaba, se sonrojaba, balbuceaba algo incomprensible, sin hablar ya de que siempre pedía un té flojito, el más barato, sin limón. Kurdídik no sólo destaca el derroche hipertrófico de Antónich —de sus memorias fluyen ríos de cerveza con torrentes de vodka, schnaps, ponche y *brandy* pedidos y pagados por Antónich; Antónich tira el dinero por todos lados comprándose las cosas más extravagantes de París, las putas más caras de la calle Teatralna o, digamos, el hachís iraní en la tienda de productos coloniales de Zamarstunovo—.

Y si el Antónich de Lastovsky se nos presenta como un envejecido prematuro y gordiflón, una rata de despacho con gafas, el de Kurdídik es el favorito de las mujeres, todo un don Juan, un músico errante y carpintero que en cada poblado y ciudad deja tras sí parterres rotos, noches en vela, lágrimas de desconsuelo e hijos ilegítimos. En fin, el mismo poeta lo dijo de la mejor manera posible: «*Jóvenes y chicas ardían en aquella felicidad embriagadora. / ¡Ay, más de una perdió la corona!*».

Pero, por otro lado, Lasovsky equilibra con delicadeza su imagen antipática con una sola, pero decisiva, contraposición. Su Antónich es, al mismo tiempo, un poeta. Y no simplemente un poeta, sino un *voyeur* nocturno, cuya verdadera vida transcurre en sueños. «Por la mañana, medio despierto, Antónich se ponía las gafas, se levantaba de la cama y se sentaba en la mesita desvencijada, para anotar a toda prisa el poema que había madurado en sueños», —escribe Lasovsky, sin poder evitar un cierto embellecimiento literario (¡por qué, pero por qué tiene que estar aquella mesita obligatoriamente desvencijada!), pero al mismo tiempo proyectando con dignidad la jerarquía. En lo que concierne a Kurdídik, precisamente en su obra no encontramos ninguna infiltración profunda en la metafísica del poeta; Antónich es para él ante todo un amigo, se siente cómodo bebiendo con él y deambulando por la ciudad, metiéndose en líos, huyendo de la policía, pero nada más. De vez en cuando, la verdad, aparecen escenas pintorescas con un *recital* de poesía, si no en un burdel, en una *knajpa*, pero ninguna encaja con la cronología real de las creaciones del poeta, engendrando dudas para nada infundadas a quien está familiarizado con el asunto—.

En búsqueda del juez árbitro llegamos a las memorias de otra persona más: Olga Olíynik, la novia del poeta. Esta señorita de cara redonda, que llevaba el corte de moda de aquellos tiempos y que con su aspecto recuerda —en foto— a las típicas actrices de segunda fila, cuyos nombres han olvidado para siempre hasta los historiadores del género, tenía que ser la principal compañera de viaje de Antónich. La boda estaba prevista para el otoño del 37 y si el poeta no hubiera muerto en julio,

el asunto habría acabado en *matrimonio feliz*. Antónich le dedicó unos cuantos poemas de dos estrofas de «El primer intermezzo» en la selección «El Evangelio Verde», sobre todo en «Canción de boda», en la que, a propósito, evitó cualquier tipo de erotismo. Si no consideramos como alusiones eróticas las palabras «*En tu cabello, amada mía, / se entrelazó la luna rizada*» o «*por qué tiembla tu mano*».

Parece que podemos suponer, con absoluta seguridad, que el poeta no tuvo ningún contacto sexual con su novia antes de la boda. Lo exigían las normas de entonces, estas reglas del juego insoportablemente santas, establecidas por los intendentes de cabello cano del *teatro público de Galitzia*. Incluso un *beastly bad boy*^[52] como Antónich nada podía hacer contra ello. Todos sus intentos de seducir con la proximidad íntima a una señorita tan firme en sus convicciones habrían chocado con una honestidad y dignidad inquebrantables que rozaban la frigidez. Se puede suponer que Olya nunca permitió que las circunstancias fuesen tales que ella y su novio se quedaran solos. No, siempre en presencia de alguien —amigas, educadoras, monjas basilianas, y sus padres, que no eran precisamente los últimos de la lista. Todos ellos tenían la desagradable capacidad de observar con descaro y evaluar con malevolencia a Antónich, como si estuvieran delante de un Minotauro o un Fantomas, empeñado en meter a aquel bebé insensato en su secreta y perversa guarida—. «¿De qué vive usted?» —le preguntó más de una vez, mirando a su hija a través de los impertinentes, la señora Olíynikova, quien nunca se conformaba con una respuesta sobre un premio efímero de la Sociedad de Escritores y Periodistas o una beca profundamente simbólica del reverendísimo arzobispo conde Andrei.

Así pues, no hay nada de extraño que en las memorias de su novia Antónich se nos presente sobre todo como un ser mediocre. Ella quiere destacar su indulgencia, su bondad y su carácter soñador. O, digamos, su aplicación en los estudios y su afición a las bibliotecas, donde se pasaba todo el día (sin querer surge la hipótesis de los motivos y el lugar verdaderos de su ausencia demasiado frecuente). De todas las frases vagas y confusas de Antónich que parecen haber sido pronunciadas en presencia de Olya, sólo una, que, probablemente, ella había leído en los recuerdos de Kurdídik, se queda verdaderamente grabada en la memoria: «Sabes, a veces tengo la impresión de que alguien me susurra al oído. Me susurra palabra por palabra».

Sobra decir que Antónich vivía esta relación como un drama doloroso. Percatándose del lugar especial que ocupaba en la sociedad metafísica de los poetas malditos, despedazados por los diablos de la rebelión y la ruina, vio con demasiada claridad cuál era la perspectiva vital que se aproximaba: matrimonio, rutina y aburrimiento cotidiano, rechazo de lo esencial, capitulación y, por consiguiente, una vida infame durante el resto de su vida, rodeado por una familia infinitamente ajena y exigente y ocupando el cargo de profesor en algún pueblo de Kolomya. Precisamente estas sensaciones suyas llaman la atención de los más atentos cuando leemos su «*En mi calavera está el lecho conyugal de dos serpientes*» o la aún más fuerte «*Las madrigueras pintadas llamativamente de las familias honestas, // canario, cama,*

perrito y el patrón del amor». Y lo más importante: aquí el drama se agudiza; es la ausencia de opciones, o sea, el convencimiento total de que todo tenía que suceder exactamente así, porque no podía ser de otra manera.

El verano de 1937 tenía que ser su último verano en libertad. El tiempo lo acercaba implacablemente a la hora de su boda. Ya no podía acabar con esta dependencia; nuestro conocido teatro de las interrelaciones humanas no le perdonaría tal deserción y no le dejaría ir a ninguna parte; y si fuese el caso, no le dejaría ni respirar. La situación se complicó notablemente con un nuevo enamoramiento tempestuoso que incluso prometía ser algo más que un simple enamoramiento. Antónich lo encontró en las entrañas del centro de la ciudad, entre los edificios fantasmas y los patios lánguidos, con escaleras estrechas y húmedas, en algún lugar en la calle Virmenska o Serbska^[53].

Su enamoramiento se llamaba Fanni, tenía poco más de treinta años y dos hijos a los que de día echaba al patio de su tabuco lleno de flores artificiales en cuanto uno de sus clientes asiduos la iba a visitar (entre ellos estaban un policía del barrio, un cargador del mercado Galitski siempre beodo, unos cuantos estudiantes de medicina y el regente culón del coro de la iglesia Uspenska). Con la aparición de Antónich en la vida de Fanni, ésta dejó de recibirles, lo que provocó la ira frenética, sobre todo, del policía, que era el único que, gracias a los poderes especiales de su servicio, se aprovechaba de su cuerpo gratuitamente. Fanni tenía las piernas largas como arroyos de leche, el vientre cálido y de tacto sedoso y el coño limpio y aterciopelado; su piel era tan blanca que, como escribirían en una novela medieval, cuando bebía vino tinto se podía ver cómo pasaba por su esófago. De joven la quisieron convencer para que fuera bailarina nocturna en «El chivo Dorado», pero Fanni rechazó la propuesta por demasiado obscena.

Con el paso de las semanas y los meses, Antónich iba descubriendo en ella nuevos manantiales ocultos. Es poco probable que mientras tanto hablasen de poesía; ellos mismos eran poesía, y punto. Haciendo el amor sobre los montones de flores artificiales, alcanzaban aquella totalidad perdida de las dos mitades de la que tanto y con tan poca elocuencia se ha escrito en los tratados religiosos y médicos. Para ambos aquello era algo que les pasaba por primera vez, es decir, antes sólo habían podido oír hablar sobre una cosa así. Pero lo más importante es que un día, casi de repente, los dos se dieron cuenta de que se trataba de una gran coincidencia y que en ninguna otra ocasión, nunca y con nadie más podrían volver a vivirlo. «¿Cuándo es tu boda?» — preguntó Fanni a principios de junio, en una de aquellas noches que se convierten en madrugada sin haber apenas empezado. No, era de día, porque Fanni nunca echaba a sus hijos *al fondo del patio* de noche, por lo que sólo se encontraban con Antónich de día—.

«Dentro de tres meses y medio», —contestó Antónich, y en aquel mismo instante sintió como se le entrecortaba la respiración. Según parece, precisamente entonces anidó en él su *intención*.

A finales de junio vino a verla a la hora acordada y cerraron con aplicación todas las ventanas y puertas. Se quitaron la ropa sin decirse ni una sola palabra. Entonces Antónich escribió con carbón en la pared sus últimas seis palabras, que por su significado, quizás, superan a las seis estrofas de su mística: «*¡Nadie es culpable, no hay criminal!*». Después de esto, abrió los grifos del gas y se metieron en el lecho. No, claro, también había un disco de vinilo. Fanni puso «El ángel azul» en el gramófono, su pieza de jazz preferida, con el solo de clarinete de Alfons «Muryn» Kaifman. Sabían hacer el amor tan desesperadamente y, al mismo tiempo, tan ordenadamente, que la muerte —o el eterno vacío— se vio obligada a cubrirles exactamente después del último sollozo del clarinete y de la también la última explosión de desvanecimiento. Todo eso ya lo había escrito él mismo en «La balada de la muerte azul celeste», cosa que ella, quizás, ni se imaginaba.

Lo había descrito todo, excepto un final que incluso en sus anteriores visiones de *voyeur* no pudo prever. Así pues, perdiendo el conocimiento, fuese de amor o de envenenamiento, pudieron oír desde fuera, desde un mundo casi inexistente, el ruido de la puerta que cedía. Y al cabo de un minuto, cuando ya todo les daba igual, en el tabuco de Fanni irrumpió un tropel de salvadores encorvados y atontados, encabezados por el policía chillón. Aunque sus gritos temerosos de jefe no pudieron devolver a Fanni a la vida; entonces, ya no podía oír a nadie.

Por el contrario, a Antónich le llevaron urgentemente a la clínica de Kulpark (la ambulancia aullaba locamente en medio de una ciudad llena de peatones, carros de campesinos y tranvías), donde una banda de los médicos mejor titulados y, en consecuencia, los más cínicos, durante una breve deliberación, llegaron a la conclusión de que debía empezar la lucha por la vida de la víctima. Esta acción tenía que consistir sobre todo en el desvenenamiento, o sea, en una transfusión total de la sangre. De esta manera, el siguiente día y medio Antónich estuvo en un pasillo apenas iluminado entre los dos mundos, bajo una observación médica impotente y atenta y una voluminosa, y no por ello menos frágil, construcción de vasijas de cristal.

La noticia de su estancia en el hospital se apoderó enseguida de Lviv. Sin embargo, la *dirección del teatro* no podía contentarse con la verdadera versión del accidente: el intento de suicidio no pertenecía a los argumentos establecidos en la palestra literaria nacional. Por otro lado, no había ninguna posibilidad de borrar ni de ocultar el hecho mismo de la *enfermedad grave*. Modelando conscientemente a su propio Antónich, las *personalidades teatrales* lanzaron lo primero que se le ocurrió a uno de ellos, y que tenía un aspecto bastante inocente, o sea, neutral: apendicitis aguda con operación posterior del íleon. Mientras tanto, esperaban que después de la exitosa transfusión de sangre el enfermo se viera obligado a estar en la clínica aproximadamente tanto tiempo como duraba la recuperación postoperatoria. La verdad, no había ninguna certeza sobre cómo se comportaría el paciente mismo al salir poco tiempo después del hospital; sobre todo, si no comenzaría a *extender* sea

diestro y siniestro la verdadera causa de su balanceo entre la luz y la oscuridad. Pero los más decididos entre los manipuladores se encargaron también de arreglar esto. El tercer día después del accidente, mandaron a la clínica una delegación que, tras rodear la cama de Antónich y cubrirlo por todos lados con peonías y naranjas, le sacaron una inclinación de cabeza en señal de sometimiento.

«Ha empeorado considerablemente, su piel tiene el color de la tierra, pero en general está bastante animado y servirá durante muchos años a la gran causa social», —ésta era la impresión de los miembros de la delegación, y la mayoría de los periódicos recogieron esta fórmula. Mientras tanto, ya la noche siguiente, después de su visita, Antónich se sintió mucho peor y perdió otra vez el conocimiento. Su cuerpo no quería conformarse con algo extraño en su interior; quizás, durante la transfusión se equivocaron de grupo sanguíneo. Tampoco cabe desestimar la posibilidad de unos abusos conscientes: eran los años en que toda la ciudad estaba llena de rumores sobre el mercado negro de donantes y las maquinaciones con vísceras.

Al día siguiente, las valientes aseveraciones de los médicos sobre lo bien que iba todo cedieron paso a las declaraciones de pánico indisimulado sobre el repentino empeoramiento de la situación. El *teatro* reaccionó casi enseguida con un nuevo viraje: había superado con éxito la operación del íleon y la salud del poeta iba mejorando inevitablemente; sin embargo, su organismo extenuado tuvo que afrontar una nueva prueba: una pulmonía. El hecho de que se tratara de una enfermedad extraña para comienzos de julio no importaba demasiado a los autores de la falsificación. Igual que todos los literatos y mentirosos mediocres, se vieron obligados a corregir y desarrollar el argumento con todas las circunstancias justificativas que encontraban a mano, cargando rápidamente su estructura, ya de por sí no demasiado esbelta. Y de aquí la idea de unas corrientes de aire en el hospital, donde el poeta tuvo que quedarse unos cuantos días, que provocaron la complicación. Pero aquí protestaron sus cómplices-médicos: la imagen de una corriente eterna que se pasea no sólo por los pasillos, sino también por las habitaciones del hospital, no encajaba de ninguna manera con la imagen de aplicación y esterilidad del personal médico. Los inventores se vieron obligados a pensar la continuación: no, las condiciones del tratamiento eran absolutamente buenas, pero todos sabemos lo enfermizo y endeble que era aquel Antónich, y hasta los gorriones de Lviv sabían el miedo que tenía a las corrientes de aire, por flojas que fuesen. Precisamente entonces aparecen los famosos testimonios de los constipados, catarros crónicos y la insuficiencia cardíaca de Antónich y lo que, evidentemente, podría ser la cúspide de la creación de aquella imagen: la costumbre de ponerse una toalla en su cabeza azotada por las migrañas. Y todo este ajeteo, privado de cualquier sentido elemental, alrededor del cuerpo agonizante del poeta tenía que servir al importantísimo fin, según sus participantes, de salvar la moralidad de Antónich.

Antónich estaba sólo ante la muerte, ya prácticamente fuera del alcance de cualquier salvador del mundo. Ninguno de sus intentos vanos podía hacerle volver a

un lugar donde él era un huésped accidental, entendiendo que su hogar verdadero *no estaba aquí*. Unos años antes, en una poesía con el título irónico de «Ars Poética», previo también sus últimas horas, escribiendo y tú, como siempre, estarás sólo para olvidarlo todo. Olvidar sobre todo a aquellos que le estaban atando a la tierra con tanto empeño, intentando enredarlo y domarlo alborotada y negligentemente.

La muerte le sorprendió la noche del 6 al 7 de julio. Alguien supo ver aquí la picardía de unas poderosas señales: el baile del bosque virgen y los fuegos de San Juan alrededor del último lecho, la invitación a la exaltación desbordada de lo verde. Lo verde vino para llevárselo y disolverlo en sí.

En realidad, fue una agonía de seis horas, por encima de cuyos límites no podemos ver nada; porque nosotros sólo podemos juzgar acerca de los escalones inferiores de esta metamorfosis, relacionados con cosas absolutamente palpables, tales como la circulación de la sangre, el corazón, el cerebro, los riñones y el comienzo de la desintegración.

Al día siguiente le llevaron a casa, a la calle Gorodotska, donde, gracias a las gestiones del teatro, fue arreglado el procedimiento, escrupulosamente censurado, que corresponde a casos como éste. La mayor parte de los invitados no podía creer que *aquello* finalmente hubiera ocurrido. Algunos de ellos venían a despedirse, seguros de que se trataba de una *performance* más; estúpida, quizás, pero bastante típica de este abnegado bromista. Parecía que en cualquier momento se levantaría del féretro y empezaría a recitar sus mejores estrofas, obligatoriamente yámbicas, y nos llevaría a todos a «La Virgen de Babilonia» o a algún otro sitio, a celebrar su natalicio número dos. Así estaba él, vestido de negro y blanco, o sea, de fiesta, con un ligero maquillaje y la faz cerúlea que le daba un aspecto un tanto artificial; pero todo esto siempre había correspondido a su imagen, todos estos trucos con el afeitado, los disfraces y las pantomimas. Sólo la presencia de la familia cercana y la lejana, las conversaciones reducidas al susurro, las manipulaciones expertas con las coronas, las velas, las papeletas y las misas, y sobre todo, la *tía atónita* en la habitación más apartada (a partir de aquel día y hasta su muerte ya no pronunciaría ni una sola palabra más) nos convencían de que aquello había ocurrido de verdad, porque ningún pasatiempo hubiera podido llegar hasta tales extremos.

Su entierro fue acompañado de unos fenómenos bastante curiosos. Así, Oksana Kerch recuerda las largas e infructuosas búsquedas de sus últimos manuscritos, realizadas por Olga Olíynik. La novia se acordaba de que Antónich, hasta hacía poco, trabajaba simultáneamente en dos selecciones de poesías, una de las cuales, «El evangelio verde», prácticamente había terminado, y de la segunda, «Rotaciones», tenía lista la tercera parte. ¡Pero no fue capaz de encontrar nada! Los registros reiterados y cada vez más impacientes por cajones y armarios sólo le presentaban papelotes en forma de facturas antiguas, anuncios de periódico, y, lo que era más enojoso, fotos con putas callejeras. Mordiéndose los labios y casi llorando, Olga estaba dispuesta a creer que no existía ningún manuscrito, y todo lo que él se

esforzaba en recitarle, con un ojo en los oídos finos de los vigilantes que les acompañaban, era ficción y sueño. Una hora antes de sacar el cuerpo, de repente obedeció a un llamamiento interno (¿la sombra del tulipán? ¿el frufrú del krizhmo^[54]? ¿el vuelo del abejorro?) y se dirigió resueltamente hacia su escritorio (aquel mismo desvencijado, según Lasovsky), donde, en el lugar más visible, meticulosamente ordenados página por página, estaban ambos manuscritos, el acabado y el inacabado. ¿Cómo habían llegado hasta allí? ¡Había registrado mil veces la mesa y no los había visto! «Es él —le decía a Oksana Kerch—, es alguien al que él había dejado en su lugar, quien ha dejado sus manuscritos sobre la mesa».

El poeta Gavriliuk recuerda otra rareza. Por el camino al cementerio Yanivsky, adonde iba por la acera sin sumergirse en la procesión general, entrando constantemente en inopinados establecimientos para reanimarse con otra copita, se le apareció varias veces la figura de Bogdan —si no entre la muchedumbre, en el portal, e incluso una vez encabezando la procesión, como si su viejo amigo les estuviera guiando a algún sitio. «A partir de aquel día empecé a pensar en nuestras imágenes, —anotó Gavriliuk al cabo de unos meses (¡mc!) en su diario—, y cuando tras releer luego sus “Tres anillos” tropecé con las líneas “y otra vez del retrato, de la plata de los marcos // dibujado en el lienzo // me llama mi doble”, entendí que no había nada más real que la poesía».

Decidieron enterrar su violín junto a él, para de este modo, según los organizadores del entierro, contestar a las palabras que había pronunciado cinco años atrás «*Dios ya me mete, como a un violín, en la funda*». Así que lo metieron finalmente en la funda junto al arco —muchos testigos siguieron este gesto ritual— y por consiguiente, al féretro. ¿Cómo había podido este violín estar de nuevo en el piso de Gorodotska, cuando los invitados, apenados y aturridos, regresaron del cementerio para tomar *un té* conmemorativo? ¿Acaso enterraron la funda vacía?

Estos y otros hechos incomprensibles, sembrados en la tierra fértil de la sociedad de Lviv, no podían no encontrar desarrollo. A lo largo de los meses y años posteriores, se apoderaron de la ciudad, una y otra vez, las historias del Antónich *aparecido*. En la mayoría de los casos, se aparecía entre tumultos humanos y se disolvía en ellos a la primera aproximación. A menudo decían haber visto su espalda, algunos hasta conseguían captar un repentino giro de su cabeza, pero luego todo se desvanecía. Sólo una vez Svyatoslav Gordynsky le vio, no entre la muchedumbre, sino a solas, pero a una distancia de unos trescientos pasos: estaba en la colina cerca del bosque, un poco más arriba de Pidgolosok, encasquetándose su sombrero hasta los ojos y encorvándose de frío, con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta abrochada con todos los botones. Era un día neblinoso y penetrante, según parece, un 13 de marzo. Tras quedarse un rato inmóvil, sacó sus manos de los bolsillos y las agitó varias veces como si fuesen alas. Gordynsky escribió sobre ello, declarando que aquel gesto había estado destinado sólo a él, el único espectador de aquel fenómeno. Involuntariamente quiso llamar desde abajo a *este Antónich incuestionable*, pero

aquél se dio la vuelta y con paso ingrátido se fue al bosque, donde desapareció entre los troncos, los trozos de niebla y la nieve grisácea de las ramas.

Los rumores sobre él sólo se apaciguaron paulatinamente hacia el final del treinta y nueve, cuando el nuevo gobierno empezó a sacar de las cabezas de los ciudadanos todas aquellas tonterías metafísicas, y muchos de los que le conocían personalmente, simplemente abandonaron Lviv para siempre, tanto en dirección a Occidente, como, por desgracia, a Oriente. El *teatro popular* se descompuso; sólo quedaron unas células que vagabundeaban por el mundo y que nunca se vieron capaces de un nuevo renacimiento pictórico. Los años posteriores, con los horrores de la guerra y de las represiones, tampoco contribuyeron a su regreso en los recuerdos o las visiones. Hubo, la verdad, una selección de poesías publicada en Cracovia; pero en ella el estimado editor, un profesor de literatura, se limitó solamente a los textos más cortos. Más tarde, durante la época de *la aniquilación insensata de la memoria histórica*, brigadas de anónimos en chaquetas acolchadas se dispusieron a rehabilitar el cementerio Yanikivsky. Así allanaron también su tumba, una de los cientos de no deseadas.

Así pues, cuando a principios de los años 60 un grupo inesperado de nuevos adeptos veinteañeros, guiados por los libros de los cementerios y las inscripciones en las estelas que habían quedado intactas, determina el lugar de su sepulcro y construye allí una nueva estela, a ninguno de ellos se le ocurre que con este hecho contradicen la leyenda olvidada de que en realidad Antónich no había muerto, sino que había continuado viviendo en Lviv durante todos estos años; de hecho, sigue viviendo allí, y algún día este secreto será finalmente desvelado.

Puede que aquel mismo día, o quizás fuera el siguiente, toda la compañía se reuniera a desayunar en el comedor grande. El grande es el que está ubicado en la parte noroeste del balneario, en la segunda planta, con la ventana que da al pastizal; aquél, de cuyas paredes cuelgan bodegones de Flandes, cuernos de ciervo y platos de diferentes tipo y uso, desde los de cerámica hasta los de cobre, a la memoria de una orquesta de viento desconocida.

Cabe, quizás, imaginarse donde estaba sentado cada uno de ellos. Así pues, a la cabeza de la mesa rectangular, el uno frente al otro, se sentaron, evidentemente, el encomiástico profesor Doctor y, por algún motivo, Yárchyk, el creador de videoclips. A la izquierda del profesor (y por tanto, a la derecha de Volshébyk) estaba toda la familia: la señora Roma, Artur Pepa y su hija Kolomea. A la derecha del profesor, todos los demás, o sea, Karl-Josef Zumbrennen (curiosamente frente a la señora Roma), y también Lilia la Morena y Marlena la Rubia.

Había dos tipos más del personal; ambos, claro, llevaban el pelo corto, jersey negro y el *móvil* en el cinturón. De hecho, podemos ignorarles, porque no decían nada, sólo traían los platos de la comida, el café y el té de la cocina, y luego desaparecían con los platos usados en las bandejas.

El dueño, como siempre, no estaba; pero este hecho ya no sorprendía a ninguno de los presentes. Uno de ellos, sin embargo, se interesó tímidamente por él, pero se encontró con la respuesta expeditiva —«Vendrá»— del sirviente silencioso. Y con esto acabaron con el tema.

La atmósfera silenciosa de la casa se transmitió involuntariamente a todos los huéspedes. Karl-Josef, que a causa de la barrera lingüística prefería no decir nada, buscaba las miradas de la señora Roma y sin que los otros lo percibieran, temblaba cuando al coger en su *vis a vis* el siguiente plato o ensaladera, tocaba un instante su mano, su muñeca o su manga. La señora Roma, segura de sí misma y, por lo tanto, increíblemente *sexy*, con el cabello aún mojado tras la ducha, hacía oportunamente su trabajo de traductora, anunciando especialmente para Zumbrennen «*Wurst!*» o «*Káse!*», o «*Frühlingssalat!*»^[55], como si él mismo no pudiera verlo. Lilia, que se había adelantado a su amiga y se había puesto al lado del *fotógrafo extranjero*, en aquel momento estaba pensando con vehemencia cómo empezar a seducirlo. Marlena no pensaba en nada, aunque poco a poco se alegraba de que su amiga no consiguiera una mierda con esta seducción. Kolia las observaba disimuladamente, criticando para sus adentros aquel horrible maquillaje. Pero al cabo de un rato se aburrió y se introdujo en lo más profundo de sí misma, como sólo saben hacerlo las chicas de su edad. El director Volshébyk comía mucho. Artur Pepa disimulaba reconcentrado una borrachera que le daba un aire irónico; su cuchillo se deslizaba una vez y otra, como hecho a propósito, por el sombrero de las setas, y rechinaba desagradablemente por el

plato, a lo que la señora Roma contestaba con una mirada de reojo irritada. Y sólo el profesor Doctor, sonriendo dulcemente, de vez en cuando interrumpía este manjar parco en palabras con reflexiones en voz alta, como ésta:

—Estimados señores, por favor, presten atención a los objetos aquí presentes. ¡Qué extraño y verdadero refinamiento! Sí, aún para nuestros abuelos y abuelas existían la «casa», el «pozo», una torre que les era familiar y, finalmente, su propio (él decía «plopio», pero casi todos entendían que quería decir «propio») atuendo y su abrigo. Casi todo les servía de vasija de la que cogían lo humano y en la que conservaban lo humano. Y un día desde América irrumpen en nuestro territorio cosas vacías, indiferentes, cosas-fantasma, la falsa apariencia de la vida. Las cosas animadas, que han sobrevivido a nosotros, las cosas, nuestras cómplices, desaparecen y no pueden ser reemplazadas por nada. Somos, quizás, los últimos que las hemos conocido.

O:

—En este sentido, no es casual el llamamiento de Nietzsche a la figura del antiguo profeta iraní Zarathustra. Las individualidades creativas de Rudyard Kipling y Joseph Conrad engendraron el embate de la así llamada «literatura exótica» en Gran Bretaña. Una variedad absolutamente particular de la exótica simbólica nos la presentó el célebre poeta iberoamericano Rubén Darío, cuya obra es un tejido quimérico de motivos antiguos, medievales y locales, es decir, indios y afroamericanos.

O de repente:

—Bogdan-Igor Antónich, cosa del todo comprensible, tampoco podía quedarse al margen de estas sintomáticas búsquedas tan características de su tiempo. Cuando uno lee algunas de sus frases, su imaginación recrea los antiguos mapas marinos en los que desde la profundidad y las olas de los espacios oceánicos se divisan unas criaturas abominables y quiméricas, unos monstruos e híbridos espantosos, equidnas, dragones y «obispos de mar», todo un bestiario marino que será el prólogo no sólo de los fantasmas de la pintura surrealista, sino de la producción de películas de terror que Hollywood patentará posteriormente.

—¡Coño! —reaccionó inesperadamente Pepa, y resolló sobre su plato.

—¿Ya? —le miró de reojo la señora Roma, que se avergonzaba de su marido.

—¿Ya, qué? —le devolvió la pregunta un Artur delatado—. ¿Qué quieres decir, golondrina?

—Ya estás borracho —le aclaró la señora Roma, a la que la comparación con la golondrina no la tranquilizaba nada; más bien, la ponía nerviosa.

—¡Qué va! ¡Qué dices! Todavía no he mamado a nadie aquí —declaró Pepa con ironía hamletiana, según su parecer, y guiñó el ojo a Lilia, que estaba frente a él.

Lilia no se turbó y pensó que este hombre tampoco *estaba mal*.

—Tiene toda la razón del mundo —dijo el profesor, sonriendo personalmente a Pepa—, cuando contradice mi última tesis. La utilicé aposta a modo de provocación

intelectual. Su reacción es exactamente lo que me hacía falta para radicalizar nuestra discusión. Pero ¿acaso se puede negar el hecho de que Antónich utiliza con una frecuencia asombrosa imágenes oceánicas?

—Pero si nadie le ha contradicho, señor —se defendió Pepa, tan irónicamente como pudo—. ¿Sois hermanas? —preguntó a Lilia y Marlena al mismo tiempo.

—*Banusch* —informó la señora Pepa en voz alta—, *ist eine typisch huzulische Speise, eine Speziahtát sozusagen etwas wie italienische Polenta*^[56]...

—Habla en cristiano —comentó Pepa con voz nasal.

—Conozco el *banusch* —aseguró apresuradamente Karl-Josef, que a veces conseguía decir algunas frases en ucraniano.

—¿Hermanas? —volvió a preguntar Lilia.

—Algo por el estilo —asintió Marlena.

Pepa cogió su mano precisamente en el mismo instante en que ella tendía la suya para coger la tetera, y silbando, casi resollando, exclamó:

—¡Vaya uñas! ¿Para qué necesitas unas uñas tan negras, golondrina?

—¡Artur! —le gritó autoritariamente su mujer, tirando el vaso de zumo, esta vez vacío, con la manga de su camisa de lino.

—¿Artur? —volvió a preguntar Pepa, pero luego asintió—. Sí, soy Artur. Hace treinta y siete años que soy Artur.

«Es viejo, pero no está mal», pensaron al mismo tiempo Lilia y Marlena, y la última pudo soltar su mano.

—No le haga caso —le dijo fríamente la señora Roma, en lugar de las obligatorias disculpas en estos casos.

—¿Caso? —dijo Pepa—. ¿De qué caso hablas? ¿Del genitivo?, ¿o del acusativo? Tú sí que eres un buen caso. Unas chicas guapas, ¿no?

La señora Roma fingió que la pregunta no estaba dirigida a ella y comenzó a levantarse ruidosamente de la mesa. De hecho, ¿cuánto tiempo más se podía seguir desayunando? Se acercó a la ventana, por la que aquel día sorprendentemente transparente se podía ver un buen trozo de aquel país montañoso y las cimas cubiertas de nieve en la parte ucraniana.

Las dos amigas se entendieron con una mirada, y el profesor Doctor apareció enseguida.

—Es fantástico que usted respete tanto la palabra, señor Pepa —dijo él entusiasmado—. Esto revela a un poeta extraordinario en su interior. Recuerde a Antónich: ¿«Luego las palabras rápidas y oportunas, / como si fuesen cuchillas, las cruzo con truenos»?

—¡Qué dice, señor! —Pepa rechazó modestamente su elogio—. ¡Qué va! ¿Con qué truenos? Aunque por sí solos tales cruces a veces me interesan, debo confesar...

Pero esta vez no consiguió cruzar la mirada con Lilia ni con Marlena; en cuanto se enteraron de que aquel *tío colocado* no era más que un poeta, lo único que se les vino a la cabeza fue: «Que se vaya a hacer puñetas». En la escuela les obligaban a

aprender de memoria los nombres de los poetas, cosa que *no les hacía ninguna gracia*. «Que os vayáis a tomar por el culo, catetas de mierda», pensó para sus adentros Pepa, y encendió uno de aquellos Priluki brutales que, como esperaba, le colocaría aún más o, hablando en otros términos, le *ampliaría la mente*.

Karl-Josef miraba hacia la ventana; tenía unas ganas enormes de acercarse a Roma y poder ver ese algo que sólo ella podía ver.

—*Es ist heute so unglauhich sonning, dass wir dort auf der Terrasse sitzen konnten*^[57] —pronunció la señora Roma sin pensar en las consecuencias.

Pero la palabra *Terrasse* la entendieron también los otros. Lilia y Marlena la asociaron de inmediato con sus bikinis maravillosamente breves. Artur Pepa pensó que no estaría mal echarse en una tumbona y beberse a morro la media botella de vodka de nueces que tenía escondida bajo la bañera. Kolia apenas pudo contenerse y no decir en voz alta: «El cuarto anillo son los abrazos del viento templado, los giros de la energía». Y Yárchyk Volshébyk, el profesional, tras hacerse el séptimo bocadillo enorme de ternera fría, queso, rodajas de tomates, lechuga, mayonesa, sardinas y *ketchup*, preguntó de repente al profesor Doctor:

—¿Y usted..., esto..., decía que estaba mirando una producción de Hollywood? Tengo aquí un cassette con mi..., bueno, mi nuevo clip... Sobre este suyo... *El viejo Antónich* se llama... ¿Quiere verlo conmigo?

—Yo sólo decía que toda película debe reflejar un sentimiento profundo —le respondió el profesor con una sonrisa benévola—, y *profundo* significa «raro» y, a su vez, *raro* quiere decir «desconocido» e «ignoto». Para que una obra artística sea inmortal debe sobrepasar los límites de lo humano.

—Ajá —asintió el director—, correcto. ¿Y usted, señor Artur? Su opinión también me..., bueno, eso mismo...

—Trátame de tú, viejo —le permitió Pepa.

Luego todos se quedaron callados de nuevo, incluso el profesor Doctor, quizás fuera para no irritar a los tipos severos del personal y no molestarles mientras recogían mecánicamente de la mesa todo lo que media hora antes podía haberse denominado desayuno.

En la gigantesca pantalla de plasma Telefunken parpadeaban unas imágenes en blanco y negro, o más bien sepia oscuro, que se asociaban enseguida con diferentes estilos de moda, sobre todo con el *retro* y el *underground*. En sí mismo, este artefacto no representaba ninguna innovación: legiones de creadores de cine lo habían empleado hasta la saciedad, desde Bergman y Tarkovski hasta la reciente *Moulin Rouge*. Lo nuevo era que todo tenía lugar en Lviv: a cada segundo aparecía un fondo nuevo con el siguiente rincón: un patio viejísimo, un basurero, un laberinto subterráneo; una vez, el edificio del ayuntamiento, trompetista incluido, se inclinaba bruscamente y por poco no caía sobre los espectadores; otra vez, a causa de una explosión, se derrumbaba la torre de la Pólvora, luego el piloto de un ala delta caía vertiginosamente sobre las ruinas industriales de Pidzamche^[58] y sus alas artificiales

se despegaban y caían golpeándose contra las chimeneas de las fábricas y los esqueletos de las grúas. Todo esto debía interpretarse como una serie de señales: el espíritu de la catástrofe dominaba en todo el mundo, el fin de los fines, el sabor del Apocalipsis.

Yárchyk Volshébyk hizo aquel *videoapoclip* para la canción *El viejo Antónich* que interpretaba el grupo La Coneja Real, un hit local con el aire típico de la *independización* de Lviv, en la línea del conjunto de tendencias y corrientes musicales surgidas en la última década. Es por eso que en la pantalla aparecían sobre todo los músicos, encabezados por el líder del grupo, bisexual, con una corona de endrino plástico sobre la cabeza. Los músicos aparecían con sus instrumentos, sin ellos, en las habitaciones cutres de una mansión abandonada, en la escalera de una catedral arruinada o por debajo de una muralla medieval cubierta con inscripciones blasfemas en inglés. Y cantaban algo parecido a esto:

El viejo Antónich sigue vivo
Todavía no ha muerto y tiene arritmia
Tiene *jazz* y bebe mucho
Su amooooor es dulce como una puta.

Después de esto repitieron dieciséis veces un estribillo que consistía en sólo dos palabras: «¡Viejo Antónich!». En la pantalla, varios mutantes se besaban, unas putas, con la cara cubierta de polvos blancos, entraban a tropel en unas enigmáticas limusinas con los cristales ahumados, explotaba el champán, alguien se colocaba sobre el manchado suelo de azulejos de los lavabos públicos, aparecía la fachada del Grand Hotel con unas ranuras y unas lianas exageradas y un tropel de vagabundos bailaba alrededor del fuego frente a la Opera. Esta imagen alegró particularmente a Artur Pepa, que en la pausa entre el desayuno y el estreno había tomado un trago de vodka de nueces y ahora taconeaba al compás de la música, captando sólo palabras sueltas cómo:

El viejo Antónich deambula por la noche
De un bar a otro y no tiene sueño
Ya son trescientos años que las lechuzas y los mochuelos
Vuelan encima de él, quién no le conoce.

Pues allí estaba el tal Antónich, un viejecito de cuerpo largo, con sombrero y capa y pendientes en las orejas, una especie de espectro urbano; caminaba por la ciudad abriendo a patadas las puertas de los bares subterráneos e introduciéndose en aquellos infiernos como si hiciese su propia ronda de patrulla («y este actor, ¿cómo se llama?», preguntó la señora Roma en voz baja, a petición de Karl-Josef), luego hacía el amor, sin quitarse ni capa ni sombrero, con una belleza medio muerta y tatuada, y a su alrededor serpenteaba el título «MY NAME IS FANNIE, I'M REALLY FUNNY».

Las incrustaciones de colores en el sucio cuadro general en blanco y negro podrían considerarse un descubrimiento relativamente interesante del ingenioso Volshébyk. Así, cuando Antónich bebía de una copa de vino, el líquido era rojo; igual de rojo pasaba por el esófago de su amante transparente. También había flores amarillas en el vertedero humeante bajo un monumento envuelto con una tela. Estaba también el polvo dorado de las estrellas, que caía sobre la ciudad opaca como si fuese nieve, pero esto fue más tarde, cuando un Antónich ahora solitario desaparecía bajo la luz de la luna («quizás no le conoce, es un aficionado», respondió el creador del clip, también en voz baja).

Mientras tanto, la acción se acercaba a su término. De todos lados llegaban corrientes de agua subterráneas; la ciudad, con todos sus pecadores y pecadoras, se sumergía en las negras profundidades. En el ruido de las aguas se arremolinaban pájaros muertos, condones, jeringas, viejos discos de vinilo de gramófono; quedaban sólo los músicos en el escenario de aquel club, o teatro de la Opera, despoblado. El líder del grupo se arrancaba su efímera corona de la cabeza y la tiraba desesperado al agua. La cámara se alejaba rápidamente, creando una perspectiva espacial totalmente metafísica con la pequeña mancha del escenario en medio de aquel diluvio universal; el resto de la letra fue interpretado en la oscuridad total y bajo el acompañamiento sordo de unos violoncelos, como si sonara dentro de un aula medio inundada o surgiera de un cassette estropeado por el tiempo:

El viejo Antónich camina por la tierra
De la vieja ciudad, del maldito lugar
Sus niñas aún son muy pequeñas
Y su muerte aún mira hacia la luz lunar

Fue el final. Todos los presentes fliparon durante la presentación. Artur Pepa no pudo evitar ser el primero en hablar, porque él era siempre el primero al que se le iba la lengua, y dijo:

—Sabes, Yarko, todo sería fantástico si no fuese por la última rima. ¿Qué quiere decir «lugar-lunar»? Sería mucho mejor «hogar-vulvar»...

Pero en lugar de las carcajadas homéricas de toda la compañía, con las que contaba, sólo obtuvo una observación de Roma:

—¡Muy inteligente!

—Aquí, en la cinta hay aún..., esto..., unas explicaciones, bueno..., una especie de comentario... —le respondió Volshébyk, y tras rebobinar un poco la cinta, la detuvo en el episodio donde él mismo, arrellanándose en una butaca en medio del estudio, explicaba al público televisivo su idea.

—... y algo más. Pasé varios años aproximándome a este trabajo —decía el doble televisivo de Yárchyk en la pantalla, liberado de todos sus «pues» y «bueno» gracias a un celoso montaje televisivo—. Me atraía una historia universal sobre un ídolo siempre vivo, por ejemplo, un poeta. Ahora los productores de ntv y de mvt se

interesan por nuestro trabajo. Me alegra que La Coneja Real..., cómo decirlo (esta vez los desconocidos editores del vídeo se permitieron un descanso), haya encontrado esta imagen para mí.

Entonces apareció en la pantalla el líder de La Coneja Real. Esta vez se presentó en forma de una chica, con una botella de cerveza y un cigarrillo en las manos. La grabaron en uno de los lugares del casco antiguo, delante de aquella misma muralla con las inscripciones en inglés.

—Cuando éramos niños, nos asustaban a todos con el viejo Antónich —explicaba ella, entrecortándose con sus frecuentes tragos y caladas—. Recuerdo que cuando mis padres creían que me portaba mal, me decían: «Vendrá el viejo Antónich y te llevará al sótano oscuro». Parece ser que un día, en nuestra ciudad, enterraron a una persona así, y que luego se aparecía por todos lados. Todas las familias lo sabían. Él vivía en unos sótanos, recogía botellas vacías y papeles sucios, y llevaba una capa larga. Hablaba el idioma de antes de la guerra, con todas aquellas palabras. Algunas veces le había tenido miedo de verdad, otras no tanto. Un día estaba yo dibujando en la arena, cerca de nuestra casa, unos signos secretos que yo misma me inventaba y luego aniquilaba, o sea, los borraba de la arena. Dibujé un signo de éstos, y cuando estaba a punto de borrarlo sentí que había alguien encima de mí. Era él, el hombre de la capa larga. Primero me asusté, porque me dijo: «Me has invocado con este signo. ¿Qué quieres?». Entonces, empecé a excusarme, a balbucear unas estupideces tales como que había sido por casualidad, que no lo sabía, etc., y él suspiró y se fue. Ahora pienso que fue un sueño. Pero tampoco puedo olvidarlo. En cuanto al nombre de nuestro segundo álbum...

Aquí la grabación se detuvo, y la pantalla se llenó con una silbante masa grisblanca. Sin embargo, todos se quedaron en sus sitios; en parte, porque la señora Roma aún estaba traduciéndole a Zumbrunnen, *sin orden ni concierto*, el contenido de aquella historia. Aunque la historia no tenía ningún sentido para él, lo más importante era que ella, Roma, se dirigía a él. Y con esto él tenía más que suficiente.

«Una tía muy interesante —pensaba Artur Pepa de la chica con la cerveza—. No ha pestañado. Sería necesario que... —pero le daba pereza llevar más lejos sus fantasías sobre cómo se conocerían, fumarían y beberían, hablarían de poesía, música, mística, sexo, etc.—... es lo de menos: no es interesante».

—Así, pues, ¿qué le parece, señor profesor? —intervino Volshébyk, mientras sacaba el cassette del reproductor—.

—Según mi modesta opinión, precisamente aquí tenemos una sutil penetración en el mundo de los arquetipos —empezó a hablar alegremente Doctor, por lo que Volshébyk enseguida lamentó haberle preguntado—. Precisamente estos arquetipos, según Jung, crean el significado del así llamado *inconsciente colectivo*. Su aspecto natural, que nos sorprende en sueños y fantasías, tiene mucho de individual, de incomprensible e incluso de inocente. El arquetipo es, de hecho, el significado inconsciente que se reemplaza en el proceso de maduración con lo consciente, lo

sensual y demás, siguiendo la línea de la consciencia individual en la que se presenta.

—Muchas gracias —meneó su cabeza pelada Volshébnik.

—Este extraño amante de la luna —no se detuvo el profesor—, este misterioso desconocido de la capa es, sin duda, un arquetipo que está siempre presente, en la frontera de lo inconsciente y lo consciente, en el universo de las fantasías de cualquier chica, acompañando a la flor femenina medio abierta que precisamente en ese momento se encuentra en el estadio de su espera individual y febril.

El profesor Doctor pronunció estas últimas palabras mientras deslizaba su mirada sonriente por las piernas, como siempre abiertas, de Kolomea, deteniéndose en el rostro de ésta, un poco sonrojado. Y esta vez ella apenas pudo contenerse.

—¿No sería mejor continuar en la terraza? —preguntó enérgicamente la señora Roma, a la que no le había gustado algo en todo esto.

Pero en la terraza no continuó nada, ni nadie; aquella pereza irresistible e infinita que aparece sólo con el sol de primavera acabó por desmadejarlos a todos. Por consiguiente, la inmersión en el sueño, la llegada de la primavera, la languidez somnolienta de las almas y los cuerpos, el beatífico estado de nirvana que parte de algún sitio en los huesos más finos, se apodera de todos los tejidos sin excepción, ralentiza la sangre y el corazón, y, en cambio, moviliza los receptores; la sensibilidad de nuestra piel y de las fosas nasales nos asemeja a los homeotermos: ¡tantos tactos y olores, y ninguno de ellos tiene nombre!

¿Qué pasa con el tiempo? ¿Por qué en este lugar, famoso sobre todo por sus ciclones, por sus incesantes y penetrantes vientos, por la lucha entre la naturaleza y los frentes atmosféricos, hoy el tiempo ha sido tan cálido, claro, apacible y transparente? ¿Por qué la temperatura del aire ha alcanzado los veintidós grados al sol? ¿Por qué el viento no ha sido *viento* como se entiende aquí, en el pastizal, sino —sólo los poetas nacionales consignan esta palabra excesivamente bella— *céfiro*? ¿Por qué todo alrededor —el perfil rocoso de la sierra, las cimas blancas de los dos miles, y las montañas pétreas— era tan expresivo, perfilado y extraordinariamente visible? ¿Por qué de todos los posibles sonidos y zumbidos guardados en el fondo de este silencio, quedaba sólo el goteo y la filtración uniformes del agua deshelada y el clamor de los pájaros? ¿Cómo era posible? ¿Cómo era posible que incluso el profesor Doctor no pronunciara en voz alta: «El silencio es la lengua con la que Dios habla al hombre»?

Sea lo que fuere, todo aquello no podía durar eternamente. El silencio de aquel mundo fue interrumpido por la pesada carrera escaleras arriba de un cuerpo humano dejado a su propio albedrío: apareció Artur Pepa, con un tablero de ajedrez en las manos.

—¡Ah, estáis todos aquí! —gritó, evaluando con la mirada la disposición de aquella dispersión humana—. ¡Y todos estáis tan bien! ¿Y por qué no conversáis, os divertís? ¿Qué pasa, habéis venido aquí a morir?

—¡Artur! —le detuvo la señora Roma, que despertaba de su duermevela. Estaba

sentada en la tumbona y tenía ganas de quitarse por la cabeza su áspera camisa de lino y enseñar sus hombros. («¿Por qué, pero por qué no he cogido el bañador?», pensaba enojada, en su duermevela, hasta que aquel estúpido, estúpido, estúpido le interrumpió).

—Sí, soy yo —respondió su estúpido. ¿Te apetece una partida de ajedrez?

—¿Qué ajedrez? —maulló la señora Roma sin abrir los ojos—. ¿De qué maldito ajedrez me estás hablando? Y después de pronunciar estas palabras, aquella duermevela la conquistó con fuerzas renovadas y se vio a sí misma aproximadamente desde aquella distancia donde estaba sentado en el parapeto, jugando con la cámara, Karl-Josef; de manera que, con decisión, se quitó por la cabeza su camisa, alarmantemente impregnada de desodorante y sudor, y la arrojó de una manera elegantísima a algún lugar lejano. La cámara hizo clic en el mismo momento en que ella llegaba a tiempo de cubrirse los grandes pechos con las manos, pero todo aquello era la duermevela, un sueño, sueño (soñó con unos pechos mucho más grandes de los que en realidad tenía).

—Viejo, quizás, ¿a ti? —Artur tocó a Volshébnik—. Alfil, torre, reina...

—Pues no..., esto... —balbuceó desde la cama plegable el velludo, pero Pepa ya se dirigía al par de gatitas en bikini que estaban tomando el sol en unos colchones, no muy lejos de allí.

—¡Vaya deportistas! —silbó Pepa—. ¿Una partida a tres?

Tanto Lilia como Marlena levantaron disgustadas la cabeza y, dándose la vuelta igual de disgustadas, cambiaron de postura, colocándose boca abajo. Les parecía que *aquel cabrón siempre borracho* les tapaba del *extranjero* que tenía tantas ganas de *tomarles fotos en bañador*.

—¿No tenéis miedo de quemaros? —insistía Pepa—. ¡Venga, dejadme que os ponga crema! ¿Tenéis crema bronceadora?

—Quieto —respondió una de ellas, también medio dormida.

—Entendido —se tranquilizó Pepa, y desistió, pero sólo por un instante.

La verdad es que pasó del profesor y esquivó de lejos su sillón de mimbre. Tampoco ofreció jugar a Kolomea; primero, porque por lo general evitaba quedarse a solas con ella, y segundo, porque ella estaba protegida por el quinto anillo de la primavera: su verde virginidad. Quedaba el austríaco del parapeto, y Artur, después de agitar el tablero de ajedrez en el aire y de que las todas las figuras resonaran a madera, le preguntó:

—*Shakhshpilen? Eine klaine shakhshpilen, eh*^[59]?

Karl-Josef dejó la cámara en el parapeto y dio un salto.

—Pues, bien —dijo de la manera más sencilla que pudo, porque expresar la negación, y encima con algún giro educado, le era casi imposible. Además, aquel borracho al que nadie necesitaba le daba un poco de lástima.

—*Yavol*^[60]? —volvió a preguntar Artur y enseguida pensó: «¿Para qué diablos necesito este ajedrez?, si no sé jugar».

Al cabo de un par minutos, los dos se encontraban sentados en sus taburetes y colocaban las figuras. Y entonces empezó el juego, el transcurso del cual se podría juzgar sólo por las exclamaciones no siempre oportunas de Artur («¡caballo!, ¡peón!, *garde!*, ¡alfil!, ¡jaque!, *Zeitnot!*, *Zugzwang!*, ¡dama!, ¿*verstehen*: dama?»^[61]). Pero Zumbrunnen permanecía en silencio. Le tocó jugar con las blancas; su adversario había insistido, porque «tú eres nuestro huésped, ¿de acuerdo?». Al fin y al cabo, a Zumbrunnen le daba igual con qué figuras jugar; tiempo atrás, se había dedicado al ajedrez, había ganado torneos locales, se carteaba con estudiantes, como él, de la escuela de Víktor Korchoi y resolvía con facilidad los ejercicios de las revistas especializadas. En el cuarto minuto de la partida, Artur Pepa dijo: «*Endspiel!*, *kaputt!*»^[62] y propuso jugar otra: «pero ahora yo con las blancas, ¿de acuerdo?».

Claro que ésta también la perdió, y durante la siguiente media hora perdió otras cuatro partidas más, y sólo entonces sacó su arma secreta, en forma de último cigarrillo Priluki, de la pitillera, llena, para variar, de una mezcla de cannabis de bastante buena calidad. Tras la primera calada, la partida adquirió una comprensión pausada, y Karl-Josef, agitando enérgicamente las fosas nasales, preguntó:

—*Hasch?*

—Vollen^[63]? —Pepa le guiñó un ojo y le pasó el cigarrillo.

—*Nicht schlecht*^[64]! —hizo su valoración Karl-Josef, tras dar una calada.

—¡Y qué te pensabas! —confirmó Artur.

Al poco tiempo, llegó a la conclusión de que podía saber con mucha antelación cual sería el desarrollo de los acontecimientos sobre la tabla de ajedrez. No tenía sentido mover las figuras; todo, sin más, lo encaminaba hacia la victoria. Podía adivinar sin vacilaciones todas las jugadas de los siguientes cien años. Tanto las suyas como las de su adversario. Porque se había convertido en un Centro Cerebral compacto, en esto es en lo que se había convertido él, Artur Pepa. Era un Centro Cerebral doble: uno estaba dentro de él y el otro era simplemente Artur Pepa, así es como se llamaba. Esta idea le aterrorizó un poco.

—Oye, ¡hemos hecho tantas cosas aquí! —dijo Pepa preocupado—. ¡La tierra arde bajo nuestros pies!

Miró hacia el cielo y vio que el sol desaparecía detrás de una cortina de cimas lejanas. Artur Pepa no sabía demasiado bien qué era *una cortina*, pero estaba seguro de que entonces el sol desaparecía precisamente *detrás de una cortina*. También vio unas cabezas a su alrededor; todo el grupo se había acercado a la tabla de ajedrez, discutiendo, agitados, la situación, y señalando con sus dedos gruesos como troncos las figuras que aún quedaban en la tabla.

—*Schlechtersmalkopflaiben!* *Straichmalwiderzurik* *und bruchschlaifenwanderndzusammen*^[65]! —dijo agresivamente Karl-Josef.

Artur Pepa sonrió con astucia y, con gesto decidido, tiró todas las figuras de la tabla.

Pero aquel mismo mediodía, o tal vez el siguiente, el duelo continuó. La verdad

es que esta vez no tuvo lugar en la terraza sino en la torre situada al sudoeste del balneario, adonde todos se habían desplazado siguiendo el recorrido del sol. Arriba, en la torre, había una plazoleta de observación redonda desde la que se descubrían todas las partes del mundo, incluso la transilvana; y resultaba que este mundo estaba hecho mayoritariamente de montañas. Y resultaba también que lo más interesante en este mundo era observar cómo por las montañosas cimas medio cubiertas por la nieve se movían las sombras de las nubes. Porque, a mediodía, aparecieron las nubes.

Y observándolas a través de las lentes oscuras de sus gafas de sol Giorgio Armani, el director Yárchyk Volshébyk pensaba en cómo lo haría todo: «Le meteré en, este..., en uno de los sillones...: allí hay unos preciosos..., un verdadero, este..., bueno, un trono. Con un fondo muy lujoso: papel de pared, unos tapices... Una estará de rodillas delante de él..., ¿o mejor a cuatro patas?... bueno, da igual, de rodillas..., ya veremos. Otra por detrás..., detrás del respaldo de este... trono. ¿Qué podría hacer?... ¿Abrazarlo?... ¿Quizás no hace falta por detrás?... Entonces no habrá vertical... Así, una súper vertical: cuerpo número uno, luego él mismo, cuerpo número dos...».

En definitiva, Yárchyk Volshébyk no era el único que en aquel instante era *presa de las ideas*. La observación de las montañas y las nubes inducía a la introspección. Intercambiando las primeras exclamaciones entusiastas respecto a los paisajes, todos se quedaron callados, soñando, quizás, con recobrar el nirvana perdido en la terraza.

Pero la nueva aparición de Artur Pepa les arrojó desde las nubes a la tierra, o al menos a la torre.

—¡Ajá! —gritó Pepa—. ¡Otra vez estoy aquí: cebo para los chacales!

Llevaba en la cabeza una boina ladeada. Pero lo importante no era la boina, lo importante era que en cada mano llevaba una espada. Eran espadas de combate de verdad, un poco desafiladas y melladas, cierto, pero cada una de un metro de longitud (en realidad, un metro y siete centímetros, o al menos así pareció a todo el mundo). Estas espadas ya eran en sí mismas peligrosas, pero lo más peligroso era lo que Pepa recitaba en pentámetro yámbico:

«¡Toma la espada, austríaco perverso! Sé que me has ganado al ajedrez: ¡veremos ahora cómo manejas las espadas! Todo el mundo sabe que el ajedrez es una diversión... de reyes. Y en la de los caballeros, ¿eres un señor? ¡Toma a espada!».

Y con estas palabras tiró una de las espadas (por suerte, con la lámina hacia abajo) hacia Karl-Josef, a quien no le quedó más remedio que cogerla (por cierto, con bastante maestría) por la empuñadura.

—¡Así que aceptas el desafío! —se complació Pepa, y sacudió la espada en el aire.

—¡Artur! —intervino la señora Roma con voz seca.

—Ofelia, reza por mí —le dijo Artur. Y tú, nuestro huésped austríaco, ¡defiéndete!

Y Pepa atacó resueltamente a Karl-Josef, haciéndole enseguida replegarse hacia

la barandilla de metal, detrás de la cual ya no había nada más que precipicio. Sólo entonces Zumbrunnen se dio cuenta de que no bromeaba.

—¿Alguien puede detenerlo? —la señora Roma palideció de golpe—. Os lo ruego, haced algo...

Sólo pudo dirigir su súplica a Volshébyk, el único entre los presentes que pertenecía a la categoría de «hombre». Con el profesor Doctor de momento no contaban porque, según todos los indicios, pertenecía al sexo opuesto («viejos, mujeres y niños»), al cual pertenecían también Lilia y Marlena, francamente atraídas por la nueva diversión («¿qué, está de broma?»), la princesa Kolomea Primera, arrancada de su profundo entumecimiento Tolkieniano («el sexto anillo es el anillo de metal de un duelo de gigantes»), y la misma Roma Vorónich («¡Dios mío: se van a matar!»).

Pero Volshébyk no tenía prisa en arrojarse con las manos desnudas sobre los adversarios; la situación le gustaba, sobre todo visualmente, y lo único que hizo fue acercarse unos pasos mientras preparaba la cámara («¡esta imagen no está nada mal!»).

Tras aceptar el duelo, Zumbrunnen repelió el ataque con dos o tres mandobles (saltaron chispas de las espadas) el ataque del adversario. En su momento, había sido un apasionado de la esgrima, e incluso había recibido clases de combate caballeresco en la hermandad Teutonia, aunque luego se vio obligado a dejarlo a causa del empeoramiento de su vista. Sin embargo, por lo que a técnica se refería, su cuerpo había conservado algo en la memoria celular. Al dominar de manera excelente el inexperto ataque de Pepa (la boina, demasiado grande, por poco no caía sobre el ojo de Artur), él mismo pasó a la ofensiva y, para acabar con todo, aquello lo antes posible, dio con certeza y desde abajo en la manga de su enemigo. La espada de Artur cayó de su mano, y después de dibujar un arco mortífero sobre las cabezas de los presentes aterrizó sobre el cemento de la plazoleta que tenían a sus espaldas. A todo esto, Karl-Josef no pudo calcular bien la fuerza del golpe: levantando por inercia la espada, su filo finalmente se detuvo en la cabeza de su adversario, que se había asomado peligrosamente, marcando su frente y dejando un rasguño que, como si fuese un surco vital más, enseguida se llenó de sangre.

—¡Estoy acabado, el austríaco ha vencido! —gritó Pepa, y cayó aparatosamente de espaldas.

Karl-Josef apartó con cuidado su espada y fue el primero en inclinarse sobre Pepa, que estaba empapado de sangre. La segunda fue Roma que, repitiendo sin cesar:

«¡Estúpido, estúpido!, ¡qué estúpido descerebrado!, ¿y si te hubiera dado en el ojo?», se lanzó a detener la hemorragia, primero con la dichosa boina, luego con su pañuelo, y después (llegó a tiempo Kolia, igual de pálida, con el botiquín) con los tampones de algodón.

—Todos los detalles de este cuadro —aseguró razonablemente el profesor Doctor

— constituyen una extraordinaria concentración de sentidos, y son de una veracidad artística indiscutible.

—¿Acaso no me moriré? ¿Seguiré vivo? —preguntó Artur Pepa, permitiendo obedientemente que su mujer le vendara su estúpido coco.

—¡Cállate ya, estúpido idiota! —respondió a regañadientes Roma, y se echó a reír impetuosamente (¿o frenéticamente?).

Karl-Josef, por si acaso, volvió a apartarse en dirección a la barandilla; de esta manera, el boxeador que había enviado a su adversario al *knock-out* tenía que esperar el final o la continuación en su, pongamos, esquina azul. Desde allí, observaba culpable a Roma: sus esfuerzos salvadores, su pañuelo manchado de rojo y su risa (todos los demás también reían). Se avergonzaba de sí mismo, y finalmente pronunció:

—*Pegdón.*

—No pasa nada —se apresuró a decir Roma y se echó a reír de nuevo.

—¿Cómo que no pasa nada? —replicó Pepa, un poco ofendido, poniéndose en pie—. Sí que pasa. Pasa... Pasa lo que tenía que pasar. ¡Que los cuatro capitanes me acompañen abajo! —exigió obstinadamente con un yambo.

Pero ninguno de los capitanes se acercó a él, y tuvo que caminar sin comitiva, silbando, sin embargo *En las cimas de los Cárpatos, allí es donde viviría.*

—De verdad, vámonos ya de aquí —propuso la señora Roma—. Hace algo de frío.

—«Y haya contra haya, como los bueyes de las cavernas, saltan rabiosos, / sólo la *plakhta*^[66] purpúrea del sol les hará hervir la sangre» —citó oportunamente el profesor, y partió hacia la salida.

—¿Usted *también* nos va a hacer unas fotos? —se interesó íntimamente Lilia mientras todos bajaban las estrechas escaleras de caracol, muy cerca los unos de los otros; porque resultó que Karl-Josef, este deprimido poseedor de las simpatías del público, estaba entre ella y Marlena.

—¿Fotos nuestras? ¿Lo hará? —matizó Marlena adelantándose a su amiga.

—No lo hará —les prometió firmemente la señora Roma Entredoshombres.

No, esto no podía acabar bien; aquella misma tarde (o, pongamos, la siguiente), cuando todo el grupo se reunió para tomar el té en el comedor pequeño, Artur Pepa se inventó una nueva apuesta.

—Tradúcele —quiso que lo hiciera Roma—, dile que me puedo beber una botella de vodka entera. ¡Yo sólo!

—¡Ni pensarlo! —le atajó su mujer—. Ya lo sabe.

—Traduce que quiero apostar que puedo beberme una botella entera de vodka —repitió Pepa—. ¡De un trago!

—¡Tranquilízate y para ya! —no cedía Roma.

—Bueno, lo haré yo —el combatiente vendado hizo un gesto con la mano—. Charlie, oye. Yo. Bebo. Solo. Botella. *Flasche*. Vodka.

—*Warurn denn*^[67]? —preguntó Karl-Josef.

Zumbrunnen se sentía cada vez más solo. Cuanto más tiempo permanecía sentado allí, menos comprendía lo que estaba pasando. No eran sólo las palabras pronunciadas en una lengua mal entendida. Se trataba también de ella, de la mujer a la que durante el último año había propuesto tres veces que lo dejara todo y que se fuera con él a Viena. «Los sábados, podrás enseñar ruso y alemán en el colegio —la intentó convencer las tres veces—. Ahora hay muchos rusos que compran viviendas en el primer distrito y pagan muy bien las clases. Yo publicaré mi gran álbum. Ganaré lo suficiente para los dos. ¿Por qué no podemos estar juntos para siempre? ¿Por qué no se lo decimos todo tal y como es?». Roma le pidió las tres veces que esperara. Y le decía algo que él no entendía, aunque lo hacía en alemán. Ahora, cuando todo tenía que resolverse, Karl-Josef se hundía en su madriguera de incompreensión e incertidumbre, totalmente alejada de todo y revestida por todos lados de un fieltro opaco, como si le hubieran tapado con algo pesado y sofocante; y en esta trampa terriblemente densa y alargada como un saco sólo oía el refunfuño exterior del marido de Roma:

—Mira. *Das ist eine flasche*^[68]. Yo digo: yo la beberé. *Trinken*. ¿De acuerdo? Tú dices: *nein*. Yo digo: beberé. Tú, luego: *nein*. ¡Apuesta!

—*Wie so*^[69]? —preguntó Karl-Josef.

—So-so —dijo Pepa—. ¡O no so! ¡Eso no! ¡Mira!

Puso ante él dos vasos y los llenó hasta los bordes de un vodka de nueces opaco. Era la última botella que habían traído y Artur Pepa se lo jugó todo a una carta. Roma se cubrió la cabeza con las manos.

La primera en salir del comedor fue Kolia. Detrás de ella, encogiendo los hombros y sonriendo con tristeza, se arrastró el profesor Doctor.

—No sé qué tal vosotros, pero yo me tengo que marchar ya —dijo.

Aunque mientras se alejaba no pudo dejar de citar:

—«Hoy, nosotros dos sobramos aquí. Y ambos somos unos cabezotas».

—«Mañana morirás tú, corazón» —advirtió Roma.

—¿Morir? —Pepa puso los ojos en blanco—. Morir es un verbo intransitivo. ¡Charlie!

Alargó la mano a Zumbrunnen. Sin entender nada, aquél le dio la suya. Pepa la estrechó fuertemente y de ésta manera ambos se quedaron inmóviles, estrechando las manos y con las miradas cruzadas.

—Corta —dijo Pepa a Volshébyk.

—No es necesario —Roma detuvo su sombra peluda sobre la mesa y cortó ella.

—¡Gracias, golondrina! —Pepa le guiñó un ojo y se levantó—. ¡Charlie! ¡Y todos vosotros! ¡Ahora veréis!

Luego hizo aquello para lo que se había estado entrenando media vida, y que había practicado continuamente con pretexto o sin él. Cogió el vaso con los dientes, levantó el brazo y se colocó el vaso en el ángulo que formaba su propio brazo

doblado, luego echó la cabeza (ahora vendada) bruscamente hacia atrás, de modo que el líquido marrón oscuro corrió lentamente hacia dentro. Sólo trabajaba la nuez de su cuello, ese masculino adorno de Adán. Pero esto no fue el final: después de vaciar el vaso, Pepa, no menos bruscamente (trabajaba la mandíbula inferior), lo echó hacia arriba, al aire, y lo cogió impecablemente con el mismo brazo doblado.

—¡Súper! —aplaudieron, sin poderse contener, Lilia y Marlena, a quienes ya había medio conquistado.

Roma volvió a llevarse las manos a la cabeza. Durante los momentos como éstos, se sentía orgullosa de su marido, pero no lo demostraba.

—Ahora se le subirá a la cabeza —dijo ella.

Pero Artur Pepa no pensaba lo mismo. Inspirando profundamente varias veces, y escuchando cómo se dispersaba en su interior aquel líquido de nueces caliente, quiso («¡contad en voz alta, chicas!»), después de hacer un salto con bastante profesionalidad, hacer el pino. Y sólo cuando ambas chicas se equivocaron en la cuenta, saltándose la séptima decena, Artur Pepa volvió a la postura debida y se puso de nuevo de pie. Fue su triunfo; Lilia y Marlena le aclamaban y chillaban, Yárchyk Volshébnik tamboreaba con las palmas en la mesa, y la señora Roma, finalmente, dejó de llevarse las manos a la cabeza. Sólo lo estaba mirando, y nada más.

Y sólo entonces Karl-Josef se dio cuenta de que debía hacer lo mismo o, en caso contrario, perdería. Sólo entonces se dio cuenta de que aquello era un reto, al cual no podía dejar de responder. Preso en su apartada cámara de fieltro, empezó a agitarse, a revolcarse, y cogió con la mano el otro vaso lleno.

—*Aber du sollst das nicht, Karl!* —intentó detenerlo la mujer por la cual todo esto ocurría—. *Sei klüger, du bist doch kein Idiot, Karl!*^[70]

Sin embargo, él no hizo ni caso y se quitó las gafas; y entonces, disminuido a las dimensiones de su sonrisa mediocre, al trigésimo tercer intento consiguió finalmente colocar el vaso sobre el brazo doblado. «¿Acaso nunca en la vida he bebido de vasos como éste?», se dijo a sí mismo, y aproximó sus dientes al borde deslizante. Ya en el segundo trago cuando la palabra *Zumbrunnen* no significaba más que «lengua, paladar y garganta» le asaltó la idea de que «sería de noche cuando moriría en Ucrania por culpa del vodka». Así que, sin querer morir antes de tiempo, su cuerpo se rebeló, bloqueó la inyección suicida, devolvió los restos de la mezcla cáustica, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas y sus mandíbulas se debilitaban y se abrían; el vaso medio lleno se le escurrió y cayó sobre el sordo vacío de fieltro, y en consecuencia (oh, misterio) se hizo añicos en el suelo. Se desprendió un olor de alcohol y nuez, y sólo una de las amigas soltó una carcajada estúpida; y luego, todo quedó en silencio. Y en mitad de este silencio, Karl-Josef pensó que no tenía ningún sentido hacer el pino.

Se sintió aún más solo. Allí, en algún sitio, detrás de los márgenes del saco en el que habían metido su cabeza, se arrastraban, tropezando la una con la otra, sus voces guturales («beber vodka no es amargo, beber vodka amargo de nueces»)^[71]; todas,

menos una, porque faltaba su voz: Roma estaba callada. Pero Karl-Josef no tenía fuerzas para mirarla.

—¡Joder! —dijo Karl-Josef, y se levantó de la mesa—. Me voy.

—Yo compro. *Noch eine Flasche*^[72]. ¡Vodka para ti!

Y señaló con el dedo delante de él. Donde tenía que estar sentado Artur Pepa sólo se movió una mancha del color nuez oscuro.

—¡Vaya movida! —respondió algo, con la voz de Artur, del lado de la mancha, aunque Karl-Josef no sabía cómo entenderlo. O sea, él entendía ambas palabras, pero no encontraba que fuera una combinación razonable. No era la primera vez que le pasaba en este país.

Finalmente, Karl-Josef salió a la terraza, donde durante un tiempo insoportablemente largo estuvo buscando, sin encontrarlo, el interruptor y, en una oscuridad cada vez más densa (*más insoportable, durante mucho más tiempo*) su chaqueta y sus zapatos Salamander. Por alguna razón, todos le siguieron hasta la terraza; y Roma estaba entre ellos. Mientras un Karl-Josef *insoportablemente lento* se ataba los cordones de los zapatos Salamander, los otros comentaban algo *insoportablemente rápido*, era una discusión terrible, terrible porque en realidad él ya no podía entender nada («¿en este estado? ¿Solo? ¿Y quién ha perdido? ¡Entonces, iré con él!»), nada, a excepción de las palabras «el kilómetro 13» repetidas mil veces, pero él ya sabía sin ayuda de nadie que en el mundo existía un lugar como aquél, el kilómetro 13; Zumbrunnen lo había señalado en todos sus mapas secretos, porque allí y sólo allí, en el kilómetro 13, siempre venden vodka de nueces normal y corriente.

Así que, como de milagro, dominó la cremallera de su chaqueta, y luego las tres cerraduras de las puertas, y se fue al encuentro de aquel camino que ya había pisado una vez. Para que llegara la oscuridad absoluta faltaba casi una hora, tiempo suficiente para bajar por el pastizal y cruzar el bosque.

¡Cómo queráis! —exclamó Roma Vorónych, descolgando de la percha la primera chaqueta que encontró y corriendo tras él—. «Que así sea —pensaba ella— que así sea». Empezó a correr pendiente abajo por donde se había ido Zumbrunnen, pero *aquello* seguía resonando en ella como si se tratara de un machacón préstamo del turco: «queseaasí, queseaasí, queseaasí»...

—¡No entiendo nada! —se ofendió Artur Pepa, quien finalmente había alcanzado su punto de embriaguez—. El vodka se ha acabado, mi mujer se ha ido, ¿qué voy a hacer?

Y decidió dormir un poco, hasta que aquellos dos le trajeran la botella que había ganado.

Pero tan pronto cerró los ojos, Artur Pepa se despertó de nuevo. ¿Qué era aquello? ¿Un sobresalto interno, una llamada desde las profundidades del otro mundo, una señal del comienzo de un ataque cardíaco? ¿O había venido de fuera, de detrás de la puerta, del pasillo, del vacío palpable de la noche? Era de noche y Artur Pepa, en la más absoluta oscuridad, estaba vestido y sentado en la cama. La otra mitad de la cama estaba vacía y sin deshacer. Así que no era muy de noche; «en caso contrario, *aquellos dos* ya hubieran regresado», razonó Pepa sobriamente, para su asombro. Aunque (no hay dónde ocultar la verdad) lo más importante ahora era saber algo de estos susurros y gemidos detrás de la puerta, si en realidad existían. «Investigar su naturaleza», Pepa había encontrado una formulación más precisa. Justamente así: investigar su naturaleza. Y aunque la gigantesca llave cubierta de sudor de su mano rechinó con todas sus fuerzas en el ojo de la cerradura tratando de despertar, si no al mundo entero, al menos sí a todo el balneario, Pepa finalmente abrió la pesada puerta de tejo (es un misterio cómo sabía que era precisamente *de tejo*), la empujó con el hombro y, sin hacer ruido, como si fuese un fantasma, salió al pasillo.

Tampoco allí había luces; de noche, alguien apagaba aplicadamente todas las lámparas para ahorrar. En cambio, la luna brillaba con intensidad. «Eso es: llena», recordó Artur Pepa, y en la perspectiva lejana del pasillo vio una ventana gótica ojival de la que se derramaba una sustancia de color harina pálido con densos flujos de luz. Y a su encuentro, al encuentro de esta ventana gótica alargada, se abría paso a lo largo del pasillo el director Yárchyk Volshébyk con su betacam en el hombro. Caminaba mesuradamente, como quien camina por la nieve, moviendo con dificultad los pies y levantándolos mucho. Mientras, la cámara funcionaba incesantemente: Artur Pepa lo podía juzgar por el ojo rojo que, como si fuese la mira láser de un francotirador, iba saltando por el pasillo e iluminaba fugazmente, entre la neblina lunar, algunos objetos: jarrones, mesitas y, por alguna razón, unos extintores que antes no estaban ahí. Artur incluso oyó el ruido monótono de la cinta de cassette, aunque entre él y Volshébyk había una distancia de un centenar de pasos. Sin embargo, a veces parecía que aquel ojo rojo parpadeante no venía de la cámara, sino de la nuca desgredada de Volshébyk. «Exacto: la simetría», resolvió Pepa, y superando el pasillo con unos saltos suaves de una pared a otra, escondiéndose de vez en cuando detrás de algunas figuras de cera, empezó a avanzar a hurtadillas. Él mismo se sorprendía de esta impecable habilidad suya, pero al ver las zapatillas de *ballet* blancas en sus pies, lo entendió todo.

Al final del pasillo, a la izquierda, había una escalera; y precisamente hacia allí giró el director. Al superar toda la distancia con tres saltos ingravidos, Pepa llegó a percibir abajo aquel mismo reflejo rojo: Volshébyk había bajado por las escaleras. Además, la flecha en la pared delante de las escaleras señalaba en la misma dirección,

y las letras encima de ella (esta vez, un panel luminoso) informaban de las FIESTAS POPULARES. Artur Pepa corrió a toda prisa detrás del director, en el quinto o sexto rellano vio de nuevo su gran y densa espalda (sólo unos cuantos peldaños más abajo) y quiso frenar por precaución, pero una poderosa ola de aire le empujó adelante, así que, prácticamente pisando los talones de Volshébyk, penetró en una multitud de gente diversa y chillona, de la que de ninguna manera podía esconderse. El lugar resultó ser una especie de carpa para bodas donde podían caber juntas unas doscientas personas (las que había aproximadamente), con unas largas hileras de mesas y bancos, y también una tarima de madera para bailar. Por lo visto, el festín hacía ya más de una hora que duraba; el griterío y el clamor eran tremendos, las nubes de humo de cigarrillos y los vapores alcohólico-gastronómicos transformaron el aire en una masa terriblemente densa y pegajosa que incluso Pepa, que no tenía la menor debilidad por los imperativos éticos, pensó que no estaba nada bien parrandear tan ruidosamente en Semana Santa. Lo peor era que con todo este griterío había perdido de vista al director. Seguramente se había metido en algún sitio con su videocámara: normalmente, a los chicos como él les gusta ir de marcha por las fiestas populares sin pagar, con la pretensión de grabar alguna cosa para las *futuras generaciones*. Pero ya no le importaba encontrar a Volshébyk.

Porque el mismo Pepa se encontró en el centro de un círculo que se movía vertiginosamente: unas mujeres viejas y enjutas, con unas larguísimas y humeantes pipas en los dientes (o mejor dicho, en los labios, porque sus dientes se habían desgastado a lo largo de los últimos cien años), entrelazando sus hombros y pateando despiadadamente, bailaban su particular *arkan*^[73] *femenino*. Y cada una de ellas (eran, quizás, unas veinte), de manera impertinente guiñaba el ojo y hacía muecas al forastero, súbitamente atrapado; y como no dejaban de girar y de chillar, Artur Pepa no conseguía de ninguna manera pedir a ninguna de ellas las explicaciones necesarias. Primero, le interesaba saber por qué aquel mujerío bailaba un baile típico masculino. Segundo, por qué coño giraban precisamente a su alrededor: ¿no les bastaban sus amantes desdentados? Y tercero, cuándo acabaría todo aquello. Porque una vez, en *una reunión de jóvenes literatos*, Artur Pepa aprendió que existía un *arkan* mágico que se bailaba hasta siete, ocho, o doce horas seguidas, y que sólo aguantaban los más fuertes, aquellos que en vez de sangre tienen fuego, o simplemente *la vena más dura*. Esta vez, sin embargo, no era una cuestión de venas; sólo le quedaba taconear, mover los hombros, sonreír estúpidamente y fingir que todo aquello le gustaba *porque se le daba de maravilla sumergirse en el baile*. Además, la tarima de madera estaba tan bien pulida por los esfuerzos de los bailarines anteriores, que los pies de Artur, esta vez con *kapchuri*^[74] de piel, iban con perfidia de un lado a otro, y era imposible entender como conseguía no caerse de culo en medio de todas aquellas ruinas.

Así se lo parecía porque, de vez en cuando, una de las abuelitas salía del círculo y lo cogía por los hombros; entonces había que taconear con ella, y Artur Pepa se

asombraba de nuevo de lo ligeras y ágiles que eran, y de lo sencillo que era bailar con ellas, a pesar de que las arrugas (y de cerca lo veía especialmente claro) se las comían vivas. Sus pieles parecían trozos remendados de mapas oscurecidos. «¡Ay, Artúrchyk —le susurraba una de ellas a los oídos— qué pena me das, mi tierno muchacho, ligar con una viuda cuando cualquier chica se hubiera casado con un bailarín tan bueno, y tú, tú te has aislado del mundo entero, desgraciado!». Y sin que le hubiera dado tiempo a pensar una respuesta, la siguiente continuaba: «¿Ahogaste tu juicio en un pozo, lo vendiste en el mercado o una viuda te maldijo con sus hechizos? ¿Dónde se ha metido tu razón, adorado mío, después de haberla instruido durante veinte largos años?». Y a continuación, la tercera: «¡Coge, Artúrchyk, un buen látigo y echa a esa canalla de casa, y si no se larga, déjala con todos sus bártulos, sirvientes y tierras; y tú, tú huye hasta el fin del mundo, o a la construcción en Chequia, o a la guerra de Chechenia!». Y la otra seguía: «¡Hace tanto tiempo que te estábamos esperando, queridito Artúrchyk; por quién nos habías dejado, por unas amantes mejores!». Y luego otra: «¡No te diré nada, Artúrchyk, sólo nos amarás esta noche, chiquito, nos amarás dulcemente, nos besaremos hasta el amanecer, y te lavarás y bañarás en la sauna con nosotras, tus amantes de lujo!». Y le manoseó con desparpajo la entrepierna donde no había nada más que frío. «¿Cuántos años tienes?», preguntó Artur, como si aquello tuviera alguna importancia, aunque, a decir verdad, lo hizo para ganar tiempo. Sin embargo, parece que no oyó bien la respuesta, porque en realidad no podían ser *treinta y siete*.

Así es, *no hay dónde ocultar la verdad*; hacía tiempo que el baile mágico se había vuelto indecente y vergonzoso, los motivos del *arkan* se parecían a los de la *kolomvika*^[75], y estos últimos, a su turno, a un *carpatean-ska*^[76] ligeramente ardiente. En espera de algo *más fuerte*, Artur se imaginó el lavabo de las instituciones del distrito, con sus azulejos desgarrados y las chorreras amarillentas que no se iban, las cochinillas y las arañas en las paredes, los grifos oxidados con las válvulas torcidas, los desagües de las bañeras agrietadas atascados con cabellos y algodón (¡qué costaba esta mezcla de olores: dedeté, jabón de lavar y brea!), y la pandilla bulliciosa de brujas desnudas, con sus tetas y sus culos caídos, y aquellos estropajos del ejército en la entrepierna, y cómo se empujaban con los codos, rivalizando para llegar las primeras hasta él. Y fue precisamente por eso que en el último instante se le ocurrió dar una vuelta como si fuese un sacacorchos y liberarse de los brazos de su pareja, pensando en cómo escabullirse hacia un lado sin que se dieran cuenta; pero en este preciso momento encontró su castigo: sus suelas resbalaron como si hubiera pisado esperma, se le fueron hasta el límite crítico y Pepa cayó de culo hasta ver muy arriba, encima de su cabeza, sus propias piernas. «Bueno —pensó— ahora viene cuando me violan».

Pero, en vez del círculo de jetas de piel curtida como la de las manzanas al horno que en aquel momento hubiera tenido que aparecer encima de él, inclinándose peligrosamente, con sus pipas humeantes y chasqueando alegremente la lengua contra

sus labios azules, vio cómo se abría el techo de lona y arriba aparecía el cielo; y lo más importante: vio que estaba bajo un árbol y, aunque no oyera al cimblero de ojos saltones y su voz áspera y ronca a causa de las numerosas bodas («*una niña subió al cerezo a coger las frutas*»), habría sabido igualmente que aquel árbol era un cerezo: tanto rojo sobre verde sólo podía ser un cerezo, y sólo en junio. Aquel cerezo llegaba hasta el cielo, llenaba todo el espacio encima de Pepa, se extendía al infinito con todas sus sensibles ramificaciones, e incluso con este aspecto sería una de las incontables imágenes de perfección en la vida insensata de Pepa. Sin embargo, aquello no era suficiente para los autores de un videoclip innovador: plasmando la idea del cimbalista de ojos saltones, colocaron a una chica flexible y de piernas largas en el cerezo («yo estaba ayudando desde abajo y me puse a espiar», el cimbalista se rompía sus extraviadas cuerdas vocales). La chica se quedaba quieta en las ramificaciones, separando bien las piernas, o pasaba de una rama a otra, toda manchada de zumo de cerezas, y el milagro que podía ver Pepa desde abajo («miraba hacia un lado y hacia el otro, todo le daba vueltas»), por poco le hacía morir de éxtasis («buena gente, se ha creado el Paraíso Divino en el cerezo», el hermano-músico había encontrado las palabras oportunas para su estado). No, Pepa no podía ver su cara, pero le bastaban aquellas piernas extendidas hacia el cielo y la sonrisa alegre en el lugar donde empezaban. «¿Quién eres?», preguntó al cielo Artur Pepa, porque no supo preguntar nada más inteligente. «Estoy comiendo cerezas», respondió la chica con la voz de su hijastra Kolomea, y le tiró un puñado de jugosos frutos. Sin poder moverse, Pepa intentó atraparlos con la boca, pero no consiguió nada. Los frutos caían sobre su cara, cada vez había más, aquello era una lluvia suave de cerezas en la que Pepa se habría quedado para siempre, si no fuera porque...

—Roncas mucho —dijo la señora Roma cogiéndole por el hombro—. Siempre roncas cuando te duermes boca arriba.

Ya llevaba puesto el pijama antibalas de franela y estaba a punto de echarse a un lado, a la parte de la cama que Pepa no había explorado.

—Ajá, ¿ya habéis llegado? —su marido se dio cuenta de dónde estaba y de qué hora era—. ¿Habéis traído la botella?

—No hay botella que valga, duerme —le cortó Roma, porque lo que menos deseaba era explicarle a *este* estúpido cómo *aquel* otro estúpido le había pegado una bronca en medio del bosque y cómo ella, enojada, se había ido tras él, que había vagabundeado hasta el amanecer por las aldeas pobres para que le vendieran algo en plena noche.

Pero el Estúpido Número Uno acogió con una docilidad sorprendente la noticia: se alegró de tener una nueva oportunidad y se apresuró hacia el árbol que sólo él y nosotros conocíamos, pasando bruscamente todas las páginas intermedias entre la realidad y el sueño (pasillo, escalera, ¿qué más?), aunque sin encontrar finalmente entre aquellas páginas la que buscaba.

En cambio, se encontró con la cola de una excursión de etnografía territorial. Eran

unas decenas de personas, a las que Pepa no conocía, que llenaron toda la antesala; se habían agrupado cerca de unos *stands* con todo tipo de fotos viejas, pistolas de chispa y sombreros y examinaban de arriba abajo los telares, las ruelas y las maquetas de altos hornos. Pepa ya hacía rato que deseaba preguntar al primero que se cruzara en su camino: «¿dónde está el cerezo, el árbol?», pero no se atrevía: algo incierto le detenía; o la mala acústica del aula, donde los sonidos se hundían en el vacío y perdían la menor expresividad, u, otra vez, esta luz imprecisa de la luna que tampoco faltaba aquí («¡es que estamos en la Luna!», se le ocurrió a Pepa). Sin perder la esperanza de una nueva oportunidad, Pepa se vio obligado a seguirlos a todos; en los *stands* se enteró de unos detalles que hasta entonces desconocía de la historia de la conducción de armadías de los Cárpatos, las particularidades de la cría local de ovejas, la alfarería y los jenizaros, de las raíces daciotracias en los nombres de la mayoría de los orónimos locales («Dzin-n-n-dzul», Pepa pronunció con deleite uno de estos nombres); de los métodos de persecución de hechiceros y brujas de los jesuitas polacos y las instituciones de castigo soviético-bolcheviques y de los males demográficos, interconfesionales e higiénicos relacionados con ello; finalmente Pepa aprendió que las avellanas de haya tienen una influencia especial sobre el organismo humano y animal, parecida a la de las drogas. En general, era interesante.

La verdad es que saltaba a la vista un cierto carácter caótico y de vez en cuando hasta confusión en la muestra del material. Digamos que el *stand* llamado «la dinámica de la extracción de petróleo en chortópilschina, 1939-1985» presentaba una escala paleontológica de hombres primitivos; bajo el letrero la colectivización forzosa de la región a finales de los 40 y a principios de los 50 se podían ver unas cuantas ametralladoras, una mina antipersona y un uniforme rojo completamente atravesado por disparos; por lo que se refiere al *stand* las mejores personas de nuestra región, en éste, por alguna razón, se exponían fotografías con muestras de las diferentes razas de ovejas, en particular de merinos de los Cárpatos. Pepa se encogió de hombros y siguió avanzando entre un centelleo y una vocinglería difusos, tan ininteligibles como persistentes.

Aquello ya duraba más de una hora, y Pepa incluso empezaba a acostumbrarse a la extraña atmósfera que lo rodeaba; además, supo reconocer entre los presentes unas caras conocidas. Eran de personas a cuyos entierros se había visto obligado a asistir últimamente: sobre todo aquel reportero moscón, demasiado curioso, a quien habían empujado una noche desde la plataforma de un vagón de tren; también estaba el vecino del piso de arriba al que habían encontrado en su taxi privado con dos balazos en la nuca, y una secretaria de la editorial a quien habían estrangulado con unas cadenas en cierto ascensor; *no hay dónde ocultar la verdad* (por alguna razón, a Artur le gustó mucho esta frase aquella noche), *no hay dónde ocultar la verdad*, había otros miembros de su familia y la gente que le rodeaban que habían tenido, como decirlo, una muerte natural; hacía poco, Pepa se había visto obligado a llevar las coronas, las cruces y demás objetos fúnebres detrás de ellos. Absolutamente aparte estaba un

cadáver, de unos veinte años de antigüedad, con el pelo cortado con un estilo primaveral; era el compañero de la mili que un mediodía, en cuanto comenzó su tercer turno, se pegó una ráfaga con su kalashnikov sin avisar ni explicar nada a nadie.

Al parecer, Artur Pepa se alegraba de volver a ver a esta gente. Resultaba que no les había pasado nada malo y que en realidad no se habían ido a ninguna parte. Aunque en el fondo del alma de Artur quedaba un pequeño lugar para las dudas: le preocupaba la idea de que tarde o temprano les tendría que volver a enterrar, o sea, volver a vivir las mismas depresiones, los mismos abismos.

Resultaba curioso que la mayoría de los presentes (precisamente esta palabra parecía la más exacta: *presentes*) hacían diferentes cosas de utilidad: en la antesala se oía el zumbido de husos y ruelas, allí mismo se movían tornos, muelas, centrífugas de serrerías que Artur ignoraba; algunos de ellos se empeñaban en tallar diferentes dibujos inventados del paraíso, otros tallaban caballos de madera o, digamos, los esculpían en queso de oveja. «Arte», Pepa recordó su época de estudiante en la que esta palabra se cubría de polvo de serrín en espera de su momento, muy cerca de la *Arteriosclerosis* y la *Artillería*.

Mientras tanto, un tipo nada particular, si exceptuamos su extrema delgadez y sus bigotes color trigo, que llevaba un traje confeccionado en los años setenta en una fábrica de confección, posiblemente la de Kolomya^[77], atrajo la atención de Pepa. Así es, la atrajo, pero no por su medalla de mejor alumno, ni por el rombo universitario en su setentera chaqueta gris, sino más bien porque desfilaba con demasiada frecuencia ante los ojos de Artur. E incluso tampoco por ello, sino más bien porque tosía y expectoraba en un pañuelo gigante, arrugado y sucio que sacaba del bolsillo de su pantalón, y luego, estrujándolo nerviosamente, volvía a meterlo allí mismo. Total, parecía que lo más importante era que el del bigote había mirado varias veces a Pepa con mala cara (éste lo vio todo de reojo) y con una voz gangosa y resfriada le dijo:

—¡Tú!

Para Pepa, ésta era la oportunidad de asegurarse de que estaba en lo cierto y que aquel tipo fungía aquí como una especie de gestor.

—Tú, tú —repitió el maleducado gestor, y señaló a Artur con el dedo, tras lo cual este último decidió ofenderse, aunque enseguida se dio cuenta de que no era el lugar adecuado. Así que tan sólo levantó las cejas con asombro y, señalando su pecho con el dedo, volvió a preguntar, como un coleccionista de aprobados al que hubieran llamado a la pizarra.

—¿Quién?, ¿yo?

—Ven conmigo —el de los bigotes de color trigo no le dejó ninguna duda, ni tiempo para reflexionar. Y, sin mirar atrás, flotó atravesando toda la antesala (¡qué palabra es ésa: *antesala*, por qué *antesala*, si era una *sala*, una auténtica sala, del mismo tamaño que las salas de espera más grandes del mundo!), y a Pepa no le quedó

más remedio que seguirle.

—Pero ¿por qué yo? —quiso gritar a la flaca espalda ligeramente encorvada del gestor, que se vislumbraba diez pasos por delante. La verdad es que entonces apareció una nueva distracción: en aquel preciso instante pasaban al lado de unas largas mesas en las que el grupo de *presentes* trabajaba de forma abnegada pintando huevos, metiéndolos de a cada tanto en los platos llenos de tintes, o en cera caliente, y luego trabajando cuidadosamente con los pinceles y limpiando de la superficie pulida de los huevos todo lo sobrante; el olor de la cera caliente y de los tintes minerales caseros hicieron que Pepa recordara que se aproximaba la Semana Santa; los huevos, una vez terminados, se hacían rodar por la mesa inclinada a través de una ranura especial, y mientras tanto se secaban, y luego pasaban a una amplia caja cubierta por dentro con algodón y cada uno caía en su propio agujero. Y sólo uno de ellos (uno con cruces y estrellas color naranja sobre un fondo negro sobrenatural, y también con dos cinturones dorados ondulados) no llegó a su agujero, porque en el último momento Artur Pepa lo robó a escondidas de la ranura y se lo metió en el amplio bolsillo de su capa. «He aquí un regalo para Roma», constató satisfecho Pepa, absolutamente seguro de que nadie había visto nada.

Finalmente llegaron frente a una puerta muy alta al fondo de la sala; el gestor la señaló con la mano, tosió secamente y ordenó:

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí inmediatamente!

—¿Pero por qué yo? —se acordó de su pregunta Pepa.

—Porque tú no te atreves —le aclaró el gestor.

—¿Cómo es que todos se atreven y yo no? —no consentía Pepa.

—¿Vives con mi mujer? —el gestor empezaba a perder los nervios alarmanamente—. ¡Fuera de aquí! ¡Ahora mismo!

Había pronunciado de una forma especial aquel «vives», convirtiéndolo en el paroxismo del susurro.

«Así que de eso se trata —comprendió Pepa—. ¡Es él, el ex*Lebenspartner*^[78] de Roma!». Y mientras observaba con atención triplicada esa irritada cara color de tierra con el bigote caído, el gestor le lanzó otras acusaciones:

—¿Duermes con mi mujer, estropeas a las chicas, bebes vodka?

Artur callaba porque no tenía nada que objetar.

—¡Vuelve con ellas y no rondes por aquí como una mosca en la mierda! —el señor Vorónych intentó subir el tono de su voz resfriada, pero empezó a toser—. ¡Y devuelve el huevo ahora mismo! —le ordenó enseguida, tras expectorar gustosamente en su pañuelo bordado por Roma.

—¡Ahora me despertaré —dijo entonces Pepa, porque ya estaba harto—, porque puedo despertarme cuando quiera y no me pasará nada, y tú, tú desaparecerás!

Por muy extraño que parezca, la amenaza resultó oportuna: Vorónych se abatió sensiblemente, sus ojos viperinos empezaron a moverse rápidamente aterrorizados y empezó (en sentido literal) a retroceder, caminando hacia atrás hacia el fondo

inconmensurable de la sala, donde se apresuró a mezclarse con el resto de *presentes*. Artur Pepa celebró en secreto su pequeña victoria y volvió a hundirse en el disperso murmullo lunar que había a su alrededor. A resultas de este episodio su seguridad en sí mismo se fortaleció tanto que estuvo a punto de aclarar a los lugareños dónde se podía ver... pero ¿qué era lo que quería ver? Artur Pepa ya no se acordaba, llevado por las olas de sus aventuras nocturnas lejos de aquel cerezo *dulcísimo*. Así que aún se esforzaba en recordar y (*no hay dónde ocultar la verdad*) cada vez se embrollaba más entre sus suposiciones.

Pero luego vio (mirando de lado, cosa que hace que algunas veces, sorprendentemente, ni nosotros mismos nos reconozcamos ante el espejo) cómo, en el extremo opuesto de la sala, se abría otra puerta en la que no se había fijado antes; la puerta, en realidad, era relativamente pequeña y estrecha, una especie de salida *auxiliar* o *de servicio*, hubiera bromeado en otras circunstancias Pepa. Y a través de esta puerta lateral, vista de lado, también de lado se introdujo Karl-Josef Zumbrennen con aquel aspecto tan suyo de forastero perplejo. Además no llevaba gafas y cerraba los ojos mirando indeciso la sala y a los *presentes*. Y aunque una aparición tan lateral debía pasar desapercibida para todo el mundo, en ese mismo instante, apareciendo de quien sabe dónde, intervino el gestor Vorónych, gangueando a toda la sala su «¡Listo! ¡Empezamos!».

De hecho, aquel llamamiento nasal podía no tener nada que ver con la aparición del austríaco, se complació con su vaga suposición Artur Pepa.

La música, de las que no se debe escuchar nunca tras despertarse, empezó a sonar por todos lados. Artur Pepa no sabía leer partituras, ni conocía ninguna terminología especial, pero le encantaba la música, especialmente la de los sueños. Lamentaba por otra parte no haber aprendido a tocar de joven ningún instrumento, aunque a veces reservaba esta oportunidad para su realización futura. Y bien, entusiasmado por el increíblemente rico, hasta pomposo, sonido de una gigantesca orquesta invisible (¡cómo que Wagner!), vio cómo el telón empezaba a abrirse a ambos lados (parecía que hasta entonces hacía la función de pared) y detrás de él se abría el infinito espacio del escenario: era un jardín espeso, *un poema biológico en dos partes*^[79], en una colina descendente, cubierta por plantas trepadoras y con todos los matices del verde, había un jardín abandonado y exuberante, una auténtica ciudad de ruiseñores con veinte ríos y un cielo estrellado. Y en este lánguido espacio de serpientes, entre el séptimo y el octavo cauce, se alzaba un pedestal cubierto por el moho cubierto de pegajosas flores mareantes, alrededor del cual se levantaban dos figuras femeninas (Artur Pepa reconoció enseguida tanto a la rubia como a la morena).

Pero también reconoció al director, que movía sobre su hombro la misma videocámara con aquel infatigable ojo rojo: Yárchyk Volshébnik daba vueltas a su alrededor, se alejaba y otra vez se acercaba hasta tocarlo, reptaba o se arrastraba sobre sus rodillas entre la hierba espesa e intransitable, por la pendiente, por la maleza; esto permitía a Artur ver su baile con los detalles más precisos, el director cambiaba y

alternaba con profesionalidad los planos, sacando de aquél todo inabarcable los fragmentos de muecas y posturas más inadmisibles, y luego volvía a componerlo todo junto.

Aunque *no hay dónde ocultar la verdad*; por otro lado, todo aquello parecía un *striptease* caro y lujosamente decorado: las bailarinas, en realidad, se liberaban poco a poco de sus vestimentas abigarradas, por todos lados volaban las plumas de una exótica ropa de pájaro: cinturones, lazos, lentejuelas; sólo entonces, Artur Pepa se dio cuenta de que ambas llevaban los arreglos nupciales, un traje de novia sabiamente elegido, así que tenían muchas cosas que desenredar, desatar, soltar y esparcir lentamente a su alrededor (Artur se esforzó en los nombres de algunos elementos del traje, pero en su cabeza sólo daban vueltas *plakhta*^[80] y *falda* con la segunda «a» acentuada; en cambio, *sujetador* no tenía aquí ningún sentido). El *verde* consumía enseguida aquellos detalles, como si detrás de cada arbusto y de cada árbol estuviera de guardia un animal fetichista enloquecido de impaciencia; sin embargo, incluso cuando le tiraron las camisetas hechas pedazos, a él, el hombre de las mil cabezas, resultó que le estaban engañando, ¡y allí donde una auténtica novia no hubiera tenido nada más que su propio tesoro *intacto*, ambas actrices aún se cubrían con unos triángulos dorados con tirantes de plata!

¿Qué pasaba con la música? Sí, su tensión aumentaba, se añadieron unos gemidos. Las bailarinas treparon como serpientes por el pedestal, Pepa enseguida recordó dos palabras: *serpentario* y *serpentina*; el director Yárchyk Volshébyk, que llevaba un jersey peludo, aparecía a cada rato por allí cerca, salpicándolo todo con su éxtasis y su sudor; casi al mismo tiempo, las bailarinas llegaban hasta la cima donde les estaba esperando en su lecho su amante despierto. «¿Profesor?», Artur Pepa no se lo podía creer, pero luego volvió a tranquilizarse y recordó que aquello era un sueño y que era necesario percibirlo todo a nivel simbólico.

Las chicas sacaron al viejo de los calabozos de la anabiosis y se lanzaron contra él con unas caricias cada vez más atrevidas; una de ellas lo hacía como Gina Wild, *el sueño nocturno de todo macho*, la otra, como Doris Fant, *la tigresa insaciable de la pasión* (¡no en vano, Yárchyk Volshébyk vagabundeó durante dos meses por los intestinos de las páginas como de internet!); luego quitaron la colcha que cubría al viejo y, ahogándose con sus propios gemidos, enloquecieron al ritmo de la música. Sumergían sus hábiles y sensibles lenguas en la azul entrepierna del anciano y le palpaban las zonas y los puntos más adecuados. En unos pocos minutos el profesor empezó a transformarse en un *primaverál príncipe encantado*, a moverse convulsivamente; extendió su satírica sonrisa descontrolada y, con una energía inopinada, se dispuso a amarlas a ambas con delirio, con los labios, la nariz, las manos, la cabeza, el miembro: con todo lo que tenía, hasta que, llegado al límite, salpicó a los cuarenta y cuatro vientos, al lecho, a las flores, al moho, a las ramas, a sus caras deformadas por la satisfacción y (no hay dónde ocultar la verdad) a la videocámara, con una corriente larga y negra de alivio, después de gemir por última

vez a todas las montañas como un lagarto poseso y desenterrado.

Entonces todo quedó en silencio y el telón volvió a cerrarse; a Artur le pareció haber oído la exclamación triunfal del director: «¡Filmado! ¡“El Bálsamo de Vartsábych” está filmado, gracias a todos!». Y lo oyó justo a tiempo, porque al cabo de un segundo la ovación ya no se lo hubiera permitido. Era tan impetuosa que en la sala se levantó un viento precipitado y penetrante, le pegó a Artur en el vientre y el pecho, además de tirarle en la cara nubes de arena, plantas espinosas y langostas asquerosas, hasta que cerró los ojos y cayó verticalmente en las tinieblas profundas, intentando con todas sus fuerzas no perder ni un pelo de su pobre cabeza vendada.

Y cuando los volvió a abrir ya era de día y se encontraba vestido bajo la manta. Roma, como siempre, ya no estaba en su mitad de la cama. Consideró lanzarse en su busca para explicarle todas aquellas visiones, pero enseguida comprendió que no se acordaría de nada, a menos que se lo inventase.

III

CARUSO DE NOCHE

Sí, Roma ya no estaba, ni a su lado en la cama, ni en la habitación: justo antes del amanecer, tras adormecerse en una breve combinación entre sueño y realidad, cruzó finalmente al lado de ésta última. Al llegar al pasillo, se aseguró de algo de lo que ya estaba segura: Karl-Josef Zumbrunnen aún no había regresado. ¡Como si con escuchar al lado de su puerta y luego llamar cuidadosamente (cada vez con más insistencia) hubiera podido cambiar algo! Al cabo de un cuarto de hora se atrevió a empujar el cerrojo. La puerta cedió, claro: ninguna llave la había cerrado desde ayer y ningún Zumbrunnen había estado allí desde ayer.

Los demás aún estaban durmiendo y el balneario estaba en silencio.

Entonces, Roma Vorónych se dirigió al comedor grande, desde donde podía observar a través de la ventana los pastizales cercanos a la casa. Al mismo tiempo, se le rompió la taza y manchó el antepecho de la ventana con restos de café. «No creo que hoy haga buen tiempo», resolvió. La tarde del día anterior había tenido que abrirse paso durante largo rato entre la maleza de las hayas, en el extraño y frío crepúsculo que rápidamente se convirtió en oscuridad de la noche («¿adónde, adónde se ha metido este estúpido?»). Zumbrunnen debía haber salir disparado hacia abajo. Ella miró angustiada el trampolín, pero abandonó la idea del último vuelo; finalmente le alcanzó en la entrada al bosque, y se fueron juntos por el sendero.

—Iré contigo —dijo ella, tomando aliento.

—*Sounds cool*^[81], aprobó él. Cada vez que no estaba de acuerdo con algo, recurría a estas estúpidas frases inglesas.

Durante un rato caminó unos pasos por delante de ella.

—¡Mira qué luna! No hace falta ni linterna —dijo ella, pero no funcionó—. ¿Por qué no dices nada? —preguntó, siguiéndole unos doscientos pasos más.

—Tienes que decidirte de una vez —respondió Zumbrunnen, saliendo con decisión del fango. Después, se detuvo delante de una de las barreras y se volvió hacia donde estaba Roma.

—¿Y esto, qué tiene que ver? —dijo ella, fingiendo no haberle entendido y mirando atenta hacia abajo, a sus pies. No quería mancharse hasta las rodillas, o más arriba.

—Tienes que decidirte por uno de los dos —Zumbrunnen soltó todo lo que llevaba dentro—. Esto no puede durar así para siempre —dijo al cabo de un instante, mirando cómo ella movía su cabeza de un lado a otro, evaluando el siguiente paso—. Creía que estabas bien conmigo. ¿O simplemente fingías? —Sin obtener respuesta, continuó—: Pensaba que era algo más. Y aún lo sigo pensando. Tienes que explicárselo todo: todos nos sentiremos mejor.

—¿Lo has decidido por mí? —respondió ella, notando con terror cómo su pie derecho se hundía en aquel apestoso limo primaveral—. ¡Muchas gracias!

—No, yo no. Tú misma lo has decidido. Creí que ya lo habías decidido entonces, aquella primera vez, en aquel hotel. Y cada siguiente vez. Recuerdo cada una de aquellas veces. Pensaba que tú también las recordarías. Y si no, entonces lo que eres es...

—¿Qué?, dilo ya —insistió ella oyendo el sospechoso chapoteo de fango bajo su pie izquierdo.

—¿De verdad lo quieres oír? —preguntó él, apoyando ambas manos sobre aquella barrera podrida.

—Quiero que termines la frase —Roma no le dejó alternativa—. Me exiges tantas cosas, ¿y qué contigo?

Zumbrunnen estaba absolutamente pálido bajo la luz de la luna.

—Si esto era sólo una diversión —sus labios no lograban crear una fina sonrisa cínica—, una aventura pasajera con *el tutelado extranjero*, entonces lo que eres es una puta, y nada más. ¡Ahí lo tienes: ya lo he dicho! —Entonces volvió a darle las gracias, y luego dijo—: ¡Dame la mano de una vez! No ves cómo estoy...

Así, pues, le ofreció su mano terriblemente fría, estrechó con fuerza su muñeca (ella sintió este frío incluso a través del jersey y la cazadora), sacó a Roma de aquel abismo pantanoso, pero no la soltó: la atrajo violentamente hacia sí, su otra mano se deslizó por la espalda de Roma hasta sentir la redondez de sus nalgas y se metió ansiosamente en la raja estrechísima entre las medias y las braguitas. Empezó a buscar sus labios, pero tropezó torpemente contra la mejilla o el cuello. Roma se defendía con todas sus fuerzas («así que soy una puta, ¿eh?»), él se echaba a plomo sobre ella, la estrujaba, escudriñaba con las manos bajo el jersey, por todas partes: evidentemente tenía ganas de follársela precisamente sobre aquella barrera de mierda; respiraba sobre su cara con una mezcla rancia de alcohol y nueces, pero en cuanto sus dedos se agarraron a la cremallera de los téjanos, ella pudo («¡pues no, una satisfacción así, no la tendrás!») liberar una mano y pegarle una bofetada, enviando al quinto pino las gafas de Zumbrunnen. Claro está que ella no habría sido Roma Vorónych si todo esto no hubiera acabado con una vertiginosa caída de ambos. Él se encontró debajo de ella, sosegado de repente, así que ella se levantó primero.

—Eres un bruto —dijo al cabo de unos instantes, mientras arreglaba su ropa torcida—. Coge tus gafas. Y ni se te ocurra tocarme nunca más —añadió con tanta firmeza como le fue posible. Él se puso las gafas (el cristal derecho se había roto) y con la misma firmeza respondió:

—Déjame. No quiero que me sigas.

—¡Pues vete! —dijo ella en ucraniano—. ¡Que te den! ¡Borracho asqueroso!

Roma pudo contenerse y no romper a llorar, y se alejó de él a campo traviesa, por el fango. Ahora derramará sus lágrimas estúpidas, pero él ya no podrá verlas. Karl-Josef lanzó una mirada tras ella, hizo un ademán con la mano igual que un espantapájaros con la manga vacía, y cojeando ligeramente siguió su camino.

Y ahora no estaba. A eso de las once, los otros aparecieron en el comedor. En

realidad, no aparecieron todos, sino sólo tres de ellos: Artur Pepa, Volshébyk y Kolomea. La conversación languidecía, el tintineo de las tazas y los tenedores hacía la situación insoportable.

—No estará mal allí, en aquel decimotercero —dijo Artur (evidentemente era Artur: siempre dice algo, no puede estarse callado).

El director continuaba construyendo en silencio unos bocadillos cada vez más grandes; los tipos del jersey negro de cuello de cisne (hoy ya parecían otros) circulaban entre el comedor y la cocina, y Pepa seguía con el cuarto Priluki de la mañana («¿tenemos un nuevo inquilino?», preguntaba, para no estar callado).

El profesor, por lo visto, se había ido antes del amanecer.

—¿Así que ahora nos hemos quedado sin Antónich? —Pepa fijó tristemente su mirada en los cuernos de ciervo que colgaban de la pared.

—Acabo de..., esto..., de despedirle —dijo Yarko Volshébyk—. Me pidió que os diera recuerdos de su parte.

—¿Por qué se ha ido tan de repente? —suspiró Pepa, mientras arrojaba las cenizas de Priluki en el cenicero de cerámica. En un instante se dio cuenta de la mirada ausente de Roma y volvió a desviar los ojos hacia el director («¿y tus titis hoy no desayunan?»), se cercioró de que así no podría atraer la atención de ella y soltó un par de círculos de humo. Volshébyk finalizó la construcción de aquella pirámide comestible con una hoja de lechuga («ellas también..., cómo es esto..., se han ido. Las han filmado, y adiós. Cosas del presupuesto...») y, tras coger con ambas manos y por los lados su innovadora creación, hincó con placer los dientes en su estructura de mil y una plantas. A Pepa le importaban un comino estos asuntos, pero aquel silencio sepulcral interminable, que sólo rompía el clamor de los pájaros, le resultaba insoportable («y ellas qué, ¿se han marchado con el viejo?». «Algo por el estilo», respondió Yárchyk, masticando). Artur se imaginó cómo Lilia y Marlena, con sus raquíticas chaquetas de piel turca y acompañadas por el profesor torpe («¡Que sostenga su sombrero con ambas manos!») subían al helicóptero, cómo, inmediatamente después, sujetándolo por los brazos, subían al viejo endeble, y cómo en el último momento el sombrero de éste, llevado por el viento, se alejaba en dirección a la densa oscuridad transilvana. «Podría ser», pensó Artur.

Kolia salió a la terraza. Se quedó un rato al lado de un chico desconocido de cabello rizado (este último parecía estarle explicando algo divertido, porque los dos se rieron un poco), entró en el comedor («¡El séptimo anillo es cuando te sientes ligera y libre con un desconocido, como si hiciera cien años que le conoces!») y se dispuso a elegir unas manzanas del jarrón («¿Tenemos un nuevo inquilino?», repitió su reciente pregunta Pepa). Finalmente escogió dos, las más grandes y rojas («También de Lviv. Ha venido a pasar el fin de semana». «¿Acompañado?». «Por lo visto solo»), secó las gotas de agua con una servilleta y volvió a la terraza («¿Está el champú en vuestra habitación, mami? Quiero lavarme el pelo»). La señora Roma la siguió con la vista («Haz lo que quieras; allí lo verás, en la mesita del baño»), y luego

volvió a mirar a través de la ventana, donde no había nada excepto un paisaje fastidioso y absolutamente maravilloso: la nubosidad variable, el viento, la colosal sombra en la sierra cercana y la inscripción kilométrica, hecha de piedras de río: la iniciativa de los CÁRPATOS: NO NOS AVERGONCEMOS DE LO NUESTRO («Y esto, ¿de dónde ha salido? Ayer no estaba. ¿Y cómo han subido tantas piedras a una altura como ésa?». «Pero ayer no es hoy», pensó ella. Ayer, todo era de una manera, y hoy es absolutamente diferente).

Entre la una y las dos, empezaron a expresar sus hipótesis en voz alta:

—Lo más probable es que se haya perdido en el bosque. A veces te pierdes entre los pinos incluso de día, y de noche aún es mucho más fácil. El bosque es un laberinto terrible, un enorme monstruo verde, especialmente este bosque virgen y salvaje. Deja entrar a los frívolos forasteros vieneses, acostumbrados solamente a los vales sobre el parqué de los palacios, y no les quiere dejar salir de ninguna manera. Pero esto no es Viena, ni siquiera un bosque vienés en el que todas las sendas están asfaltadas. Este bosque es verde, y *el verde devora*.

—Sin embargo, era una noche de luna llena —objetó la señora Roma—, incluso pude ver la raja en el cristal de sus gafas («¿en serio?», Artur se rascó la venda que llevaba en la cabeza), pero antes que nada, él es un viajero experimentado: lleva recorridos centenares de kilómetros, y tan sólo en nuestros Cárpatos decenas de los itinerarios más difíciles; hasta es capaz de hacer fuego con ayuda de una única cerilla. Al fin y al cabo, ¿no habría salido ya de aquel bosque virgen que tampoco era tan espeso? Además, hay tantas referencias: los carteles de madera, los claros del bosque, el viejo ferrocarril, los montones de chatarra, las barreras...

—Etcétera, dijo Artur Pepa, que había enterrado para siempre la idea del despistado vienés con un sombrero de copa negro y unos guantes perfumados perdido entre tres pinos.

—Y los animales salvajes —dijo Kolia, mientras bajaba al comedor con la toalla en forma de turbante atada a la cabeza.

—Sí, los tigres dientes de sable y los osos cavernarios —la apoyó su *papá*.

—No es necesario exagerar —replicó Volshébyk—; aquí se han divisado lobos, lince, y hasta jabalíes.

«Tú sí que eres un jabalí», quiso decirle la señora Roma, pero en voz alta únicamente objetó que eran personas maduras y que, en lugar de seguir con estas conversaciones inútiles, tenían que hacer algo. Sin embargo, Volshébyk insistía en lo suyo:

—¡Habéis visto en el bosque, aquí y allí, calaveras, mandíbulas, restos de costillas y vértebras de ciervos! ¡Alguien, cómo decirlo, los debe haber matado!

—O, por ejemplo, una avalancha. ¿Habéis visto cómo caen las avalanchas de las montañas? Hay que despertar a los perros guardianes, aquellos grandes —finalizó resueltamente Yárchyk.

—A mí me parece que sencillamente está bebiendo vodka en el kilómetro trece —

intentó tranquilizarlos Pepa—. O, quizás, en alguna parte se ha descolgado del camino y ahora está durmiendo y no necesita gran cosa. ¿Queréis que vaya y le saque de allí? De paso traeré bebida, porque el día se pierde en vano y estamos en vísperas de fiesta.

Pero a la señora Roma no le agradó la idea, especialmente después de imaginarse cómo aquel estúpido también se iría y terminaría por perderse. Lo peor era que quizás tuviera razón respecto a Zumbrunnen. Durante un rato la dominó absolutamente la versión de un envenenamiento absolutamente terrible con alcohol: garrafas de alcohol etílico, parálisis, estado de coma o, al menos, síndrome de Amok producido por el aguardiente. Ya hacía años que en el periódico *Exceso* escribían sobre este tipo de cosas.

A las tres y cuarto aún no había llegado, y a las cuatro y veintisiete apareció en la pendiente una figura masculina que iba subiendo en dirección al balneario por el viejo camino militar. La figura avanzaba muy lentamente, se detenía a menudo, se observaba por todos lados, andaba con extraños rodeos entre las piedras y los abedules enanos y con todo esto daba esperanzas a Roma. A las cuatro treinta y ocho la figura se acercó lo suficiente como para que Roma entendiera que se trataba del nuevo inquilino del balneario, que regresaba después del paseo con un ramo de crocos azules y blancos (¡adivina para quién!) en las manos.

A las cinco y media, Yárchyk Volshébyk trajo la noticia de que había estado en la habitación de Zumbrunnen donde todas sus cosas, incluidos la cámara personal NikonF5 y unos cuantos carretes usados, seguían en su sitio. Esto significa que tenía la intención de regresar, reparó oportunamente Artur Pepa, detective privado. Kolia llenó un jarrón de agua y lo puso en su habitación pensando que el octavo anillo es cuando el corazón se encoge.

Entonces, Volshébyk propuso ir a buscar a una astróloga.

—Hace un año, por aquí cerca, hicimos un reportaje para el canal uno, para *Taquicardia* —explicó el director—. *Taquicardia* es el nombre de un programa sobre..., cómo decirlo..., fenómenos paranormales.

—Lo conozco —afirmó Pepa—, aunque no acostumbro... verlo. De hecho, nunca veo el primer canal —añadió entre paréntesis.

—Pues eso —dijo Volshébyk sin ofenderse—: aquí vive una astróloga. Ella es..., eso mismo..., telépata, o sea, si telepatea, puede, por unos cinco pavos, digamos, encontrar una oveja: saber si se ha quedado rezagada, o se ha perdido. Entonces esta astróloga sólo con un abracadabra, etc., enseguida dice dónde está la oveja, todos van allí, y realmente allí está la oveja.

—Bueno, nuestro Zumbrunnen no es una oveja —cortó al director Artur Pepa, comisario de policía.

—Es cierto —dijo Volshébyk, de nuevo sin ofenderse—: no saldrá por cinco pavos, serán unos cincuenta.

—Dejadlo ya —dijo la señora Roma con las manos en las sienes.

A las seis y doce, Artur Pepa constató que le quedaban sólo dos cigarrillos y que en cualquier caso habría que ir al kilómetro trece.

—Aún hay otra versión más —les dijo Yárchyk Volshébnik a las seis y trece. Cuando salga del bosque por el camino, entonces, un poco más arriba, a un medio kilómetro aproximadamente, antes del puente, tiene éste, el de gitanos. Unas dos o tres chozas, un basurero y un par de estufas... Y un cagadero, quizás. Se dicen muchas cosas sobre ellos, como si de verdad fuera un rey gitano y su familia, o sea, sus sirvientes, un harén y un montón de niños. Porque no son unos gitanos cualquiera, o unos gitanos ladrones de pisos, son auténticos gitanos asesinos. Su especialidad son los asesinatos por encargo, especialmente de sacerdotes; no, encargados por sacerdotes, no; quiero decir que asesinan a sacerdotes por encargo. Y también el saqueo y el bandolerismo. Pues eso es, el rey. El asunto es que él es el rey, pero en ésta, cómo se dice, en la diáspora.

—En la *emigración*, le corrigió Artur Pepa.

—Pues sí, en la *expatriación* —encontró una palabra más exacta Volshébnik—. El palacio y toda su corte, y todo aquello, las reservas de oro y piedras preciosas, todo lo tiene en el extranjero, en Pensilvania.

—Transilvania —le corrigió Artur Pepa.

—Pues en Transilvania, es lo de menos —continuaba Yárchyk Volshébnik—. O sea, según su religión resulta que no pueden acudir a sus bienes hasta que no inmolen a un ser humano. Sangre, corazón, órganos. Claro está que la víctima ha de ser de los otros, o sea, de los nuestros. Me refería a un blanco, es decir, a alguien que no sea gitano. Así que se quedaron aquí, entre el bosque y el Río. Los lugareños, digamos, lo saben todo desde hace mucho tiempo, y evitan cruzarse en su camino. Y si algún forastero no lo sabe, le pueden entruchar en su choza y...

—No quiero oír nada más —dijo la señora Roma y se alejó de la ventana por enésima vez. *Las alas de la imaginación* la llevaron enseguida a la orilla del Río y vio cómo Karl-Josef andaba a la manera de los forasteros, entre montones de latas vacías, y entraba medio inclinado en una choza negra y ahumada, con unos niños gitanos chillones y revoltosos que le golpeaban por todas lados.

—¿Por qué nos quedamos aquí quietos y no vamos a ningún sitio? —preguntó ella.

—Yo ya hace rato que lo he propuesto —recordó Artur Pepa—. Nos acercaremos al Río, miraremos, y luego al 13.

—Podemos bajar en dos grupos —Volshébnik lanzó la idea—. Unos irán por el camino a través del bosque y luego al puente; y los otros también a través del bosque, pero más a la izquierda, hacia estos gitanos asesinos. Si pasa algo, nos encontramos delante del puente.

—Yo le daría una media hora más —dijo Artur Pepa.

Precisamente en este momento acarició en el forro de su chaqueta, en alguna parte del bolsillo agujereado, un paquete olvidado de Priluki.

—¿Puedo ir con *papá*? —preguntó Kolia—, mientras convertía su cabello sedoso en una cola de combate.

—No, tú te quedas aquí —cortó Roma— en tu habitación. Soy yo la que iré con *papá*.

Ante aquella decisión, Kolia sólo frunció un poco la boca, pero no demasiado, porque el noveno anillo es cuando te quedas sola y no puedes escapar de ello.

—En cuanto a usted —dijo Roma a Volshébnik, siguiendo con su función organizadora—. Tenemos que llegar a tiempo antes de que anochezca. Lo mejor sería salir ya, inmediatamente, nada de media hora más. ¿Viene o se queda, Volshébnik?

—Ahora voy —respondió el director—, sólo que antes pasaré por mi habitación y cogeré allí esto mismo, un *spray* antipersona, etc. Y ustedes, pues eso, de todas formas no me esperen, nosotros..., cómo se dice..., vamos cada uno por su camino.

—Así pues, está decidido: Artur y Roma irán a través del bosque por el camino y Yárchyk Volshébnik, como si fuese otro grupo, bajará al Río por el lado izquierdo y se orientará con la vía antigua, el ruido del agua y las ramas de los avellanos.

«Sí —se decía Yárchyk Volshébnik— sí, sí, sí». «¿No hemos olvidado nada? No hemos olvidado a nadie», respondió, o más bien ladró en él su lejana infancia de pionero y de onanismo colectivo en los meaderos regados con cloro. «No hemos olvidado nada», convino con su infancia Yárchyk Volshébnik.

Pero ¡este pantalón de Malta es una maravilla, cuántas cosas se pueden llevar en los bolsillos! De nuevo el control total. En la pernera izquierda había cuatro bolsillos. El primero de ellos, lateral y profundo, contenía el original del acuerdo firmado por ambas partes, doblado en ocho pliegues y forrado de plástico; el sobre más fino, con todos los visados necesarios y el sello de armas de la fundación La Iniciativa de los Cárpatos, contenía el sobre más grueso, con los honorarios. Aparte de esto, el bocadillo número uno, o sea, el más grande de todos, con cuatro pisos de mayonesa.

Otro bolsillo —llamado *el del culo*— era el que contenía el cassette, la razón por la que todo aquello se había emprendido. El material grabado prometía ser una bomba. Igual que prometía ser una bomba, pero de calorías, el bocadillo número dos, de panceta, aceitunas y aceite de mostaza, que llevaba en aquel mismo bolsillo.

A ambos lados de la rodilla había dos bolsillos simétricos más. El primero sólo contenía el bocadillo número tres, una sinfonía de queso. El segundo, el bocadillo número cuatro («¡descubre el gusto del océano!») y la edición de bolsillo de *Hazte Digno de ser Salvado*, que no había conseguido leer hasta el final. Por el camino hacia aquí, Yárchyk Volshébnik leyó hasta la página veintiocho, pero el folleto tenía cincuenta y dos, y quería saber qué había más adelante y cómo acabaría todo aquello.

En cambio, la pernera derecha tenía tres bolsillos más. El primero de ellos, igual de lateral e igual de profundo, contenía no sólo el *spray* antipersona anunciado por Volshébnik (exactamente bajo su mano derecha: ¡sacar y rociar!), sino también un *spray* más, con Dichlophos, y una lata de 0,5 litros de Vartsábych Premium, la cerveza rubia local.

Por lo que al *del culo* derecho se refiere, en él había un cassette más, con una copia de lo filmado. Y también, claro está, el bocadillo número cinco, el *cracker-salami*, una introducción ligera a la *dieta equilibrada*.

Aún quedaba el bolsillo de la cadera, el último de la pernera derecha, tan importante como el resto, porque en él había: el bocadillo número seis, el gran *universal*, hecho con todos los ingredientes presentes en los bocadillos ya mencionados, la apoteosis del arte de Volshébyk; una lata de o, 7 litros de Vartsábych Oksamyt, la cerveza negra local; el vibrador en forma de miembro masculino de 22,5 cm de longitud alquilado para el rodaje a la empresa Placer-2; y dos mini *tapacoños* dorados de forma triangular con cordones de plata, alquilados para el rodaje a la misma empresa.

Yárchyk Volshébyk volvió a echar una mirada aún más quisquillosa a la habitación en la que le había tocado pasar estos días y noches. Abrió todas las puertas que encontró, comprobó los cajones, miró por debajo de la almohada y las alfombras. ¿No hemos olvidado nada? Parece que nada. Cassettes, bocadillos... Tenía que haber algo más con «ca», pero no se le ocurría nada, excepto «cadenas». Tampoco tenía tiempo para recordarlo.

—Joder —dijo Yárchyk Volshébyk— joder, nos largamos.

A Yárchyk le gustaba ser tan práctico. Incluso había cogido los alimentos estrictamente necesarios para los dos próximos días. En el acuerdo se decía exactamente: «... así como una *dieta equilibrada* tres veces al día durante el período de realización del pedido». Mientras corría escaleras abajo pensaba con placer en la precisión con la que lo había hecho todo. «Un trabajo limpio», pensó en cuanto la puerta de entrada de la terraza se cerró a sus espaldas. Muy lejos, abajo, en la frontera entre la maleza de hayas y los comienzos del bosque, divisó aquella cómica pareja. Incluso desde tan lejos se podía observar su nerviosismo indefenso. Yárchyk Volshébyk se echó a reír para sus adentros y giró categóricamente a mano izquierda.

Karl-Josef Zumbrennen estaba en las aguas del Río, un poco más abajo del lugar donde la corriente desemboca en éste. Durante horas fue arrastrado a la deriva, dos o tres veces chocó contra las salientes rocosas de la orilla, dio vueltas sin parar en unos cuantos los remolinos, se hizo daño con la áspera arena del bajío, una vez rozó violentamente en los bancos de unos estrechos desfiladeros, pero luego otra vez fue arrancado de aquel lugar, a pesar de los intentos que hacían las ramas de las orillas, extendidas desde ambos lados, de sujetarle por el jersey empapado o por el faldón de la chaqueta, y finalmente acabó en el Río. Precisamente allí dio contra una cresta calcárea en medio del cauce, donde su navegación libre con los pies por delante se detuvo finalmente. Las piernas de Zumbrennen se atascaron por las rodillas en unas grietas subacuáticas, y la parte superior de su cuerpo quedó tendida por encima de las olas. Sólo su cabeza, vuelta hacia abajo y medio hundida era lanzada ocasionalmente hacia arriba por la corriente, como si el Río hubiera decidido lavarla y relevarla de ese intento absurdo de sonreír. Porque Karl-Josef tuvo suerte: su cara quedó intacta y

cualquiera hubiera podido reconocerle. Pero, al fin al cabo, poco le importaba ya.

Un muerto es una cosa extraña. Solemos encontrarlos rara vez, en comparación con las posibilidades que tenemos de encontrarnos con otra clase de gente. Estamos acostumbrados a que el cuerpo de una persona esté sujeto a su plástica particular. Se mueve en el espacio, gesticula, se protege de las colisiones y sigue las coordenadas que le dicta su propia conciencia. Estamos acostumbrados a que sea una totalidad indivisible que habla y se ríe, apela a sus semejantes, responde a las miradas y se observa en los espejos. Esta envoltura física móvil es tan importante para nosotros que oculta cualquier otro juicio y significado; es decir, sobre todo somos corpóreos, y por eso cualquier desviación de las normas de nuestra corporeidad hace que perdamos todos los cimientos de las relaciones con el resto del mundo. El cuerpo humano muerto es la más absoluta de estas desviaciones. No puede moverse ni hablar, es pasivo e indiferente a todo, porque no tiene la capacidad de irritarse. No es natural (como nos parece a nosotros), ya que se comporta de manera diferente a como habría de comportarse el cuerpo humano. Lo más sencillo es decir que todo es un sueño, pero entonces ¿qué pasa con el despertar? Bueno, digamos que es un sueño, pero eterno. Aunque entonces esta metáfora, llamada a tranquilizarnos apelando a la normalidad, se nos vuelve con su lado aún más terrible: no hay nada menos humano ni más horrible que la eternidad. Por lo tanto, no hay ninguna necesidad de asemejar la muerte con el sueño. Si acaso al revés. Pero todo este horror aumenta miles de veces cuando observamos un cuerpo muerto que un momento antes reconocíamos como vivo, que hasta hace sólo un poco, un instante increíblemente corto, se comportaba como el resto de cuerpos normales. ¿Cómo puede ser posible, y por qué? Nuestro asombro no conoce límites: ¡toma: un muerto! Pero lo más curioso de todo esto es que todos nosotros, no, mejor dicho, cada uno de nosotros algún día montará un numerito como éste y se convertirá en un muerto.

A Karl-Josef Zumbrunnen le gustaba bañarse en las verdosas aguas de las montañas. Y en general, como a todos mis héroes, le gustaba el agua. Así pues, ¿debía dejarle, y dejarme también a mí, una esperanza? ¿Y escribir que se encontraba a gusto? ¿Que su cuerpo no sentía dolor, pero que sí sentía la corriente? ¿Que su cabello flotaba en los torrentes como las algas de Tarkovski? ¿Que en esta agua se sentía como un pez?

Por fin se encontraba a gusto.

Yárchyk Volshébyk lo miraba desde la orilla y pensaba: «Es belleza pura. ¡Qué ángulo tan fantástico para tomar fotos: la cabeza (que las olas movían constantemente) echada hacia atrás, el cuerpo abierto espectacularmente en las rocas, el codo doblado de manera curiosa, la otra mano extendida hacia un lado y hundida hasta la muñeca!» (Yárchyk Volshébyk no sabía nada de los tres huesos rotos, pero no tiene ninguna importancia, ya hemos acordado de que aquí no hay lugar para el dolor).

Karl-Josef acariciaba amorosamente con su mano el fluir del Río, como si de un

perro se tratase.

Por desgracia, no llevaba la videocámara. Yárchyk Volshébnik hubiera grabado un vídeo colosal: el cuerpo en el agua, el juego de dos objetos que fluyen, la muerte como encarnación de la esencia, o más bien del regreso a casa. La muerte como hallazgo del propio nicho, bañera, nirvana (Yárchyk Volshébnik estaba seguro de que esta última palabra se escribía con doble «n»). Con la superposición de la cámara hubiera destacado algunos fragmentos de este lujoso contorno, por ejemplo los islotes de espuma alrededor de los dedos. Pero lo mejor era la cabeza, inducida por los mecanismos invisibles del flujo, o sea, del curso, o sea, movida arriba y abajo por la fuerza de la corriente, se meneaba constantemente como si estuviera de acuerdo con todo. De tal manera, la física se convertía en metafísica, y esta última, a su vez, en dialéctica.

Pero Yárchyk Volshébnik nunca había sido un esteta por más de cinco minutos. En el sexto minuto de observación del Río volvió a decirse: «*jjoder, nos largamos cagando leches!*». Le daba un poco de miedo estar en aquella orilla, cerca de aquel cadáver que estaba a punto de inflarse y expeler burbujas venenosas. Además, empezaba a anochecer, y luego caería la oscuridad. ¿Llamar a aquel alcohólico y a aquella neurasténica? Volshébnik hizo una mueca sólo de pensarlo. ¿Ir corriendo a alguna parte, avisar a alguien? Y después, encima, estas inútiles investigaciones policíacas. ¡Qué dolor de cabeza! (Volshébnik llamaba a este dolor con otro nombre: *dolor capital*, o sea, el *dolor principal*). No, lo mejor será que *jjoder, nos larguemos de aquí cagando leches!* En este caso, había que tener en cuenta factor adicional más: su olfato. Y su olfato nunca le había decepcionado.

Y también esta vez, cuando de sus ruinas negras salió corriendo a su encuentro una decena de engendros gitanos perversos a los que, de hecho, aquella tarde había llamado él mismo, no dio vuelta atrás ni se puso a correr: por mucho que corriera, le alcanzarían y le matarían, como ya habían matado a aquel austríaco; la orilla es larga y no hay manera de cruzar el Río. No, Yárchyk Volshébnik simplemente fue a su encuentro, acudió a su ladrido de cachorros («*gimme, gimme some money, sir, gimme some candy, some cigarette, gimme your plan, your soul, your body!*») y de repente rompió sus normas (saliendo bien librado y perdiendo sólo unas cuantas cosas: el bocadillo número tres y el bocadillo número seis, ¡al diablo!), los gitanos se dispersaron por todos lados y sólo entonces se echó a correr, aunque los gitanos ya no tenían demasiadas ganas de alcanzarle; pero esto lo sabemos aquí y ahora, porque, de tanto miedo, Volshébnik sólo jadeaba (el puente empezó a dar saltos delante de él) sin atreverse a mirar atrás. Los gitanos, la verdad, le lanzaron un par de silbidos, pero con esto bastó, porque precisamente en aquel momento el mayor y más alto de ellos vio lo mismo que ya había podido ver Yárchyk: a Zumbrennen en el Río.

Al cruzar el puente y pisar el borde de la autovía de *la gran tierra*, Yárchyk Volshébnik se permitió un respiro. Pero esto no significaba que se hubiera detenido. El mismo refrán interior que no le había abandonado durante todo este tiempo y le

hacía correr hacia delante, en dirección a Chortopil, un poco modificado y tonto: «Joder, joder; medio reino por joder...». Cautivado por su meditación interna, caminaba con rapidez por el borde del camino sin querer fijarse en que hasta la estación más próxima los indicadores de tráfico prometían seis o incluso siete kilómetros y medio (¡y aquellos kilómetros, sin duda alguna, eran kilómetros *gutsules!*), ni en que la indeterminación climática del día que acababa de sobrevivir empezaba por fin a decantarse a favor de la tempestad de nieve. En el vigésimo minuto de su marcha por aquel camino despoblado comenzó todo aquello: los relámpagos cubrieron el cielo, inmediatamente después sonaron uno, dos truenos y luego un tercero, y si Yárchyk Volshébyk se hubiera interesado más por el folklore, habría podido recordar en aquel momento la salida de San Ilya en su carroza en vísperas de la fiesta. Sin embargo, no recordó nada parecido; únicamente se arropó un poco más con su chaqueta y aceleró el paso. Al cabo de media hora, mojado hasta las cejas y con la nieve pegada hasta en los ojos, se dio cuenta de que no veía por donde iba, y de que más allá de su mano extendida empezaba la incertidumbre. Incluso el *spray* antipersona sin utilizar ya no podía ayudarle de ninguna manera.

Precisamente entonces apareció el primero y, por lo visto, el único coche de toda la *red de carreteras regionales*. Apareció entre el trueno y la nieve, o más exactamente, de detrás de la espalda de Yárchyk, se desvió al arcén, frenó con un chillido y casi le atropella. Una música retumbaba en el coche, en el que había un montón de calvos (en realidad, sólo cuatro, pero iban tan borrachos que parecían por lo menos veinte). Yárchyk Volshébyk se encontró en el asiento posterior, precisamente entre los dos calvos más hinchados y roncós; por primera vez no se arrepentía de no haberse dejado tentar en el balneario por una de sus videocámaras (*el olfato*, otra vez *el olfato*, se felicitaba interiormente). El conductor y aquel grupo de calvos, que se pasaban una botella abierta de mano en mano, se abrieron paso con sus voces a través de la cortina de ruido del radiocassette («el viento soplaba desde el mar, el viento soplaba desde el mar, el viento soplaba desde el mar»)^[82] y empezaron a preguntarle quién era y adónde iba. El coche arrancó bruscamente y en un minuto se convirtió en una agitada atracción de Luna-Park, que para más inri había sido lanzada a aquel caos níveo, dispuesta a volcar o a chocar en cualquier momento contra algo *a toda leche*. Sobre todo cuando el conductor, por tercera vez, pronunció la palabra *parabellum*. A pesar de escuchar la respuesta-leyenda de Yárchyk sobre el idiota buscador de setas perdido en el mismo fondo de aquella locura nívea (las risas y los gritos pelados podían haber destrozado fácilmente esta *knajpa* con ruedas), *los de atrás* le dejaron dar un trago a la botella y, tras expulsar sobre él a izquierda y derecha todo lo que se había acumulado en sus entrañas en dos o tres días de beber y fumar sin parar, le prometieron llevarlo hasta el mismo infierno si así lo deseaba.

—¿Tú también eres de Chortopil? —le hicieron una pregunta de la que Volshébyk se salvó con astucia:

—Conozco a alguien por allí.

Así que continuaron avanzando a toda prisa, del radiocassette manaba su pop bandolero (y *Shufik*^[83], y «no hagas el tonto», «qué embriagadores^[84]», y *Liubé*^[85]), y así hasta el infinito: una limousine de cuatro paredes blindadas de la blancura nivea, explosiva y peligrosa, los frenazos estrepitosos en las curvas, el tufo a alcohol, el estar sentado de medio culo entre dos gordos gilipollas, las preguntas incómodas, los resbalones, el patinaje, la histeria del motor, las respuestas falsas y estúpidas, los chistes, las risas; hasta que todo se tranquilizó, sobre todo la tempestad. Entonces Volshébnik empezó a pensar, preocupado, en que se acercaba la hora de ajustar cuentas y en que de algún modo tendría que sacar su gordo fajo de honorarios del bolsillo número uno, pues, incluso teniendo las ranuras estrechas, aquellos ojos notarían sin duda aquel sobre más grueso lleno de pavos. Sin embargo, no hay mejor manera de prevenir cualquier desgracia que pensar en ella a tiempo y, aún más importante, imaginársela con los detalles más minúsculos; aquí también tuvo suerte: al precio de un par de chistes verdes sobre un esquimal y un moldavo, la lata grande de cerveza y —finalmente— los números de Chortopil de Lilia y Marlena («¡director, necesitamos con urgencia tías buenas: nos ha tocado un mogollón de pasta, y no tenemos a nadie con quien follar!»), le dejaron felizmente en *libertad, cono, en libertad, cono, en libertad*, y a las diez de la noche ya estaba frente a la entrada principal de *la estación central de trenes* de Chortopil.

Al cabo de un par de horas, con la espalda húmeda pegada contra un estante despiadadamente áspero, sólo en el vagón de primera clase del único y lentísimo tren, se dijo: «Vamos». Y al bajar por la mañana al andén grisáceo, continuó con su idea y allí mismo la finalizó: «Lviv».

Aún no habían tenido tiempo de sacar el cuerpo del Río (el agua helada penetraba a través del borde de los zapatos de goma) y colocarlo boca arriba en la orilla, muy cerca del bosque. Desde la orilla opuesta, la prohibida, se podía ver con claridad, y, si alguien pasaba por allí, por el lado opuesto, advertiría forzosamente este gran pez del Danubio en la hierba bajo el espino. Pero esto será mañana, porque hoy ya empieza a oscurecer.

Algún día tenía que suceder. Ya desde que el mundo es mundo se hablaba de ello: un día, las aguas del Río traerán un gran pez del Danubio. Nadie entendía cómo, en realidad, sería posible. Puesto que las aguas del Río no pueden correr en sentido contrario y las aguas del Danubio tampoco. Así pues, la esencia de la predicción no era clara, incluso a lo largo de los años dejaron de creer en ello poco a poco, dudando cada vez más de la exactitud del relato.

Pero helo aquí: el pez del Danubio resultó ser una persona, un forastero, que hasta hacía muy poco paseaba aquí por la orilla y con sus zapatos caros y pesados pisaba con torpeza la hierba. Y todo lo que podían hacer por él era sacar del agua su cuerpo muerto de pez con los pulmones llenos de agua, tres huesos rotos y un traumatismo mortal en la cabeza. Y hasta mañana no lo encontrarán los otros y cuidarán de él. ¿Quizás aquel chulo peludo que había huido por la orilla hasta esfumarse en la

perspectiva de la carretera detrás del puente? ¿Quizás dentro de unas horas traiga aquí una banda de polis y comience aquello de lo que hablaba la predicción?

Porque la predicción decía que en cuanto sacaran del Río el gran pez del Danubio habría que marcharse de allí. Sería la señal de que todo había cambiado y de que el tiempo pasaba a una nueva dimensión.

Decidieron irse bajo la última ventisca de este país y, al recoger por todas partes los restos de los bártulos imprescindibles, se pusieron en camino a través del bosque en el que nunca antes habían entrado. A pesar de esto, caminaban con bastante seguridad: para conocer el bosque no hace falta haber estado antes en él. Una fila india de unas siete u ocho personas, sin contar ni al rey ni a los menores, avanzaba cuesta arriba en silencio entre los árboles. La ventisca les cubrió con su gorro blanco, las descargas atmosféricas iluminaban los fragmentos de camino, todos los puestos aduaneros del mundo estaban cubiertos de nieve hasta las cejas, los soldados y sus perros se escondían en los refugios improvisados, por delante estaba la sierra, el viento y el descenso de dos horas a la parte transilvana donde les esperaba, escondido, otro futuro.

¿De qué podían hablar, al entrar en el bosque, dos personas que habían vivido juntas doce años? Evidentemente, estaban callados.

El bosque los cubrió de pies a cabeza con su atardecer. Al cruzar esa frontera se volvieron más lentos y más atentos. Por lo menos así lo pensaron ambos: «más lentos, más atentos». Las ramas rotas, la zanja entre la maleza, la flecha tallada a lo largo del tronco, igual que el remolque volcado y abandonado en medio del camino: cualquier cosa podía ser una insinuación para los más atentos y mostrarles el posible escondite del desaparecido. ¡Pero no había nada que insinuara o sugiriera!

Por eso, tanto Roma como Artur peinaban en silencio su bosque de atardecer primaveral y sólo de vez en cuando uno de ellos se detenía y pronunciaba: «¿lo has oído?», a lo que el otro también se detenía y pronunciaba como respuesta: «¿el qué?». Pero entonces el primero continuaba la marcha con las palabras: «no, nada, me había parecido». De hecho, podía parecer un juego absolutamente estúpido de adolescentes mentalmente discapacitados, con su místico sentido escondido en las profundidades: *¿Lo has oído? No, ¿el qué? Nada, me había parecido...* Y así una y otra vez.

Sin embargo, el bosque, o mejor dicho, el bosque virgen repleto de símbolos e insinuaciones, era sólo el pretexto de un silencio mucho más duradero. Porque en realidad, detrás de él estaban el tiempo, el cansancio y la decepción. La vida humana es, en general, algo vergonzosamente triste. Alguien hubiera dicho que es demasiado larga, que en realidad son diferentes vidas en una misma cadena, pero al mismo tiempo cada vida siguiente tiene el aspecto de ser más mediocre y más insignificante. Entonces, ¿por qué tuvieron que estar juntos Roma y Artur doce años enteros? ¿Por qué no habían muerto ambos a mitad de camino, cuando todavía se llamaban siete veces al día sólo para escucharse hablar (o cuando, no hay dónde esconder la verdad, hacían el amor siete veces al día porque se amaban eternamente)?

Y ahora, cada uno de ellos no hacía nada más que repasar mentalmente una lista de reclamaciones al otro. Una cosa curiosa: sus reclamaciones bilaterales, a pesar de no haber sido nunca expresadas en voz alta, formaban una cierta estructura simétrica. Y sólo nosotros podemos evaluar toda su simetría.

Por ejemplo, una gran parte de las reclamaciones de Roma a Artur se limitaba a sus defectos físicos cada vez más pronunciados, que antes ni había imaginado y que, sin embargo, no podían no haber dado señales durante tantos años de vida en común sobre la misma *superficie habitable*. Así, un año empezó a roncar, luego sus muelas perdieron los empastes, sus fosas nasales y sus orejas se cubrieron de pelo, y su pene flácido se convirtió en un ser totalmente emancipado y caprichosísimo que en la mayoría de los casos actuaba contra su voluntad (o, sencillamente, *no* actuaba). Esta lista podría haber sido ampliada hasta ciertas manifestaciones de la conversión de Artur en un cabrón, como la costumbre de estarse horas y horas en el lavabo (y este murmullo con el periódico, ¡Dios mío!) o, digamos, echarse en la cama sin lavarse los

dientes después de haber bebido, fumado y mantenido conversaciones largas y sucias. Sobre todo, a Roma Vorónych le apenaba *aquel* chico (porque el Artur de veinticinco años con el que un día se encontró era para ella precisamente un chico, un paje, un grumete de barco y un joven naturalista a la vez); pues eso, él, aquel chico, que había desaparecido paulatinamente y sin dejar huella, y que había cedido su puesto a un *servilón* descortés y, a veces, brutal. Y eso era horrible.

Desde el punto de vista de Artur todo parecía más o menos adecuado, pues no le quedaba otra cosa que consolarse con la definición cínica del viejo Emmanuel Kant de que *el matrimonio es un acuerdo jurídico y legalizado por el Estado entre representantes de diferente sexo, con la finalidad del uso común de los órganos genitales*. Y esto era igual de horrible, porque aparte del inerte *uso* kantiano ya no podía conseguir nada, ningún rastro de las alegrías vividas en otro tiempo, así que otra cita, esta vez de otro genio de otra época, parecía más oportuna que nunca: «*I can't get no satisfaction...*».

A Roma le fastidiaba cada vez más la bohemia de Artur, sus desesperados intentos de sumergirse en los agujeros del desvanecimiento haciéndose pasar por el caudillo de los *playboys*. De la bohemia pasó inmediatamente a la mentira: Roma estaba absolutamente segura de que aquel hombre, que se paseaba desde la mañana hasta la noche por todas las *knajpas* y madrigueras de su ciudad, no podía no serle infiel con algunas faldas y nalgas oportunas. En su imaginación, las nalgas estaban envueltas en téjanos y pertenecían a jovencitas estúpidas y poco exigentes que sólo soñaban con seducir a pobres mujeriegos envejecidos y dotados de pelo en las fosas nasales.

Los hombres alrededor de los cuarenta son como una llaga abierta: basta con rozarla. Y Artur Pepa acababa de entrar en estos alrededores.

Al mismo tiempo, él odiaba que ella fuera cada vez más casera, su inclinación patológica de quedarse inmóvil, como hipnotizada, delante del televisor o de cualquier otra fuente de negación de la voluntad. De un año a otro disminuía el número de compañías con las que ambos se encontraban a gusto. Últimamente no quedaba ninguna de tales compañías, así que no era casual que Artur tuviera que mentir, enredando magistralmente los caminos de sus desplazamientos inventados por la ciudad y sus alrededores y reemplazando las caras de los *comediantes errantes* que desagradaban a Roma por unas caras que, al menos, le fueran indiferentes.

Indiferencia: así se llamaba la mayor de sus reclamaciones. «Hace diez años me amaba como un perro —pensaba a veces Roma—. Le bastaba sólo con ver cómo me ponía (¿me quitaba?) las medias sin taparme del todo con las puertas del armario o con nuestro viejo biombo para pasar una buena velada». ¿Medias? Una simple sonrisa, un giro con la cabeza, la entonación, resultaban suficientes. Ahora podía vivir *sin tocarla* durante meses, apartado y superficialmente sumergido en su propia existencia de comediante.

Artur le dirigía mentalmente la misma reclamación a Roma: la indiferencia.

Como se ha dicho antes, era propenso a echar la culpa de esta extinción violenta de la pasión a los años y a su inercia. En un arrebato, incluso se puso a caricaturizar su carácter cada vez más reservado y su inapetencia. «¿Sabéis? —se dirigía mentalmente a los locutores imaginarios de un juicio igualmente imaginario— si una *kobieta* tiene la regla durante medio mes, y durante la otra mitad un resfriado, es muy difícil para su marido conservar la pasión. Especialmente después de doce años de vida matrimonial. Y de matrimonio religioso, claro».

A veces se permitía dulces fantasías masoquistas y se imaginaba las causas verdaderas de tal alejamiento, esbozando escenas tempestuosas de las citas de ella con otros hombres. El primero era su difunto ex marido: aparecía en *su* casa durante las incalculables horas de ausencia de Artur y la tomaba, como buen amo, allí mismo, en la mesa de la cocina, provocando, con los movimientos cada vez más insistentes de su émbolo despiadadamente frío y duro, que chillara rendida. Pero pronto estas visiones habían sido rechazadas definitivamente: eran demasiado incompatibles con la imagen verdadera del cariñoso y entusiasta pintor de huevos de Pascua, con sus descuidadas dolencias físicas y sus elevados ideales espirituales. Mucho más factible parecía un tan grosero como omnipotente *decano de la facultad* que había despilfarrado dos tercios de su vida para conseguir su impronunciable e influyente posición social, la cual utilizaba hasta la saciedad antes de jubilarse, obligando a todas sus subordinadas del sexo femenino sin excepción (estudiantes deudoras, postgraduadas, asistentes y profesoras) a la verdadera *subordinación*. De vez en cuando se echaba sobre ella, pongamos, en el sofá de piel de su despacho y respiraba con dificultad en su oído, y la pobre Roma encima tenía que moverse y fingir que moría de placer. Más tarde, Artur rechazó también esta versión: resultó que el decano de la facultad no era ningún cerdo asqueroso al borde de un ataque de apoplejía causado por el abuso de su cargo, sino una señora delicada y bastante simpática, experta en lenguas y literaturas orientales.

Pero, de todas formas, aquellas fantasías humillantes volvían a él. ¡Qué valor tenían todos aquellos chiquillos neofreudianos excesivamente eruditos a los que ella *atendía como traductora* en las diversas conferencias internacionales locales! ¡Oh, ellos podrían mostrarle todo su inconsciente colectivo! ¡Y las pandillas de estudiantes hambrientos de las residencias estudiantiles y de los parques cercanos, con sus cabezas rapadas y sus FUCK ME tatuados en la frente y el pubis! Para qué seguir: todos los machos del mundo, incluido el batallón de soldados que iba camino de la sauna al polígono militar, podrían haber sido amantes de Roma; o sea, en realidad, ella era lujuriosa como una gata, y sólo anhelaba una cosa, atrapar a cada instante, si no con la palabra, con la mirada, a *caballeros* dispuestos a dejarse llevar a locuras desenfrenadas en ascensores, cabinas telefónicas y plataformas de vagones de tren.

«Fíjate —decía Artur Pepa en tales momentos a su imaginación arruinada y depravada por el cinematógrafo, pero precisamente en tales momentos sentía que ella le atraía irresistiblemente y que él aún conservaba gran parte de su potencial

inagotable—. Así que aún puedo amar».

Pero ahora, en este bosque donde se encontraban juntos en búsqueda de un tercero, pensaba también en cómo ayer ella le había vendado la cabeza. Un cariño que, en verdad, no merecía. Artur odiaba algunas palabras que los compiladores de diccionarios se inventaban para aumentar su volumen: *aprisa, por poco, casi*. Entre sus favoritas estaba también la expresión *en verdad*. Sólo que ahora, por algún motivo, encajaba perfectamente en sus meditaciones sobre un cariño, que *en verdad*, no merecía, y sobre cómo sus manos hábiles y espabiladas habían hecho todo lo que hacía falta hacer. «¡Al diablo —se decía Artur Pepa—, al diablo los dos, ella y yo, en este bosque!».

A su vez, Roma pensaba casi en lo mismo (lo más curioso era que *prácticamente* siempre pensaban en lo mismo): su estúpido comportamiento durante el día de ayer; el ajedrez, del que no entendía un carajo; el duelo con las espadas, y, encima, el pino. «Acaso todavía es capaz de hacer todas estas idioteces por mí —preguntaba Roma a su interna e ingenua locutora—. Y si no, entonces, ¿para quién y para qué? Bueno, estaban también aquel par de pelanduscas del distrito —se decía, aplacando unas conclusiones demasiado apresuradas—. Estaban, además, los diferentes medios de enturbiamiento como el alcohol, el tabaco y el hachís. Los hombres como él simplemente se vuelven locos por culpa de una sobredosis y acaban perdiendo la cabeza». Pero, precisamente esta *pérdida de la cabeza* le había empujado a los brazos de su joven y solitaria viudez doce años atrás. Y, de hecho, esto era lo que más le había gustado de él: su *pérdida de la cabeza*.

Un poco más tarde, sus pensamientos se arrastraron culpables en dirección al desaparecido Karl-Josef. Las últimas semanas se había vuelto imposible: utilizaba cada ocasión para asediarla con sus insinuaciones respecto a la separación de su marido y su hija, o sea, de *estos dos*, y al traslado a algún lugar, a Viena, a Ámsterdam, a Lisboa, al diablo («¡a donde quieras —decía él—, adonde quieras, el mundo es muy grande; además, siempre podemos visitar Lviv, ir a los Cárpatos, pasar la noche en los pastizales, bajo las estrellas!»). Y por mucho que le pedía que se quitara aquellas estupideces de la cabeza, que olvidara las estúpidas *estrellas en los pastizales* y ese *historial de errores*, que siguieran siendo unos amigos que trabajan juntos en la esfera de una empresa mixta de Lviv y Viena, él se ponía nervioso, y hasta había llegado a golpear con los puños en la pared. «Bueno, de acuerdo, tu hija será llevada con nosotros», dijo otra vez, por lo visto después de unas largas y dolorosas reflexiones, utilizando a su vez la voz pasiva a la que tan acostumbrado estaba. Pero Roma reaccionó de manera diferente a la que se esperaba de una experta germanista: «Mi hija no es una cosa, y nunca *será llevada*». «A veces hablo con él de una manera demasiado brusca, hay que acabar con esto», pensó ella, para quitarse de encima a Karl-Josef por las buenas. Y es que Roma acababa de descubrir en su interior otra impertinente preocupación: su niña se había quedado absolutamente sola en aquella casa grande y extraña, en la montaña, a merced de los vientos. Para ser

más exactos, no sola, sino cara a cara con aquel desconocido, ¿qué pasaría? («El décimo anillo es el cautiverio, del cual es imposible regresar sin perder nada», resolvió para sus adentros Kolia, aproximadamente en el mismo instante).

—Mira —dijo de repente Artur Pepa a Roma en el bosque súbitamente oscurecido.

Ella saltó hábilmente a través del fango cavado por las huellas humanas que luego volvió a espesarse.

—Qué pasa —preguntó ella.

—Mira esta barrera —le indicó Artur—, mira, por algún motivo está rota.

—Y qué hay de extraño —ella fingió no haberle entendido—. Aquí hace más de cien años que todas las barreras están rotas.

—No, precisamente ésta no lo estaba —le aseguró su marido—. Ayer por la mañana llegué hasta aquí y me bebí una botella —aseguró Artur de forma cada vez más convincente.

—Eso es, una botella —intentó distraerle Roma. Pero Pepa no se dio por vencido.

—Me senté sobre esta barrera y me fumé un cigarrillo tras otro, hasta cinco o seis.

—Ah, ¿ves? —continuaba él—, aquí hay una colilla, y allí otra, y aquí otra más.

Cogió la colilla del suelo y, escudriñándola en la luz lánguida del bosque, dijo:

—Priluki.

—¿Y qué? —Roma se resistía a dejarse convencer—.

—Quiero decir que la barrera se ha roto hace muy poco —aseguró con firmeza Artur—. Puede haber sido consecuencia de una lucha: las barreras no se rompen solas.

Roma calló. No, no tenía sentido darle una versión sobre el viento. Una barrera rota por el viento: ¡qué estupidez!

—Ah, ¿ves? —dijo de nuevo Artur al cabo de un momento.

—¿Y qué pasa ahora? —preguntó ella un poco alarmada.

—La hierba detrás de la barrera está aplastada —informó Artur, famoso rastreador.

—Este bosque está repleto de hierba aplastada —rebatía ella por tercera vez.

—No, no lo entiendes —le explicaba pacientemente Artur—. Este aplastado tiene otro aspecto, totalmente distinto, como si alguien se hubiese echado en este lugar, o incluso, ¿cómo decirlo en ucraniano?, como si se hubiese revolcado.

—No se ve sangre —Roma dio al rastreador otra pista falsa.

Artur estuvo un rato dando vueltas alrededor, mirando a todos lados. Por las cimas de los árboles habían pasado ya dos o tres rachas de viento fuerte. El cielo entre los árboles parecía negro.

—No, no se ve sangre —dijo Artur.

—Por lo tanto, tampoco ha habido ninguna pelea —bromeó Roma.

Artur estuvo pensando un rato más en lo que habían visto.

—Si aquí estaba su cuerpo —dijo, señalando la hierba— entonces tuvieron que

arrastrarlo a alguna parte después. Pero no veo huellas.

—¿Y si él mismo se levantó y siguió adelante? —Roma estuvo a punto de delatarse—.

—Entonces nosotros también tenemos que seguir adelante —convino su marido, y después de quedarse inmóviles un par de minutos más en el mismo lugar continuaron por la senda del bosque.

Y sólo entonces, aproximadamente en el mismo instante, pero cada uno a su manera, sintieron cómo todo el misterio de nuestro mundo se inclinaba y se condensaba sobre ellos.

Un poco más tarde, cuando ya salían del bosque y se acercaban atentos al Río, un relámpago brilló sobre sus cabezas por primera vez, por segunda, por tercera.

—Lo que faltaba —dijo Roma, tras cubrirse la cabeza con la capucha y arrojarse con todo lo que llevaba puesto.

—Ahora se oirá un estruendo —respondió Artur, y se volvió preocupado, observando el paisaje ennegrecido de repente.

El poeta, como siempre, resultó ser un profeta: en cuanto terminó de pronunciar estas palabras, de verdad se oyó un estruendo, es decir, tronó fragorosamente a lo largo y ancho del cielo.

—El Santo Ilya traslada los muebles —observó Artur Pepa, y cogió a su mujer de la mano; en el cielo volvió a tronar, cada vez con más fuerza.

Mientras corrían por el puente, empezó a caer aguanieve. Para ser más precisos, hubo un breve instante a lo largo del cual primero sólo fue lluvia fría. Pero cuando se encontraban más o menos a mitad del puente se dieron cuenta de que la lluvia empezaba a emblanquecer. Al llegar a la otra orilla, echaron a correr furiosamente por el borde de la carretera hacia arriba, hacia la bifurcación sobre el lugar donde la corriente desemboca en el Río. Entonces ya todo a su alrededor estaba cubierto de blanco.

Al cabo de unos minutos, Artur pensó que esta fuga no llevaría a nada más que a la extenuación: en el interior de su pecho soplaba la misma ventisca que fuera, sobre sus cabezas relampagueaba amenazadoramente, tronaba por todos lados con tanta fuerza que ensordecía; hasta el posible refugio en el kilómetro trece quedaba una hora y media o dos a pie, poco menos que hasta la estación de trenes, pero en dirección contraria.

—Aquí y sólo aquí —repetía al ritmo de su marcha Artur—, aquí y sólo aquí, y sólo aquí, y sólo aquí. ¡Y sólo aquí: un refugio para nosotros!

Y arrastró a Roma de su mano (bache tras bache), cruzó la carretera y, tras correr unos cien metros más adelante, saltó (Roma detrás de él) la valla sobre la hondonada; y entonces la voluntad de Dios quiso que de alguna manera, un poco de pie, un poco de espaldas, de culo y de barriga, a trompicones, abruptamente hacia abajo, hacia los grises lampazos del año pasado cubiertos de nieve fresca; no, más abajo, entre relámpagos y truenos, al fondo, al mismo fondo de este mundo, donde domina la

muerte automovilística.

Revolcados sobre la nieve y el barro, como si fuesen payasos sobre la arena del circo, finalmente aterrizaron cerca de todos aquellos mercedes y opel arruinados y aplastados; pasando por los pasillos de aquel medio laberinto, medio cementerio, entre los ford, citroén y volga, y finalmente encontraron algo no tan ruinoso: se podía penetrar en su habitáculo con tan sólo pelearse un poco con la puerta dañada... Y ya tienen un techo sobre sus cabezas, un refugio fuera de los límites de la tempestad. La tempestad, por cierto, era en aquellos momentos tan intensa que todas las coordenadas espaciales habían desaparecido y alrededor sólo se veía el caos blanco y, más allá de la mano extendida, el vacío blanco.

Así es que ahora deben tomar aliento; Artur está en el asiento destartado del conductor (el volante, en realidad, ya no existía, sólo quedaban restos de *carne*), y Roma, a su lado, en algo muy parecido a un asiento. Ha llegado el momento de dejarles tomar aliento.

Entre las colecciones más raras del mundo podría estar también ésta; no se sabe qué finalidad tenía el propietario del paisaje cercano, Vartsábych. Aquellos automóviles muertos eran comprados o, en la mayoría de los casos, simplemente *sacados* de los depósitos municipales y traídos hasta este precipicio; en tan sólo unos años ya había más de cien. Entre los objetos más espectaculares estaba aquél en el que había penetrado nuestra pareja agotada por la carrera.

Era un chrysler imperial de la época de entreguerras, uno de los milagros del pensamiento del pasado, sí, aquel mismo que luego se convirtió más en un símbolo que en una realidad. Evidentemente, leyendo este fragmento cada uno de vosotros tiene derecho a una sonrisa torcida. ¿Qué pasa? ¿De nuevo los fantasmas de juventud, la repetición de repeticiones y autorrepeticiones?

Pero ¿acaso me importa? Lo que realmente me importa es la veracidad de *esta* historia. Y esa veracidad requiere que *este* cuerpo metálico mutilado, que tan sólo diez años atrás era una fortaleza sobre ruedas (porque precisamente entonces fue visto entre destellos de fuegos artificiales en las calles de Chortopil), que precisamente este cuerpo, o más exactamente, su envoltura, precisamente hoy, tras sus desconocidas aventuras por las carreteras en los últimos diez años, se encuentre en *este* precipicio, acogiendo en su interior a dos personas tan cercanas como ajenas.

Pero si no fuese precisamente este mismo chrysler imperial, en cualquier caso, era uno muy parecido. Porque a Artur Pepa le fue simplemente imposible encontrar otro refugio. Tenía que ser algo grande, potente y, en general, perceptible.

Así pues, ahora estaban sentados en la oscuridad de aquel interior enorme, mirando fijamente y en silencio los nerviosos destellos de la densa blancura intransitable que había detrás de los cristales. De su ropa chorreaba agua, ellos mismos parecían a punto de derretirse.

—¿Y si cae encima del coche? —preguntó finalmente Roma, señalando con la cabeza un relámpago en el mundo exterior.

—Entonces, puede que nos quememos —respondió Artur, no muy seguro, y no obstante encendió un cigarrillo—. Aunque no entiendo demasiado de física.

—Finales de abril —constató ella afligida.

—Montañas —replicó él—. El tiempo es terriblemente variable, un auténtico paraíso para los meteorólogos.

Se quedaron en silencio hasta que Artur acabó de fumarse su cigarrillo húmedo. Entonces, tras apagar la colilla, dijo:

—Y de nuevo Antónich. Vayas por donde vayas te topará con Antónich.

Roma le miró como si no le hubiera entendido.

—Me refiero a los «Autos muertos» —dijo Artur—. En el año treinta y cinco, cuando este pedazo de chatarra aún era una nueva supercarroza de lujo, el poeta Antónich describió una de sus visiones. Debió de ser en un cementerio en el que los automóviles estuvieran amontonados: «Como si fuesen pedazos de estrellas rotas, los autos inmovilizados duermen en los cementerios de coches», etcétera...

—No es nada extraño que aquí ocurran estas cosas —los hombros de Roma se estremecieron a causa de los primeros miedos.

—¿Te refieres al austríaco? —dijo, volviendo la cara hacia ella.

Roma pensó que era el momento de explicarle todo lo que había pasado. Si no, morirían en este saco de metal, al menos de frío.

—¿Sabes?, allí, al lado de la barrera... —empezó ella.

Pero el cielo retumbó tan fuerte que se vio obligada a empezar otra vez desde el principio. Artur volvió hacia ella no sólo su cara, sino todo su cuerpo.

—Cerca de aquella barrera —empezó ella por tercera vez, y lo soltó todo de golpe—, ¿te has fijado que estaba rota?, anoche le alcancé porque no quería que se fuera. Iba demasiado borracho por culpa de aquel vodka de nueces, no sé si te acuerdas de cómo os emborrachasteis; bueno, como último remedio quise acompañarle para que no le pasase nada, todavía está muy indefenso en nuestras circunstancias, así que, cerca de aquella barrera, le alcancé... ¡Dame un cigarrillo!

Estuvo largo rato intentando encender el cigarrillo con el mechero de Pepa; entonces dio una calada, luego otra, y empezó a toser. Artur le quitó cariñosamente el cigarrillo y él mismo se lo fumó.

—Pues eso —se apresuró a decir ella—, entonces empezó a arrimarse a mí, a tocarme toda con sus manos; yo me defendía como podía, pero luego él se echó sobre mí con todo su peso, casi me desnudó y me empujó contra aquella barrera; yo seguía oponiéndome con todas mis fuerzas, y entonces la rompimos...

—¿A quién? —preguntó Artur, iluminándose la cara con la punta del cigarrillo.

A pesar de la oscuridad que les rodeaba, sintió cómo se le oscurecían los ojos y cómo deseaba estrecharla entre sus brazos, aquí y ahora, y apretar sus labios contra los de ella.

—No, no es lo que piensas... —explicaba Roma—, no; aquella barrera, por eso está rota, porque se me echó encima y yo me resistí, luego él metió su mano entre mis

piernas...

Artur gimió, deshaciendo en el aire el Priluki a medio fumar. La oscuridad en sus ojos era la más oscura de todas las oscuridades del mundo.

—... porque él me quería..., ¿me entiendes?..., allí mismo, sobre aquella barrera; y yo no cedía, entonces rompimos la barrera y caímos sobre la hierba, yo estaba encima, le apreté con todas mis fuerzas con las rodillas, también te has fijado que alguien aplastó la hierba...

—Sigue —dijo Artur, sacando fuerzas de flaqueza.

—Nada más —se encogió de hombros Roma—. Le dejé sólo en el bosque y volví a la montaña. Ya estabas durmiendo cuando regresé.

Roma temblaba por culpa de todo aquello. Pero se encontraba mejor: le había explicado todo lo que le tenía que explicar. ¿Acaso había sido por amor?

Artur sentía que aquella oscuridad interna no le dejaría hasta que ocurriese esto.

—Lo vi todo —dijo él—. Salí corriendo detrás de ti. Estaba un poco más allá. Bajo la luz de la luna se veía todo perfectamente. Luego me volví.

En realidad, aquella noche seguía unos pasos, pero no los suyos. Mintió porque tenía que mentir. ¿Acaso fue por amor?

—¿Entonces estuviste allí?

Ella enderezó todo su cuerpo hacia él. Aquélla era la única solución para ambos; de lo contrario, era posible que murieran en aquel ataúd metálico. Empezaron a besarse loca y dolorosamente, como no lo habían hecho en años. Sentada sobre sus rodillas, ella se encontró tan cerca de él que todo empezó a girar ante sus ojos: se revolcaban y se mordían ansiosa y desesperadamente, esparcían la ropa mojada y pesada con la esperanza de llegar hasta el calor, hasta la piel. Algunos harapos volaron al asiento posterior, él finalmente encontró debajo del décimo jersey el vientre de ella y el agujero entre los pechos. Agarrándose con la mano libre por el bolsillo de la capa («cuidado, cuidado», repetía lo único que sabía decir en ocasiones semejantes), apretó sin querer una palanca y (¡viva los constructores imperialistas!) el respaldo se echó atrás, chirriando con su metal oxidado...

Sólo entonces se tranquilizaron un poco y continuaron ya de otra forma, suavemente y con precisión, cogiendo intensidad y ritmo. La cara de ella, un poco alargada por el cariño, se balanceaba ante él entre los destellos de los relámpagos. Ella cerró los ojos; los rayos caían sobre el techo, el guardabarros y el parachoques de aquel gigantesco cachivache, pero no les hacían ningún daño, rebotaban, silbaban, todo parecía casi igual que aquella primera noche después de conocerse; el cabello de él también había estado mojado (la verdad, ahora le molestaba un poco aquella venda, señal de su heroicidad, pero esto añadía incluso más pasión), fuera también estaba cayendo aguanieve primaveral; el catre de la cocina se movía de manera traidora y rechinaba con toda su carcasa igual que este viejo asiento desplumado. Roma se tapaba la boca de la misma manera, ahogando sus gemidos y ayes (sí, entonces era totalmente comprensible: Kolia estaba durmiendo en la habitación, pero ¿y ahora?) y

él se llenaba con inmensos torrentes de gozo, entre entusiasmado y sorprendido.

(De repente, de alguna parte por debajo de la sierra, en el mismo fondo del precipicio donde estaban ellos, se acercó una criatura cubierta de blanco y con los bigotes cubiertos de nieve, y se arrimó afligidamente al cristal; ellos no notaron nada, estaban demasiado ocupados el uno con el otro. Y el Hechicero, que antes tenía el apellido de Roma: Vorónych, permaneció un breve instante a su lado para alejarse luego, débil, y deshacerse en pequeños copos de nieve).

Y, sólo entonces, prorrumpieron en un final ronco y desenfrenado, después de lo cual, como siempre, se quedaron inmóviles y felices durante largo rato. Por extraño que parezca, los truenos y los rayos también se quedaron inmóviles poco después. Es decir, se marcharon de allí, desaparecieron hacia otros mundos lejanos. Sólo los restos de aguanieve seguían cayendo de los depósitos celestes, pero cada vez más cariñosa y lentamente.

—Qué bonito —dijo Roma en aquel instante, cuando ya se podía decir algo.

—Pero podías haberme chafado un huevo —murmuró Artur, haciendo ruido con la capa.

Ella se echó a reír y se estremeció entre sus brazos.

—Hubiera sido una pérdida horrorosa —dijo ella, y se echó a reír de nuevo.

—No es lo que piensas —le replicó.

Y haciendo ruido de nuevo, sacó del bolsillo de su capa un huevo pintado con unas cruces de color naranja y unas estrellas en un fondo negro sobrenatural, y con dos cinturones dorados y ondulados arriba y abajo. Ahora era posible ver todos los detalles bajo la luz de la luna, que de repente había llenado todo el precipicio de esqueletos y entrañas de los automóviles y había penetrado sin ningún obstáculo dentro de su refugio sobre ruedas.

—Ah, y esto ¿de dónde ha salido? —preguntó Roma.

—No tengo ni idea —dijo él, y se restregó la frente vendada en el hombro de Roma—. Pero es para ti. Un regalo para la fiesta.

Ella cogió con delicadeza el huevo pintado y lo guardó entre sus manos. Entonces, le dio las gracias y tocó con los labios su rincón preferido, bajo la nuez de su cuello.

—Regálamelo mañana —dijo ella, y metió el huevo en el mismo bolsillo de donde lo había sacado Artur—. Hoy aún no es fiesta. Voy a saltar de alegría. ¿Y cómo puede ser que no lo haya chafado?

Otra vez se echó a reír, al acordarse de cómo él, aquel gato maullador, lo había pronunciado.

—En realidad, yo sé por qué —dijo ella, dándose importancia, al cabo de un momento—: porque he dejado de ser torpe.

—¿Desde cuándo? —dijo Artur, fingiendo estar preocupado.

—Desde ahora mismo —dijo ella orgullosa.

—Pero a mí me gusta cuando estás torpe —se levantó él, apoyándose en uno de

los codos.

—¿De verdad? ¡Nunca te creeré! —ella le lamió la nariz—. Pues vale, especialmente para ti continuaré siendo un poco torpe.

Pasando a su asiento, ella tocó sin querer el costado de él con la rodilla. Él se lamentó fingidamente, pero pensó que no sería oportuno repetir la broma del huevo.

—¿Lo ves?, todo en orden —se rió ella—: he vuelto a ser torpe. ¿Nos fumamos un cigarrillo entre los dos?

Pepa hizo chispear un buen rato el mechero; a continuación, dio la primera calada, le pasó el cigarrillo a Roma y empezó a recitar:

A veces, los esqueletos de metal son humanos,
que como chacales
en sueños se sobresaltan,
despliegan los beneficios de sus pasiones,
apetencias y miserias,
como en un bazar,
y los cadáveres se despiertan en las noches ultramarinas
en busca de los lechos pecaminosos de los amantes, prostitutas y ladrones
desamparados,
sobre quienes las constelaciones del mar echan sus humos^[86]...

—¿Eso fue de Antónich? —preguntó ella—. Es interesante, ¿dónde está ahora?

(Ella pronunció la última frase sin querer, quizás sólo porque en aquel mismo instante su hija dejó entrar a su primer amante, porque *el undécimo anillo es cuando dos se convierten en uno*).

—Creo que en su taberna en la luna —respondió Artur—. ¿Dónde más puede estar?

—¿Cómo le va con aquellas amantes desamparadas? —dijo ella, y empezó a ponerse uno por uno sus jerseys.

—Amantes, prostitutas y ladrones desamparados —le recordó Artur.

—Eso. Encaja, pero no del todo —consintió ella—. Porque tú eres todo un ladrón. Artur Pepa no se dejó intimidar por aquel reto, sólo hizo una mueca repugnante y alegre. Según su año de nacimiento no podía ser Mono, aunque muchas veces lo era *en la vida real*.

—¿Sabes? —dijo ella—, voy a pasar al asiento de atrás para dormir un rato. De todas formas, tampoco podemos salir de aquí... ¿Compartirás conmigo el *lecho*?

—Si es un lecho *pecaminoso*, lo compartiré —prometió Artur.

—Todo depende de nosotros —aseguró ella—. Te dejo que me despiertes cuando quieras.

Él también se encaramó (¡Ave, Chrysler!) a aquel anchísimo asiento de piel de doble uso, que parecía el sofá del decano, y luego rodeó con sus manos las caderas de Roma.

—¿Me dejas que te despierte? —ronroneó a su manera cerca de la oreja de Roma —. Vale. Si no me quedo dormido cuando tenga la erección matutina.

Volvieron a reírse y luego charlaron un rato compitiendo en tonterías. Después fumaron juntos, porque *{no hay nada que hacer y no hay dónde ocultar la verdad}* si después del sexo hay conversación, lo más probable es que también haya amor.

Un poco más tarde, en un período de tiempo que ninguna cronometría puede determinar, Roma Vorónych se escabulló de los abrazos de Artur, arrancó el viejo automóvil y se puso a circular en él por el sinfín de habitaciones del balneario, chocando contra las paredes y derribando las urnas y los extintores de los pedestales. No sabemos lo que soñaba Artur (siempre debe haber un misterio).

Pero cuando empezó a soñar con la jauría que corría por la orilla del Río, amaneció. El tiempo cambió por enésima vez: todo lo que de noche era nieve, ahora se derretía, escurría, goteaba precipitadamente, y un viento insoportablemente caliente intentaba arrancar las cabezas de los hombros, incluso aquí, en las profundidades del precipicio.

La jauría que había soñado resultó ser, en realidad, un único perro, aunque bastante grande, una mezcla de pastor alemán que se echó a ladrar abnegadamente, levantándose sobre las patas traseras y golpeando con su morro en los cristales del chrysler. Está claro que aquel par de bípedos que había sorprendido dormidos no le podían gustar: «¿Qué coño hacen aquí? ¿Qué es lo que pasa aquí?».

Aquel perro enojado no fue el único en indignarse. Había venido acompañado de tres policías, uno de los cuales, llevaba el kalashnikov a punto. El otro, el mayor de los tres, a juzgar por su fisonomía y por la hilera de dientes de oro, les ordenó bajar con un gesto mientras otro más, el tercero, cogía hábilmente al perro, que había empezado a ladrar aún más fuerte, por el cuello.

Artur Pepa y Roma Vorónych, indefensos y adormecidos, entreabrieron sus ojos dañados por aquella luz cálida e intensa y después de unos cuantos intentos de abrir las puertas del chrysler, finalmente consiguieron salir arrastrándose por el asiento delantero. En cuanto pisó el suelo que se hundía bajo sus pies, Artur sintió cómo, torpe y vergonzosamente, se le dormía una pierna. De hecho, tuvo que apoyarse sobre la otra. Y para colmo este viento terrible que arranca las cabezas, el ruido del deshielo, el dolor de los ojos, los tridentes en los casquetes, el ladrido llevado a la locura, el asco en la boca, el kalashnikov con el que les apuntaban y todas aquellas preguntitas tipo *¿Quiénes sois? ¿De dónde venís? ¿Qué hacéis? ¿Dónde está vuestra documentación?*

Artur Pepa supo contestar a las tres primeras. No llevaban documentación, claro; tampoco la experimentada Roma.

—Turistas —dijo Artur Pepa (el tercero de los maderos finalmente hizo callar al perro, el muy cabrón)—, somos turistas de Lviv, estamos de viaje por los Cárpatos.

—Somos turistas de Lviv, estamos de viaje por los Cárpatos, pero vivimos en Lviv —dijo Roma—. Nos habíamos protegido de la tormenta, no se puede llegar a

imaginar cómo chorreábamos.

—Señora, no es a usted a quien preguntamos —le mostró todos sus dientes el jefe—. Cuando sea su turno, le preguntaremos también a usted.

—Pues eso —continuó Artur Pepa—. Por la tarde salimos del balneario a pasear (como aún estaba medio dormido, pronunció *pasar*), y de repente, ustedes lo deben saber, la tormenta y los truenos, y no sabíamos dónde refugiarnos, así que *vinimos corriendo hasta aquí, y aquí nos cobijamos*.

—¿Se dan cuenta? —les respondió el jefe—. ¿Se dan cuenta de que nos están tomando por unos absolutos *imbéciles*? ¡Fijaos, se han refugiado de los truenos bajo el metal!

Al oír aquella estupidez, los maderos se pusieron a reír; incluso el perro se rió, adulator.

—¿Por qué os reís, chicos? —se dirigió a ellos Roma, de buen humor—. ¿Qué pasa, chicos, por qué os reís? Nosotros, cuando nos escondimos en este coche, no pensamos en ninguna física, sólo pretendíamos escondernos y nada más.

Y vosotros, chicos, os reís porque no lo entendéis.

—Señora —volvió a dirigirse a ella el *comandante*, pero esta vez con más brusquedad—. Señora, ¡deje ya su puñetera física! Porque para usted, señora, de momento no somos ningunos chicos: todavía no nos hemos montado encima de usted, señora.

—Sargento —respondió Artur Pepa—. Sargento, deje de hablar así a una mujer. Es mi mujer, sargento.

Pero aquél le respondió todavía con más dureza:

—Si es tu mujer, ¿por qué vais follando en los coches? ¿Quizás, para ti, vale más una puta que tu mujer? ¿Puede que folie con todos en los coches, la muy puta?

Entonces, Artur Pepa, el caballero de la orden Porte-Glaive, hundido en su profundísima oscuridad interior, con la pierna dormida, se dispuso a darle en la jeta de dientes de oro a aquel hijo de puta piojoso con hombreras, para que no se atreviera nunca más a ofender a las mujeres hermosas. Pero el madero de enfrente le golpeó con tanta vehemencia con el kalashnikov que vio estrellas por todos lados, aunque, curiosamente, no perdió la venda de la cabeza.

Así que Artur cayó inconsciente sobre los restos de nieve, levantando unos chorros grisáceos a su alrededor; a Roma la alejaron de él por la fuerza, para que no llorase, como si fuese un entierro. El perro también se puso nervioso por culpa del *cabrón de Lviv*.

Pero ella seguía defendiéndose, y la muy puta les llamaba a todos bandidos y asesinos; hasta el comandante en jefe empezó a pensar en pegarle una hostia en el sincipucio para que, la muy puta, se callase y no le molestase mientras informaba por el *walkie-talkie*. La llevaron así, llorando, gritando y chillando, y luego, de repente, calmada y vencida, acompañada por el que llevaba el perro atado.

Así la subieron desde el fondo del precipicio, rápidamente, por las piedras

resbaladizas, de piedra en piedra; sus pies se deslizaban cada vez más peligrosamente pero, finalmente, sin saber cómo, alcanzó la cima, la metieron en la furgoneta UAZ y se la llevaron en dirección desconocida.

Claro que, mientras pudo, se volvió para ver cómo aquellos otros dos (*Kalashnikov* y *Comandante de mierda*) por ambos lados de Artur le ponían las esposas y (la cabeza de Artur cubierta con aquellas vendas sucias se balanceaba abúlica encima de los hombros) le arrastraban a la fuerza, entre las carcasas y los parachoques oxidados, hasta la salida.

Y sólo tras alejarse unos cinco o siete kilómetros, cuando al lado de su ventanilla enrejada pasaron dos coches de policía, Roma se dio cuenta de que iban a por Artur y que aquello era lo más terrible que había en la vida.

Nunca se había sentido tan dolorido, enojado y ruin; Karl-Josef hubiera querido salir de su propia piel y pisotearla durante largo rato con sus pesados y despiadados zapatos. ¿Por qué ha sucedido esto? ¿Por qué se ha comportado así? ¿Por qué ahora está sólo en este bosque blanco bajo la luz de la luna?

«*Weil ich die unglückliche Liebe habe*^[87]» hubiera querido decirle a su anciano mentor, que en este instante le miraba con remordimiento mudo desde la luna, o quizás desde el más cercano nido de lechuza. El mentor era un fanático de la galantería; durante mil años había estado enseñando a sus alumnos que la *galantería* es, en realidad, sinónimo de *europización*, y que para representar dignamente lo austríaco debían recordarlo siempre y en todas partes, en cualquier circunstancia. El mentor murió hace muchos años, pero ahora estaba mirando a Karl-Josef, uno de sus mil discípulos: quiere que éste se justifique de alguna manera.

«*Weil ich die unglückliche Liebe habe*», repitió Karl-Josef, con firmeza, para que le dejara en paz. Las últimas dos palabras casi rimaban. Éstas dominaron durante largo rato su andar cojeante; al cabo de un rato, saliendo ya del bosque y todavía ardiendo de vergüenza y amor, Karl-Josef seguía dándole vueltas a esta mediocre y humillante pareja (*Liebe habe, Lieb-hab, Liebehabe*). ¿Acaso esto no justificaba nada, señor mentor del instituto?

El mentor le persiguió un rato más. Se le apareció en el puente, o simultáneamente en ambos lados de la carretera: aquí y allí; era evidente que no podía estar satisfecho con aquella respuesta, así que, al llegar a la bifurcación, en el lugar donde la corriente desemboca en el Río, Karl-Josef cortó decididamente el aire con su mano y dijo: «¡Bueno, bueno, soy culpable, no soy ningún europeo, sino un cerdo borracho!». Fue suficiente para que el mentor finalmente le dejase de perseguir. Autocrítica: ¡esto era lo que quería! Karl-Josef giró a la derecha, subió por la orilla de la corriente y de repente habló con Roma, porque se trataba de ella.

—¿Por qué me seguías, por qué corrías por la pendiente, por qué estuvimos juntos? —preguntaba Karl-Josef sin esperar ninguna respuesta—. ¿Por qué mencionaste aquella luna? —exigía la verdad Karl-Josef—. Porque si uno, en plena noche, le habla a otro sobre la luna, esto significa intimidad, ¿no? Porque cuando dos miran la luna desde abajo, entre ellos surge algo más, ¿verdad? Nunca he hablado de la luna con nadie que me fuese indiferente. Nunca he corrido tras alguien que me fuese indiferente.

Roma permanecía en silencio: no tenía palabras.

—Y si es así —continuaba con su línea lógica Karl-Josef—, entonces debería empezar por el principio. Porque los encuentros en hoteles y en casas ajenas, los mensajes secretos cifrados y los signos convencionales no podían continuar así para siempre. Unos cuantos años más de tal languidez y nos hundiremos en la vejez, y

entonces ya será demasiado tarde. Todo lo que te pedía era claridad. ¿Acaso no hemos merecido una relación abierta? Si tan sólo una vez, una única vez hubieras dicho *basta, no quiero más*, me habría alejado de ti y nunca más me habría acercado. ¡Pero no lo hiciste!

Karl-Josef estaba en lo cierto: verdaderamente, nunca había oído su *basta*. Al mismo tiempo, la estaba engañando a ella y, sobre todo, se estaba engañando a sí mismo cuando afirmaba que la habría dejado. Era poco probable que hubiera sido capaz de hacerlo. Lo más probable era que la siguiese como un perro apaleado y continuase solicitando los visados ucranianos para sus siguientes encuentros secretos. Pero en este instante, cubierto hasta el gorro por una ola de alcohol, estaba dispuesto a creer en su renuncia valiente. Lo más importante es que Roma no se atrevía a replicarle, y había que aprovechar su silencio culpable.

—Sí, parece que te haya dicho lo peor de todo lo que hubieras podido escuchar de mí —al cabo de un rato Karl-Josef volvió a hablar aún más patéticamente; hasta las piedras cayeron de debajo de sus zapatos decididos—. Perdona, de verdad: te he ofendido. Pero tú tampoco te has sentido ofendida; al contrario, has pedido mi mano. ¡Me has pedido que te diera mi mano! —Karl-Josef se quedó clavado delante del tronco de un pino—. ¡Tú! ¡Has pedido! ¡Que yo! ¡A ti! ¡La mano! ¿Dime cómo tenía que haberlo entendido?

El pino, como Roma, callaba, así que Karl-Josef continuó cojeando hacia adelante.

—Porque cuando en el bosque, en plena noche, alguien da su mano a otro —continuó más tranquilo—, ¿no es esto intimidad? De acuerdo, puede que no entienda alguna de vuestras costumbres. Por ejemplo, vosotros os besáis en los labios al conoceros, bailáis con las parejas de otros y os pegáis demasiado a ellas, no conocéis la privacidad del espacio íntimo, respiráis uno en la cara del otro y lleváis las faldas demasiado cortas. ¡Pero ahora lo que me importa es que me has dado tu mano! Esto es otra cosa; ya no es un gesto, es una invitación.

También en esto Karl-Josef tenía razón sólo en parte: es poco probable que hubiese tenido motivos para encontrar, en la petición de Roma de ayudarle a salir del fango, algún sentido metafórico superior. En el fondo de su alma también él lo entendía. Pero en el fervor del ataque estos argumentos resultaron adecuados; lo más importante era que Roma estaba callada, lo más importante era que ella no estaba a su lado.

Y por eso pudo permitirse una confesión más, o mejor dicho, una impertinencia más.

—Conozco un poco vuestra vida —decía él—, resbalando sobre las piñas y las pinochas, la conozco un poco, sí. Estoy convencido de que aquí hay decenas de mujeres y chicas que querrían estar en tu lugar. Básicamente sueñan con escapar a Occidente; todas estas agencias matrimoniales, celestinas profesionales, el negocio de las modelos, la prostitución, etc. Vale, tú eres diferente, aún espero que seas diferente;

pero, en realidad, no sé cómo eres. Y tampoco sé lo que quieres. Pero me has dado tu mano.

Zumbrunnen se cogía a lo último que le quedaba. La mano, la mano dada por ella: no tenía más argumentos. Se agarró a esta mano con todas sus fuerzas, y luego se cansó.

Porque luego empezó aquel ruido continuo en su cabeza: la lucha en silencio, la incontrolada determinación de su eros agotado por una espera infinitamente larga, el intento de aproximación que se había convertido en brutalidad, la primera bofetada de su vida, el crujido de la barrera, la caída vertiginosa de dos cuerpos aterradoramente hostiles al quinto infierno.

Quedamos así: aquél no era yo, y aquélla no eras tú, dijo Karl-Josef Zumbrunnen para despedirse de Roma, soltándola finalmente, al tiempo que soltaba su mano.

Esta despedida tuvo lugar poco tiempo antes de que él llegara a aquella *knajpa* abierta las 24 horas, en el kilómetro trece, un lugar en el que ya había estado anteriormente mientras exploraba los alrededores en busca de objetos futuros. Aquella vez recordó todo lo requerido: el pabellón de aluminio y plástico en un montículo (Karl-Josef no sabía que según las costumbres de este país se suele llamar *flotador* o, más rebuscado, *acuario* a los edificios como éste), las escaleras encementadas y absolutamente derruidas, la terraza delante de la puerta de entrada, también encementada, en la que, por lo visto, colocan mesas en verano, etcétera, incluso las barbacoas abandonadas y esparcidas por los alrededores, las setas en la glorieta del jardín, los restos de las hogueras y los contenedores repletos de basura. «Nada extraordinario», pensó entonces Karl-Josef, que había visto decenas de sitios parecidos durante sus últimos vagabundeos por los Cárpatos Orientales. «Esta gente —ya lo había escrito en una de sus cartas— siente pasión por montar juergas en el campo, pero no es lo mismo que lo que en nuestro mundo se llama *picnic*. Los terrenos montañosos y forestales que había conocido en los últimos tiempos estaban increíblemente sucios, con los restos de las farras más alegres que uno pueda imaginar: cristales rotos, latas vacías, papel y trapos viejos que no permiten un disfrute normal de la belleza circundante. De una manera tragicómica, casi por todos lados, se unían a todo esto pancartas propagandísticas, de las que os invitan con una rima (¡!) a conservar las riquezas *populares*. Aunque, por otro lado, es difícil culpar de esto a la gente: desde niños, el sistema les había acostumbrado a que todo estaba permitido. Por cierto, aquí hay una paradoja casi ejemplar: todo les está permitido a los esclavos. Así que la superación de esta inercia será una cuestión de honor para las nuevas generaciones».

Así escribía una vez, sin imaginarse que las *nuevas generaciones* ya habían empezado a superar aquella inercia, sin esperar las recomendaciones de forasteros gilipollas. También este chiringuito, construido en los tiempos en que en el pastizal vecino gobernaba Malafei, aquel obstinado promotor de los deportes de invierno, también éste, primero pensado como *restaurante especializado en truchas, para*

leñadores y visitantes de la región (su ubicación encima de la Corriente parecía favorecer esta idea, apoyada también por su original nombre: Las Fuentes Plateadas; aunque todo esto sólo conllevó varias crisis financieras y que estuviera cerrado durante muchos años), también este chiringuito encontró a sus verdaderos dueños. Una familia, ¿cómo decirlo?, muy *ramificada*, alquiló el lugar al propietario-empresario I. I. Vartsábych, y éste montó un negocio abierto las veinticuatro horas del día. Claro que la cosa ya nada tenía que ver con las truchas; tanto los leñadores como los visitantes de la región enamorados de la naturaleza amada, al encontrarse sin truchas, caían en esta trampa para borrachos en la que, sin apenas darse cuenta, se gastaban toda la pasta.

Y por esta puerta, entre las once y las doce de la noche, entró el siguiente visitante de la región.

Avanzando inseguro entre las mesas y las sillas de aluminio en la penumbra iluminada por *luces discotequeras*, Karl-Josef recordaba que debía una botella, y que lo primero que tenía que hacer era comprarla. Dentro, se divertía un grupo de jóvenes (esto es, con trajes deportivos, mallas y «me llamabas el rayo de sol^[88]»); varias veces le clavaron los codos, mientras se abría paso hacia la barra pasando entre los que bailaban («¡joder!, ¡qué fiestaza la noche de jueves a viernes santo!», pensaría otro, y se sorprendería), pero a Karl-Josef ya hacía tiempo que no le sorprendía nada, como tampoco le sorprendía que, encallado en aquel bar por unas olas internas sofocantes, no conseguía atraer la atención de la dueña, que en aquel momento estaba ocupada coqueteando con alguien mucho más próximo y querido, o, más exactamente, con dos tipos a los que por enésima vez se negaba a mojarles el bigote. Karl-Josef no encontraba que aquello tuviera ningún sentido, ninguno de ellos llevaba bigote, pero gracias a la pausa supo componer mentalmente su pedido (no sabía qué era más correcto, una *botella* o un *frasco*, en diferentes ocasiones había oído ambas palabras); así pues, al cabo de unos cinco minutos, intentando que su voz sonara más fuerte entre el griterío y la música a todo trapo («mi pequeña, te echo de menos^[89]»), pronunció con falsete su «pog favog..., vodka paga mí». A la tercera, la dueña, una *señorita* demasiado maquillada de su misma edad, le oyó, y finalmente le mostró su cara y no su culo bajito, y respondió algo parecido a «síntese, ahora le tomarán nota». Karl-Josef reflexionó un buen rato sobre si lo había entendido bien («¿le timarán?»), pero la única interpretación posible le decía que se apartase y se sentase en la primera mesa libre desde donde empezó a observar a las bailarinas. Allí nadie le necesitaba, era un hombre solitario en una fiesta ajena, un forastero; pero finalmente la más desesperada de las oraciones fue escuchada y un joven en camiseta de béisbol, tal vez el hijo de la dueña (aunque de hecho no tenía por qué ser su hijo: simplemente tenía el culo igual de bajo que ella) se le acercó. «Dígame, buenas tardes», dijo el joven un poco irritado, y al oír de Karl-Josef aquél: «vodka..., una botella, pog favog», se alejó sin decir palabra.

Karl-Josef pensaba que ninguno de ellos tenía motivos para tratarle de una

manera tan hostil. Pero enseguida se acordó de la lente rota: ¿tal vez por eso...? Al quitarse las gafas, por si acaso, su vista se disolvió entre manchas y destellos. Aquello era horrible, no menos horrible que lo anterior: estar sentado en este foso centelleante, entre este amasijo de olores de frituras, escuchar cómo unos desconocidos cantaban al ritmo del radiocassette y a coro un torpe «y yo conocí a otra^[90]», ¡y él sin poder ver nada! Pasaron unos minutos, y sólo entonces, encima de Karl-Josef, apareció una cabeza cubierta de destellos verdes y rojos. Esta vez era la cabeza de una chica con una voz bondadosa («¿ha pedido ya?»); al ponerse las gafas, resultó que sus ojos eran igual de bondadosos, y ella puso delante de Karl-Josef un vaso de vodka.

—¡No —dijo éste—, no, vaso no! Por favor... una *botella*. Una...

La chica le preguntó algo parecido a «¿para llevar?», pero Karl-Josef no entendió la pregunta («¿para llenar?, ¿por qué para llenar?»), así que le indicó con un ademán que no se llevase el vaso, y le dio las gracias. «¿Quiere un *shashlik*?»^[91], preguntó ella, compasiva, pero él se limitó a darle las gracias de nuevo. Según parece, aquella chica buena se encogió de hombros y se alejó.

Él vertió en su interior unos cuantos tragos asquerosos y pensó que ya tendría tiempo de conseguir aquella botella que había perdido. Sólo había que acostumbrarse a todo lo que pasaba aquí y articular como era debido su petición. Además, los primeros tragos funcionaron perfectamente *en la levadura vieja*, y Karl-Josef sintió inmediatamente que se relajaba (en algunos cuarteles se ordenó levantarse de sus puestos a unos guardias demasiado sensibles), dejó de avergonzarse y, junto con el calor, acogió interiormente el ruido, el pataleo y la música. Se relajó hasta tal punto que ya no sentía las dos miradas desde una mesa lejana (¿no serán los mismos tipos con los que estaba gorjeando aburridamente la dueña en la barra cuando él entró?). Pero cada vez se sentía más relajado, y nada sabía de aquellas miradas.

Al cabo de diez minutos había madurado lo suficiente como para acercarse de nuevo a la barra y pedir otro vaso. Esta vez, era el dueño quien la gobernaba. A Karl-Josef le pareció que se trataba del padre de aquella chica de ojos y voz bondadosos, porque al pasarle el vodka le preguntó, igual que ella, si quería un *shashlik*. Éste negó con la cabeza (estos gigantescos trozos carbonizados de carne cruda y cebolla no le entrarían por la garganta, pero, para no ofender al dueño, sacó de su interior algo parecido a «pog favog, una naganja»). El dueño no entendió su petición («¡ja, ella me había convencido de que *Apfelsinn* era naranja en su idioma!») y después de una breve vacilación le dio un Snickers.

Karl-Josef regresó a su sitio con el vaso y el estúpido Snickers en la mano, y se sorprendió de la suavidad y la habilidad con que se movía; logró coger de tal modo el ritmo, que resultó ser un verdadero «tango de la mariposa blanca^[92]», que los otros bailarines incluso se volvieron para admirar su plasticidad. Había que aprovechar aquel éxito; así pues, tras vaciar el vaso con tres ávidos tragos, Karl-Josef se levantó de su mesa y gritó: «*Achtung, Achtung!*». Ellos no dejaron de bailar su «mariposa

blanca cerca del fuego abierto^[93]», pero todos le miraron a la vez: los chavales, las chicas, el dueño del bar, con sus ojos bondadosos, su hija de buen corazón, desde la cocina, y, claro está, los dos hombres sin bigote; todos le miraban, y veían cómo echaba la cabeza adelante y hacía el pino...

El abismo se balanceó y lo arrastró hacia sí; había sillas cayendo por todos lados, y después no había nada: unas manos le llevaban a través de los destellos rojos y verdes y, cuando pudo ver de nuevo, descubrió muchas manchas en forma de cabeza encima de él. Sin embargo, por alguna razón, no había música. Él estaba sentado cerca de su mesa, los otros estaban cuchicheando algo («va ciego perdido», «¿qué quiere decir *perdido*?»), y la hija del dueño le puso las gafas sobre la nariz. Karl-Josef se echó a reír: aquella gente le gustaba una barbaridad. Y como habían tenido cuidado de él, quiso animarles, dio una palmada y con el grito «*Go dance!*»^[94] les ordenó que se apartaran.

En realidad, le abrieron el paso, y como si fuera por deseo de Karl-Josef, pusieron la música y él volvió a quedarse solo. Una extraña y dulce somnolencia se había apoderado de él, y desde aquellas profundidades observaba como continuaban bailando, cómo bebían y se besaban animosamente, bebían y se besaban, bebían y se besaban..., y así durante mucho y mucho más tiempo. El incluso tiró el Snickers sobre uno de ellos, pero fingieron no darse cuenta. Entonces, el cabecilla calvo en chaqueta de piel anunció el último baile para la cumpleañera («*was, eigentlich, solí das bedeuten, diese*»^[95] la cumpleañera?), después de lo cual sonó una canción terriblemente tierna: *El cumpleaños es la fiesta de la infancia*^[96]. Dieron vueltas a su alrededor durante un rato terriblemente largo; Karl-Josef consiguió dormirse y volver a despertarse decenas de veces, y ellos seguían dando vueltas y la volvían a poner desde el principio, y todos cantaban algo como «no puedes huir de él, huir de él, huir de él»^[97], pero en ese instante la chica en el centro del círculo se puso histérica, tiró un vaso contra el suelo y el cabecilla de piel la abofeteó sin piedad, («va ciega perdida, ciega perdida», volvieron a cuchichear ellos, gracias a lo que Karl-Josef entendió que era un tipo de conjuro contra la desgracia: «va ciega perdida, va ciego perdido»).

Cuando volvió a abrir los ojos, el grupo estaba saliendo ruidosamente de la *knajpa*; unos tomaban la última copa, otros se daban el último beso, a la cumpleañera la llevaban en brazos hacia la puerta, Karl-Josef logró distinguir las chorreras sucias de vómitos en su blusa blanca, aún gritaron fuera durante un rato, uno regresó, pagó algo a la dueña, luego arrancaron los *jeep* y los *niva*, y finalmente Karl-Josef depositó su cabeza extenuada sobre la mesa.

Sin embargo, antes de hacerlo, arrastró sus pies a lo largo de la barra, sintiendo las miradas mayoritariamente reprobadoras y burlonas de los cuatro miembros de la familia de dueños (en realidad, entre estas miradas había una compasiva), se arrastró hacia un recodo del local, hacia un pasillo donde tenían que estar los servicios. Se agarraba tanto como podía a las paredes, que se acercaban y se alejaban; el techo, con

una única bombilla oscura, se venía abajo, el suelo se encabritaba y se venía contra él. Abrió de una patada la puerta cuya cerradura arrancada colgaba y entró en el lavabo, donde no vio ninguna taza, sólo un agujero encementado con dos huellas, también encementadas, en forma de pies del cuarenta y tres. Pero esto no era lo más importante: Karl-Josef vio en primer lugar aquel culo desnudo, el pantalón deportivo bajado hasta las rodillas, las acometidas rítmicas de las caderas; más allá, un cuerpo femenino inclinado hacia adelante que respondía a las acometidas siguiendo el mismo ritmo, agarrándose con las manos convulsamente de las costillas del radiador.

—¿Quién va? —dijo ella, moviendo la cabeza.

—Espera, espera —contestó ahogadamente el cuerpo masculino.

Y mientras Karl-Josef expulsaba algo extraordinariamente oscuro de sus entrañas en aquel agujero encementado (le gustaba sostener en sus manos aquel pene tan macizo, tan grande, tan pesado), ellos seguían alborotando, soltando toda clase de barbaridades. Pero, en cuanto Karl-Josef paró, el culo masculino se puso tenso por última vez y finalmente se detuvo.

—Eso es... —dijo el propietario del culo, poniéndose el pantalón—. Ahora tú.

Señaló con la cabeza a Karl-Josef, y después de darle una palmada en el hombro salió al pasillo.

La chica se levantó, se volvió hacia Karl-Josef con el pecho asomándose por su camisa abierta y se sentó sobre el radiador.

—¿Quieres? —le preguntó sin ninguna entonación.

Él se acercó a ella, y sin saber que éste sería el último regalo de aquel tipo en su vida empezó a recorrerla con los labios y los dedos con una ávida desesperación, hundiendo su lengua en la cavidad bucal de la chica, queapestaba a alcohol, como si de verdad aquélla fuese su última vez. La chica se escabulló de entre sus brazos y abrió las piernas, empujándole hacia sí. Él empezó a descender lentamente al suelo y de repente se dio cuenta de que estaba francamente cansado, igual que su gran miembro, que ya nadie solicitaba. Ella, quizás, lo comprendió todo exactamente así, porque aflojó un poco el nudo de las piernas, abrió la cerradura de sus pies detrás de la espalda de Karl-Josef y luego volvió a cerrarlos, mientras acariciaba con sus manos la pobre cabeza de éste, exactamente igual que lo hacía Roma en otro tiempo y en otras circunstancias. Entonces él hundió la cabeza entre las rodillas de ella y se adormeció. La chica se soltó y desapareció sin que él lo notase.

Y en aquel instante una mano empezó a sacudirle el cogote cada vez con más insistencia. Karl-Josef, sin levantar la cabeza, intentaba quitársela de encima (y de esta manera demostraba a Roma que ya no necesitaba sus caricias tardías), pero Roma no le dejaba en paz, su mano era grande y dura, cubierta con una piel terriblemente áspera y rugosa, los dedos eran gordos y cortos, así que de repente, cruzada hasta la mitad la distancia que separa el sueño y la realidad camino de ésta última, Karl-Josef se dio cuenta de que no se trataba de Roma, porque su mano no podía ser tan fuerte y descuidada como la de un hombre (y todas aquellas cremas que

le había regalado, ¿dónde estaban?, ¿dónde estaba su acción revitalizante?), entonces él despegó finalmente su cabeza de la superficie pegajosa y fría del aluminio.

A su mesa estaban sentados dos tipos calvos; los mismos, claro. Eran aproximadamente de la misma edad, o sea, entre los treinta y los cuarenta, aunque en este país, como ya había podido observar Karl-Josef en su tiempo, era muy fácil equivocarse juzgando la edad de una persona por su aspecto. Pues eso: el aspecto de ambos no era el mejor. Y lo más importante: ¿por qué llevaban aquellos casquetes de piel sobre sus cabezas?

Karl-Josef lo vio todo claramente (los casquetes de piel y las jetas hinchadas y, en general, su *aspecto*) en cuanto se puso sus gafas rotas por segunda vez. Aquello fue suficiente para que uno de ellos, con un diente podrido en medio de la boca, dijera:

—¡Oye, paisano, pide cien más!

Karl-Josef estaba callado y les miraba a través del cristal agrietado. No le gustaban.

Y parecía que a ellos tampoco les gustaba su silencio, porque el otro, con los dedos cubiertos de estupideces tatuadas, dijo en un tono un poco más brusco que el primero:

—¿Tú qué? ¿Estás atontado o qué? Tráenos, a Dushman y a mí, dos de cien, ¿entendido?

En realidad, Karl-Josef no entendió nada. Lo único que podía hacer era pedir vodka. Echó una mirada alrededor del local, a aquellas horas ya completamente vacío y en silencio. Alguien realmente estaba durmiendo en la barra; lo más probable era que fuese el dueño.

—¿Queréis... beber vodka? —preguntó Karl-Josef.

Los calvos se miraron. Mientras digerían la información nueva, Karl-Josef gritó en dirección a la barra su «¡vodka, pog favog... tres veces!». Los calvos se miraron de nuevo, y el de los dedos tatuados decidió aclarar:

—Tú qué, ¿eres empresario?

Karl-Josef entendió que hablaban de una empresa, tal vez le hubieran confundido con alguien. Porque Karl-Josef no había trabajado ni un solo día de su vida para ninguna empresa, cosa de la que, incluso, se sentía orgulloso. Así pues, sólo hizo que no con la cabeza.

—¿Y por qué coño hablas así? —preguntó el de los dedos tatuados.

—Con acento —precisó el diente podrido.

A Karl-Josef le pareció que empezaba a entender de qué le hablaban.

—Soy extranjero —explicó él, recordando de milagro que en aquel idioma eso se llamaba *extranjero*—. Soy austríaco.

Aquel chico con aspecto de lobo en camiseta de béisbol se acercó y puso sobre la mesa tres vasos de vodka.

—¡Y shashlik! —pidió el de los dedos tatuados—. Uno para mí y otro para Dushman.

—¿Quién paga? —el de la camiseta no quería dejarse engañar.

—Paga él —Shujir señaló con su dedo tatuado a Karl-Josef. Y se aseguró—: ¿No es cierto, paisano?

Karl-Josef meneó la cabeza. No le gustaba pelearse con nadie. Todo indicaba que se trataba de unos desgraciados, quizás sin hogar, y evidentemente hambrientos. «¿Y por qué no les compro algo de comida?». Y empezó a recordar cómo se llamaban los platos de aquí, para intentar pedirles algo; sin embargo, no supo recordar nada más que: «*Banusch ist eine typisch huzulische Speise*». Pero el de la camiseta ya se había ido y cada uno cogió su vaso. Karl-Josef extendió el suyo hacia los otros dos. Tintineó el cristal. Dushman hizo una mueca con los labios, exprimiendo una sonrisa, y Shujir no se molestó ni en exprimir una sonrisa.

Karl-Josef, como de costumbre, sólo dio un par de tragos. Sus nuevos conocidos vaciaron sus vasos y alargaron simultáneamente las manos hacia el roñoso paquete de tabaco.

—¡Vatga! —reconoció Karl-Josef—. Tengo... en mía casa... un paquete de Vatga!

—¿Quieres fumar? —Dushman no le entendió y le pasó el paquete mientras derramaba unas sucias migas de tabaco por la mesa.

—No —dijo Karl-Josef, pero al mismo tiempo pensó: «*why not?*»^[98], y rectificó —: Venga, uno...

Volvía a sentirse mejor, el mundo se le hacía bastante más agradable, incluso Shujir consiguió mostrar un amago de sonrisa mientras ordenaba, en dirección a la barra:

—¿Y por qué estamos en silencio, eh? ¿Se ha acabado la música o se ha muerto el ejecutante?

La mujer del culo bajo bostezó ruidosamente desde el otro lado de la barra, y con las palabras «¡que Dios te de salud!», se arrastró hacia el radiocassette, del que enseguida empezó a surgir la misma mierda de música.

Karl-Josef aspiró el denso y soso humo del cigarrillo húmedo que olía a bolsillo de Dushman. Se imaginó cómo los mechones grises de humo penetraban en su cuerpo, llenaban la región torácica, cubrían los pulmones y el corazón, creando en ellos una infinidad de tumores mórbidos, de burbujitas mortíferas. Aquella fantasía le hizo gracia, pero no alteró su rostro; aún recordaba que aquellos dos le estaban observando todo el rato por detrás de la cortina de humo.

—Así que, ¿cómo te llamas? —preguntó Shujir. O quizás Dushman: Karl-Josef no se enteraba muy bien de quién era quién.

—*Chaglie* —respondió al espesor de humo.

—¿Charlie Chaplin, o qué? —volvió a preguntar Shujir, y Dushman se echó a reír, lo que le permitió a Karl-Josef reírse junto con él, imaginándose aquellas burbujitas pequeñas en sus pulmones. «No me querías vivo: pues aquí me tienes muerto», se dirigió mentalmente a Roma con una satisfacción malévola.

Mientras tanto, la chica de ojos bondadosos trajo el *shashlik* de Shujir. Los trozos de carne bien nutrida cubiertos de *ketchup* parecían moverse en el plato.

—Tres vodkas... *nochmals bitte*^[99] —se le ocurrió pedir a Karl-Josef. Le gustaba pedir a aquella chica.

—Oye, Charlie —intervino Shujir— pide una botella entera y ya está. Justo para tres... ¡Estamos jugando como unos mocosos: que si dos de cien, que si tres de cien!

...

De todo esto, Karl-Josef distinguió sólo la palabra *botella*, pero le bastaba; por eso, echando desde abajo una mirada culpable a la chica, rectificó:

—*Eine Flasche bitte...*

—¿Y pagar, quién pagará? —gritó aquella mala mujer, que, según parece, ya hacía rato que les estaba escuchando desde la barra.

—Oye —dijo Dushman conciliador—, dale algo y que la folien.

Karl-Josef pilló fantásticamente el contexto aquí también. Así pues, sobre la mesa apareció su billetero con una extraña palabra grabada en la piel: *gshnaa-ass!!!* (¿será el regalo que le hizo Eva-María por las Navidades del noventa?) y entre muchos otros billetes sacó a la luz uno verde de veinte.

—¡Mamaíta, veinte pavos! —gritó la chica buena en dirección a la barra, a lo que la mala zumbó su «echa». Karl-Josef, burlándose para sus adentros de su precaución, volvió a guardar el billetero en el bolsillo. Pero Dushman y Shujir ya estaban satisfechos con lo que acababan de ver.

Media hora después (¿pero quién podía contar aquel tiempo?) todo se volvió loco de nuevo, giró, centelleó: las cabezas con casquetes de piel, los mentones sin afeitar, las nueces, las mandíbulas, la mesa manchada de oscuro *vodka de nueces*, el tintineo de los vasos chocando uno contra otro por enésima vez, los restos de *shashlik* sin masticar en el plato, junto con los montones de ceniza y cuatro colillas deshechas, los tres últimos *pelmeni*^[100] en la espesa grasa enfriada de otro plato, las cortezas de pan, las migas, las monedas austríacas esparcidas por todos lados, los vasos: vacíos y medio vacíos; los mechones de humo amargo que ya no llegaban a desvanecerse y que cubrían aquella mesa con una masa cada vez más espesa, casi inmóvil, como una pared, tan gruesa que incluso aquella estúpida música atravesaba con dificultad. Karl-Josef distinguía sólo tres acordes, quizás porque de todos lados se le echaban encima, mezclándose y discutiendo terriblemente, las desgarradas historias de sus interlocutores: cada uno intentaba hacerse más interesante que el otro, meterse a este austríaco en los dos bolsillos, porque en uno no sería suficiente, y de todo esto salía una mezcla increíble, una verdadera *papilla*: «Y yo hostias en Afgán el puto capitán que le den por culo mamón puta mierda y el cabrón de capitán nos dice dónde cojones os metéis por las minas gilipollas yo nada pongo mi rifle pues follaron a un marica por el culo en el cuartel hijoputa que igual te la van a meter doblada como sea y al blindado le prendieron fuego íbamos a palmarla jodíos (Karl-Josef quería levantar la mano y gritar su *Achtung!* para que se callaran un minuto y escucharan su

propia historia; aún no sabía sobre qué, así que buscaba lentamente en su memoria los principales acontecimientos de su vida, pero no le salía nada, estaba sentado así, con la manos caídas, cabizbajo, sin poder parar aquel torrente cada vez más incomprensible) todos firmes el papeo al váter el trullo petado joder cucos de mierda todo ardiendo que te cagas el cabrón del Conan a dar órdenes el garitero detrás ven *paca* capullo por dos paquetes de té no llegaba pa todos él mismo tiró contra los blancos y el cabrón con la siria te vas a la trena guay no te jode trae pacá por dos paquetes de té fíjate tú a disparar coño y se quedó en la enfermería el puto georgiano se pegó las quemaduras hasta el culo hijoputa mamón por tres pitillos se abrió las venas una putada». Eran historias de hombres normales y corrientes, cada uno quería atraer con ellas la atención del forastero, explicarle toda la verdad, pero de todo aquello salían sólo fragmentos, exclamaciones continuas, *miembros auxiliares de la oración*: «pimpam-joder-hostiaputa-dabuten-cagoento-coroco-kapepe-esekaese-tuputamadre»; ambos se callaron casi al mismo tiempo, Dushman se persignó por alguna razón y Shujir se llevó las manos a la cabeza.

Entonces, desde el radiocassette sonó de nuevo algo, unas voces femeninas repetían sin cesar «qué quieres, qué quieres^[101]». Karl-Josef decidió que aquello era un nombre, que ella se encorvaba en medio de la *knajpa* en su *sarafán*^[102] ruso, agitaba su trenza gruesa por todos lados y meneaba sus caderas inalcanzables, una tal Quequieres, una mujerona de las estepas lejanas; Karl-Josef la atraía con la mano, pero ella fingía no verle y cerraba extasiada los ojos, hasta que él se hartó, y todo acabó, mientras Quequieres, tras hacer una reverencia, se retiró tras los bastidores acompañada de los aplausos de toda la sala.

—Compro... una botella... para mí —anunció Karl-Josef—, vodka de nueces... un.

Había conseguido finalmente no confundir nada en esta pérvida combinación de palabras. Pero lo que no consiguió fue levantarse de la silla, y puso el billetero sobre la mesa.

—Compra. Para mí —se dirigió a uno de ellos.

Dushman fue a la barra, regateó algo desganada y lentamente con el dueño somnoliento, destripó el billetero —en la barra, contó los billetes: dólares, marcos, *grivnas*^[103], todo se mezclaba, presidentes, *hetmanes*^[104], personalidades de la cultura, tipos de cambio, márgenes; los dos estaban contando algo, se equivocaban y se peleaban en voz baja—. Finalmente, Dushman regresó con una botella encorchada, Shujir se la quitó de las manos y la guardó en el bolsillo interior de su chaqueta.

—Para mí —sonrió astutamente Karl-Josef.

—¿Y para nosotros? —preguntó Shujir.

—Ya os he comprado una —les recordó Karl-Josef.

La verdad es que hubiera querido volver, llegar al balneario y beberse aquella botella de vodka con el marido de Roma, y decirle cómo la quería, y luego quedarse dormido en su habitación, pero tan profundamente que no se despertarse hasta pasado

un centenar de años.

—¿Y para nosotros? —volvió a preguntar Shujir.

A Karl-Josef, este Shujir le resultó desagradable desde el principio. Por eso no le dejó su billetero con el grabado *gsch-na-a-ass!!!*, y se lo dio en cambio a Dushmán:

—Para usted.

—¿Toda la pasta? —Dushmán, al principio, no lo entendió.

—Se la doy —explicó con firmeza Karl-Josef.

Dushmán se quedó boquiabierto, inmóvil e indeciso, pero Shujir era más práctico:

—Si una persona te da algo, cógelo. ¿Por qué lo miras como si fuese un piojo?

Y Dushmán cogió el billetero. Karl-Josef extendió su mano en dirección a Shujir. Quería obtener su botella perdida en la apuesta.

—Te la llevaré yo —le tranquilizó Shujir—. Podrías romperla.

Karl-Josef pensó que tenía razón. En fin, ¿por qué no llevarles a ambos al balneario? Así, como mínimo tendrá con quien pasar el rato, sobre todo si todos duermen...

—¿Vas muy lejos? —preguntó Shujir.

—A Dzindzul —Karl-Josef señaló hacia arriba con la cabeza, tan bruscamente que por poco pierde las gafas. Los dos silbaron.

—Vaya lugar de mierda —dijo Dushmán.

—Es la mar de fácil ir —le replicó Shujir.

Karl-Josef se extrañó de que incluso él supiera que hace millones de años el mar llegaba hasta aquí.

—Sí: *mag* —confirmó Karl-Josef, y se levantó haciendo un esfuerzo.

Pensó en el baño y empezó a buscar con la mirada enturbiada *aquel mismo* pasillo. Pero Shujir leyó su pensamiento y levantándose no muy seguro, dijo entre dientes:

—Mearás fuera. Debemos irnos.

—*Why not?* —obedeció Karl-Josef, contoneándose hacia la salida.

Cuando alcanzó la puerta, se volvió hacia la barra. Le pareció que el dueño estaba muy tenso. ¿Por qué sonríen con tan poca frecuencia? Karl-Josef hizo un ademán de despedida (el dueño ni se inmutó) y entró en la noche.

Caminaban en fila india por la senda encima de la Corriente: Dushmán iba por delante, unos pasos detrás de él iba Karl-Josef, y, por detrás, Shujir arrastraba los pies y silbaba algo parecido a «quequieres» Shujir. Se desviaba del camino, se detenía con frecuencia, se quedaba rezagado, se volvía para observar el desierto de la luna y pensaba cómo engatusaría a este *austríaco* inocentón para no devolverle la botella.

Por el camino, Karl-Josef decidió no quedarse hasta el domingo. Subiría hasta allí, se lo bebería todo hasta la última gota, metería los *Klamotten*^[105] en la maleta..., y hasta siempre. Pero en aquel instante pensó en la foto: eso es, se reservaba el derecho a guardar su foto pequeña, una simple foto de carnet; porque él, sin saber por qué, nunca, ni una sola vez le había tomado una foto. Entonces, Karl-Josef se abrió

paso entre el ruido de la Corriente y el de su propia cabeza y gritó a la espalda de Dushmán:

—¡Tú! ¡Devuélvemela! —Dushmán se volvió sin entender nada—. Mío... —frunció Karl-Josef, recordando la palabra—. ¡Te lo he dado yo!

Se acercó a Dushmán con la mano extendida.

—¿Qué quieres? —le cortó Dushmán.

Karl-Josef finalmente se acordó de la palabra:

—¡El billetero!

Pero aquello era imposible: en medio de aquel ruido tan terrible, con aquel dolor de pecho y de cabeza, formular una frase larga e insoportablemente compleja de que en su billetero estaba su (de quién: ¿también hay que explicarlo?) foto; sólo quería coger su foto, el resto se lo devolvería; les había regalado aquel dinero, no le importaba, pero no les podía dejar aquella foto.

Alargó su mano hacia el bolsillo de Dushmán, y en este instante recibió un puñetazo en la cara. Las gafas se rompieron del todo, un dolor agudo en el caballete de la nariz lo paralizó todo excepto la sensación de terrible injusticia, de incompreensión estúpida y salvaje, así que se echó hacia adelante a tientas, agarró con las manos los faldones de la chaqueta de Dushmán, pero no pudo mantenerse en pie. Dushmán cedió, pero Karl-Josef resbaló, el abismo volvió a su encuentro («va ciego perdido», susurró Karl-Josef tratando de ahuyentar la desgracia, pero ya era demasiado tarde); por detrás ya le había alcanzado Shujir, y su mano, la de Shujir, más pesada gracias a la botella oscura, voló hacia arriba en un instante y cayó como una piedra en la estúpida y dolorida cabeza del forastero, incluso antes de que éste se hubiera revolcado en la gruesa arena de la orilla.

Ya no había ni destellos, ni líquido pegajoso de nueces mezclado con sangre, ni trozos de cristal, ni ningún grito lánguido. Sólo había abulia, el deslizamiento de aquel cuerpo pesado por las piedras, por el enredado y resbaladizo ramaje, por el follaje de las coníferas, las piñas, los salientes calcáreos; y, finalmente, las aguas de la corriente recibieron al gran pez del Danubio con su idea secreta de no regresar jamás.

«Ninguno de nosotros sabe exactamente qué es la vida. Pero lo peor es que tampoco sabemos nada de la muerte», leyeron sus amigos en una de sus cartas.

Algunos años más tarde, Artur Pepa recordará aquel día como uno de los más largos de su vida. A pesar de todo, realmente le pareció un día terriblemente largo. Claro que esto sólo ocurrirá en caso de que Artur Pepa siga con vida. Pero si, con todo, sigue vivo, entonces seguro que lo recordará.

Indudablemente, entre sus recuerdos ha de quedar un lugar para el viento templado, casi caliente, como esos bajo los cuales se cortan las cabezas. Y también para el deshielo general y repentino, el escurrimiento sonoro, el zumbido, el goteo de miles de pulsos y la masa de nieve quebrada y sucia por dentro, bajo sus pies. Y, claro, allí estará aquella habitación a la que le habían llevado, ruinoso, con las chorreras del deshielo en las paredes, los trozos de estucado gris desprendido, los cubos y jarros que se llevaban por el pasillo y que volvían a entrar ya vacíos y eran colocados bajo los chorros de agua que caían del agrietado techo hinchado por la humedad. En sus recuerdos, Artur Pepa estará sentado en un taburete en medio de esta habitación, sufriendo un ataque de taquicardia, a lo cual se añadirán unas punzadas sordas bajo el plexo solar, la prueba de que el golpe con la culata del fusil no había sido un sueño. También tendrá las marcas de las esposas en las muñecas, inicialmente pálidas pero que, a medida que pase el tiempo, comenzarán a llenarse de sangre y a enrojecerse, pulsando al ritmo constante del golpeteo del deshielo.

Pero incluso si no hubiera ocurrido nada de eso, Artur Pepa igualmente no hubiera podido dudar de que se había metido en un lío tremendo. Era suficiente el ir y venir de uno, luego dos, y a veces incluso tres *maderos* vestidos de paisano que giraban alrededor de su taburete, se acercaban, se alejaban, desaparecían y otra vez volvían a girar, pero de tal manera que en la habitación siempre se quedaba al menos uno. Más tarde comprendió que precisamente ése era aquí el Primero, aunque entonces Artur Pepa no se daba cuenta de nada de todo aquello, y sólo escuchaba atentamente el balanceo de su temblor cardiovascular. Lo que más deseaba era levantarse del taburete y sentarse directamente en el suelo; en el caso de una nueva caída al vacío, sería mucho más seguro así. Además, le hubiera gustado echarse boca arriba en aquel húmedo suelo de madera, mirar al cielo, buscar con la boca los sucios chorros de agua; de ese modo, quizás en una horita o dos se encontraría mejor. Pero sólo podía soñar con todo aquello: ¿desde cuándo el interrogado se echa y los investigadores bajan cariñosamente sus cabezas sobre él, como si fuesen hermanos de la caridad sobre el héroe muerto?

Artur Pepa comprendió con prístina claridad que aquí él era el interrogado, y que era precisamente de él de quien se requería la mayor parte de las respuestas: «¿nombre y apellidos?», «¿domicilio?», «¿lugar de trabajo?» (ésta última era una pregunta que siempre había odiado, porque no hay nada más estúpido que declararse poeta delante de gente desconocida) y «¿qué tipo de *trabajo* es ése?». Recurrió a su táctica habitual; nada en particular, un truco inocente, una mezcla insignificante de

hechos: todos somos, en términos generales, unos escritorzuelos, así que ha declarado ser periodista, lo que conlleva inevitablemente a una aburrida e insoportable aclaración: «¿a qué periódico representa?». Desmoronándose interiormente por el pateo cada vez más intenso y demoledor, mascullaba algo sobre una colaboración por Internet y unas emisoras de radio; recordó su estatus de corresponsal independiente («¿qué quiere decir *independiente*?, ¿eventual?»); pues bien, ellos mismos encontraron una palabra mejor: *eventual*, así que él asentía con la cabeza a la respuesta de este eventual suyo, pero no consiguió aprovechar aquel breve alivio. Resultaba igual de imposible tantear con los hombros algún soporte: respaldo, pared, tierra firme, alguna cosa; ¡no, los taburetes no tienen respaldos! Lo mismo con los policías de investigación: no te dejan respirar ni un segundo, especialmente cuando cada vez queda menos aire en tu interior. «Es la cabeza —entendía Pepa—, es el oxígeno que no llega a donde debe», y ellos, en este mismo instante, claro, quieren saber qué temas precisamente, y sobre qué, y cuánto se cobra actualmente en esas emisoras de radio, y quién financia esos programas, etcétera; y por eso uno de ellos se desliza, pasando hábilmente entre dos chorros de agua de la pared, allí, en el mismo extremo del espacio visual de Artur. Porque en primer plano está aquél, el que luego resultará ser el Primero, o sea, su cabeza inclinada demasiado cerca, toda cubierta de heridas microscópicas del afeitado, y «¿adónde se dirigía, qué hacía aquí?».

—«Taberna “En la luna”» —responde alguien desde el cuerpo de Artur—. Es un balneario. En Dzindzul. Me invitaron. Vivo allí. Ya hace unos días. Una especie de conferencia.

Pero en ese momento Artur se da cuenta de que aquel otro dentro de su cuerpo manipula los hechos con sus respuestas; estúpido, porque a la pregunta: «¿qué conferencia, qué tema, sobre qué, qué tipo de, características?», no tenía nada que contestar (y, en realidad, ¿cómo se llamaba todo aquello, qué coño ponía en aquella invitación?). La cabeza del Primero se da cuenta de su incapacidad («¡qué rara su conferencia! ¡Usted mismo no sabe qué hace allí!»); es evidente que no se conforma con lo conseguido:

—¿Quién más está con usted en Dzindzul?

Artur enumera sus nombres lentamente, aunque cada vez falta alguien. La cuarta vez empieza desde el principio, dejando a Roma para el final, pero ellos: el Primero, y el Segundo (este último, en este preciso momento, salta de detrás de las espaldas de Artur) la emprenden al unísono contra el austríaco:

—¿Quién es ese fotógrafo? ¿Desde cuándo se conocen? —y luego, de repente—: ¿Por qué lleva la cabeza vendada?

Artur (¿o quizás aquel otro?) dice algo sobre un duelo de espadas, y esto suena como una última muestra de su estúpida impotencia.

—¿De espadas? —Artur oye desde el lado de la puerta—. ¿Tenía intención de matarle con una espada?

Ah, vale, ya ha vuelto el Tercero; y no viene solo, sino con un papelito.

—No, en absoluto, todo aquello no era más que una broma, mejor dicho: una estupidez... Un duelo de espadas...

Artur consigue expresar una excusa nada satisfactoria, a lo que el Primero, tras leer atentamente el papelito, le replica:

—Unas personas tan respetables, tan conocidas, ¿y hacen este tipo de estupideces? Han venido a una conferencia, y ¿a qué se dedican?, ¿a las espadas, a la esgrima?

—Era una idea estúpida.

El otro dentro de Artur hace que el asunto fracase totalmente.

—¿Bebe mucho? —se agarra a sus palabras el Primero—. ¿Fue usted quien firmó en su momento esta carta?

Artur no entiende de qué carta hablan, y aparta de su cabeza la idea de la irreversibilidad de sus síntomas: la tensión en el lado izquierdo del pecho, la alocada carrera del músculo cardíaco, el aumento del nerviosismo («¡oye, tú: ahora no, ahora no, ahora no, te lo suplico!»); así pues, la carta, la carta abierta que hacía referencia a aquel reportero fisgón asesinado... Es poco probable que pueda, aquí y ahora, explicárselo todo como es debido:

—... digamos que existe una forma de *reacción no violenta a ciertas peligrosas tendencias sociales*... («qué mal dicho está, no, no es eso, simplemente me asusta ver cómo este don nadie se permite jugar con nosotros y llevarse por la noche a nuestros mejores hombres, esparciéndolos a lo largo de la vía férrea»); sí, la he firmado («está claro que desde ahora irán a muerte y sólo espero no mearme cuando me desmaye»).

Para conseguir este objetivo no se detendrán ante nada; así que, discutiendo a ladridos, el Segundo y el Tercero atacan desde flancos opuestos:

—Y, por cierto..., este, este fotógrafo..., este, para que lo sepa, esos objetos industriales, ¿entendido? Y los militares también, ¿entendido? Espionaje, ¿entendido? Datos confidenciales: ¡eso es!

El Primero le miró directamente a los ojos (esta vez, muy de cerca, ¿con qué coño se afeita?):

—¿Se encuentra mal? ¿Por qué está tan blanco? ¿Tiene resaca? ¿Dónde ha pasado la noche? ¿Por qué se opuso a la detención?

(«Qué decir a todo esto, tienen tantas preguntas, y yo, estoy sólo aquí, ¡si estuviéramos aquí las doscientas personas que firmamos las cartas abiertas!»).

—Tengo que echarme un rato en algún sitio —Artur (¿o, quizás fuera el otro?) apenas si movía la lengua—, dejadme un cuarto de hora, normalmente se me pasa, enseguida me encontraré mejor, contestaré a todas vuestras preguntas, pero no, así no, de golpe, no. Tengo que respirar aire fresco.

Ya no sabía si había pronunciado al menos la mitad de todo esto, o si sólo intentaba pronunciarlo: los ruidos internos le impedían oír sus propias palabras. Pero en ningún caso debía decir nada sobre lo de mearse, porque seguro que se aprovecharían, y entonces no le dejarán ir a ninguna parte.

—¿Podrá caminar? —le preguntó uno de ellos, desde un lado, y desde muy de lejos.

—Sí —Artur se pasó la lengua por los labios y se levantó del taburete.

—¿Quiere que le llevemos del brazo? —le dijo otra voz, también desde un lado, pero esta vez desde muy cerca.

—Puedo yo solo.

Hizo un ademán con la mano y en este instante se vio a sí mismo echarse boca arriba, fuera, en medio del patio, sobre aquella nieve pantanosa, con el cogote sobre el fango sucio y viscoso, sobre todos los arroyos primaverales habidos y por haber, a un lado de la cerca de color *caqui* y de la torre de observación vacía y chirriante que se balancea sobre las patas traseras bajo el ahogante y tenaz viento, en este territorio despoblado del antiguo cuerpo de guardianes adonde le habían arrastrado hace unas horas (en realidad, no ha pasado más de una hora, pero recordemos lo largo que le pareció aquel día). Así, se echó sobre aquella nieve y se durmió hasta que la nieve se derritió del todo.

Ahora arrastraba sus pies por aquel pasillo igual de desaliñado y húmedo, con las mismas chorreras y manchas secas de agua en las paredes, con el mismo hedor a hongos. Le colocaron en medio de aquel triángulo, por lo que las esperanzas del *carguen*, *apunten* quedaron enterradas enseguida: de todas formas, era imposible escapar de allí. Aunque había unas puertas de metal con las ventanas enrejadas, tres o incluso cuatro puertas a ambos lados: todo aquello era una señal de una herencia eterna; en estas cámaras habían estrujado los huevos a más de uno de los nuestros, porque no era sólo una celda de arresto; ¿qué hacía aquí una celda de arresto?, y de dónde podía haber salido, así, sin más, en los tiempos de la guerra fría; no, esto olía a los años cuarenta, aquí mataban de un balazo en la nuca, y esto aún podía considerarse una manifestación de misericordia suprema, tras todos aquellos ciclos anteriores poblados de alambre espinoso, clavos calientes y zapatos repletos de sangre. Y he aquí un breve curso de historia de las aulas adaptadas de la región de los Cárpatos, una novela muerta antes de tiempo.

Artur Pepa, en cuanto pudo, apuntó hacia la otra puerta, la de entrada, detrás de la cual ya se adivinaba el patio y el viento, pero allí estaba uno de los maderos, el del kalashnikov, o quizás fuera otro, pero también llevaba un kalashnikov; estaba fumando en el umbral, y en cuanto vio en el pasillo a todos los mandos civiles junto con el *sospechoso*, tiró la colilla al viento, dio un portazo e hizo sonar las llaves con diligencia («a la izquierda, a la izquierda»), uno de los de atrás consiguió penetrar en la oreja de Artur y le apartó de la puerta de entrada, obligándolo a dirigirse a otro pasillo). El siguiente madero, que iba por delante, hizo rechinar las llaves sin orden ni concierto en algunas puertas más; finalmente la cerradura cedió y empujaron a Artur al interior de una habitación relativamente más seca, donde sobre dos escritorios desgarrados puestos juntos, estaba, cubierto hasta la cintura con restos de sacos viejos, el cuerpo de Karl-Josef Zumbrunnen.

—¿Sabe quién es? —la voz del Primero resonó en sus heridas.

«¿Neva o Sputnik, Sputnik o Neva?», habría preguntado Pepa a todas aquellas heridas, en pentámetro yámbico, pero en otras circunstancias; entonces sólo dio dos o tres pasos en dirección a la pared, donde había una pila de periódicos viejos y amarillentos amontonados en el suelo. Tuvo que echarse hacia delante para no caer. Se apoyó en la pared con una mano.

—¿Sabe quién es? —se alzaron dos voces más—. ¿No oye lo que le están preguntando? ¿Por qué no dice nada? ¿Por qué palidece? ¿Sabe o no sabe quién es?

Pepa sólo sabía las dos cosas que normalmente se dicen de los muertos: *o parece una persona totalmente distinta, o es igual que cuando estaba vivo*. Pero ahora no podría decir ni una cosa ni otra, y, claro está, no era porque no llevara las gafas sobre su cara alargada, quizás demasiado alargada.

—Es él —dijo Artur Pepa.

Su mano se deslizó pared abajo, pero el Segundo y el Tercero le cogieron por los codos y le obligaron a enfrentar el cadáver de Zumbrunnen.

—¿Quién es? —el Primero no se conformaba—. ¿Puede decirnos su nombre *articulando correctamente las palabras*? ¿Conoce a esta persona?

—Zumbrunnen —Artur oyó su voz como si viniera desde muy lejos—. ¿Por qué está muerto?

—¿Por qué está muerto? —volvieron a preguntar los tres, casi al mismo tiempo, pero cada uno acentuando una palabra diferente: *por qué, está, muerto*. Y entonces, como si se tratara de la más astuta de las trampas, los dos, el Segundo y el Tercero, en las dos orejas de Artur, le preguntaron:

—¿Y usted no sabe por qué?

Las reservas de aire en los pulmones y el cerebro se agotaban con cada vez más celeridad; la sensación de infortunio se dejaba caer sobre su cabeza cada vez más ensordecedoramente y nublabá el trabalenguas sincopado del Primero, del cual Pepa sólo pillaba algunas señales: «llamada anónima... cuerpo en la orilla... según los datos anteriores... ciudadano extranjero... numerosos traumas... muerte llegó aproximadamente a las... lámina de plata con el nombre... habitante de la ciudad de Wien... Viena, capital de Austria... como resultado del golpe con un objeto pesado... no descartamos que... de siete a doce horas en el agua... sin duda, un homicidio...», y algo más que había entre estas palabras y que, seguramente, les añadía un sentido y un orden mucho más densos.

Y sólo entonces, cuando el Primero cambió bruscamente de entonación y le clavó el dedo en el pecho («¡sospechamos de usted!, ¡sospechamos de usted!, ¡sospechamos de usted!»), Artur Pepa finalmente se dio cuenta de que precisamente éste era el Primero aquí, y que, por lo tanto, no tenía sentido mover la cabeza desgreñada hacia todos lados, resistiéndose a sus «confiese», sino que era necesario conseguir que aquel Primero oyese su...

—... ¿cómo se llama?... ¡coartada!, una coartada: tengo una coartada, yo

también entiendo algo de novelas policíacas, aquella noche estaba durmiendo, mi mujer estaba a mi lado, en la misma cama, pero dónde está ahora, me encuentro mal, abrid la ventana, ella os lo confirmará todo, ¿adónde la habéis metido?

—¿Coartada? —al Primero, esta palabra le hizo una gracia tremenda—. ¡Claro: *coartada*! ¡Así se llama! Pero ¿por qué les siguió? Porque aquella noche les siguió, ¿verdad? ¿Es ésa su coartada?

«Si no fuese por este golpeteo que surge de mi interior —pensó Pepa—. Si no fuese por este deshielo, por esta catástrofe climática, por estas trescientas treinta pulsaciones por minuto...». Dio dos pasos hacia atrás, sobre aquellos periódicos amarillos, y topó con los hombros contra la pared. Aquello le dio fuerzas:

—Bueno, si soy yo, entonces, ¿por qué motivos? («¡*motivos!*, ¡*motivos!*, ¡la palabra exacta!»), digan, por qué motivos, ¡mediocres!

Pero el Primero ya lo estaba esperando, porque enseguida empezó a contar mostrando los dedos: «Una borrachera cotidiana, un pique entre borrachos, el impulso natural de alardear delante de aquel extranjero, los celos, ¿no le parece suficiente?». ¡Porque a ellos les será más que suficiente!

—¡Celos! —Pepa intentó reírse, pero no pudo—. ¿Qué celos? ¿Por qué razón? (sí, claro: *razón*, la palabra exacta: ¡*razón!*).

Sin apartar su mirada melancólica del cadáver grisáceo dispuesto sobre las mesas juntas, el Primero contestó:

—Pues, por lo menos, por la razón de que su mujer ha compartido cama con este pobrecillo durante unos cuantos años. Compartir cama, ¿lo entiende? Eran amantes. Y todos lo sabían. ¿Acaso usted no lo sabía? ¡Nadie creerá que no lo sabía!

»¡Nadie le creerá! —en los ojos de Pepa saltaron el Primero, el Segundo y el Tercero, o más exactamente, sus bocas y sus pómulos—: “¡Decenas, centenares de personas lo sabían, todos lo sabían, sólo hablaban de ello, sí!”.

Los periódicos se deslizaron por debajo de sus pies. Le hubiera gustado echarse boca arriba, de la manera más silenciosa posible, para no enfadar al otro que llevaba en su interior. Pero allí había una pared.

—¿No puede hablar? ¿Le traigo agua? ¿Tiene miedo a los cadáveres? ¿A la muerte? ¿Quizás fue usted quien la provocó? ¿Por qué se queda callado? ¿Qué hizo anteayer noche? ¡Los ojos! ¿Por qué ha puesto los ojos en blanco? ¡Confiese, se sentirá mejor!

Saltaban el uno delante del otro con sus preguntas; no, eran las preguntas las que saltaban de ellos, pero, sobre todo, de ellos saltaba aquel «confiese», e incluso ya no el «confiese», sino su más profesional «canta», como si en cada uno hubiese penetrado un Oleg Skrypka, y todos juntos repetían «canta, canta», y también: «finge un accidente». Entonces trajeron a Roma Vorónych. Su aparición fue calculada al minuto: la hicieron esperar en el pasillo lo justo para llevar el asunto hasta el final; así que ahora ella estaba aquí, pero se quedó suspendida en medio, casi en el aire, extendiendo una mano hacia la frente vendada, y la otra hacia los párpados de

Zumbrunnen... *Careo...*, así, por lo visto, debería de haberse llamado, aunque en realidad era sólo una exclamación muda, ahogada en un sollozo.

Así pues, perdiendo el conocimiento, le dio tiempo a dirigirse por último a Alguien: «Oye, Tú, te había pedido: ¡ahora no, ahora no!», y luego, deslizándose en su soledad y su aislamiento absolutos, ante su «canta» incesante y monótono, ante la mano que Roma le tendía, sintiéndose pesado y contraído, consiguió alzar el dedo medio delante de sus narices, como si quisiera acentuar algo. El Segundo y el Tercero se apartaron, él (¡por segunda vez en un solo día!) cayó ruidosamente con todo su cuerpo, esta vez sobre el montón de periódicos, sobre su amarillez crujiente y cubierta de polvo, sobre todos estos retratos, artículos de fondo, telegramas conmemorativos y cartas de trabajadores.

Pero esta vez la negrura que le engulló tenía expresividad propia. Le llevó por un túnel hasta algún lugar más allá de la envoltura derretida de aquel mundo, del goteo de las aguas desheladas, de la primavera montañesa insoportablemente lánguida; se encontró llevando unas mangas anchas de lana, de manera que el choque del cuerpo con las paredes blandas no le hacía ningún daño, hasta que finalmente unos desconocidos sistemas neumáticos dispararon contra él, como si de un cañón de aire comprimido se tratara, y salió volando hacia fuera, a alguna parte..., a otros pasillos, con otra luz, donde trajinaban un montón de solicitantes tras las puertas cerradas de los despachos. Entre ellos se cruzaban continuamente palabras sobre algo, pero Pepa no podía distinguir ninguna, excepto que todos querían entrevistarse con Ilko Ilkóvich. Luego consiguió oír su propio nombre, pronunciado por la voz megafónica del operador, y entendió que le estaban llamando.

Entonces los otros se apartaron disgustados, le dejaron un paso estrecho y, empujado por fuertes corrientes de aire en la espalda y el culo, cruzó a trompicones el umbral de la *sala de máquinas*, donde desde el fondo, desde un *tablero de mando* rodeado por todos lados de decenas de *pantallas* encendidas, le miró un centelleo amarillento, encerrado en los contornos imprecisos e inestables de una figura humana. Artur Pepa empezó a frotarse con fuerza los ojos para poder ver por lo menos algo de aquella emisión, pero aún fue peor.

—¡Bienvenido! —dijo la figura amarilla con voz masculina, de la cual de repente salió un pijo comunista, socialmente activo y eternamente joven, peinado con raya y con la corbata torcida hacia un lado—. Por desgracia, no he podido encontrar el momento de visitarles a todos en Dzindzul. ¿Sabe?, me ocupo de demasiadas cosas, y la fiesta está al caer. Y tengo que acabarlo todo a tiempo.

Señaló las pantallas con la cabeza: se podían ver decenas y centenares de películas, argumentos, clips, cambios de plano fulminantes, contornos y diafragmas que temblaban y muecas que giraban sin parar.

—¿Es usted Vartsábych? —Pepa había adquirido la capacidad de adivinar.

—Pues sí. Tengo demasiados nombres para poder anunciar aquí la lista completa. Pero ¿para qué los quiere? Espero que esté un poco mejor. ¿Cómo respira?

Artur Pepa sentía realmente un alivio indescriptible; había olvidado su taquicardia en alguna parte, en el abandonado envoltorio corporal sobre el montón de periódicos amarillentos.

—Tengo que expresar mi admiración por su esposa, la ciudadana Vorónych —continuó el anfitrión—. Me pidió defenderle..., y no pude negarme.

—¿De qué me habla? —pidió explicaciones Pepa.

—De la telefonía móvil.

El anfitrión centelleante señaló de nuevo con la cabeza en dirección a las pantallas, donde las voces de unos payasos demoníacos empezaron a chillar de repente algo así como: «¡Comunícate Librementemente... Vive Móvilmente!». Y entonces, desde todas las pantallas a la vez, mirándose los unos a los otros, gritaron: «¡Comunícate Sabiamente... Vive Locamente! ¡Comunícate Dignamente... Vive Frígidamente! ¡Comunícate Elegantemente... Vive Estúpidamente! ¡Comunícate honestamente... Vive honestamente!», después de lo cual toda esta hampa de pantallas se echó a reír como loca y continuó riéndose hasta que el anfitrión agitó su rayo de color amarillo saturado.

—Por suerte, su mujer llevaba este juguete encima. De hecho, no era el suyo, sino el del pobre Karl-Josef. ¿Quizás esperaba que él le llamara a su propio móvil? Aunque por aquellas montañas nuestras es difícil llamar a nadie, ¡también es cierto! Pero ¿y por qué no desde el más allá? En cualquier caso, me parece muy bien que ella hubiera pensado llevar consigo este trasto, y aun mejor que hubiera conseguido extraer de la memoria mi (me refiero al de Vartsábych, Ilko ílkovich) número de teléfono.

—Todo esto es una vil mentira —chapurreó Pepa.

—Yo no diría eso —le replicó su anfitrión, un tanto ofendido—. Cuando los llamados defensores de la justicia la llevaron al interrogatorio para esclarecer lo antes posible lo que ellos llamaban «el molesto asunto del cadáver del austríaco», ella, igual que usted, no sabía nada del asesinato. Pero sabía que tenía que salvarle a usted. Le habían golpeado a usted en el pecho con un fusil, como si fuese un bandido, y usted cayó sobre la nieve. Eso fue todo lo que ella vio, luego la llevaron a lo que ellos llaman *la dacha* (una antigua clínica psiquiátrica para mujeres), donde la encerraron en una celda fría, y entonces tuvo tiempo de acordarse oportunamente de mí. Tardó un buen rato en recordar mi número, y luego se le ocurrió que Karl-Josef debía tenerlo en la memoria del teléfono; y lo tenía, pero no en la W, ni en la V, sino en la B, como si me llamara Bartstábych... Pero ¿qué sentido tiene hablar de esto?, ¡este Karl-Josef Zumbrunnen era una persona sumamente despistada!... Menos mal que un día ella le había copiado su código de acceso personal... Usted comprenderá que sus relaciones eran bastante íntimas...

El comunista pijo se estaba convirtiendo disimuladamente en una chismosa señora mayor ocupada con sus propios trabalenguas y suposiciones.

—Ella le llamó, ¿y?... —Pepa le recordó el hilo de la historia, sacando al

comunista de detrás de aquella chismosa.

—Y dijo... —sonó el teléfono y él comenzó a hablar imitando la voz telefónica de Roma—: «Señor Vartsábych, no le conozco y usted tampoco me conoce a mí, pero nos han cogido a mi marido y a mí. Somos sus invitados, ¿no hará nada por nosotros? Quizás ellos le obedezcan, están pegándole, le matarán...». Ella lo pronunció así, con su voz trémula y femenina —continuó *aquella cosa*, poniendo fin a su imitación de Roma—, y no dejó de hablar de mi omnipotencia hasta que le dije: «Está bien, haré lo que pueda».

Esta palabra probablemente ya no podía pertenecer a la señora chismosa, de modo que apareció de nuevo el hombre público con la raya a un lado.

—Entonces rompió a llorar; y muy oportunamente —continuó él—, porque precisamente en aquel instante llegó una mujer, que resultó ser mayor del distrito, para registrarla. Entonces le quitaron el móvil, pero por culpa de su bajísimo nivel de conocimientos profesionales no supieron cómo desbloquearlo: los especialistas más listos habían montado su propio negocio, algunos se habían ido al extranjero, porque ¿quién soy yo para que se deslomen por veinte pavos al mes? (Pepa notó cómo, por momentos, Vartsábych se convertía en un genio informático que pretendía burlar los códigos de la manera más brutal), era por eso que miraban aquel móvil como si fueran esquimales. ¡Y pensar que ya le consideran el asesino, estos Pinkerton^[106] de mierda! ¡Es una parodia de la parodia! ¿Qué clase de asesino sería usted?

—Yo también me lo pregunto —suspiró Pepa, y de repente ante él empezaron a abrirse otras facetas de aquella historia—. Todos somos un poco asesinos. Pero ¿quién?, ¿quién lo hizo en realidad?

De la pantalla izquierda de la sexta fila superior le miró un enorme ojo turbio atravesado por unas vetas rojizas. Luego la cámara se echó hacia atrás, y el ojo resultó pertenecer a una jeta arrugada y barbuda. De hecho, había dos jetas de éstas, atemorizadas y babeantes, que corrían de un lado a otro por el espacio de los monitores, como si trataran de salir de allí.

—Ya los han cogido —sonó el comentario de Vartsábych, que esta vez era una mezcla entre bull terrier y gorila—. Dos pringados de los alrededores; nadie, mierda malcagada, quinquis y yonquis. La pasta les volvió locos, les pareció un montón, ¡venga a por las pavas, fiesta! Un hijo de puta, ya lo conoces, les sopló la dirección y los teléfonos de Lilka y Marlenka. Entonces los dos, por aquí y por allí, luego una marcha loca, luego una de las chavalas vio, de pura casualidad, que Dushmán llevaba la cartera de este Karlushi y se acordó de que era la cartera de Karlushi, bueno, mira, de pura casualidad: era una cartera de categoría, buena marca, pues pensó que igual se la habían robado o la habían encontrado por la calle, fíjate tú. Y ya borrachos, los pringados se pusieron de mala leche, empezaron a discutir y a putear a las pavas, y dale que te pego, los muy jodidos pillaron a Marlenka y venga a estrangularla entre los dos, la pobre por poco no la palma; entonces Lilka se echó a correr, llamó a mis muchachos y les dijo que unos pringados que iban tirando pasta extranjera se habían

puesto chulos. Los míos fueron pitando, dieron una paliza a aquellos gilipollas, toma ya, luego les obligaron a cantar, ¡jjo!, los pringados habían matado a un guiri, me cago en la leche... ¿Sabes?, mi gente no se mete en estos líos, los han entregado a la pasma, que los hagan cantar a su manera. Y ahora ya están cantando; hay que tener cojones para cargarse a uno de mis huéspedes...

—Y es que *lo liquidaron*, literalmente —dijo el niño prodigio que, saltando entre aquel centelleo amarillo, se había colado delante del silencioso bull terrier—. El cuerpo cayó en la Corriente..., y se hizo líquido. En estos casos la etimología nunca ha trabajado en interés de la semántica: le golpearon en la cabeza y le liquidaron. Aunque en realidad ellos sólo son un instrumento.

En la pantalla izquierda de la sexta fila superior centellaban las huellas dactilares, los rostros deformados de los interrogados y de los que interrogaban, el temblor de las manos, los gemidos, la rabia y el rechinar de los dientes.

—Aunque en realidad ellos son un mero instrumento —repitió aquella primera voz: Vartsábych-i.

Y el resto (la señora chismosa, el banquero comunista pijo, el bull terrier, el *hacker* virtuoso) corroboraron desde el centelleo amarillo:

—En realidad, son un mero instrumento.

Artur Pepa se quedó un rato en silencio, mirando el centelleo de las pantallas. Le pareció estar en el interior de un misterio a punto de ser descifrado.

—¿Para qué necesitabais su muerte? —preguntó Pepa de forma inesperada incluso para él mismo.

—¿Y para qué sirve de hecho la muerte? —le contestó el maníaco inventor desde la silla de ruedas.

—¡Para la eterna renovación! —se echó a reír maliciosamente un liliputiense de circo con una barba que le llegaba hasta las rodillas.

—Para el homenaje a Antónich —recordó el niño prodigio—. Para su regreso eterno.

—Pues para que su hija..., perdón, su hijastra se libre finalmente de la opresión de su virginidad —de nuevo apareció la señora chismosa delante de todos.

—Y para que su mujer, la ciudadana Vorónych —el comunista pijo se abría paso a codazos entre el resto—, a la hora de elegir entre usted y su amante, finalmente se decidiera por usted y no, digamos, por Orfeo...

—¿Por quién has dicho? —volvió a preguntar Pepa sintiendo cómo se le secaba la garganta.

—¡Por Orfeo! —gritaron todos a la vez: el comunista, el bull terrier, el niño prodigio, el inventor maniático, el liliputiense, la señora mayor, el *hacker* virtuoso, la tía, la bruja, la puta vieja con la nariz de garfio, la loba, la corneja, e incluso el sueño, porque todos ellos eran Vartsábych, o más precisamente, aquella sustancia de color amarillo intenso que estaba en el panel de control.

—¿Y usted no se ha dado cuenta? —preguntó aquello desde allí.

—¿Quiere decir que fue un asesinato ritual? —Pepa se aprovechó de aquel rayo de luz.

—Todos los asesinatos son rituales —dijo aquello.

—Pero tiene razón en que por mi parte fue un acto de libertad artística.

—¿Es usted el diablo? —preguntó directamente Pepa, aunque de tanto que se le había resecado todo no estaba seguro de que le hubieran oído...

—Soy el autor —dijo aquello alegremente, como burlándose—. O, por lo menos, el propietario de los derechos de autor. Y precisamente ahora ha llegado mi turno en la función. O sea, ahora me convertiré en el *Deus ex machina*. ¿No recordará usted el número de teléfono de Zumbrunnen?

Pero Pepa no se acordaba de nada semejante: tenía la mirada clavada en la última pantalla de la derecha de la fila trece inferior, en aquella habitación, aquel ajeteo de los maderos, en el cuerpo cubierto hasta la cintura y puesto sobre las mesas de oficina; Roma y otro cuerpo: su propio e inconsciente cuerpo.

—Bueno, yo mismo lo puedo recordar sin su ayuda —aquello se estremeció de risa desde las pantallas y se puso a marcar una serie digital larguísima.

Algo sonó en la pantalla, y el Primero agarró de la mesa el teléfono decomisado a Roma durante el registro. Su «diga» sonó entre cauteloso y sorprendido.

—¿Comandante Voshyvlyuk? —empezó a oírse desde el tablero de mando—. Aquí Vartsábych Ilko ílkovich. ¿Me conoce?

Al Primero se le cortó la respiración; no obstante, supo pronunciar, disciplinado, su: «Así es, Parshyvlyuk al habla», después de lo cual se encorvó, cada vez más aturdido por la retahíla del Propietario desde el más allá.

—Parshyvlyuk, ¿cómo va? ¿Bien, eh? ¿Qué tal su humor en vísperas de la fiesta? ¿Normal? ¿Problemas? ¿Y quién no los tiene hoy en día? Vorshyvlyuk, escucha, te llamo porque tus hombres se esfuerzan demasiado: han cogido a dos de mis huéspedes por nada, un hombre y una mujer, bueno, como si hubieran matado a alguien, a un austríaco o algo así. Pues eso, mis chicos han descubierto por casualidad a los verdaderos. No, a los que le han matado de verdad. No, ya os los hemos entregado para que procedáis. Ya están cantando, Profanyuk. Así que date prisa, deja libres a mis huéspedes, ¿eh? ¿Me has entendido, comandante?

Aquél supo inclinarse más abajo todavía, y luego repitió tres veces su: «Ningún problema, Ilkóvich».

—Pues bien —dijo satisfecho el *Deus ex machina*—. Deja libres a mis huéspedes; les enviaré un coche, ¿entendido?

Y vete a casa, hoy es sábado, ¿sabes?, hay que bendecir el pastel, los huevos, etcétera. Y yo a ti también, Zashyblyuk, venga, relájate, nos llamamos durante la semana.

Las pantallas se fueron apagando una tras otra, de arriba abajo y de izquierda a derecha; desaparecieron todas las películas, argumentos y clips del mundo, se congelaron todas las historias prenavideñas con los planos torcidos, las muecas y los

gestos humanos.

—¿Artur Pepa? —retronó desde el mando.

—Yo mismo —dijo aquél, retrocediendo hacia la salida.

—Es libre. Puede irse. Hasta la vista.

—Espasmo coronario —oyó Artur Pepa por encima de su cabeza.

—Prestad atención a la transpiración —añadió alguien más.

—Sí, está mejorando —dijo otro que conocía el tema.

Roma estaba más cerca, le quitó con cuidado aquella venda grisácea, luego le empapó la frente y las sienes con una esponja húmeda y él regresó finalmente a aquella habitación, la más seca de todas. Y aunque entonces era tremendamente difícil definir por el color de la piel cuál de aquellos dos hombres estaba más muerto, Artur Pepa sintió de verdad que le *habían dejado* (la negrura que se diluía y se tornaba cada vez más clara, la aparición de los primeros contornos y colores, la desaparición del zumbido en los oídos, el ruido de desagüe detrás de la ventana abierta de par en par, el descubrimiento por parte de sus pulmones de la capacidad dichosa de respirar aire y —lo que más le satisfizo en aquel momento— el sudor abundante de alivio, señal de su salvación: ¡ahí va una prórroga más, estúpido!).

Luego todos salían y volvían a entrar. A veces se quedaban a solas, Zumbrunnen y él; luego Roma dijo que el coche les estaba esperando.

—¿Podrá usted levantarse y marcharse? —preguntó con compasión el Primero.

Artur Pepa se levantó del suelo, los periódicos pegados a su espalda cayeron ruidosamente, luego le dieron su capa y su huevo pintado, incautado durante el registro. Lo puso mecánicamente dentro del bolsillo, en el corredor. Aquél mismo, el del kalashnikov, el madero de guardia, le cogió con cuidado por el brazo, pero, en cuanto cruzó el umbral, Pepa se liberó impacientemente de su tutela y se echó a correr hacia la esquina del edificio. Empezó a mear entusiasmado y durante un buen rato taladró con su chorro de un color increíblemente claro alguna cosa parecida a una brecha en el blando barro recién liberado de la nieve. Tras hacer lo que tocaba, el viento caliente huyó a algún sitio lejano; la primavera estallaba por todas partes con nuevos olores cada vez. Pepa se subió la cremallera; por la espalda le alcanzaban las últimas recomendaciones, un tanto culpables, del Primero («yo, en su lugar, iría al médico, ¿sabe?, esos dos minutos *inconsciente* no son ninguna broma»), partió por los patios de la antigua mazmorra, esto es, la celda de arresto, en dirección a la valla y a la salida por el lado de la carretera. Y ya cerca de una ventana que estaba medio abierta y que colgaba torcida de las bisagras, alcanzó a Roma y le preguntó:

—¿De verdad te acostabas con él?

Resulta curioso que el mismo automóvil todoterreno, con el mismo motor militar kraz, les estuviera esperando fuera. El conductor también parecía el mismo: orejas grandes, cogote fuerte, chaqueta negra de piel. Y sobre todo, aquella pancarta con aquella misma inscripción: PROGRAMA HUMANITARIO «DE LOS HÉROES DE LOS NEGOCIOS A LOS HEROES DE LA CULTURA». Y ahora los dos estaban

sentados dentro, al fondo, lejos del chico que iba al volante, los verdaderos *héroes de la cultura*, la señora Roma Vorónych y su marido, Artur Pepa.

El camino presentaba cada vez más baches: empezaron a salir despedidos de sus asientos traseros, Roma miró varias veces a su marido con ansiedad, por ambos lados de la carretera vagabundeaban los lugareños con sus cestas de fiesta en las manos. El conductor de orejas grandes adelantaba todo lo que veía, los transeúntes se arrimaban asustados a las zanjas y los bordes rocosos, se ponían a salvo de los chorros sucios que salían por debajo de sus ruedas, no quedaba ni una sola huella de la nieve derretida: sólo los postes rotos y los árboles testimoniaban el escándalo nocturno. Pero precisamente cuando cruzaron otra vez el cauce enfurecido del Río y avanzaron por el camino hinchado del bosque, Roma se agarró a la manga de su capa.

—¿Por qué lo preguntaste?

Pepa se despertó de su entumecimiento y respondió, no tanto a ella como al bosque detrás de la ventana, a todas aquellas ramas que rozaban inquietas las ventanillas del coche.

—Quería saber qué se siente al hacerlo.

Roma no entendió nada, pero él tampoco quiso explicarle nada sobre el cuerpo que hacía el amor con ella, sobre su contemplación estando ya muerto, sobre la inmovilidad y las viejas mesas de oficina puestas juntas. No tenía palabras para explicar aquello.

Las mujeres siempre lloran cuando miran a un muerto. Pepa tenía experiencia.

—Yo soy la culpable de todo —dijo Roma poco después—. Tienes que dejarme. Traigo la muerte. Él es el segundo, ¿sabes?

—Lo sé. Por eso no te dejaré. Quiero ser, al menos, el tercero.

Ella no apreció su broma, si es que aquello era una broma.

Tuvo que pasar un rato para que Pepa se atreviera a soltar aire:

—¿Aún le quieres?

—Me sabe mal que ahora esté solo. Nosotros nos quedamos aquí, y mañana es fiesta, y él ya no estará.

—Nosotros nos quedamos aquí, pero no por mucho tiempo —le recordó Pepa.

La cogió por el codo y, tras abrirse paso hacia su oreja a través del último resquicio entre el primer sollozo y el primer estremecimiento del hombro, exhaló lo único que pudo:

—Aunque no sabemos nada sobre esto.

Es extraño, pero ella se tranquilizó.

Luego se quedaron solos en medio del bosque: el chofer temerario de orejas grandes, como si fuese un especialista, hizo un trompo en el mismo calvero y les dejó bajar entre las anémonas marchitadas. Al despedirse, balbuceó algo parecido a «tienen que ir allí, a unos ocho kilómetros, en un par de horas estarán, mañana a partir de las tres enviarán el helicóptero; hagan las maletas y esperen: les vendrán a buscar para llevárselos antes del incendio», y tras cerrar precipitadamente la puerta,

se largó en la misma dirección por donde había llegado. Muy lejos, arriba, en la luz casi crepuscular y cubiertos de manchas de nieve, estaban esperando su regreso Dzindzul y el balneario, aquel punto inexpresivo en la misma cima.

Caminaban cuesta arriba, se daban de vez en cuando la mano y se apoyaban en la pendiente resbalosa. Tras alcanzar los arbustos de enebro más bajos, se detuvieron a descansar un rato. Pepa miró alrededor, observó las cimas inmóviles y dijo lo primero que se le pasó por la cabeza:

—En realidad, todo puede ser mucho mejor de lo que nos imaginamos.

IV

CONCLUYENDO

Karl-Josef Zumbrunnen estaba mirando a Karl-Josef Zumbrunnen. El segundo de ellos era un cadáver y yacía sobre las mesas de oficina puestas juntas, cubierto de la cintura para abajo con restos de sacos viejos. El primero, en cambio, estaba algo diferente, mucho más delgado. Aquella noche fue el momento de su liberación. Le resultaba extraño verse a sí mismo desde fuera y no en el espejo; en definitiva, se trataba del enfrentamiento de los dos misterios más importantes de la existencia: el encuentro de la Muerte con el Yo.

Karl-Josef, el que se había desprendido de su cuerpo, permanecía en algún lugar un poco más arriba, quizás en el techo, observando precisamente el que hasta hacía poco era su cuerpo: el comienzo de su desintegración, las primeras manchas en la piel y el resto de manifestaciones, también bastante previsibles: el enfisema gangrenoso, el verde cadavérico, el desprendimiento de la epidermis y la formación de ampollas llenas de icor. Karl-Josef lo sabía todo, aunque nunca había estudiado patología anatómica. Pero ahora lo sabía y lo entendía casi todo.

¿Sentía pena? ¿Quizás se sentía viscoso en aquella oscuridad atravesada por el claro de luna?

No se sabe. Sólo hay una cosa segura: que él no quería ni podía quedarse aquí mucho tiempo; la Luna le reclamaba. Por la mañana tenían que *expedir* su cuerpo a Chortopil, para el análisis forense, aunque éste no se le podría practicar antes del lunes, porque ¿qué forense hurgaría en aquel cadáver por Semana Santa? Y también era dudoso que se lo hicieran el lunes; lo más probable es que fuese el martes, o mejor pasadas las fiestas, el miércoles, así que por la mañana sólo tendrían que llevárselo a la *cámara frigorífica* para detener los *procesos de saponificación*. Pero Karl-Josef, de todas formas, ya veía como acabaría todo: la luz tenue de las lámparas de argón, el invernal tintineo metálico de los instrumentos afilados (¡el frío es esterilidad, y la esterilidad es frío!), el relleno meticuloso del protocolo en un diario especial, encuadernado y sellado, la monótona constatación de las tolerancias y las potenciales enfermedades incurables, igual que la extracción del cuerpo de guijarros, limo, dos o tres hojas oscurecidas de olmo, muy pálidas a causa de la flema de larvas y crisálidas. Y luego, Karl-Josef también pudo ver claramente aquella sutura cínica y negligente, cuando el mondongo arrancado se une a la ingle o a alguna otra parte. Ahora Karl-Josef podía ver también aquellos hilos gruesos y rígidos, y la aguja saquera de medio lápiz de largo, y la enfermera de la morgue, un poco loca (¡veintinueve años de *vida laboral en el mismo sitio!*), de busto caído, ojos amarillentos y pesado aliento de formalina.

Como fotógrafo, a Karl-Josef la oscuridad le gustaba tanto o más que la luz.

Pero ahora había adquirido una infinidad de nuevas habilidades: ver, saber y sentir. Y también, la de atravesarlo todo: su nueva estructura era más fina que las estructuras más finas de la materia. Así, sin esfuerzo alguno, salió fuera, a través del techo y del tejado de la antigua celda de arresto. Subió un poco más y entonces pudo abarcarlo todo, incluidos los dos maderos de guardia que echaban una cabezada en la

garita del anexo (la ropa desparramada por todas partes, el radiador eléctrico encendido y calentado al blanco, la mesita llena de vasos, copas sin vaciar, restos de comida y colillas sin acabar, el radiocassette Vesna, dos kalashnikov cargados y apoyados contra la pared, dos maderos sudados de tanto dormir, en calzoncillos y tendidos en el mismo sofá; no, no eran maricas, eran primos, familia: Iván Mykulyak y Shtefán Drakulyak). Tenían que vigilar este cadáver hasta la mañana siguiente. Y lo hacían.

Karl-Josef sintió por primera vez algo parecido a una extraña y dolorosa ligereza cuando consiguió, de nuevo sin ningún tipo de esfuerzo, subir y alcanzar aquella altura desde donde ven los pájaros. Se encontró en la misma corriente de luz de luna, densa y hasta palpable. La luna en el cielo aún parecía llena, y por eso un poco siniestra, aunque en realidad había conseguido su punto de plenitud el miércoles y ahora empezaba a menguar, cosa que sabían a ciencia cierta todos los astrónomos eclesiásticos. Karl-Josef también. Se giró como un pez en el chorro de la luz y por un instante indefinido (el tiempo para él ya era una cosa diferente) se quedó inmóvil. «Sin gafas —pensó—, sin anteojos, lentes o dioptrías adicionales». Ahora podía ver a través de todo lo que alcanzaban sus Ojos, hasta las profundidades.

Por ejemplo, podía ver cómo crecía la hierba, cómo el petróleo corría por los oleoductos, cómo los peces nadaban por los ríos y corrientes, aguas arriba y abajo. O los esqueletos en el fondo de las cuevas cubiertas y las calaveras en el fondo de los pozos tapados. O, digamos, los incontables TIR, inmóviles en colas larguísimas delante de los controles fronterizos, con los paquistaníes medio vivos, medio ahogados (esta vez estaba seguro de que no eran de Bangladesh, sino de Paquistán), apilados sin moverse bajo el doble fondo del suelo.

También veía miles de iglesias iluminadas por dentro, por todo el país.

Karl-Josef Zumbrunnen hizo un pequeño círculo encima del valle del Río y, sin dudar, se dirigió a Transilvania. Aquí ya no hay explicación posible; debemos aceptarlo como un hecho. Porque la mayoría de los muertos viajan al Oeste. Le vino a la memoria cómo imitaban de pequeños a los pilotos y con qué facilidad se lanzaban al agua, a la verde y cálida espesura del río en los alrededores del molino.

Pero ¿se puede llamar a esto memoria?

Se acercó a la Sierra encima del mismo pastizal Dzindzul y (nada podía pararlo, ni la llamada de la Luna) empezó a descender bruscamente. Resultó ser más fuerte no sólo que la Luna sino que él mismo: no todos los hilos estaban rotos. Voló siseando por encima de las puntas espolvoreadas de nieve de los arbustos de enebro, dobló el trampolín y aterrizó justamente en el edificio del balneario. Le *atraía*, era su Lugar, aquel edificio quimérico con zaguanes, terrazas y torres, con decenas de ventanas. Pero sólo dos de ellas estaban iluminadas. Y fue a la primera de ellas a la que Zumbrunnen se arrimó, o más exactamente, a la que se unió con todo su ser, golpeando contra el frío de su estructura blindada.

Detrás de la ventana estaba la habitación de Kolomea Vorónych. La chica estaba

medio tendida en el sofá cama sin deshacer y escribía sin cesar en su grueso block de notas, arrancando una por una las hojas que escribía. Aquélla era ya la página número ciento trece de su carta al amigo desaparecido, a aquel que se había marchado ayer, durante la puesta de sol.

«Yo sé —escribía Kolia en la página ciento trece— que estás dividido en dos, y que por eso eres eterno. Tú, que hace sólo una noche estuviste aquí y que tan bien me poseíste (Kolia tachó las últimas cuatro palabras) me liberaste cariñosamente de esta marca, de este sello, de esta insignia pegajosa..., me refiero a mi virginidad, que ya descansa con Dios, así que Tú eres el mismo al que he estado esperando toda mi vida (las tres últimas palabras las tachó), no te diré cuánto tiempo. Pero te diré que Tú eres diferente: *rechoncho, viejo y calvo*, un anciano gilipollas (tachó la última palabra), parlanchín, que parece un *hobbit*. Porque, como sé ahora, Tú existes en dos versiones. En la joven, tienes eternamente veintisiete años. Precisamente la edad que tenía Aquel Poeta la noche de su muerte. Y en la vieja, Tú tienes tantos años como habría tenido Aquel Poeta si hubiera vivido hasta hoy. Si no hubiera muerto joven. ¡Pero no me digas que no es así y que otra vez lo he confundido todo! ¡Vi cómo saliste de la veranda hacia los Embajadores de la Noche! Ellos Te estaban esperando en los arbustos. ¿Crees que estaba alucinando? (Toda la frase tachada). Y Tú me miraste por última vez por encima del hombro... ¡No eras Tú! (las tres últimas palabras, igual que los signos de exclamación, los tachó). Ajá, era aquel profesor que por medio segundo salió de Tu envoltura, porque Tú y él sois la misma cosa, lo sé. Creo que gracias a eso Tú puedes estar aquí y en la Luna. Porque en realidad sólo no es permitida una cosa: o estar aquí, o estar en la Luna. Estamos divididos en dos partes, ¿verdad? Por cierto, yo sé que ahora estás allí. ¡Ja! He visto cómo te disolvías en aquel claro de luna repugnante (tachó la última palabra), ¡ya estoy harta de ella! Y entonces los Embajadores de la Noche se convirtieron en tres mochuelos enormes y salieron de detrás de los arbustos. Tú caminabas arriba, por el rayo de la Luna, y ellos volaban por encima de Ti, un poco por detrás, como si fueran tu escolta».

Se vio obligada a escribir la palabra *escolta* dividiéndola en sílabas: *es-col-ta*. Las dos últimas letras pasaron a la página siguiente, y arrancó la ciento trece con la misma decisión y la lanzó al suelo, junto al sofá, sobre el montón de sus ciento doce predecesoras. Karl-Josef se dio cuenta de que más adelante escribiría sobre él.

«¿Sabes? —continuaba escribiendo ella—. Te estoy escribiendo, pero ¿cómo podré hacerte llegar esta carta? Porque nunca más aparecerás delante de mí, está claro. ¡Ahora tienes tantas doncellas para ti solo! ¡Todo un paraíso de doncellas! Respecto a los servicios públicos de correos, debo decirte que están fatal, Tú mismo sabes cuánto tardan si hablamos de la comunicación entre nosotros y la Luna. Prácticamente toda una vida. Pero a mí me importa un comino (cuatro palabras tachadas) no me importa: acabaré esta carta hasta los puntos suspensivos porque estoy segura de que alguien la leerá. Nosotros tenemos noticias. Ayer por la noche mi mamá y Pepa trajeron la novedad de que habían matado a aquel fotógrafo austríaco.

Cada vez pienso más en él (tachó la última frase). Ha muerto, pero yo, por lo visto, ¡no sabía nada, nada, nada sobre él! Y ya nunca lo sabré, por lo visto. ¿Cómo era el tío? ¿Por qué vino aquí, qué le arrastró hasta nosotros? No, no es eso, no es que piense en él, simplemente le estoy buscando con la mirada, porque ahora está por aquí. Por ejemplo, detrás de esta ventana. Cierro los ojos, giro la cabeza hacia la ventana, entonces cuento hasta diez: “uno-dos-tres-cuatro-cinco-seis-siete-ocho-nueve-nueve y cuarto-nueve y medio-nueve y tres cuartos-¡diez!”. Abro los ojos y detrás de la ventana no hay nada ni nadie, sólo la noche. Pero él está en algún lugar por aquí. ¿Quizás simplemente no tengo permiso para verle? Pero gracias a él entendí qué era el duodécimo anillo: es el círculo de la eternidad, el principio y el fin unidos, Alfa y Omega, todos nosotros y cada uno de nosotros...».

Karl-Josef Zumbrunnen, con el *nueve y tres cuartos*, saltó a tiempo sobre el chorro de viento y desapareció de delante de la ventana de la chica. Era evidente que no quería ser descubierto. De hecho, la carta que escribía Kolia le hizo reír por su patetismo, esta eterna característica de los jóvenes y de los vivos. «Además — recordó— esta chica lee demasiada literatura fantástica, y escucha a Morrison. Parece mística», decidió Karl-Josef.

En realidad, ya hacía rato que quería mirar por otra ventana... Y ya sabéis por qué. Con la misma decisión, se acercó y arrimó su cara al cristal.

Y entonces vio la habitación del matrimonio Pepa-Vorónych, apenas iluminada por una lámpara de noche. Artur y Roma, por lo visto, dormían. Pero ¡cómo que por lo visto! Dormían y punto. Dormían como duermen juntas las personas que se quieren. O sea, tan juntos, y tan cerca, y respirando tan al unísono, como lo hacen los que duermen juntos por amor. Era un sueño inefablemente profundo. Karl-Josef no intentó llamarla. La lámpara de noche encendida sólo podía significar que hacía poco habían estado haciendo el amor. La cara grande, que ocupaba la ventana entera al otro lado de la habitación, se convirtió en una mueca de dolor. Resultaba que aún podía sentirlo.

Ruptura, ruptura. Despedida, pérdida, ruptura.

Con todas sus fuerzas se apartó de la fría ventana *de estilo europeo*. Y así, cortando obstinadamente el aire nocturno, voló hacia arriba. Y sólo entonces miró otra vez abajo, a la Sierra de color blanco leche de los chorros lunares; el edificio del balneario por debajo de él había empequeñecido hasta tornarse un estúpido lunar sobre la piel terrenal.

Ningún radar fronterizo, como debe ser, descubrió sus movimientos celestes. Ya en el lado transilvano, Karl-Josef entendió por primera vez *quién* grita como un pájaro aquí. Él mismo apenas pudo salir del remolino de viento que resultó ser un potente y energético vórtice astral. Decenas, si no centenares, de almas volaban por este precipicio espacio-temporal, sin posibilidad alguna de salir nunca de él. Lo más probable es que la mayoría de ellas estuvieran condenadas a quedarse en esta máquina centrífuga hasta la eternidad. Karl-Josef supo escabullirse a través de un

tubo sin aire entre dos ciclones, cada uno de los cuales podría haberlo mareado por los siglos de los siglos.

Sólo después de esto, Zumbrennen finalmente siguió su rumbo. A mano izquierda dejaba el río Suchava, de donde precisamente llegaban los coros de una misa nocturna mezclados con el bramido de los trombones de alguna boda gitana y los rugidos de las maniobras en la estación Suchava Nord; y a la derecha, el Bistritsa y el Pyatra-Nyamts. Estaba siguiendo obstinadamente la línea de los Cárpatos, e intentaba con todas sus fuerzas no desviarse por los mechones rocosos en las sierras. En el lado transilvano no había nada de nieve, y la primavera ya había avanzado tanto que parecía que allí abajo los jardines estaban a punto de florecer. La gente se quedaba aún más abajo; aquella tierra elevada no les pertenecía en absoluto. Entre la gente y las sierras estaban los bosques. Karl-Josef no solamente se acordaba de ello: sentía todos los arroyos en los matorrales y veía cada árbol por separado y todos los árboles juntos. Pero podía mucho más que esto: era capaz de sentir también cada hoja en cada árbol, y percibir el sonido de los brotes, y la respiración del musgo, y (lo que requería un oído especial) cómo por debajo de la corteza crecían los anillos de los años, o cómo latían los corazones, no sólo de los lobos, sino también de los erizos. Luego vio delante de sí las primeras almenas de los Alpes trasilvanos; sin embargo, antes de alcanzarlos, giró bruscamente al oeste. Sí, al oeste, huyendo del alba.

Ante él se abrió desde el mismo principio todo un abanico de posibilidades. Podía, por ejemplo, elegir el camino más rápido, sobre Eslovaquia. También había montañas por allí, si lo que le importaba realmente era ver montañas. Podía desviarse más al sur y dar más vueltas sobre la frontera eslovaca-húngara, en caso de que no quisiera montañas sino pendientes calcáreas, y viñas. De hecho, podría cruzar esa frontera sin que ni los aduaneros ni él mismo lo percibieran, y aparecer encima del cartográficamente verde Zemplin, y entonces, derivando no tanto al sur, sino al oeste, finalmente acercarse por el Danubio un poco más arriba de Budapest. Precisamente, no podría evitar el Danubio, ni en la versión eslovaca del vuelo, ni en la húngara. Por lo tanto, en cualquier caso le quedaban por delante los puentes, las barcazas, el junco y el estero de la orilla.

Sin embargo, si en lugar del camino más corto prefiriera el más largo, podría desde el primer momento dirigirse al norte y atravesar Polonia. Y esto significaría volar inevitablemente también por encima de Lviv. Karl-Josef Zumbrennen amaba esta ciudad con más fuerza y honestidad que la mayoría de sus habitantes. Ahora ya se puede, sin ocultar la verdad, expresar en voz alta aquello que durante toda su vida tuvo que ser un secreto: Karl-Josef soñaba muy a menudo con Lviv. En aquellos sueños en los que él, cumpliendo las órdenes secretas de unos jefes inexpresivos y difusos, penetraba en algunas viviendas clandestinas destartadas, y desde allí, a los subterráneos llenos de trastos milenarios; porque su tarea era encontrar el agua, el cauce, el río. Y lo encontró en su último sueño, pero aquello causó la rotura de las compuertas por debajo de la Ópera, Zumbrennen aún recordaba cómo de todas partes

llegaba un sedimento espumoso, cómo le había cubierto hasta la cintura sin poder moverse y cómo, a pesar de que era un pez, finalmente le cubrió por encima de la cabeza y se ahogó.

Sin embargo, ahora, desde el primer momento, se alejaba de Lviv. Y ya nadie sabrá por qué. ¿Quizás, acostumbrado desde niño a pintar sobre los mapas geográficos, quiso cerrar la media elipse de los Cárpatos con la media elipse de su propio vuelo? ¿Crear alrededor del centro de Europa un óvalo virtual que llevase su propio nombre?

Puede que fuese otra cosa. Puede que fuese un túnel, *su* túnel personal, y simplemente no tuvo otra elección.

Todo lo mejor en la mejor de todas las existencias.

También aquella misma noche, en Lviv, el director Yárchyk Volshébnik, borracho como una cuba, destrozado e infeliz, se encontró como de milagro en la estación de tren, donde sacó del bolsillo trasero las últimas monedas que le daban derecho a acceder a la sala de espera de pago *de confort superior*. En realidad, allí no había ningún tipo de confort, ni superior, ni inferior; en cambio, tenía una ventaja indiscutible: la ausencia de aquellos gitanos intolerables que le habían cogido manía. Yárchyk Volshébnik dejó caer toda su masa en el banco de la estación e intentó mirar a su alrededor en busca de compasión humana. Intentó afinar la vista con los ojos muy abiertos y húmedos, pero no obtuvo resultado. Sin embargo, en cuanto sacó del *lateral profundo* la botella abierta de Bálsamo de Vartsábych, un soldado se sentó a su lado. El soldado resultó ser un desertor que esperaba el primer tren del día siguiente para ir *a casa por Pascua*.

—Esto —decía Yárchyk Volshébnik al desertor mientras aquél bebía de la botella el líquido oscuro y asqueroso—, esto..., ¿cómo lo diría? Vengo el viernes, ¿vale? El material grabado en el cassette, la pasta en el sobre, ¿vale? Bueno, parece que todo está en orden, ¿vale?

Aquella ya era la cuadragésima vez que explicaba la misma historia. El soldado no se enteraba de casi nada, pero fingía que prestaba atención.

—Pues esto —continuaba Volshébnik—, yo, pues he dormido, he comido y venga a ver el cassette, ¡pero allí no hay nada! ¿Te imaginas, soldado?, ¡nada! ¡Hostia! ¡Todo perdido, soldado! ¡El clip de la temporada, el número uno! ¡El mejor erotismo: *the best!* ¡*The best of*^[107], soldado!

Tomaba aliento, bebía un poco y se secaba las lágrimas. A lo largo del día habían escuchado esta historia decenas de personas desconocidas que había ido encontrando casualmente. Al principio era comprensible, pero cada vez se hacía más confusa. Así que esta vez era difícil entenderla:

—Entonces yo, eso mismo, pues, el sobre, la pasta: ¡era un puto fajo así de gordo, y todo billetes verdes, soldado! ¿Y qué crees? Abro el sobre, y allí, esto mismo: ¡un montón de papel, todo mierda, un fajo de papel con el que se limpiaban el culo! Soldado, ¡un fajo gordísimo, podrían haberse limpiado doscientos culos!

La experiencia demostraba que, en cuanto Yárchyk Volshébnik llegaba a este punto, estallaba. También esta vez. Y fue así que Volshébnik bramó:

—¡El cassette está vacío, y en lugar de honorarios hay mierda!

El soldado ya hacía rato que quería mandar a paseo al aquel capullo peludo, la bebida se había acabado, y escuchar una y otra vez que «eran gitanos asesinos, soldado, gitanos asesinos, ¿no?, sólo piensa, esto mismo, el cassette vacío, y en lugar de los honorarios, mierda», le estaba sacando *de quicio*. Sin embargo, sólo lo hizo mentalmente: hasta el primer tren de la mañana *a casa* faltaban dos horas más y, de todas formas, *¿qué cono iba a hacer?*

Así que ésta es la última oportunidad que tenemos de verlos de cerca.

Por ejemplo, cómo Volshébnik, destrozado por su fracaso, se tranquilizaba poco a poco, cómo su fatiga le vencía, cómo hablaba cada vez más flojo, inexpresivamente y se comía palabras y frases enteras («me han jodido los honorarios, se han cargado al austríaco, todo el cassette lleno de mierda»), y finalmente, cómo él, como si fuese en un foso, caía en la desesperación del entumecimiento soñoliento. El soldado de momento toleraba aquella cabeza sobre su hombro.

Pasarán unos minutos, y entonces el director Yárchyk Volshébnik, sin abrir los ojos, notará cómo en la sala de espera de pago *de confort superior*, aprovechando el momento en que todos alrededor, incluidos la vendedora de billetes y los guardias, se habrán quedado dormidos, penetran por todos lados, a hurtadillas, unas figuras en harapos y medio encorvadas. Se le acercarán sin hacer ruido y sacarán sus cuchillos. Su horror subirá hasta la garganta, se acurrucará, los gitanos asesinos levantarán los cuchillos por encima de él. Y Yárchyk Volshébnik soltará un grito que llenará la estación de trenes de la ciudad de Lviv.

Karl-Josef Zumbrunnen podría haber oído este grito si de verdad le hubiera importado. Pero se estaba alejando, y no sólo de Lviv, sino de sus recuerdos de Lviv. Esta vez reconoció Brashov por debajo de él; una bandada de cornejas que cubrían la aguja y los tejados de la Iglesia Negra le tomaron por un nuevo cuerpo astral y empezaron a graznar por todo el espacio que tenían bajo su control. El giro en el cielo cerca de Brashov hizo que Karl-Josef finalmente prosiguiera a lo largo de la línea de los Alpes Transilvanianos. Quizás especialmente para él, la luz de la Luna se hizo más intensa. Veía cada grieta y cada escalón rocoso con tanta claridad como si se los hubiera inventado. En los castillos y palacios, aquella noche se estaban divirtiendo, pero la mayoría de todas aquellas diversiones ya tocaban a su fin. Las damas cubrían con pieles sus escotados hombros blanco-transparentes, cubiertos de harina lunar; los caballeros, igual de pálidos, se inclinaban y se despedían los unos de los otros, con sus medallones y sus monóculos resplandecientes. Las selectas sociedades aristocráticas subían a las agitadas calesas y carrozas para llegar a casa antes del alba por los caminos sinuosos al borde del precipicio y, tras un buen trago de sangre bien macerada antes de ir a dormir, se metían cada uno en su féretro.

A la derecha de Karl-Josef quedaba Sighisoara, con todos sus laberintos; un poco

más adelante, por la forma de la ciudadela, la arcada medieval desde la ciudad Superior a la Inferior y la cátedra luterana, reconoció Sibiu (claro, nunca en su vida había estado allí, pero igualmente reconocería cualquier edificio, calle o plaza de cualquier ciudad o pueblo del mundo: ésta era la ventaja especial de sus nuevos poderes, así que pronunció mentalmente: «Sibiu, Germanshtadt», y repitió este nombre varias veces), y luego, por la expulsión brusca de una enorme nube de olores venenosos mezclados (eso es, petroquímica, y azufre, azufre, cómo no: ¡azufre!), enseguida supo que también a la derecha, pero mucho más adelante, a unos doscientos o trescientos kilómetros humanos, estaba Timisoara.

De hecho, Transilvania, como el resto del mundo, apeataba a petróleo.

Siguisoara, Timisoara: ambos nombres le sonaron a conjuro. Era un hilo más, que hasta el momento no se había roto: el amor infantil por los conjuros.

Pero, claro, no eran sólo los castillos, no eran sólo las plazas mayores de las ciudades alemanas de juguete, no eran sólo los picos y las torres. Había más vacío que ninguna otra cosa, y el segundo lugar pertenecía al hierro y al hormigón: tugurios de nueve, diez y doce pisos, barrios con un montón de ropa interior tendida y llenos de antenas parabólicas; los seguían los basureros municipales, los vertederos industriales, los terrenos industriales llenos de basura, los descampados y las poblaciones de mineros. Todo estaba en su sitio.

Cerca de la frontera serbia, las montañas daban paso a la llanura. Karl-Josef suspiró y por última vez se volvió hacia aquel fatídico país llamado los Cárpatos.

Aquel mismo minuto, o quizás el siguiente, Artur Pepa y Roma Vorónych se despertaron un instante y sus labios se encontraron. Luego se hundieron de nuevo en el mismo episodio durante el cual habían pulsado el botón de «pausa», se deshicieron en abrazos y se dieron la espalda el uno al otro. La segunda parte de cualquier noche juntos es el alejamiento temporal, el regreso a la cáscara individual con la señal rescatada del fondo de la conciencia ralentizada: ¡sólo es la mitad de la noche! ¡Sólo es la mitad de la vida!

Es poco probable que exista la estadística del número de parejas humanas que duermen juntas y a la misma hora. Y aún es más difícil saber cuántas duermen por amor, cuántas por costumbre, cuántas por cansancio, cuántas por cálculo y cuántas por desesperación. Y es imposible definir estadísticamente cuántas de ellas son de sexo diferente, y cuántas son del mismo sexo. Gracias a Karl-Josef nos enteramos de que los hermanos-maderos Mykulyak y Drakulyak no eran los únicos que dormían aquella noche en el mismo sofá. Vimos también a Volshébnik, que había colocado su cabeza desgreñada sobre el hombro del soldado desertor.

Y en la residencia estudiantil del Instituto de Cultura de Chortopil, dormían en la misma cama Lilia y Marlena. Y esto no formaba parte del *espectáculo lésbico para el hombre romántico y solitario*, como informaban algunos anuncios publicitarios. Era por pura inevitabilidad. Era por puro amor.

Y ahora yacen arrimadas, dos *muchachas* absolutamente iguales, o sea, dos *niñas*,

o mejor dicho, dos *tías*, una rubia y otra morena, teñidas, sólo que una de ellas tiene el ojo acardenalado y se le mueve el tercer diente, y la otra el cangrejo rojo de un chupetón debajo del pecho izquierdo, y un montón de cardenales en el cuello y los antebrazos.

Y nada podrá separarlas. Excepto, quizás, el visado de Schengen.

Sobre la Voivodina, Karl-Josef llegó finalmente al Danubio. Primero fue a la izquierda, hacia Novi Sad, pero el olor a vendas sucias le empujó rápidamente al sur. Hace tan sólo un año este lugar sufría unos durísimos bombardeos, así que no pudo ver en el curso del Danubio ni la mitad de los puentes que esperaba encontrar. No era mejor el asunto de la navegación: imaginarse las luces móviles de los barcos resultó ser vergonzosamente inocente. Sin embargo, Karl-Josef decidió continuar volando encima del cauce, cada vez más lejos, en dirección noroeste. Aún conservaba los restos del idealismo típico de la gente del Danubio de su vida reciente; aunque, para ser más exactos, aquello ya era memoria de la memoria, al nivel de las estructuras más finas de las células de su *cuerpo* actual. De vez en cuando le arrastraba hacia arriba, por encima del Danubio, aunque ya desde el primer momento este rumbo resultó estar lleno de ángeles que iban en dirección contraria. No es que fueran un obstáculo, simplemente tenía que explicar cada vez quién y de dónde era. Era, en primer lugar, bastante insólito (tanto como informar al caporal en el ejército), y en segundo, un poco humillante. Un poco más tarde se dio cuenta de que así sería de ahora en adelante mientras continuase avanzando a lo largo del cauce del Danubio: era el llamado corredor angelical del Danubio, un lugar de patrullaje constante, una zona de atención especial. Por eso Karl-Josef bajó bruscamente hacia el oeste. Esto ocurrió en algún lugar encima de la frontera húngara; más adelante estaba Pee, donde la siguiente bandada de cornejas le saludó con un graznido nervioso, dando vueltas de espanto alrededor de los minaretes. Más tarde voló sobre la *puszta*, la gran estepa húngara, donde aún era de noche, siempre en dirección noroeste. Sí: huía de la luz del día, puesto que ya pertenecía, ya *casi* pertenecía a Otra Luz.

Pero cada vez había más luz terrenal, eléctrica. Cuanto más se adentraba al oeste, abajo aparecían más autovías, vías férreas, malecones, el machete mellado del Balatón estaba cubierto con una guirnalda centelleante de proyectores, linternas y faros costeros. Más adelante, pasado Sopron, ya se adivinaba el centelleo continuo que se acercaba; avanzaba contra él como si fuese la Civilización Occidental: pues sí, era ella, Austria, una parte inseparable del Imperio de la Luz Eléctrica. Sólo el lago Noizidler le sedujo con su negra mancha alargada, y pudo sentir toda la salinidad de sus aguas templadas, el susurro de sus juneos, porque en particular esta noche podía sentirlo todo. Pero lo más triste es que lo sentía ya de otra forma, *de otra forma*.

Se acercaba a Viena desde el sudeste. Para ello no necesitaba ningún compás y ningún astrolabio: una hilera de luces de colores, coronadas por un enorme arco de luz con dos óvalos irregulares en las puntas, certificaba que abajo estaba Shwechat. A estas horas aquí todavía no funcionaba nada: decenas de aviones grandes y pequeños

simplemente pernoctaban en las pistas de despegue. La verdad es que el UPS6612 de Colonia se estaba preparando para aterrizar, mientras el OS3016 de Bangkok llevaba veintiún minutos de retraso. Más adelante empezaba un verdadero batiburrillo: Lezh, Copenhagen, Sydney vía Kuala-Lumpur, y también (¡diablos!) Odesa vía Lviv. Salidas para Budapest, Estambul, Atenas, Frankfurt. Y luego ya cada minuto.

Durante un rato Karl-Josef estuvo volando al lado del que iba a Colonia, y al mismo tiempo pudo ver desde la ventanilla la cabina medio vacía en la que viajaba un gran grupo de hindúes con turbantes de color naranja (¡qué diablos necesitan en Viena a estas horas!), pero dándose cuenta del amanecer, cada vez más perceptible hacia la parte oriental del cielo, a sus espaldas, se desvió a un lado por debajo del ala del Boeing y continuó su rumbo más allá de cualquier línea aérea.

A propósito, es absolutamente erróneo imaginar a Karl-Josef como un avión antropomórfico; la posición horizontal del cuerpo y las piernas, las manos en función de alas, la cabeza con el piloto dentro. En realidad, dejó todo antropomorfismo allí, sobre las mesas puestas juntas, en el aula de la antigua mazmorra convertida en celda de arresto en algún lugar de los Cárpatos Orientales. En realidad, era una nube, una Gota en el Océano, simplemente una gota, un punto, un pedazo de luz de luna.

En realidad, él lo era todo.

Sin dejar su corredor lunar, Karl-Josef Zumbrunnen llegó a Simmering, y continuó volando por encima del ramal férreo que se transformó en el entrelazado del depósito de trenes de Kidering. Por ambos lados de la vía había descampados que daban paso a edificios poco significativos. Por allí, a la izquierda, en uno de estos edificios inservibles, no muy lejos del Kurpark, parece, vivía Eva-María después de su primer matrimonio; pero él no se molestó en ver su dormitorio, su cama, a ella misma, en escuchar cómo respiraba mientras dormía. En cambio, rozando el territorio del cementerio Central, vio con claridad la incineración de su propio cuerpo en el crematorio local. Esto tuvo que ocurrir al cabo de ocho días (la llamada del cónsul austríaco en Ucrania, la gestión de todos los papeles necesarios, la conferencia de prensa del embajador, el vuelo Kiev-Viena con una comitiva especial, tres o cuatro conocidos reunidos con motivo del proceso de incineración, y más adelante ya sólo fuego, fuego y más fuego), tuvo que ocurrir exactamente así y acabar con un puñado de polvo, pólvora, cenizas que hace tiempo sabían tomar fotos y besar. Pero a Karl-Josef no le importaba aquel polvo.

Porque más adelante estaba Südbahnhof, la estación del Sur: había llegado su turno. Sí, su oasis preferido lleno de palmeras, leones alados, mendigos, locos, taxistas turco-árabes, putas balcánicas; una estación para pobres, la avanzadilla noroeste del *mejor de los mundos*. Sí, había despilfarrado más de una de sus noches por estos alrededores, el buscador de aventuras medio ciego y el fotógrafo que entonces se preocupaba por el álbum de estaciones nocturnas de Viena: cubos repletos de basura, decenas de latas de cerveza deformadas (por alguna razón, siempre eran de Ottakringer y nunca de Zipfer), vasos de plástico, bolsas de papel,

cajas, periódicos, publicidad. Incluso ahora pudo reconocer a las mismas personas en las salas de espera: a Pedrag, Maritsa, Dejan, Willy, Natasha, Ismail, ¿acaso nunca han salido de aquí, durante estos cuatro, no, que digo cuatro, durante casi cinco años enteros?

Ellos ni le oyeron. Hacer señales era inútil. Aceleraba la marcha, iba cada vez más rápido. Ya estaba pasando por encima de Viena, de la Karlsplatz, por encima de los drogadictos que colgaban horizontalmente en los arcos del paso subterráneo, por encima de los primeros tranvías en la Rotonda, por encima del fondo del metropolitano y todo lo que está más profundo. Ya veía delante suyo, allí, detrás de la cloaca de interés histórico-cultural de la Ciudad Interior, todos los alrededores septentrionales, con su bosque vienés, que en esta estación estaba verde y pegajoso. Le vinieron ganas de caer sobre este bosque.

Pero en algún sitio en el triángulo aéreo entre San Esteban, la iglesia de Malta y la Tumba de los Capuchinos, fue duramente golpeado por una cortina invisible e impenetrable. Y fue cegado por un destello insoportablemente blanco. Delante de él apareció un Muro Luminoso del que una ronca voz de *jazz* preguntó:

—¿Quién eres? ¿Quién desea entrar?

Karl-Josef dijo sin darse cuenta:

—Yo, su Majestad, el César de Austria, el rey de Hungría.

Los espectadores (los había, invisibles, centenares de miles en este concierto) silbaron y patalearon.

Entonces la misma voz del Muro Luminoso dijo:

—No te conozco. ¿Quién desea entrar?

Otra vez respondió a aquello:

—Yo, el César de la Santa Roma, Karl-Josef, el rey de los apóstoles de Hungría, el rey de Bohemia y Gitanía, el rey de Jerusalén, que de joven era un fan de Judas Priest y Iron Maiden, el gran conde de Transilvania, el gran duque de la Toscana y de Cracovia, el duque de la Lotaringia...

Como respuesta a aquello, una enojada ráfaga aún más potente se alzó de su estadio.

—No le conozco. ¿Quién desea entrar? —preguntó por tercera vez una voz más ronca todavía desde el Muro.

Y sólo entonces el recién llegado encontró la respuesta:

—Soy Karl-Josef, un pobre pecador, fotógrafo y adúltero, me entrego a vuestra merced.

Los Espectadores invisibles guardaron silencio. Sólo durante medio segundo, pero pareció que fuese por nueve mil años.

—Puedes entrar —dijo finalmente desde el Muro.

Y entonces dejó de ser un Muro, para convertirse en una Escalera Luminosa, que iba, por muy raro que parezca, hacia arriba.

(Imaginémonos que todo ocurrió exactamente así. Porque si no ¿qué nos queda?

¿El cuerpo en las mesas puestas juntas?).

En aquel mismo instante, Artur Pepa pone la mano sobre la curva templada de Roma. Esto ocurre precisamente a medio camino entre el sueño y la realidad. En el sueño había mucha gente que gritaba, algo parecido a un coro de *gutsules* o a un teatro. Le habían robado el huevo pintado que llevaba en el bolsillo, lleno de estrellas y cruces de color naranja, y se negaban a devolvérselo. Al ver que se despertaba, desaparecieron enseguida, haciendo una reverencia, bailando y cantando modestamente algo muy descarado.

Y dejemos paso ahora a la salida de los héroes, pero ya de otros, de otra novela de otro autor.

Y nosotros también deberíamos apartarnos, esperando que esta vez a Artur Pepa no se le duerma la erección matutina.

2001-2003

Bolburg-Feldafing-Stanislavo-Frankivsk

V

ORFEO CRÓNICO

(INTENTO DE AUTOCOMENTARIO)

Esto no son tanto unas notas en la orilla, o *la historia de una novela o una enfermedad*, como un intento de autocomentario. Y, sin duda, poniendo el acento en el *auto*. O sea, el comentario del autor hecho, sobre todo, para sí mismo. Pensando acerca de él, de repente llegué a la conclusión de que un comentario así para mi novela más reciente podría abarcar literalmente todo lo que me había ocurrido durante los últimos siete u ocho años. Es exactamente el tiempo que duró el vivirla y escribirla.

Pero registrarlo *todo* es imposible, y de esto ya debería estar convencido cualquier cronista más o menos maximalista.

Estoy obligado a seleccionar lo que escribo.

1

El invierno del 95 al 96 lo pasé junto a Antónich. Me da vergüenza reconocerlo, pero estaba escribiendo la tesis doctoral sobre él. Era una prueba y, por cierto, doble. Primero, la prueba de mi amor juvenil hacia su poesía (¿lo conservaré?); segundo, la prueba de mi propia capacidad de escribir en un ordenador. Aquel mismo que hace no mucho apareció en mi casa. Hace un año estaba acabando *Perversia* y me negaba celosamente a que este *ser parpadeante* pudiera ser de utilidad en la confección de los finos tejidos de la prosa. Y resultó que ese pequeño cursor parpadeante en el horroroso vacío negro del espacio del monitor contribuía, a pesar de todo, al parpadeo de los pensamientos.

Poco antes de esto había pasado un sinfín de días tomando notas para la tesis sobre los textos de Antónich, en su mayoría poéticos. Me di cuenta de que algunas estrofas tuyas a menudo causan mayor impresión que toda la poesía en conjunto. Leí por enésima vez su estrofa sobre la *taberna en la luna*, y de repente me la imaginé en una pantalla de cine, como un epígrafe para una película francesa de moda sobre el poeta-decadente. Así pues, pensé que cuando acabase, para bien o para mal, con mi tesis doctoral, empezaría a escribir una novela, la biografía ficticia de Antónich.

Por lo visto, todo ocurrió precisamente así.

2

A partir de 1997 a mi alrededor empezó a morir gente. Es evidente que ya antes había conocido un fenómeno como la muerte, pero entonces me parecía tan lejano que, de hecho, no podía tener nada que ver conmigo. El comienzo lo puso mi padre. Estuve largo tiempo recuperándome de su muerte (si es que, de hecho, me he recuperado) la noche del Viernes Santo. A principios de julio, de Kiev llegó la noticia de que Vitaly Kotsyuk^[108], entonces uno de mis amigos más íntimos, finalmente había muerto en una sala de cuidados intensivos, entre el suplicio de su carne abrasada por unos asesinos desconocidos. No fui al entierro, pero (mil disculpas por este «pero»: no está aquí por un deseo de contraponer una *hazaña* a la otra), bueno, no fui al entierro, pero me emborraché en una casa de Ivano-Frankivsk aquella misma noche, o sea, el 6 de julio. Salí al balcón, todo el cielo estaba lleno de estrellas. Sin ton ni son, recordé que Antónich había muerto hacía precisamente 60 años, la noche de San Juan de 1937. No me acuerdo cuánto duró aquello, el balcón y el cielo estrellado encima de mí. Quizás precisamente el tiempo que necesita una persona trágica y ebria para fumarse dos o tres cigarros seguidos. Pero ocurrió: la sensación más mística que haya tenido nunca: entendí claramente que Antónich *existe* (a pesar de su muerte, confirmada por los médicos hace 60 años) y (la auténtica conmoción) que Vitaly también *existe*. Era *la sensación de la presencia*, me atrevo a citar, por muy manoseada que esté la perífrasis de Prokhasko^[109].

3

Algo parecido (o ¿sólo me lo parece a mí?) encontramos en una de las cartas de Rainer María Rilke, quien comentando con su traductor polaco algunos vagos conceptos oscurantistas que son, a pesar de ello, clave en las *Elegías de Duino*, escribió esto: «La muerte es el reverso de la vida, invisible e incomprensible: nosotros debemos intentar alcanzar la conciencia más alta de nuestra existencia, que se encuentra como en su casa en ambas partes, no delimitadas entre sí, y se alimenta de la fuente inagotable de ambas [...] No existe ni este mundo, ni aquél, sino que hay una sola gran unidad donde habitan seres superiores a nosotros, “los ángeles”».

Respecto a los «ángeles», todavía no lo entiendo muy bien; es más, el mismo Rilke los puso entre comillas. Pero con «ambas partes, no delimitadas entre sí, de la misma gran unidad» dio en el clavo.

La novela tenía que ser la búsqueda y la superación de los límites en una unidad no delimitada. Hablando de otra manera, el autor quería encontrar el territorio donde nosotros somos los que se han ido, los que han desaparecido de la superficie visible del mundo, y aquellos que todavía quedan sobre ella tienen la oportunidad de traspasar.

4

Rilke está a un palmo de distancia de Orfeo. De su mano, de la de Rilke.

De todo el Panteón, es precisamente Orfeo el que no me deja en paz con todas sus grotescas reencarnaciones. Primero, Samuel de Nemírov, un bello pendenciero despreocupado que tocando su larga flauta tranquilizó a los animales furiosos de un zoo ambulante y les ordenó regresar obedientemente a sus jaulas abandonadas. Luego ya otro Nemírych, Yury (descendiente lejano del primero), cae en (precisamente así, dentro) el entretenimiento del más allá, localizado en la Mansión de Chortopil, con los grifos, para (según le parece) sacar de allí a su Eurídice-Amaltea, pero, en realidad, para pasar por un rito iniciático contra la muerte y liberarse, por lo menos temporalmente, de su enfermedad incurable. Otto von F. en su *Moskoviada* moscovita no sólo considera la traducción de los «Sonetos de Orfeo» de Rilke la mejor de todas las que conocía, sino que él mismo, al fin y al cabo, se encuentra, sin excepción, en todos los infiernos estratégicos moscovitas del inconsciente colectivo, y su Eurídice esta vez se llama Galya.

Stas Perfetsky (Spas Orfeiski) es otro cantar. Su muerte, probablemente ficticia y fingida, me llevó a la convicción de que la siguiente, en esta novela, debía ser verdadera.

Así pues, Orfeo. Así pues, la muerte.

La muerte mitológica de Orfeo es bastante horrorosa: las ménades, impetuosas y encolerizadas, lo despedazaron. Es curioso, ¿en qué parte de mundo podía ocurrir algo así? Se sabe, por ejemplo, que la cabeza de Orfeo, que reclamaba incesantemente a Eurídice incluso después de ser separada de su cuerpo, fue arrastrada hasta las orillas de Lesbos por una ola marina, y hasta el mar, por las aguas del río Hebro. Será en algún lugar de Tracia, o quizás en Escitia. En cualquier caso, ocurrió en algún lugar de la parte bárbaronororiental del mundo. Pero, como en cada descripción del Hebro (Hebrus) se menciona una corriente rápida, orillas rocosas, bancos de arena calcárea, un sinfín de bajos y desfiladeros estrechos, estoy casi convencido de que el ataque de las ménades contra Orfeo ocurrió en algún lugar de nuestra parte del mundo, la de los Cárpatos-Balcanes. El mitológico Orfeo tiene aquí sus orígenes. A diferencia de Karl-Josef Zumbrennen, a quien un día fatal la *fata morgana* de su bisabuelo, el guarda forestal de los Cárpatos, le empujó a estas *tierras dejadas de la mano de Dios y del hombre*.

No sabemos para qué viajamos (diría a propósito el mismo Karl-Josef). ¿Acaso no tenemos suficiente soledad sin viajar?

6

Esto ya no tiene la menor importancia, pero no puedo librarme de un recuerdo de agosto de 1997. Estábamos viajando por las montañas de Eslovaquia, por un lugar llamado el Paraíso Eslovaco, aunque según mi parecer allí el paraíso está en todas partes. Una vez, después de una jornada agotadora de siete u ocho horas por encima de los precipicios (sujetándonos por las cadenas tendidas por encima de ellos), finalmente nos echamos en aquella hierba paradisíaca. Cerca estaba un arroyo, o mejor dicho, un río pequeño, verdoso y limpio. En el fondo se veía no sólo cada piedrecita sino también cada puntito y granito de arena. Allí había una poza pequeña, un tramo casi sin corriente de un metro y medio de profundidad, y entonces vi el cadáver de una persona todavía desconocida para mí, que subía a la superficie; no, que ya estaba en la superficie, en las limpias aguas montañosas. Le habían matado la noche anterior, o un par de días antes; en aquel momento todos nuestros compañeros estaban mirando fijamente en aquella dirección, medio tumbados en la hierba paradisíaca después de una dura jornada. Todos miraban, pero sólo yo le veía.

Las montañas son, por lo general, un factor de creación novelesca. Sobre todo en el caso de *Los doce anillos*. A pesar de lo banal que resulta proclamarlo, las montañas son el protagonista principal de esta novela, y a finales de los 90 me volví loco coleccionando paisajes montañosos. En otoño del 98, por ejemplo, vi por primera vez los Apalaches en Pensilvania. Ya prácticamente no son montañas, sino unas eminencias planas de unos cuantos centenares de metros cubiertas por arbustos, aunque a veces se puede encontrar huellas de cosas muy propias de los Cárpatos. Hasta hoy están pobladas por los lemkos^[110], pero anglófonos. Hace cien años las huelgas en las minas locales les dieron muy mala fama, por lo que las comunidades irlandesa y alemana se sintieron terriblemente ofendidas. Los greco-católicos anglófonos son algo tan quimérico como, por ejemplo, los turcos ortodoxos o los gagauzy^[111].

«Será aquí adonde vendré a escribir mi nueva novela», decidí, como si fuese un tal Endi Vorlog al que todo le estuviese permitido.

Hacia finales de agosto del noventa y nueve los Stasiuk y yo (nos despedimos de Prokhasko) finalmente subimos a Petros, respirando el aroma intenso del enebro calentado por el sol y acercando muy a menudo los labios al gollete de una botella de coñac. De nuevo sobre el enebro: aquel aroma contribuyó a que, subiendo cada vez más alto en la aureola sofocante, jurase para mis adentros beberme todo el gin-tonic del quiosco en cuánto bajara al valle paradisíaco de los humanos, lleno de quioscos. Al Petros partimos después de pasar una noche alérgica en las clases universitarias de la facultad de biología en los Kvasy (es aquí donde tenéis la auténtica vegetación mediterránea: ¡todo ciprés y pino apenino!). Taras nos llevó por la ruta más fácil, que en realidad no era nada fácil, dejando a la derecha el monte Sheshul que habíamos coronado la tarde anterior. «Si un pastizal en las montañas puede llamarse Sheshul — pensé— ¿por qué no podría llamarse Dzindzul?». Cierta sabio me había enseñado que todos los orónimos de los Cárpatos son de origen tracio (y, por lo tanto, órfico).

El descenso del Petros hasta Yasynya resultó ser mucho más desesperado que su ascenso. Nos perdimos en unas pendientes llenas de bayas, sus lazos verdes se enroscaban en nuestras piernas aunque la inercia del descenso nos empujaba cada vez más rápido hacia abajo. «La muerte en un campo de bayas», profetizó Mónica.

También recuerdo cómo finalmente encontramos el camino en el bosque y luego seguimos todo el rato a lo largo de uno de los afluentes del Tysa, cuya agua (¡otra vez!) parecía tan verde y limpia que apenas podía combatir mis instintos infantiles. También recuerdo un montón de presas a lo largo de la corriente. Precisamente a partir de este momento, Karl-Josef Zumbrunnen, mi héroe, *sobre todo se deleitó sumergiéndose en los numerosos riachuelos de montaña y echándose recogidamente en ellos mirando hacia arriba, al despejado abismo azul oscuro.*

9

A pesar de todas las profecías llegamos a Yasynya aquella misma tarde, pero ya prácticamente todos estábamos extenuados. Había sido una buena experiencia de algo que en la metafísica se llama la *aproximación eterna*. Cuanto más caminábamos hasta este lugar maldito, más kilómetros nos decían que faltaban los *paisanos* que nos íbamos encontrando. Yasynya era una suerte de Shambaala centroeuropea. Hasta que llegamos a ella cuando anochecía. Entonces resultó que no era Shambaala, ni Macondo. Aunque, de todas formas, por algunos rasgos se parece a Chortopil.

La verdad es que igualmente llegamos tarde para coger el tren y para el siguiente (a las dos de la madrugada) quedaban sólo cinco horas. La hierba cerca de la estación nos reclamaba: nos echamos allí con la cerveza y la única lata de gin-tonic (era todo lo que había en el quiosco).

Fue entonces cuando un borracho, de los que fingen querer simplemente un cigarrillo, se nos acercó en la oscuridad. Seducido por la lengua polaca de Andrej y Mónica, no nos dejaría en paz. Tenía unas ganas terribles de hablar de sus excursiones por los Cárpatos, porque era el más experimentado excursionista. Por un momento cambió decididamente la voz y nos previno de la excursión a la Gemela («Gemelos», decía él), haciendo un ademán con la mano en dirección a aquella montaña invisible en la noche. Nosotros queríamos saber por qué. «Dovbush soterró todo el oro allí —respondió el borracho—. Y desde entonces allí está éste...», y puso los dedos como cuernos sobre su cabeza. Fingimos comprender quien era: «¡El Duodécimo!», exclamó el Mensajero de la Noche.

El duodécimo, según mi parecer, es un nombre fantásticamente expresivo. Porque cuando un nombre se empareja con un número, entonces nace el orfismo.

Respecto a los nombres, aquí hay más de una historia. He aquí al menos una.

En otoño de 2000 estábamos buscando casa en Pensilvania. Era muy importante: se trataba del lugar que tenía que ser nuestro hogar para los próximos diez meses. Para mí, esto significaba que allí empezaría a escribir mi nueva novela. El espacio donde escribes una novela debe ser tan especial como el paisaje detrás de tu ventana. Decidí visitar sólo aquellas viviendas en las que al menos una de las ventanas diera a las montañas. Aunque fueran las eminencias aplanadas de los Apalaches.

La duodécima vivienda se alquilaba en el *pueblecito histórico* de Bolsburg, fundado por escoceses-irlandeses a principios de la independencia americana. Era famoso por una auténtica taberna fundada en 1828 y un cementerio militar enorme. Nos recordó básicamente una postal antigua o la imagen de una película de Mary Poppins.

La duodécima vivienda tenía una ventana entera en lugar de una pared. El *espacio verde* nos prometía que aquí podían venir los ciervos y las cabras salvajes (el bosque empezaba aquí mismo, un poco más arriba, a unos cinco minutos). Pero para mí la mayor atracción de aquel paisaje era el monte Tassi, o mejor dicho, un buen trozo de él, a lo lejos en el fondo. Está bien tener un fondo así.

Cuando firmé el contrato, el gerente me entregó un sobre con la dirección del propietario a la que tenía que enviar los cheques. Karpati era su apellido, Frank Karpati. No es muy típico, le dije al gerente. Es un judío húngaro, me aclaró. Huyó en el 56, durante la revolución. «¿De qué irá su novela?», se interesó antes de despedirse. «Tratará sobre los Cárpatos», respondí, a lo que él se echó a reír. Como si estuviera bromeando.

América resultó ser *el país de las oportunidades*. Incluso pude aprovechar unas cuantas. En enero de 2001 en Pensilvania nevó mucho e hizo mucho frío. Entonces se presentó la oportunidad de ir al océano, a Florida. El traslado desde el frío enero a los subtropicos hizo temblar todas las membranas de mi cuerpo. La novela empezó a llenarse con datos concretos, a adquirir nombres, caracteres y combinaciones de la trama. La contemplación del océano concedía un sentido especial a todo. La temperatura del agua alcanzaba los veinticinco grados centígrados. Entonces me prometí a mí mismo empezar a escribir en cuanto regresáramos. En el avión entre Fort Lauderdale y Pittsburg estuve dibujando el plano de la región: la carretera, el Río, el puente sobre el Río, el bosque virgen, el balneario en el pastizal, la frontera transilvana...

El 1 de febrero creé el fichero secreto *doci.doc* y tecleé el comienzo de la primera frase: «En sus cartas desde Ucrania, Karl-Josef Zumbrunnen escribía...».

Intenté continuarla en vano durante tres días enteros.

Desde el principio mismo aquello fue un combate. No he conocido una escritura tan difícil. En ello influyeron no sólo motivos personales, sino también sociales: el cuerpo descabezado de un compañero que causó una revolución. En lugar de escribir frases novelescas, retorcidas, intensas y multidimensionales, me pasaba horas en Internet, contestando a los correos, firmando cartas abiertas, copiando y enviando reportajes y proclamas.

(Venga, vanaglóriate, cariño, con tu aportación al gran asunto del derrocamiento de un régimen no derrocado. En realidad, sencillamente te quedas inmóvil con los puños cerrados de impotencia. Si esta fue tu aportación, ya ves de qué sirvió).

De la cabeza de Orfeo se sabe que está enterrada en Lesbos, desde donde siguió profetizando unos cuantos siglos más. De la cabeza de Gea no se sabe nada.

La verdad es que me he cruzado con él dos veces, pero ambas hasta el extremo máximo de la intimidad. En verano del 96, después de grabar una entrevista en televisión, de repente me hizo una pregunta que nunca nadie me había hecho antes: «Yuri, ¿y qué pasa realmente con Perfetsky? ¿Está vivo?».

Le importaba porque era de la misma especie, creo.

Mi novela se torcía. Tras acabar en marzo un doloroso cuarto capítulo, me detuve y estuve a punto de dejarlo después de eliminar todos aquellos ficheros secretos.

Pero en realidad sólo uno de ellos pereció. Al final del año, en noviembre, tuve que recuperarlo de la memoria. La memoria resultó ser una fuente mucho más fiable de lo que esperaba. A veces me parece que no perdí ni una sola palabra.

Esta vez la máquina novelesca funcionó ligera y alegremente: se notaba el espacio contrastado de la mansión Waldbert en Feldafing, la Baviera Superior, donde años atrás había estado escribiendo *Moscoviada*. Los paseos a orillas del lago o las salidas nocturnas a Múnich también dejaron su huella; la reflexión sobre las escenificaciones y las bifurcaciones posteriores de la historia tuvieron lugar en los trenes de cercanías S-Bahn y en los trenes regionales. Aquel año empezaron a llegar con retraso, a desviarse de la ruta y a desaparecer sin dejar rastro. La impecable estructura ferroviaria de la impecable y puntual Alemania empezó a agrietarse y resquebrajarse. En los andenes se agolpaban multitudes inesperadas de pasajeros nerviosos, ¿y qué les importaba a todos este *Auslander*, con su block de notas y sus lápices por todos los bolsillos?

A mediados de diciembre de 2001 hubo una víctima más. En Viena, desde la ventana de su propia casa, en algún lugar de Praterstern, se lanzó al vacío Kristian Loidl, el poeta a quien algunos de nosotros llegamos a querer como a nosotros mismos. Dotado de un desorden nervioso especial, de vez en cuando extraía del fondo de sus entrañas un sonido estridente incontrolado, como si fuese el grito de un pájaro exótico, probablemente argentino. Sobre Kristian escribiré otro capítulo, aparte del Libro Único. Ahora hablo de otro asunto. Unos diez días antes de su último salto (en aquel entonces, dicen, todavía no había cambiado su apodo electrónico por el de *airpoet*) estábamos bebiendo juntos un vodka con pimienta en Viena, y él elogiaba las patas de ardilla compradas el día anterior en el rastro. Nina consiguió tomarle una foto precisamente en el momento que se los puso sobre la boca a modo de bigotes. Los bigotes le salieron caídos, como el llanto de Ucrania F. Un día antes se había rapado la cabeza, así que en la foto parecía un verdadero hechicero cosaco.

Pero de nuevo me desvíó del tema. En realidad, quería decir lo siguiente: aquella noche y la siguiente no tenía en absoluto el aspecto de alguien que estaba dispuesto a quitarse la vida al cabo de unos diez días. Aún discutía con Zhadan algunos detalles de la celebración conjunta de la Navidad en Ucrania.

Sin embargo, al cabo de diez días ocurrió: *airpoet*.

Todo el año 2002 viví con la sensación de una novela inacabada. Me faltaba el último vuelo del Zumbrunnen ya separado de su propio cuerpo. De nuevo me senté ante mapas, planos de ciudades y esquemas de navegación aérea. Una semana antes de la llegada del Año Nuevo 2003, acabé a trompicones su primera redacción, y luego no pude dejar de revisarla hasta marzo.

Pero ahora veo muy claramente que mi nueva novela se acabó definitivamente hace tan sólo un par de semanas, en el tren entre Suchava y Bucarest. Esto ocurrió al tiempo que percibí impertinentemente que este movimiento al sur y un poco al oeste no era otra cosa sino el epílogo. Y por eso este tren era el centroeuropeo, estos campos de maíz y girasol detrás de la ventana los de Rumania, estos basureros cerca de los espantajos de hormigón los de Gitania, y esta línea montañesa interminable en el horizonte los Cárpatos.

Pero, ¿quién será esta vez el único pasajero de todo el vagón, este yo?



Yuri Andrujovich (ucraniano: Юрій Ігорович Андрухович) (1960, Stanislav, Ucrania) es un escritor ucraniano, periodista y traductor, que se ha destacado por sus novelas, poemas y ensayos.

Notas

[1] Como en otras novelas de Andrujovich, el nombre de este personaje está lleno de sentido: *Zumbrunnen* quiere decir, en alemán, «hacia las fuentes». <<

[2] Colcha típica de Kósiv, ciudad en la región de Ivano-Frankivsk, Ucrania. (Todas las notas a pie de página son de los traductores). <<

[3] Se refiere a los escritores Joseph Roth (1894-1939) y Bruno Schulz (1892-1942).

<<

[4] Condado urbano de Hungría. <<

[5] Laibach es el nombre alemán de la ciudad de Ljubljana. <<

[6] Río situado en el oeste de Ucrania, afluente del río Dniéster. En los años 1919-1921, tras las guerras entre Polonia, la República del Pueblo Ucraniano del Oeste y la Unión Soviética, sirvió de frontera entre Polonia y la URSS hasta la Segunda Guerra Mundial. <<

[7] Una cordillera en los Cárpatos ucranianos. <<

[8] «Castillito» en alemán. <<

[9] Colores de la bandera nacional ucraniana. <<

[10] Plast («Estrato») fue una organización juvenil ucraniana similar a los *boy scouts*; en ucraniano, su nombre se pronuncia de un modo muy semejante a la palabra que designa toda clase de reptiles: *Plazún*. <<

[11] El Año Nuevo según el calendario gregoriano. <<

[12] KRAZ: siglas en ucraniano de la Fábrica de Automóviles de la ciudad ucraniana de Kriviy Rig. <<

[13] *Gurt* en ucraniano significa «grupo, compañía». <<

[14] Pequeñas empanadillas rellenas, plato típico de Ucrania. <<

[15] Forma despectiva con la que se designa a un antiguo miembro de las Juventudes Comunistas. <<

[16] «Señores, me han convencido», en inglés. <<

[17] Habitantes de Galitzia. <<

[18] Adorno típico de la región de Galitzia, que tiene forma de un cuello con abalorio; las mujeres lo utilizan como adorno para cuello o cabeza, y los hombres, para sus sombreros. <<

[19] Instrumento musical ucraniano. <<

[20] Los bolsos típicos de Galitzia, de piel ornamentada y con una correa que permite llevarlos a la espalda. <<

[21] Instrumento musical. <<

[22] Instrumento musical. <<

[23] Instrumento musical. <<

[24] Prenda femenina, semejante a una falda, de lana adornada con figuras geométricas. <<

[25] Chaqueta, abrigo de paño. <<

[26] Chaqueta o abrigo de piel sin mangas. <<

[27] Calzado campesino hecho de un trozo único de piel, sin suelas. Se llevaban junto con las alpargatas, atados a los pies con cuerdas. <<

[28] Pantalones de paño. <<

[29] Manta de algodón con ornamentos típicos de la región de Galitzia. <<

[30] Vajilla cerámica para bebidas alcohólicas, que ahora se usa como decoración. <<

[31] Sacerdotes polacos. <<

[32] «Rehabilitación de suicidas», en inglés. <<

[33] «Cuidado con la mierda», en alemán. <<

[34] «Punto de encuentro de vampiros», en alemán. <<

[35] «Tren de cercanías a Badén», en alemán. <<

[36] «Mingitorio de señoras», en alemán. <<

[37] «Deme dinero, señor, dulces, cigarros, la mano, el alma, el cuerpo», en inglés. <<

[38] «Vodka, luz lunar, llevadme lejos de aquí», en inglés. <<

[39] Una clase de calzado tártaro. <<

[40] Abrigo ucraniano. <<

[41] Bordados ucranianos. <<

[42] Coplas populares lírico-humorísticas en dístico o en cuarteto. <<

[43] Policías que pertenecen al Departamento de Seguridad Estatal. <<

[44] «Dueño» en polaco. <<

[45] *Talk-show* presentado por el periodista Andrei Malákhov, que se emite en el primer canal ruso. <<

[46] Serie de televisión rusa. <<

[47] Baile popular de Gutsulia. <<

[48] Estrofa de la famosa canción de la cantante ucraniano-moldava Sofía Rotaru. <<

[49] La República Federal Alemana. <<

[50] Una torta seca con queso. <<

[51] Protagonista de la serie *17 instantes de primavera*, sobre un espía soviético que es infiltrado en Alemania durante la Segunda Guerra Mundial. Da origen a muchos chistes y juegos de palabras en los países rusohablantes. <<

[52] «Horrible chico malo», en inglés. <<

[53] Los nombres de las calles se traducen del ucraniano como calles de Armenia y Serbia. <<

[54] Tela blanca en la que envuelven al niño después del sacramento de bautizo. <<

[55] «¡Embutido! ¡Queso! ¡Ensalada de primavera!», en alemán. <<

[56] «El *banusch* es un plato típico de Gutsulia, una especialidad local, algo parecido a la polenta italiana», en alemán. <<

[57] «Hoy hace tanto sol que podríamos habernos sentado allí, en la terraza», en alemán. <<

[58] Uno de los barrios de Lviv. <<

[59] «¿Una partida de ajedrez, una partidita...?», en mal alemán. <<

[60] «¿Sí?», en mal alemán. <<

[61] «¡Aprisa!, ¡jaque!, ¿entender: *dama*?», en mal alemán. <<

[62] «¡Fin del juego!, ¡muerto!», en alemán. <<

[63] «Hachís... ¿queréis?», en mal alemán. <<

[64] «¡No está mal!», en alemán. <<

[65] «¡No me marees! ¡Déjate de tonterías! ¡Vámonos a dar una vuelta!», en alemán atropellado. <<

[66] Paño rústico a cuadros (en Ucrania). <<

[67] «¿Y por qué?», en alemán. <<

[68] «Esto es una botella... beber», en alemán. <<

[69] «¿Por qué?», en alemán. <<

[70] «¡No tienes por qué hacerlo, Karl! ¡Sé sensato, no eres ningún idiota, Karl!», en alemán. <<

[71] Trabalenguas ucraniano. <<

[72] «Una botella más», en alemán. <<

[73] Baile masculino de Gutsulia. <<

[74] Calcetines gutschulianos de lana. <<

[75] Baile ucraniano de Gutsulia, el elemento principal del cual es el círculo cerrado.

<<

[76] Estilo musical de baile basado en el estilo jamaicano parecido a reggae. <<

[77] Ciudad ucraniana. <<

[78] «Pareja», en alemán. <<

[79] Referencia al poema de Antónich, «Сад. Біологічні вірш у двох частинах»
[«El jardín. Poema biológico en dos partes»]. <<

[80] Paño rústico en Ucrania. <<

[81] «Suenan guay», en inglés. <<

[82] Estrofa de una canción rusa de pop moderno. <<

[83] Apellido acertado de un cantor ruso llamado Mijaíl Shufutinsky. <<

[84] Se trata de fragmentos de canciones populares. <<

[85] Nombre de un grupo pop. <<

[86] La traducción del fragmento es de Iuri Lech. <<

[87] «Porque mi amor es infeliz», en alemán. <<

[88] Estrofa de una canción. <<

[89] Estrofa de una canción. <<

[90] Estrofa de una canción. <<

[91] Plato caucasiano a base de trocitos de carnero asados en brochetas. <<

[92] Frase de una canción pop rusa. <<

[93] Otra frase de la misma canción. <<

[94] «¡A bailar!», en inglés. <<

[95] «Lo que, en realidad, significa...», en alemán. <<

[96] Una canción del cantautor ruso de pop Igor Nikolaev. <<

[97] Estribillo de *El cumpleaños es la fiesta de la infancia*. <<

[98] «¿Por qué no?», en inglés. <<

[99] «Otra vez, por favor», en alemán. <<

[100] Plato ruso, una especie de ravioli. <<

[101] Estrofa de una canción pop rusa. <<

[102] Vestido nacional ruso. <<

[103] Moneda nacional ucraniana. <<

[104] Jefes supremos de los cosacos ucranianos. <<

[105] «Trapos», en alemán. <<

[106] Uno de los primeros detectives privados famosos. Nacido en Glasgow en 1819, emigró a los Estados Unidos en 1842 y se convirtió en el primer detective privado de Chicago. <<

[107] «El mejor, el mejor», en inglés. <<

[108] Periodista asesinado en un tren por unos desconocidos que le rociaron con gasolina. Murió en el hospital (1996). <<

[109] Tarás Prokhasko, biólogo, escritor, filósofo ucraniano contemporáneo. <<

[110] El grupo etnográfico de los ucranianos que vive en los Cárpatos o en ambas pendientes de los Beskides Orientales. <<

[111] La población que vive en grupos poco numerosos en Ucrania, Moldavia, en el Cáucaso Septentrional y en Kazajastan, y que hablan un idioma que pertenece al grupo de las lenguas turcas. <<